

JAN

ALTONOMA DE NUB

GENERAL DE BERG

BELOT

REINA
DE
HERMOSURA

PQ2-193

.B7

R48

RALD



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





REINA DE HERMOSURA

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

Núm. Clas. B4525
Núm. Autor 29738
Núm. Adq. -8-
Procedencia -8-
Precio 2
Fecha 1969
Clasificó AS 7
Catalogó



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ADOLPHE BELOT

REINA

HERMOSURA

RICARDO COVARRUBIAS

VERSIÓN ESPAÑOLA

POR

ENRIQUE PASTOR Y BEDOYA



BIBLIOTECA
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

093166

MADRID

IMPRESA DE S. ARRANZ Y COMPAÑIA
calle de Isabel la Católica, 3
1883

29738

843
B

PQ2193
B7
R48



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad. — Queda hecho el depósito que marca la ley.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO RIVERA"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

REINA DE HERMOSURA

PRIMERA PARTE

LOS MILLONES DE LA PRINCESA

I

—El príncipe Orsiloff pregunta si el señor barón tiene á bien recibirle.

—¡El príncipe Orsiloff! ¿No confunde usted el nombre?

—No, señor barón; he oído perfectamente.

—Bueno. Que pase.

Después de transcurridos algunos segundos, el ayuda de cámara del barón Carlos de Merieux introdujo en la estancia á un caballero de unos cuarenta años, de aspecto distinguido y de elevada estatura.

Entró contestando con un ligero movimiento de cabeza al saludo del señor de Merieux, se sentó en la butaca que le fué ofrecida y dijo, fijando sobre el barón su mirada algo dura:

—Es probable, caballero, que no tenga el honor de que usted me conozca.

843
B

PQ2193
B7
R48



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad. — Queda hecho el depósito que marca la ley.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO RIVERA"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

REINA DE HERMOSURA

PRIMERA PARTE

LOS MILLONES DE LA PRINCESA

I

—El príncipe Orsiloff pregunta si el señor barón tiene á bien recibirle.

—¡El príncipe Orsiloff! ¿No confunde usted el nombre?

—No, señor barón; he oído perfectamente.

—Bueno. Que pase.

Después de transcurridos algunos segundos, el ayuda de cámara del barón Carlos de Merieux introdujo en la estancia á un caballero de unos cuarenta años, de aspecto distinguido y de elevada estatura.

Entró contestando con un ligero movimiento de cabeza al saludo del señor de Merieux, se sentó en la butaca que le fué ofrecida y dijo, fijando sobre el barón su mirada algo dura:

—Es probable, caballero, que no tenga el honor de que usted me conozca.

—Dispense usted, príncipe; conozco á usted mucho... de nombre, de vista y de oídas, como la mayor parte de los parisienses de nuestra clase.

—Pues yo tengo el honor de conocer á usted mucho mejor, caballero. Conozco á usted en todos sentidos, física, intelectual y moralmente.

—¿De veras!

—De veras, y se lo probaré si tiene usted la bondad de permitírmelo.

—No tengo ningún inconveniente, si de ese modo puedo complacer á usted. Dime más: no habiendo tenido nunca ni bastante tiempo ni bastante capricho para estudiarne á mí mismo, me conozco muy poco; de modo que celebraré infinito encontrar alguien que me entere respecto á mi propia persona y se entretenga en hacer mi biografía.

—Entonces ¿puede empezar?

—Se lo suplico.

—¿Está bien cerrada esta sala? Nadie puede oírme, ¿no es cierto?

El barón de Merieux se levantó, fué á inspeccionar una tras otra las dos puertas de la sala, se cercioró de que estaban herméticamente cerradas detrás de los portiers, y volviendo hacia el príncipe Orsiloff dijo:

—Puede usted hablar con entera libertad, sin temor alguno de que puedan oírle.

Acercó su asiento al de su interlocutor para que pudiera, por exceso de prudencia, hablar en voz baja, y después, con gran curiosidad, tal vez con ligera inquietud, pero afectando completa tranquilidad, se dispuso á escuchar con la mayor atención.

—Caballero—dijo con voz clara y breve,—acaba usted de cumplir los treinta años, y á su edad, en la sociedad de París, en que tantas gentes procuran en vano que se hable de ellas, ha conseguido usted un puesto de preferencia.

El barón de Merieux se sonrió fríamente, pero no contestó.

—Y con mucha justicia—continuó el príncipe.—Ha gastado usted completa y ruidosamente varias fortunas; primero, la de su padre, cumplido caballero que, para daros lo superfluo, se había privado de lo necesario; luego la de su madre de usted, que murió poco después que el barón de Merieux, y por fin la de una tía que se quedó solterona para poder dejarle todo su capital. Esas varias herencias representaban próximamente unos doscientos mil francos de renta... Ya ve usted que sé contar y que relaté con la mayor fidelidad.

—Es muy cierto, caballero. Así es que escucho religiosamente.

—Pero—continuó el príncipe—no ha adquirido usted su fama por sus gastos y su lujo. La debe usted también á ciertas cualidades personales que le colocan en primera fila. Sus colegas de club le tienen por un jugador atrevido, por un jinete notable, por un tirador de primer orden, así como también por un amigo servicial, alegre y ardiente para los placeres. Las mujeres, hablo de aquellas que no temen comprometerse y que pueden decir lo que piensan, hacen de usted los elogios más cumplidos. No sólo alaban su generosidad y su buen proceder, sino que proclaman también, y le ruego

me dispense si ofendo su modestia, que es usted el amante más perfecto y más completo que pueda apetecer una mujer.

El barón de Merieux se creyó de nuevo en el caso de soñar, sin protestar de ninguna otra manera.

Sin hacer caso de esa sonrisa, seco y frío como un historiador que se concreta á citar hechos sin juzgarlos, que cuenta sin que se advierta entusiasmo alguno en su relato, el príncipe Orsiloff prosiguió:

—Los recuerdos que ha dejado usted á algunas de sus queridas han sido tan vivos, que le lloran aún. Hasta se dice que cierta señorita, demasiado enamorada, renunciando á ver volver los hermosos días ó las hermosas noches que usted se había dignado consagrarle, se ha suicidado hace muy poco.

—Caballero—interrumpió el barón de Merieux, sin que, por lo demás, su voz manifestase la menor emoción,—ese recuerdo es doloroso para mí. Agradeceré á usted que no insista.

—No tengo esa intención. He querido sólo, para que mi relato fuera completo, citar ese hecho que, por lo demás, es conocido en todo París... Lo he citado y continúo... Además de ser muy apreciado en la sociedad ligera, en la sociedad de los amores fáciles, también es usted conocido en la alta sociedad. Una gran señora, con muchos títulos, muy conocida y muy hermosa, abandonó el año pasado á su marido, á su familia y á sus amigos para ir á recorrer Italia con usted durante seis meses. A su regreso, á pesar de haber perdido su reputación y de hallarse abandonada y aislada por completo, no ha dejado de decir á una

amiga suya, que se ha apresurado á repetirlo: «No me arrepiento lo más mínimo... Por seis meses de felicidad como los que me ha hecho pasar, se puede muy bien perder reputación, familia, amigos, todo... Lo único que siento es él.»

El barón se creyó en el caso de tener que decir:

—¡Qué enterado está usted!

—Mucho más de lo que usted supone. Hasta ahora sólo he referido hechos conocidos y, por decirlo así, históricos. Pero varias señoras, de las que usted ha amado y abandonado después, felices de poder revivir un momento en el recuerdo del pasado, me han favorecido con algunas confidencias íntimas...

—¡Ah! ¡de veras! Veamos.

—Parece ser que, en amor, es usted un mágico delicioso, con palabra persuasiva, con voz acariciadora y animada. Se hace usted escuchar y convece. Se cree en sus promesas, en todas... y con razón, pues da usted mucho más de lo que promete. No sólo es usted generoso, sino pródigo... Posee usted á fondo el arte de amar y todos los secretos que agradan á las mujeres de imaginación... Consigue usted también, según se dice, sacar de su letargo á las que son frías ó están adormecidas... «Es capaz de despertar á una muerta,» decía últimamente, al hablar de usted, una joven y linda actriz del Vaudeville.

—Tanto ella como usted exageran, príncipe—dijo el barón de Merieux atusándose el bigote.

—No, caballero: no me entretengo en hacer el elogio de usted sólo por el gusto de hacerlo. Digo la verdad no más, porque tengo mis motivos para decirla.

—¿Qué motivos?

—Concédamme usted algunos segundos más.

Se detuvo, sacó de una elegante petaca un cigarrillo ruso, lo encendió y repuso con el mismo tono glacial:

—Pero si su gloria de usted ha ido en aumento, su fortuna ha disminuído mucho... ha disminuído tanto, que ya no queda absolutamente nada. No lo niegue usted... No proteste usted, sería inútil. Sé á qué atenerme, con diferencia de algunos luises. El hotel en que estamos y que heredó usted de su tía, está hipotecado por mucho más de su valor. Las antiguas rentas, que consistían en papel del Estado y en acciones de todas clases, desaparecieron hace ya mucho tiempo. Además, se ve usted perseguido por más de sesenta mil francos en pagarés suscritos á varias personas. El resultado de varias demandas judiciales le ha sido notificado á usted ya, y si dentro de quince días ó tres semanas á lo sumo no habéis pagado, los muebles, las curiosidades y los objetos de arte que nos rodean irán á parar al Hotel de Ventas... Sus proveedores de usted le molestan y le crean una situación inaguantable... Anteayer ha perdido usted en el Círculo treinta mil francos, que no ha pagado usted aún, y si se le ocurriese á su acreedor quejarse, tendría usted el sentimiento de verse expuesto en la tablilla. La situación está tan tirante, tan completa la ruina, que, á pesar de su carácter algo ligero, permítame usted que lo diga, hay momentos en que está usted sumamente triste... Otro se diría: «Soy joven aún; con salud sorprendente, con resistencia á toda prue-

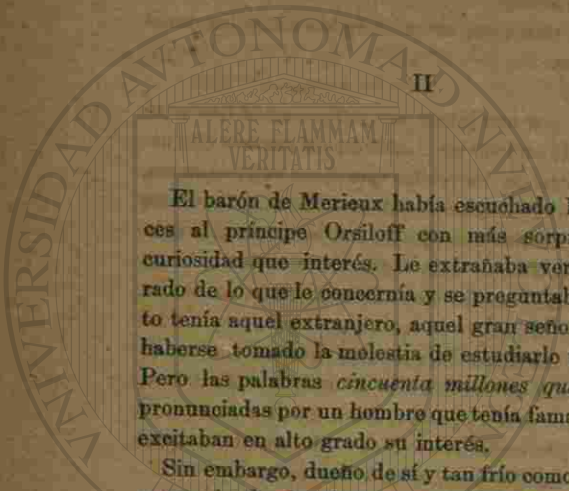
ba, bienquisto de todo el mundo, querido hasta la locura por infinidad de mujeres, que de buen grado me protegerían, quiero rehacer mi fortuna y llegar á ser mucho más rico que lo que he sido.» Pero no se lo dice usted, pues para conseguirlo tendría que trabajar, y le falta por completo el amor al trabajo. Hasta hoy sólo ha vivido usted para amar algunas veces, y otras, la mayor parte, para dejaros amar. No conoce usted otra ocupación, ni desea otra... El trabajo no le conviene á usted; por lo tanto, para reconstituir su fortuna, para pagar sus deudas y para vivir á sus anchas como hasta ahora, hay que contar con otra cosa.

—¿Con qué?

—Con una combinación que nos permitiera repartirnos entre los dos la modesta cantidad de cincuenta millones.

—¡Cincuenta millones!

—Sí, he dicho cincuenta millones. Lo cual da veinticinco millones para cada uno.



El barón de Merieux había escuchado hasta entonces al príncipe Orsiloff con más sorpresa y más curiosidad que interés. Le extrañaba verle tan enterado de lo que le concernía y se preguntaba qué objeto tenía aquel extranjero, aquel gran señor ruso, para haberse tomado la molestia de estudiarlo tan á fondo. Pero las palabras *cincuenta millones que repartir*, pronunciadas por un hombre que tenía fama de formal, excitaban en alto grado su interés.

Sin embargo, dueño de sí y tan frío como su interlocutor, al cabo de algunos segundos se contentó con decir:

—Veamos, príncipe, la combinación de que habláis, la de los cincuenta millones.

—Voy á decírsela—replicó el príncipe Orsiloff;—pero antes permítame usted que le pregunte si le ha ocurrido alguna vez acordarse de un buen matrimonio como medio de rehacer su fortuna.

—Sí, lo confieso, me ha ocurrido.

—¿Ha buscado usted?

—Tal vez.

—¿Y no ha encontrado...?

—No, puesto que estoy aún soltero.

—Consiste en que se ha dirigido usted mal.

—¿Usted lo cree?

—Sí. Sus pesquisas se han dirigido hacia las jóvenes casaderas.

—¿Y qué?

—Pues... que una joven, permítame usted que se lo diga, no tiene suficientes motivos para casarse con usted... No le conoce. Es verdad que usted es buen mozo, pero no tiene usted nada de extraordinario... A primera vista no se extasia ante usted. No hiera usted la imaginación... En cuanto á su fama, no trasciende hasta las jóvenes, las jóvenes bien educadas, se entiende. Su inocencia las impediría poderla apreciar... Después del casamiento, no digo. Es probable que su mujer de usted llegara á quererle hasta la locura. Pero antes, mientras hace usted el amor, debe usted parecerse á los demás pretendientes... Por tanto, no debe usted dirigirse á las jóvenes, sino á las viudas.

—Una viuda—repuso el barón de Merieux—no podría conocerme mucho mejor, suponiendo que yo gane al ser conocido.

—Dispense usted. Una viuda, por efecto de su experiencia, os adivinará... Y además, puede usted muy bien darse á conocer y hacerse apreciar y obligarla luego poco á poco á solicitar el matrimonio, para estar segura de no perderle.

Se levantó, dió dos pasos y, volviendo la espalda á la chimenea, con los codos apoyados en el mármol, frente por frente del barón de Merieux, le dijo mirándole:

—¿Conoce usted á una compatriota mía, la princesa Sofía Lavisine?

—Sí, de vista, de nombre, de oídas, como tenía el honor de conocer á usted hasta hace poco. La he visto á veces en el Bosque, en la Opera y en algunas fiestas.

—¿Qué le parece á usted?

—Me parece... fea.

—Y sin embargo, su cabeza tiene carácter. Tiene hermosos ojos que, desde el fondo de sus órbitas profundas, lanzan fulgores magnéticos.

—Convenido. Pero la nariz, bastante irregular, demasiado grande, más ancha de lo que conviene, atrae la mirada é impide admirar las perfecciones de su rostro.

—La boca es lindísima, con sus labios encarnados y sus dientecitos blancos, labios recogidos y dientes de loba, que parecen siempre dispuestos á morder, á devorar á alguien.

—Precisamente... Una boca apetitosa y llena de apetitos.

—En efecto, debe tener muchos.

—Pero, puesto que se trata de matrimonio, ¿á qué viene ahora el retrato de la princesa Sofía Lavisine? Hace ya mucho tiempo que dejó de ser niña, y su marido es demasiado joven para poder esperar que la princesa enviude.

Orsiloff echó su cigarrillo, soltó una bocanada de humo y dijo indolentemente:

—¡Bah! ¡quién sabe lo que puede suceder! La salud del príncipe Lavisine está, según se dice, bastante quebrantada... Y se comprende, después de diez

años de matrimonio... Diez años pasados al lado de una mujer ardiente como la suya... Además, el príncipe tiene numerosos enemigos, enemigos terribles.

—¡Enemigos! ¿por qué?

—Porque ha hecho una guerra encarnizada á los nihilistas, porque ha protestado abiertamente contra todas las medidas de clemencia y ha aconsejado al czar Alejandro II el mayor rigor. Eso se sabe, y su vida corre peligro... Lo ha comprendido tan perfectamente, que ha venido á refugiarse á Francia... Pero los hombres de quienes se ha declarado enemigo irreconciliable lo alcanzarán tarde ó temprano.

Hacia un instante que la voz del príncipe Orsiloff, hasta entonces seca y fría, se había animado; su mirada sorda tenía más brillo bajo sus espesas cejas. El barón de Merieux no reparó en ese cambio; pensaba en los cincuenta millones que tan repentinamente habían presentado á su imaginación; hasta tal punto los tenía presentes, que no pudo menos de decir:

—Dejemos á los nihilistas y volvamos á nuestro asunto.

—No tenemos que volver á nuestro asunto, puesto que no lo hemos perdido de vista ni un solo momento.

—¿Cómo? ¿Cree usted que?..

—Creo que sí, por casualidad, la princesa Lavisine enviudase, heredaría toda la fortuna de su marido... y esa fortuna asciende á cincuenta millones...

—¡Ah!

—Colocados en Francia, en buenos valores y en fincas.

—Pero—dijo el barón de Merieux—la princesa no podría heredar á su marido sino en el caso de no tener hijos.

—No los tiene.

—¿Y si el príncipe no ha hecho testamento?

—Al contrario, lo ha hecho, y á favor de ella, lo cual nada tiene de particular, puesto que ejerce gran influencia sobre él.

El barón de Merieux se levantó también y se plantó á dos pasos delante del príncipe.

—Entonces—dijo,—si no he comprendido mal, lo que ha venido usted á aconsejarme es que procure agradar á la princess Lavisine, para que pueda casarme con ella, si llega á enviudar.

—Precisamente—dijo el príncipe con mayor frialdad aún.

—Y, en cambio de la idea que me ha traído, quiere usted repartirse conmigo los cincuenta millones que constituyen el dote de la princesa.

—Justamente. Ha comprendido usted perfectamente bien.

El barón de Merieux calló durante algunos segundos. Se hubiera creído que sostenía un combate en su interior: por una parte luchaban los últimos miramientos y un resto de delicadeza que le impedían aceptar la combinación del príncipe, y por otra parte el recuerdo de su desesperada situación y el incentivo de los cincuenta millones. La victoria debió declararse á favor de estos últimos, pues repuso en seguida:

—Es un negocio á larga fecha el que usted me ofrece. Aun suponiendo que tenga éxito, podía transcurrir

un año, y quizá más. El príncipe, á pesar de su anquilamiento y de sus enemigos los nihilistas, no morirá tal vez tan pronto para complacerme... Y, aunque muriera, habría que dejar transcurrir el plazo legal antes de poder pensar en casarse con su viuda... ¿Cómo arreglarme para vivir hasta entonces, y vivir bien, como lo exigiría mi posición y la circunstancia de ser amante de la princesa? Usted mismo ha hecho constar, y no lo he negado, que yo estaba arruinado, agobiado de deudas y casi perdido.

—Bueno, ¿y qué? ¿no estoy aquí yo?—contestó con la mayor tranquilidad el príncipe, que esperaba sin duda esa objeción.—Se trata de un negocio que puede producirme veinticinco millones. Me parece muy natural que yo adelante algunos fondos á mi asociado, y que éste lo acepte.

—¿Cómo! ¿Usted quiere?...

—Por supuesto... Va usted á hacer, con motivo de este negocio, gastos inútiles tal vez. Va usted á exponerse á que no le amen hasta el punto de aceptarle como marido, y por tanto á quedarse como amante no más de una mujer cuyo esposo se empeña en no morir... Por mi parte debo arriesgar algo también, y me interesa, para que la operación tenga buen resultado, que usted conserve su prestigio de hombre rico, pues, en amor, la pobreza está muy mal mirada. Tendré el mayor gusto, si usted lo permite, en pagar sus deudas más apremiantes y en consignarle anualmente la cantidad que usted crea necesario gastar hasta que se realice el matrimonio.

Al ver que el barón reflexionaba con la cabeza

baja y nada contestaba á su interlocutor, el príncipe Orsiloff añadió:

—Por lo demás, no pretendo que usted se decida en el acto. Piénselo usted: el negocio le merece... La princesa Lavisine da pasado mañana un baile en su hotel del parque de Monceaux... Si usted quiere que le presente, estoy á su disposición. Pero no lo olvide usted: su presencia en aquel baile querrá decir: Intento el negocio tal como me lo propone usted y acepto sus condiciones... Si me caso, partiré el dote con usted.

De pronto el barón de Merieux levantó la cabeza, miró á su interlocutor y dijo:

—¿Y si, después de haberme casado, no quisiera hacer el reparto?

—Le mataría á usted—dijo el príncipe con frialdad. Después saludó ligeramente y salió.

III

El baile dado por el príncipe y la princesa Lavisine á la colonia rusa y á lo más selecto de París estaba en todo su esplendor á las doce de la noche. Era un magnífico conjunto de lindos rostros, de cabellos rubios y negros, de pechos desnudos, una confusión de trajes maravillosos, un revolújo de seda, de encajes, de oro, de perlas y de diamantes.

Por todas partes se veía á la princesa: en los salones, en la escalera, en la estufa, sonriendo á uno, saludando á otra, besando en la boca, según costumbre rusa, á una joven compatriota y amiga suya. Era exactamente la mujer descrita en pocas palabras por el príncipe Orsiloff y el barón de Merieux: frente cuadrada, pómulos salientes, ojos ardientes, profundos, labios espesos, nariz achatada. Pero se habían olvidado de admirar la animación, el colorido, la vida esparcida en aquel retrato: la nariz era irregular, pero sus anchas y dilatadas fosas siempre palpitantes prestaban á su fisonomía singular animación y una expresión original en extremo; los ojos brillaban con tanta mayor viveza, cuanto más hundidos estaban en sus órbitas; con respecto á los labios, por el mero hecho de ser gruesos, eran excesivamente voluptuosos. Aquella cabeza descansaba sobre un cuerpo fuerte y gracioso á la par, que, bien repartido, no impedía el juego de los músculos, en que la sangre circulaba libremente sin tropiezos ni detención. Las caderas muy desarrolladas, el tallo lleno y flexible, los hombros anchos, el pecho opulento y sin embargo firme, la nuca poderosa, atravesada por una raya negra de pelos pequeños y ligeros; en una palabra, un hermoso cuerpo de bacante.

¿Apreciaba su marido esas cualidades en todo su valor? Era de suponer, porque cuando, al recorrer los salones para ayudarla á recibir á sus convidados, se encontraba con ella, su cuerpo inclinado se levantaba, su mirada apagada se animaba, sus labios pálidos sonreían. Pero ella, en vez de pararse y hablarle, desaparecía en seguida por entre la gente. Parecía que no

hallaba en aquéllos encuentros casuales tanto placer como él... Y sin embargo, aseguraban que le había querido mucho... demasiado tal vez, con exceso de pasión y de ardor, pero como su marido no estaba ya á la altura de tanto amor, como no podía corresponder activamente, no podía perdonarle que se hubiese detenido en mitad del camino, siendo así que ella se sentía con ardor y fuerzas bastantes para continuarlo.

De pronto, en uno de sus paseos á través de los salones, al pasar del principal al piso bajo, la princesa Lavinia reperó en el príncipe Orsiloff, que estaba de pie en el último peldaño de la escalera, apoyado contra la pared. Con la mirada fija en el vestíbulo, parecía esperar á alguien y esperarle con ansiedad, pues no hacía ningún caso de las personas que pasaban por delante de él ni de los numerosos saludos que se le dirigían. Y sin embargo, aquellos saludos merecían ser contestados, pues procedían, no sólo de sus compatriotas, sino de parisienses de gran posición y de importantes personajes. El príncipe, en efecto, era muy estimado en París, donde sabía ocupar su puesto sin ruido, modestamente y sin perjudicar á nadie, procurando pasar desapercibido. Las gentes se admiraban de la sencillez de su vida y se preguntaban de qué modo se arreglaba para poder gastar la inmensa fortuna que se le conocía. No jugaba ni á la Bolsa ni á las cartas; no tenía querida; su tren de casa era como el de la generalidad. ¿Economizaba? Pero ¿para qué y para quién? No se había casado ni tenía ningún pariente cercano.

La princesa se acercó diciendo:

—¿Qué hace usted ahí, príncipe, incrustado en la pared como una estatua?

—Espero á alguien—contestó.

—¿A quién?

—Al barón de Merieux, á quien usted me ha permitido presentarle.

Las movibles fosas nasales de la princesa se estremecieron ligeramente, pero repuso con voz reposada.

—Es verdad... Lo había olvidado... Por lo visto, no viene.

—No le he visto aún.

—Tal vez no tenga interés en serme presentado.

—¿Puede ser! Pero me extraña. Hubiera apostado á que venía.

—Pues hubiera usted perdido la apuesta. El barón de Merieux, á quien no conozco, pero del cual he oído hablar mucho, está demasiado corrido para perder... la noche en una fiesta como ésta... ¿Por lo que se dice, es hombre afortunado su barón de usted!

—No lo sé.

—Debería usted saberlo: sus aventuras galantes han hecho bastante ruido... Varias mujeres le han querido, á lo que parece, hasta el punto de matarse por él. En estos tiempos es bastante raro, y algunas veces me he preguntado cuáles eran las cualidades que podía tener para que le quisieran hasta... ese extremo.

—Pregúnteselo usted á él mismo, princesa; ahí lo tiene usted.

Al pronunciar esas palabras, sus ojos brillaban y una sonrisa de triunfo iluminaba su rostro.

—Vaya, salga usted á su encuentro y preséntemelo usted. Le espero aquí mismo—dijo la princesa.

Orsiloff obedeció; se acercó á M. de Merieux, que le andaba buscando con la mirada desde que entró en el vestíbulo, y bruscamente, sin saludarle, dijo:

—Venga usted; la princesa le espera.

El barón, muy correctamente vestido, con una flor en el ojal del frac, con el cazo bajo el brazo, risuoso, pero algo pálido al pensar que iba á jugar su porvenir, se adelantó por entre la gente, conducido por el príncipe.

La presentación se verificó un momento después, y como M. de Merieux, después de haberse inclinado respetuosamente, volvía á levantar la cabeza, su mirada se cruzó con la de la princesa fija en él, sondeándole, si así se puede decir.

No bajó los ojos y siguió mirando con la misma fijeza con que le miraban á él.

—Le parezco á usted fea, ¿no es verdad?—preguntó de pronto la princesa Sofia Lavissine, que, como gran dama, se atrevía á decir cuanto le pasaba por las mientes.

—Foa hasta el punto de asustar—contestó el barón.

—¿Hasta ese punto?

—Sí; hasta ese punto, pues el hombre que amase á usted podría verse en el caso de perder la vida.

—El hombre que me amase... tal vez... pero tendría que empezar por amarme; es lo más difícil... Y nadie piensa en eso.

—¿Qué sabe usted, princesa? El respeto impide quizá que se os hagan confidencias.

—¡El respeto! ¡Bahl!—dijo, alzando ligeramente sus hermosos hombros.—¿Baila usted?

—Cuando se me invita sí—contestó el barón sonriendo.

—Ofrezco á usted este vals, cuyo sonido oigo á lo lejos... Deme usted el brazo.

Poco después llegaron á los salones y se confundieron con la oleada de bailarines.

M. de Merieux le había cogido las manos y el talle y la oprimía con fuerza contra sí. La princesa le dejaba, sin intentar sustraerse á aquel enlace.

Giraron al principio despacio, trazando un gran círculo en el salón; después permanecieron en el mismo sitio, sin dejar de girar, pero sobre sí mismos, de prisa, muy de prisa, locamente. Sus pechos se tocaban, sus rodillas se rozaban: él conservaba toda su sangre fría para representar mejor su papel, se volvía insensible para ser más fuerte; ella, con la mirada lánguida, con los nervios excitados, subyugada tal vez por aquella indiferencia, embriagada por la música y por los fuertes perfumes esparcidos en el ambiente por las flores, y pensando vagamente en todos los amores, en todas las conquistas de aquel hombre incansable que continuaba haciéndola dar vueltas, se preguntaba si los éxitos del barón procedían precisamente de aquel vigor frío que la admiraba.

Por fin calló la orquesta; se pararon.

—¿Adónde queréis que os lleve, princesa?—preguntó el barón con voz completamente tranquila.

Pero la princesa no podía contestar. Le faltaba la respiración. Se le iba la cabeza. Por último, se separó

de él bruscamente y fué á reunirse con el príncipe Orsiloff, que, después de haberla visto bailar, la seguía con la vista por todas partes.

Al día siguiente, el barón de Merieux recibía un talón de doscientos mil francos á cobrar en el Banco de Francia. El príncipe Orsiloff, convencido sin duda de que el negocio que había imaginado era excelente, entregaba su primer dividendo pasivo.

Después de haberse defendido durante algún tiempo por decoro propio, viéndose atraída hacia él con gran violencia, se había entregado por completo. Tres meses hacía que duraba su unión. Ella le amaba loca, perdidamente, con todos sus sentidos. El amor que en otro tiempo le había hecho sentir su marido se parecía tan poco á éste, que se preguntaba si había querido á aquél en realidad, si Carlos de Merieux no era verdaderamente su primer amor, del mismo modo que sería el último.

¿Estaba su corazón tan embargado como su cabeza? Quizá, pues latía hasta el punto de romperse cuando el barón llegaba algunos instantes después de

la hora fijada para la cita. Se había jurado frecuentemente hacerse esperar como él, hacerse desear, volverse coqueta. Pero no podía. Tan pronto como entraba, vencida y sumisa ya, le llamaba con la mirada y con los labios.

Se veían diariamente en el hotelito de M. de Merieux, situado muy cerca del Arco de Triunfo y en una calle relativamente desierta. Con el pretexto de que su salud le exigía andar mucho, salía á pie, después del almuerzo, con buen y mal tiempo, vestida lo más sencillamente posible para pasar desapercibida, andando muy de prisa y mirando á cada momento hacia atrás para cerciorarse de que nadie la seguía. Si se le ocurría alguna duda sobre esto particular, tomaba un coche de alquiler, daba una dirección cualquiera y, después de una carrera rápida, segura de que nadie se ocupaba de ella, despedía el coche y entraba en casa de M. de Merieux. Salía él mismo á abrir y la llevaba al templo, ó mejor dicho al teatro, para representar con ella la gran escena de amor, que tan bien sabía desempeñar.

La princesa Sofía, vivía muy retirada. No hacía visitas, recibía apenas, y su marido, en cuya compañía pasaba las noches, podía creer que era tan querido como en otros tiempos. No sospechaba éste que, si el cuerpo de la princesa estaba á su lado, su pensamiento y su corazón estaban muy lejos. En realidad ésta continuaba junto á su amante, siendo suya por completo y sólo suya, estremeciéndose con el recuerdo de los placeres gozados y con la esperanza de los del día siguiente.

Con esto era feliz: esa felicidad le bastaba; no podía más. Pero el barón de Merieux no se conformaba. La combinación propuesta por el príncipe Orsiloff, el negocio emprendido no adelantaba, se aplazaba cada vez más sin producir beneficios; los cincuenta millones tardaban mucho en ingresar en la caja social. Si su asociado hubiera venido siquiera de cuándo en cuándo á darle esperanzas y animarle; si le hubiera dicho: «¡Valor, valor! todo va bien, ya se acercan los millones; preparámonos á recibirlos con los brazos abiertos!» Pero, lejos de eso, el príncipe se había vuelto tan invisible como los millones prometidos. Después de haberle hecho otra entrega de fondos, había salido de París repentinamente... Nadie conocía el objeto de su viaje: verdad es que nadie se preocupaba tampoco por su ausencia: sus amigos estaban acostumbrados hacía mucho tiempo á verle desaparecer de repente, misteriosamente.

Entregado á sí mismo, M. de Merieux empezaba á perder las esperanzas. Acostumbrado á variar con frecuencia sus amores, no era posible que permaneciese siendo amante de una mujer furiosamente enamorada, apasionada, exigente. No había adquirido ese compromiso; se prestaba de buen grado á ser amante, pero con la condición de llegar muy en breve á ser marido. ¿No se iba á decidir nunca la princesa á enviudar? ¿No tendría el príncipe la delicadeza de morirse?

El buen señor parecía no pensar en eso. Se creería, por el contrario, que se iba regenerando desde que su mujer se concretaba á no considerarle más que como un amigo, como un compañero. Recuperaba sus

fuerzas, su palidez disminuía, su mirada apagada se animaba, su cuerpo encorvado se enderezaba; experimentaba un rejuvenecimiento. En cuando á los nihilistas, parecían haberle olvidado por completo, y hasta es posible que no se hubieran acordado nunca de él, á pesar de los temores del príncipe Orsiloff.

Tal era la situación exacta de los diferentes personajes de esta historia el 23 de Febrero de 188...

La princesa volvió más tarde que de costumbre aquel día. Se le había pasado el tiempo sin sentir en casa de M. de Merieux y sólo le quedaba el tiempo necesario para vestirse para la comida. Acababan de dar las siete.

—¿Está el príncipe en casa?—preguntó al entrar.

—Sí, señora princesa—le contestó la doncella.

—¿En sus habitaciones ó en el salón?

—En su despacho del piso bajo.

—Bueno, vístame usted pronto. No quiero que tenga que esperar.

Inmediatamente entró en el tocador situado en el piso principal.

No bien hubo entrado, cuando, de pronto, resonó en el hotel una detonación espantosa.

Parecía que iba á derrunbarse.

A ese ruido sucedió un gran silencio. Los de la casa, amos y criados, estaban aterrizados y no tenían valor para gritar ni para abandonar el sitio en que la detonación los había sorprendido. Creían que se iba a repetir y que las paredes iban a hundirse sobre ellos.

Las primeras palabras que se pronunciaron lo fueron por la princesa Sofía, que pedía socorro, llamando á voces á su marido y á sus criados. Salió corriendo de sus habitaciones particulares y llegó hasta la escalera.

Nadie le contestaba, nadie aparecía; por fin, el intendente del príncipe, que habitaba el piso segundo, bajó temblando y se reunió con ella.

Al mismo tiempo, el mayordomo y tres lacayos se atrevieron á salir del comedor en que estaban preparando la mesa, y acudieron asustados, medio muertos de miedo.

—¿Qué hay? ¿Qué sucede?—preguntaba la princesa.

De pronto exclamó:

—El príncipe, el príncipe! ¿Dónde está mi marido?

¿Por qué no está aquí?... Debe haber oído también como nosotros... ¡Ay, Dios mío! la detonación parece haber salido de su gabinete... Le debe haber ocurrido una desgracia... ¡Pronto, pronto, vengan ustedes conmigo!

Al decir esto, bajaba precipitadamente la escalera y llegaba á la puerta que daba acceso al despacho del príncipe.

Los criados la seguían, pero de lejos, como si no pudiesen correr tanto como ella. Uno de ellos, á pretexto de pedir socorro, se había escurrido.

La princesa, valerosamente, sin titubear, abrió la puerta.

Repentinamente retrocedió.

Una nube de humo y de vapores, un olor acre que salía por la puerta entreabierta, la sofocaba. No podía entrar: en el cuarto reinaba una profunda oscuridad.

—¡Aire, aire! ¡Abrid las ventanas!—gritó cuando recobró el uso de la palabra.—¡Luz!

Y como nadie se movía á su alrededor, prosiguió golpeando el suelo con el pie:

—¿Hacen ustedes el favor de ejecutar mis órdenes? Les planto en la calle si titubean.

Entonces únicamente pensaron en obedecer: la conocían, le tenían miedo.

Además, á los criados se acababan de agregar el suizo, los cocheros, los mozos de cuadra, menos asustados que los demás, porque, desde fuera del hotel, el estrépito había sido muchísimo menor.

Trajeron candelabros encendidos. Los cocheros tenían sus faroles.

célebre profesor de la Escuela de Medicina, á quien la princesa Sofía se había apresurado á llamar en cuanto recobró los sentidos. El sabio y el magistrado entraron en seguida en el despacho, en que no se había tocado nada y en que el príncipe seguía en el mismo sitio, sobre la alfombra ensangrentada.

El doctor se acercó, se bajó, sondeó con el dedo las heridas, auscultó el corazón y dijo:

—Ha muerto hace media hora instantáneamente.

—¿Una explosión, tal vez?—dijo el comisario.

M. X... respiró el aire, impregnado aún de los vapores que llenaban la habitación, y repuso:

—Sí, una explosión producida, á mi entender, por la dinamita... Se respira aquí, á plenos pulmones, el ácido nítrico y el ácido sulfúrico, bases de la nitroglicerina que sirve para la composición de la dinamita.

—El príncipe, por lo visto, debía estar haciendo algún experimento químico, estudiando la sustancia peligrosa de que usted me habla, caballero... Se habrá acercado á la lumbre, á una luz y...

—No—contestó el sabio interrumpiéndole.—La dinamita, por efecto de su preparación y de su mezcla con una materia silicea, destinada á aislar las moléculas del líquido, se puede aproximar á la lumbre, y hasta puede arrojarse al fuego, sin causar accidente... Se quemaría lentamente, sin llama ni detonación... La explosión y sus efectos destructores, que son considerables y mucho más terribles que los de la pólvora, no pueden provocarse sino por un choque, de una cápsula fulminante, por ejemplo.

Mientras hablaba, el doctor miraba á su alrededor,

procurando enterarse de los destrozos causados en el despacho.

De pronto se detuvo para recoger un objeto con el que acababa de tropezar.

Le echó una ojeada y dijo, presentándosele al comisario de policía:

—Es un pedazo de bomba. No me había equivocado... La dinamita encerrada en un receptáculo de hierro, puesta en contacto con una cápsula, ha roto las paredes de su prisión, y los trozos de la bomba, lanzados en distintas direcciones, han herido mortalmente al príncipe, agujereado, derribado y rasgado todo cuanto encontraban á su paso. Mire usted, aquí hay otro pedazo... Otro se ha incrustado en ese mueble; se sacará.

—¿Entonces—repuso el comisario—supone usted, doctor, que el príncipe examinaba una bomba cargada de dinamita, que se le ha caído al suelo y que el choque ha prendido la cápsula fulminante?

—Pudiera ser, pero no lo creo.

—¿Por qué?

—Porque el príncipe Lavisine, á quien tenía el honor de conocer muy bien, no se ocupaba ni de bombas ni de dinamita, y además era demasiado prudente para tener en su casa objetos tan terribles.

—Podía ignorar que esa bomba estuviese cargada—dijo el comisario...—Después del sitio de París han sobrevenido muchos accidentes con bombas que se suponían inofensivas.

—Bueno! pero si el proyectil hubiera caído al suelo, la mitad inferior del cuerpo del príncipe habría si-

do de seguro destrozada. Mire usted... Por el contrario, las piernas y el abdomen están intactos... Únicamente la cabeza y el pecho han sido alcanzados.

Se detuvo, echó en derredor suyo una mirada segura y añadió:

—Mis observaciones y mis reflexiones no me permiten dudar lo más mínimo de lo que ha sucedido.

—¿Qué ha sucedido, caballero? Dispénsame usted si me atrevo á interrogarle; pero me ha parecido reconocer en usted al sabio profesor M. X..., y la opinión de un hombre tan eminente es para mí de gran valor.

Sin hacer caso de aquel elogio, el sabio repuso:

—El príncipe Lavinsine, siguiendo su costumbre, trabajaría, mientras llegaba la hora de la comida, sentado frente á su mesa de despacho, alumbrada por la lámpara cuyos pedazos se ven por el suelo... De repente, una bomba ha debido caer sobre la mesa... Ha estallado instantáneamente y le ha matado.

—¿Dice usted que ha caído una bomba?... ¿Supone usted que ha habido un crimen?

—No supongo nada, caballero... Eso no es asunto mío... Como médico, me limito á hacer constar de qué manera ha podido ocurrir la muerte de mi cliente, sin deducir consecuencia alguna.

El magistrado no escuchaba ya; se había acercado vivamente á un balcón y lo examinaba con gran cuidado.

VII

El balcón daba á un jardinito de algunos metros, que separaba el hotel del parque de Monceaux. El magistrado pudo advertir en seguida que los dos cristales grandes estaban rajados de arriba á abajo, por efecto de una vibración violenta, de una gran conmoción.

Entonces se dirigió hacia el otro balcón, que estaba precisamente enfrente de la mesa del príncipe. Uno de los cristales estaba rajado del mismo modo que los demás, pero se notaba en el centro un gran agujero, producido sin duda alguna por el paso rápido de un cuerpo duro violentamente arrojado.

El comisario de policía sabía ya á qué atenerse, pero quería fortalecer su opinión con la del sabio á quien tenía por colaborador en aquel momento.

—Caballero—dijo volviéndose á acercarse á él,—agradeceré á usted infinito que me diga cuál puede ser, á su parecer, el tamaño de la bomba de que nos ocupamos.

El doctor X... reflexionó, examinó los diferentes pedazos de hierro que había recogido y contestó:

—Tendría, poco más ó menos, las dimensiones y la forma de un huevo de avestruz.

—Mil gracias. ¿Tiene usted ahora la bondad de echar una ojeada sobre este balcón?

Se aproximaron.

—¿Qué le parece á usted?—preguntó el comisario, después de transcurrir bastante tiempo para que M. X... pudiera examinarlo.

—Me parece que es el agujero hecho por la bomba.

—Por consiguiente, ha debido ser arrojada desde fuera?

—Sí, desde el jardinillo que hay bajo estos balcones.

Y, echando una ojeada sobre el jardín, alumbrado por una luz de gas, añadió:

—Un hombre de brazo fuerte y de mano firme y segura ha podido arrojar ese proyectil desde uno de los paseos del parque, sin necesidad de pasar por la verja... que sólo dista del balcón unos seis metros escasos.

—Es cierto.

—Se podía también apuntar perfectamente... Ven usted las cortinillas de los cristales: están levantadas, y el príncipe, sentado delante de la mesa, tenía la cabeza y el pecho alumbrados por la lámpara.

—No obstante—dijo el comisario, después de haber abierto uno de los balcones,—la habitación tiene un metro de elevación sobre el piso del jardín, y la persona colocada por el otro lado de la verja no se hallaba á la misma altura.

—Ha podido estar. Bastaba con subirse sobre el zócalo de piedra que sirve de base á la verja... Si á esto se añade que aquella persona debió levantar el

brazo y que podía ser de elevada estatura, se obtiene justo la altura del agujero hecho en el cristal por la bomba.

—Así lo creo—dijo el comisario.

Reflexionó un instante y añadió:

—El crimen es evidente. Sólo se trata de encontrar al criminal.

Esto último disgustó al doctor X... No había tenido inconveniente en poner su ciencia, su perspicacia y su talento al servicio del que lo había solicitado, pero no le parecía bien que se le recordara que se había ocupado en asuntos de policía.

—Deje á usted, caballero—dijo saludando.—Voy á visitar á la princesa. Tal vez necesite mis cuidados.

En cuanto se marchó el doctor, el comisario se acercó á su secretario y le dictó el telegrama siguiente:

«Comisario del barrio de Europa al prefecto de policía:

»Asesinato del príncipe Lavisine, súbdito ruso, en su hotel, calle Murillo. Suplica envíen agentes.»

Ese telegrama fué entregado á uno de los guardias que la policía municipal manda inmediatamente á los sitios en que ocurren acontecimientos graves. Después el comisario dictó el parte siguiente:

«Habiéndome personado en la calle de Murillo, en que, según decían, acababa de ocurrir un accidente, me he visto precisado á reconocer que se trataba de un crimen... Una bomba cargada de dinamita ha sido arrojada desde el parque Monceau al gabinete del príncipe ruso Lavisine. El efecto ha sido terrible: el

» príncipe ha muerto en el acto. No puedo dar más detalles por ahora. Me quedo en el lugar del suceso y procedo á las averiguaciones.»

El comisario firmó y entregó esa carta á otro guardia para que la llevase sin demora al domicilio particular del procurador de la República.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS



VIII

Después de haber cumplido con ese deber, el comisario de policía continuó la indagatoria. Debía servir de base al sumario y guiar en sus pesquisas al juez instructor que la sala no dejaría de designar en la mañana del día siguiente.

Procediendo con orden, quiso empezar por completar las pruebas materiales, y con ese objeto bajó al jardinillo que había delante del hotel.

A pesar de un examen minucioso y de las linternas sordas que el guarda de servicio del parque Monceau puso á su disposición, no encontró señal alguna de pasos. Abrió luego una puertecita que daba acceso al parque y examinó el suelo, por el otro lado de la verja, en el jardín público.

En un óvalo de césped, sobre la tierra húmeda, se divertían, perfectamente claras, huellas de pasos. Se

los podía seguir hasta el zócalo de la verja, sobre el que se había subido el desconocido en el momento de arrojar la bomba, pues la piedra conservaba aún la señal de su calzado lleno de tierra y de césped.

Después de haber mandado que cubriesen aquellos huellas con paja y con tablas, para poder encontrarlas intactas al día siguiente, el comisario de policía volvió al hotel.

Iba á proceder á aquella parte de la indagatoria que se llama la información; iba á interrogar ligeramente, y sin exigir juramento, á las personas que pudieran ponerle sobre la pista.

Mandó, por de pronto, llamar á los guardas del parque Monceau. ¿Habían visto á algún individuo sospechoso rondar por los paseos alrededor del hotel Lavisine?

El primer guarda afirmó que, á eso de las siete de la noche, en el momento en que, según el reglamento, se iban á cerrar las verjas del parque, un hombre de elevada estatura, con el cuello del gabán levantado, había entrado de pronto en el jardín por la avenida Ruysdael y había torcido bruscamente á la izquierda en dirección al hotel.

Otro guarda declaró que acababa de cerrar la verja que da á la calle Rembrandt, cuando un caballero se presentó con ánimo de salir.

—¿Le ha abierto usted?—preguntó el comisario.

—No señor; no me lo pidió; se metió en seguida en el paseo circular y debió salir por la avenida Van Dyck, que no había cerrado aún.

—¿Era alto aquel individuo?

—Sí señor, de una estatura más que regular.

En aquel momento, tres agentes de policía, enviados por el servicio de seguridad, vinieron á ponerse á las órdenes del comisario. Este conoció inmediatamente á uno de ellos, inspector principal, y le dijo:

—¿Sabe usted de lo que se trata, Corbin? ¿No tiene usted nada que decirme?

—Dispéñeme usted, señor comisario. En la calle de Courcelles y en la calle de Murillo, delante de la puerta del hotel, hay varias personas que pretenden haber visto rondar á un hombre que les pareció sospechoso.

—Bueno. Que entren esas personas.

El inspector obedeció y presentó á su jefe la vendedora de pasteles y juguetes de niños cuya tienda está situada en la avenida Van-Dyck, junto á la verja.

Algunos momentos después de la detonación había visto pasar por delante de ella á un hombre que parecía huir y cuyas señas correspondían exactamente con las indicaciones dadas por los guardas.

Después de la mujer vino un conductor de ómnibus. Se encontraba en el umbral de la puerta del despacho de los ómnibus, en el boulevard de Courcelles, núm. 98, cuando un hombre, muy agitado al parecer y que hablaba solo en voz alta, al andar había tropezado con él sin verle.

—Aquel hombre ¿era de gran estatura?

—De estatura regular.

—¿Está usted seguro de que no era muy alto?

—Muy alto, no... Alto, sí.

—¿Estaba bien vestido?

—Sí señor, era un caballero. No tenía mala facha.

—¿No tenía el cuello del gabán levantado?

—No, señor comisario, puesto que le he visto perfectamente la cara. En caso de necesidad, le conocería.

—¿Y, después de pasar delante de usted, continuó su camino hacia la avenida de Wagram?

—No señor, volvió á bajar el boulevard de Courcelles. Andaba por la acera de la verja del parque. Me pareció raro verle gesticular y le seguí un instante con la vista.

IX

Otra declaración vino á confirmar la anterior y á darle más fuerza. Fué la del dueño de un establecimiento situado en la calle de Monceau, frente á la verja de la avenida Ruysdael, que es á un tiempo estanco, despacho de vinos y café con tres mesas de billar.

M. D... declaró que, á eso de las seis de la tarde, un hombre de unos cincuenta años, bastante alto, sencilla pero decentemente vestido, fué á sentarse en un

29738

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UMNA
"ALFONSO"
Apdo. 1623 MONTERREY, MEX.

rincón del café; parecía muy conmovido, muy agitado; pidió una copa de biter y con qué escribir.

—¿Escribió una carta?—preguntó el comisario.

—Sí señor, y la mandó con uno de mis criados.

—¿Adónde?

—Aquí, caballero, á este hotel.

—¿Cómo! ¿La carta estaba dirigida á alguien del hotel?

—Al mismo dueño, caballero... Al príncipe Lavisine. Miré el sobre antes de dar permiso al mozo para que llevara la carta. No quería yo que estuviese fuera mucho tiempo.

—Y, después de haber llevado la carta, ¿volvió el mozo en seguida?

—No; esperó un rato la contestación, pero fué inútil: el príncipe mandó decir: «No hay contestación; que me dejen en paz.»

—¿Repetieron esas palabras á su parroquiano de usted?

—Sí, señor comisario.

—¿Permaneció después un rato en el café?

—Sí, media hora larga. Parecía muy agitado, hablaba solo.

—¿Podría usted decirme hacia donde se dirigió?

—No señor. Estaba yo en la cueva.

—¿Nadie le vió salir?

—Nadie. Lo he preguntado al mozo, á la señora que está en el mostrador y á varios parroquianos.

—¿No ha hecho usted ninguna otra observación mientras que ese individuo estaba en el café?

—No señor, ninguna.

—¿No ha notado usted, por ejemplo, si uno de sus bolsillos abultaba más que los demás, si tenía oculto algún objeto voluminoso?

—Espere usted... sí, me parece que el bolsillo del gabán estaba abultado... Llevaba hacia él la mano con frecuencia...

—¿Está usted seguro?

—Sí, caballero, sí, ahora estoy seguro.

Después de haber despedido á este testigo, el comisario de policía recorrió las notas que había dictado á su secretario durante su interrogatorio.

Le confirmaron en la idea de que las diversas declaraciones recogidas hasta entonces se completaban unas á otras. Sólo se diferenciaban en dos puntos: un cuello de gabán levantado ó bajado, lo que nada probaba, y una cuestión de estatura: para unos el desconocido era muy alto, para otros únicamente de regular altura: asunto de apreciación. Todo lo demás se relacionaba con el mismo individuo, á quien se podía seguir paso á paso desde el momento de su llegada al barrio hasta el de su fuga.

Entra á eso de las seis en el café. Escribe una carta, la manda llevar al príncipe Lavisine y espera febrilmente la contestación. La contestación es desfavorable. Su agitación, anteriormente notada, aumenta... La ira se apodera de él... Se decide á poner en ejecución el proyecto formado hace ya tiempo.

Sale del café, toma la avenida Ruysdael, entra en el parque á las siete menos cinco y pasa por delante del primer guarda, que repara en él.

Es la hora de cerrar las puertas: el jardín está de-

sierto; nadie le sigue, nadie le ve, y llega enfrente de la parte del hotel Lavisine que da al parque.

En seguida atraviesa rápidamente el césped que le separa del jardinillo, se sube sobre el zócalo de la verja, ve al príncipe sentado en su mesa, con el rostro alumbrado por la lámpara. Sin titubear coge el proyectil que lleva consigo y lo arroja violentamente.

Después de consumado el crimen, huye; procura salir por la calle Rembrandt, encuentra cerrada la puerta, llega á la avenida Van-Dyck, pasa por delante de la vendedora de juguetes, atraviesa la calle, sin duda con intención de ir al faubourg; tropieza con el conductor de ómnibus; luego, cambiando de itinerario por cualquier razón, tal vez por creer que podrá ocultarse mejor en el interior de París, llega al boulevard de Courcelles, y desaparece.

Todo esto apareció con claridad á los ojos del comisario de policía. Pero ¿quién era aquel individuo? ¿Quién era aquel asesino? La carta que recibió el príncipe Lavisine podría tal vez dar la solución de este problema.

X

—¿No le han entregado á usted esta tarde, á las seis y media, una carta urgente para su amo?—preguntó el comisario al suizo del hotel, á quien había mandado llamar.

—Sí señor. La traje el mozo de un café próximo.

—¿A quién se la dió usted?

—Al ayuda de cámara del príncipe.

—Dígale usted que venga.

Transcurrieron algunos segundos: el ayuda de cámara se presentó; el comisario le dirigió esta pregunta:

—¿Entregó usted inmediatamente á su amo la carta que el suizo le dió esta tarde?

—Sí señor, inmediatamente.

—¿Dónde estaba entonces el príncipe?

—Aquí, caballero, en su despacho.

—¿Leyó aquella carta delante de usted?

—No hizo más que recorrerla, después de haber mirado la firma.

—¿Y qué hizo con ella?

—La arrugó y la echó en el cesto que había junto á la mesa, y que no veo ahora.

sierto; nadie le sigue, nadie le ve, y llega enfrente de la parte del hotel Lavisine que da al parque.

En seguida atraviesa rápidamente el césped que le separa del jardinillo, se sube sobre el zócalo de la verja, ve al príncipe sentado en su mesa, con el rostro alumbrado por la lámpara. Sin titubear coge el proyectil que lleva consigo y lo arroja violentamente.

Después de consumado el crimen, huye; procura salir por la calle Rembrandt, encuentra cerrada la puerta, llega á la avenida Van-Dyck, pasa por delante de la vendedora de juguetes, atraviesa la calle, sin duda con intención de ir al faubourg; tropieza con el conductor de ómnibus; luego, cambiando de itinerario por cualquier razón, tal vez por creer que podrá ocultarse mejor en el interior de París, llega al boulevard de Courcelles, y desaparece.

Todo esto apareció con claridad á los ojos del comisario de policía. Pero ¿quién era aquel individuo? ¿Quién era aquel asesino? La carta que recibió el príncipe Lavisine podría tal vez dar la solución de este problema.

X

—¿No le han entregado á usted esta tarde, á las seis y media, una carta urgente para su amo?—preguntó el comisario al suizo del hotel, á quien había mandado llamar.

—Sí señor. La traje el mozo de un café próximo.

—¿A quién se la dió usted?

—Al ayuda de cámara del príncipe.

—Dígale usted que venga.

Transcurrieron algunos segundos: el ayuda de cámara se presentó; el comisario le dirigió esta pregunta:

—¿Entregó usted inmediatamente á su amo la carta que el suizo le dió esta tarde?

—Sí señor, inmediatamente.

—¿Dónde estaba entonces el príncipe?

—Aquí, caballero, en su despacho.

—¿Leyó aquella carta delante de usted?

—No hizo más que recorrerla, después de haber mirado la firma.

—¿Y qué hizo con ella?

—La arrugó y la echó en el cesto que había junto á la mesa, y que no veo ahora.

—Lo encontrará usted debajo de algún mueble. Todo está revuelto aquí...

En efecto, el ayuda de cámara encontró en seguida, en un rincón del despacho, el cesto estrujado y hecho pedazos. Pero no tenía nada dentro, lo que contrarió extraordinariamente al comisario; mas Corbin, el inspector de policía, que buscaba también, le presentó un papel arrugado que encontró bajo la mesa.

—Esta es la carta que entregué á mi amo—dijo el criado;—conozco el papel.

El comisario no titubeó ni un solo instante y leyó la carta que podía guiarle.

Estaba concebida en los siguientes términos:

«Príncipe:

«Vengo de casa de su procurador de usted... Le he suplicado en vano. Me ha dicho que tenía órdenes precisas... Pido á usted por favor que me conceda una prórroga. Si no le pago, no es por culpa mía, se lo juró... Hace algún tiempo que no encuentro trabajo. Pero he inventado una cosa magnífica que puede prestar grandes servicios á la ciencia y enriquecerme de un solo golpe. ¿Qué va á ser de mí si me arroja usted de su casa?... No le imploro por mí, sino por mi hija, á quien tanto quiero... ¡Figúrese usted en la calle, sin asilo, sin recursos, sin nada, siendo tan hermosa, tan hermosa que en el barrio la llaman *Reina de hermosura!*... ¡Qué peligro! ¡Y qué responsabilidad para usted si la miseria la asustase, si no pudiera soportar!... ¡Ahl tiemblo, tiemblo al pensarlo... Soy capaz de

«todo por salvarla... ¡Caballero, caballero, tenga usted compasión!... ¡Qué pueden importar á usted algunos centenares de francos, siendo tan rico!... Pero no, no... Me aborrece usted porque últimamente la amenacé... Ya no amenazo... Ya no amenazo... Espero su contestación con confianza... No me desespere usted, no me impulse usted á cometer alguna atrocidad... Otra vez más le suplico á usted por ella.

»BÉARD.

«40, boulevard de Courcelles.»

La lectura de esta carta acabó de convencer al comisario de policía. Bien fuera por dureza de carácter, ó para castigarle, como decía la carta, el príncipe Lavigne se había mostrado intratable para con uno de sus inquilinos, y éste, después de la última tentativa para enternecerle, al verse rechazado, desesperado, loco, se había vengado.

Una sola pregunta apuraba aún bastante seriamente al magistrado. ¿Por qué, por efecto de qué rareza había elegido el asesino una bomba de dinamita para cometer el crimen? Hasta entonces aquella arma terrible sólo había servido para cometer crímenes políticos, para asesinar á un emperador ó á un rey. Era el arma favorita de un partido, de una secta, pero no la de los asesinos privados.

Estas reflexiones, que atravesaban su pensamiento, no le impedían dar órdenes para la captura inmediata del asesino, si acaso había vuelto á su casa, en vez de escaparse, como era de suponerse.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA HISTÓRICA
"EL FORO DE REYES"
1916. 1625 MONTREY, MEXICO

Extendió un auto de prisión y lo entregó al inspector Corbin, encargándole mucho que procediera con la mayor moderación posible.

Esa advertencia arrancó una sonrisa á Corbin, que la encontraba inútil, pues afirmaba que un buen agente de policía sólo debía usar de la persuasión para prender á los malhechores.

XI

El inspector principal Corbin, con dos agentes, llegó muy pronto delante del número 40 del boulevard de Courcelles. Atravesó el boulevard y, apoyándose en la verja del parque Monceau, examinó la casa.

Sin fachada sobre el boulevard, en el fondo de un pequeño patio, no tenía más que dos pisos, cubiertos por un tejado muy bajito. Por su exigüidad y su vejez resaltaba en medio de las casas de cinco pisos recién construídas en el barrio. El príncipe Lavisine debía haberla comprado, de seguro, para derribarla al terminar el plazo de algún arriendo y para edificar un hermoso hotel.

Hechas estas observaciones, Corbin dejó sus agentes apostados, y atravesando de nuevo la calle,

entró en un estanco que había junto á la puerta, al lado de una tiendecita de ultramarinos.

Después de haber escogido cigarros de diez céntimos (pues cuando entraba en funciones no se privaba de nada) armó conversación con la estancuera, que parecía ser de humor alegre.

—¿Podría usted, señora—le dijo,—darme las señas exactas de un caballero que debe vivir muy cerca de aquí?... Tengo que darle un recado y no sé el número de su casa.

—¿Y tampoco sabe usted cómo se llama?—preguntó riendo la estancuera.

—Eso sí. Se llama Bérard.

—Precisamente no podía usted ser más oportuno... M. Bérard vive en esta misma casa, á lo último del patio, en el piso segundo, puerta de la derecha.

—¡De veras! ¡Qué suerte he tenido al dirigirme á usted!... Pero, ahora que me acuerdo... ¿conoce usted el proverbio?...

—¿Qué proverbio?

—Hay muchos borricos del...

—Del mismo pelo—dijo ligeramente la estancuera, acabando el refrán.

—Eso es, eso es.

—¿Y qué?

—Que si fuese otro Bérard... Ya comprende usted... son las diez de la noche y no quisiera equivocarme... molestar á un desconocido...

—Entonces, dígame cómo es su Bérard de usted y yo le diré cómo es el mío.

—Tendrá unos cincuenta años—dijo Corbin.

—¿Y qué más?

—Buena presencia y buena cara.

—¿Es alto ó bajo?

—Muy alto, según unos, y nada más que alto, según otros. Pero más bien alto que bajo.

—Pues es el que usted busca.

—¿Usted cree?...

—¡Vaya!... sí por cierto... es su verdadero retrato. Además, hay algo que puede aclarárselo á usted...

¿Tiene hijos?

—Sí, según parece, tiene una hija muy linda.

—¡Linda! ¡ya lo creo! diga usted que es magnífica. La llamamos en la casa y en la vecindad *Reina de hermosura*.

—¡Entonces es el Bérard que yo busco!... ¿Usted cree que estará ahora en casa?

—A las diez de la noche!... ¡ya lo creo! Le he visto pasar por delante de mi puerta un poco después de las siete. Volvía, y le aseguro á usted que no ha vuelto á salir.

—Tal vez se haya acostado... Voy á molestarle.

—¡Oh, no! No se acuesta temprano... como nosotros. Trabaja durante gran parte de la noche.

—¿Sí? Pues ¿qué hace?

—¿Qué hace? ¿qué hace?... La verdad que no lo sé... Es un sabio, según me han dicho; un ingeniero, un antiguo discípulo de la Escuela de Minas.

—¡Ah! ¿de la Escuela de Minas?

—Sí... Maneja allá arriba una porción de cosas, hace experimentos y nos asusta á los de la casa.

—¿Les asusta á ustedes?

—Tenemos miedo de que la casa estalle un día. ¿Quiere usted creer que el otro día vino á pedir al vinatero de aquí al lado que le procurase espíritu de madera?

—¿Para qué?

—Para mezclarlo, según decía, con la... con la... ¡diablo de nombre!... con la... nitro... nitroglicerina, eso es... y para volverla menos peligrosa.

—¡Hola, hola!... Decididamente, tiene usted razón... Es el que yo busco... Ya no hay duda. Puedo subir á su casa con la mayor seguridad... ¿En el segundo, á mano derecha? Mil gracias, señora.

Se acercó á los dos agentes, les encargó que se procurasen un coche, que le esperaran delante de la puerta y que detuvieran á todo el que tratase de escapar.

Después, con las manos en los bolsillos, tan tranquilo como si no corriera ningún peligro, se hizo abrir la puerta, atravesó el patio y subió la escalera.

XII

Quando llegó al segundo piso, el inspector se dirigió hacia la puerta de la derecha y llamó. Transcurrieron algunos segundos, se oyó un ruido de pasos y abrieron.

—¿M. Bérard?—preguntó, quitándose el sombrero.

—Yo soy, caballero: ¿qué desea usted?

—Hablarle de un asunto que le interesa mucho en estos momentos. Ruego á usted que me dispense si vengo tan tarde; pero estoy tan ocupado durante el día...

—Entre usted, caballero—dijo Bérard.—Pero—añadió bajando la voz—le agradeceré que haga el menor ruido posible: mi hija está algo cansada, se ha acostado temprano y creo que duerme.

—Descuide usted, caballero—repuso sonriendo Corbin;—acostumbro á andar sin que se me oiga.

Bérard entró delante de él en una piececita que debía servir al mismo tiempo de sala, de comedor y de gabinete. En aquel momento estaba en el mayor desorden. Se veían esparcidos sobre las sillas y las mesas vestidos, libros y papeles.

—¡Una mudanza!—pensó el inspector de policía.—Iba á tomar las de Villadiego; á tiempo he llegado.

Esto no obstante, Bérard no parecía inquieto, sino curioso por saber lo que querían decirle. Se apresuró á desocupar de multitud de objetos una butaca vieja de reps encarnado; se la ofreció á Corbin y, quedándose de pie enfrente de él, apoyado en el mármol de la chimenea, en que se consumían lentamente sobre unas brasas de carbón de cok unos papeles recién arrojados, dijo:

—¿Tal vez venga usted á hablarme de mi nuevo invento?

—No, caballero, no—dijo el inspector con la misma sonrisa.—Su invento de usted me interesa

mucho, pero nos ocuparemos de él en otra ocasión. De quien vengo á hablarle ahora, es del príncipe Lavisine.

—¡Del príncipe Lavisine!—dijo Bérard, sin poder reprimir un movimiento de sorpresa.

—Del príncipe Lavisine: ¿no le ha escrito usted hoy?

—Sí. Pero...

—Primero ha dado á su carta de usted una contestación desfavorable; pero ahora lo ha pensado mejor.

—¡Lo ha pensado mejor!... No puede ser.

—¿Por qué? ¿Acaso cree usted que no ha podido pensarlo mejor?

—No, pero...

—Pero ¿qué?

—Nada.

—Bueno; pues consiente en ver á usted y en oírle, y si quiere usted tener la amabilidad de venir conmigo...

—¡Esta noche, tan tarde!... No, no puedo dejar á mi hija sola... El barrio no es muy seguro...

—¡Ah! ¿usted cree? Pues venga usted á quejarse al comisario de policía; voy á presentarle á usted...

Le está esperando.

—¿Me está esperando?

—Sí; y como tengo prisa, voy á decir á usted por qué le espera.

—¿Por qué?

—La carta que usted ha escrito esta tarde al príncipe Lavisine contenía amenazas; el príncipe se ha creído en el caso de trasladársela al comisario de poli-

cía, que desea ver á usted... Vamos, caballero, tenga usted la bondad de venir conmigo... Soy inspector del cuerpo de seguridad. Aquí está mi nombramiento.

—¡Ay, Dios mío!—exclamó Bérard.

Y, dando unos pasos hacia Corbin, añadió:

—Pero si no le he amenazado! Al contrario, le decía: «Ya no le amenazo á usted.»

—Por lo visto, le había usted amenazado en otra ocasión... No quiere que se vuelva á repetir... Se lo ruego, no hagamos esperar al comisario; tiene poca paciencia... Póngase usted el sombrero y el gabán, y vamos.

Bérard estaba abatido, desesperado, sin fuerzas para defenderse ni para hacer resistencia.

—Bueno, bueno—dijo por fin.—Ya voy... Pero, por Dios, no levante usted la voz; no haga ruido. Mi hija... no tiene que saber...

—No se enterará de nada.

Como hombre prudente, que está en todo, aprovechó el momento en que Bérard buscaba su sombrero para coger las tenazas y sacar de la lumbrera algunos papeles que el cok no había consumido aún.

—¡Heme aquí!—dijo Bérard, después de haberse acercado al cuarto de su hija para ver si seguía durmiendo.

—Tenga usted la bondad de salir el primero—dijo Corbin.

Bérard obedeció, cerró la puerta de la habitación, cogió la llave y bajó la escalera.

El inspector iba tras él, con las manos metidas en los bolsillos, pensando muy satisfecho:

—La persuasión, y nada más que la persuasión... Es lo mejor... Sustituye con ventaja á las cuerdas y á las esposas.

XIII

Delante de la puerta encontró Corbin á sus dos agentes, que le esperaban con un coche que acababan de mandar parar.

Uno de ellos se acercó á su jefe y le dijo en voz baja, señalando á Bérard:

—¿No se habrá usted olvidado de registrarlo?

—¿Para qué?

—¿Y si se empeñase en matarnos á todos en el coche?... Un hombre que maneja tan bien la dinamita...

—Tranquílcese usted—dijo el inspector sonriendo.—No conozco ningún caso en que un hombre haya arrojado dos bombas en un solo día... Basta con una, y puedo asegurar que no se le ocurrirá volverlo á hacer... Si tienen ustedes la más pequeña inquietud, sigan el coche á cierta distancia; en cuanto á mí, nada temo.

El agente, para demostrar que no tenía miedo, se sentó de un brinco en el pescante, mientras que

Corbin hacía montar en el coche al preso y se sentaba á su lado.

Dos minutos bastaron para llegar á la calle de Murillo, frente al hotel Lavisine.

—¿Qué hace ahí tanta gente?—preguntó Bérard, admirado de ver en aquella calle, por lo regular tan tranquila, una muchedumbre compacta, difícilmente contenida por los guardias de orden público.

—Un fuego de chimenea tal vez—contestó Corbin.—¡Son tan tontos los parisienses!

En el vestíbulo del hotel entregó el preso á los agentes de policía y fué á presentarse al comisario para darle cuenta del desempeño de su cometido.

—Creo—dijo al terminar—que ese individuo va á dar que hacer á la justicia... Es muy solapado... Está nervioso, agitado; parece que va á escurrirse, pero no se entrega.

—Bueno—dijo el comisario de policía.—Que entre en el saloncito que hay junto á este despacho, y reúna usted, para que los confronte con él, á todos los testigos á quienes he interrogado antes. Les he encargado que no se marcharan.

Después se trasladó con su secretario al saloncito de que había hablado, y al poco rato empezaba á interrogar al detenido.

—Ha dirigido usted—le dijo—amenazas al príncipe Lavisine. ¿Por qué?

—¿Por qué?—contestó Bérard,—porque, como soy pobre y desgraciado, se mostraba conmigo duro y sin piedad... Pero mi carta de hoy, como ya lo he dicho, no contenía ninguna amenaza.

—Dispense usted... Aquí está la carta. Termina con estas palabras: «No me desespere usted, no me impulse usted á cometer una atrocidad.» ¿Qué quería usted decir?

—No lo sé... La he escrito muy á la ligera. Por lo visto, pensaba en el suicidio.

—¿En el suicidio! ¿No tiene usted una hija?

—Sí señor.

—Se refiere usted á ella en la carta, y dice usted que la quiere.

—¡Ya lo creo!.. la quiero con toda el alma.

—¿Y pensaba usted en matarse? ¿Qué hubiera sido de ella?

—Hubiera muerto conmigo.

El comisario le miró fijamente y le dijo:

—Parece que está usted muy exaltado en este momento. No veo la razón.

—¡Ah! ¡de veras! ¡No ve usted la razón!—contestó Bérard, cuya exaltación pareció aumentar.—Yo sí la veo... No puedo tener sangre fría, no puedo dominar mi indignación... Es un hombre poderoso, con millones... No sabe lo que hacerse con su fortuna... Vive en un palacio... Y yo, pobre trabajador, pero bueno en el fondo, se lo aseguro á usted, caballero, á pesar de mi carácter irascible á ratos... irascible porque he sufrido mucho... yo le suplico que me deje vivir tranquilo, durante algún tiempo más, en la modesta habitación que me ha alquilado; que no me venda mis últimos muebles, los antiguos recuerdos de una vida en otro tiempo más feliz, las butacas, el sofá en que descansaba mi pobre mujer durante la enfermedad

que me la arrebató... Y nada... se niega; manda á su procurader que venda, le manda que me eche de su casa. Y no es eso todo... No le basta con eso... Porque en mi carta, escrita en un momento de irritación, he dejado escapar una frase sin importancia... pues, como usted ha dicho muy bien, no se mata uno cuando tiene una hija... Se dice, se escribe, pero no se hace. Por esa frase que interpreta mal... sí, mal: no es á él á quien amenazo, es á mí mismo... le llama á usted, me denuncia, me manda traer ante usted... Pues bien, caballero, eso es una mala acción, una acción indigna... No quisiera yo haberla cometido; dígaselo usted. Mañana me dejará sin lo mío, me arrojará de su casa... Quedaré muy pobre; pero, con eso y con todo, prefiero llamarme Bérard que no príncipe Lavisine.

XIV

El comisario de policía, acostumbrado á las hipocresías y á las farsas de los detenidos, de los acusados, que defienden palmo á palmo su libertad y su vida, no podía menos de concebir algunas dudas respecto á la culpabilidad de Bérard, desde que le miraba y le oía hablar. Le parecía á veces que no tenía la voz, ni los gestos, ni la cara de un criminal.

—He conseguido reunir á todos los testigos para

la confrontación—vino á decirle al oído el inspector Corbin.

—Que entren uno tras otro, por el orden indicado en este papel—dijo el comisario.

Se acordaba de las pruebas terribles reunidas ya contra el detenido, se arrepentía de sus dudas y quería afirmarse cuanto antes en sus ideas primitivas.

El dueño del café en que Bérard había escrito la carta al príncipe Lavisine le reconoció inmediatamente sin titubear.

—Pero—preguntó Bérard asombrado, echando á su alrededor miradas inquietas,—¿por qué se me pone frente á frente con ese caballero para que me reconozca? No trato de ocultar que he pasado hoy en su casa más de una hora y que he escrito la carta que se me censura.

El comisario de policía le dijo, sin contestar á esa observación:

—¿Cuál es el objeto voluminoso que llevaba usted en el bolsillo del gabán?

—¿En el bolsillo? No sé... tal vez un libro... Cuando salgo llevo siempre algún libro para leer al andar por las calles.

Después del dueño del café vino el conductor de ómnibus.

—¡Es él, es él!—exclamó en cuanto se vió en presencia de Bérard.

—¿En dónde me ha visto usted?—preguntó éste.

—En el boulevard de Courcolles, enfrente del número 98. Iba usted muy de prisa. Estaba usted muy agitado. Hablaba usted solo al andar.

—Es muy probable... Estaba furioso, muy irritado contra el príncipe: en tales momentos me ocurre frecuentemente el hablar solo.

—¿Volvió usted a su casa?—preguntó el comisario.

—Sí señor.

—Entonces ¿por qué subía usted por el boulevard, en dirección opuesta a su domicilio?

—¡Ah! ¿Cree usted que?... En efecto, me acuerdo... Estaba tan preocupado que no hacía caso del camino que llevaba... Pero advertí mi equivocación y me volví por el mismo camino... ¿No me ha visto usted regresar?—añadió dirigiéndose al testigo.

—Sí, y así lo he declarado.

Entonces se interrogó á los guardas del parque y á la vendedora de juguetes de la avenida de Van Dyck.

Fueron menos afirmativos que los testigos anteriores respecto al parecido.

—Suponemos que es el mismo—decían mirando á Bérard...—A pesar de que la persona que pasó por delante de nosotros nos pareció más alta.

Durante un instante, el comisario de policía se preguntó si, en vez de seguir una pista, no seguía dos; si no se hallaba en presencia de dos personas completamente distintas: la primera llega al café, escribe una carta, espera la contestación y después, á eso de las siete, se vuelve á su casa. La segunda no aparecía hasta las siete menos cinco: entra directamente en el parque por la avenida Ruysdael, se dirige rápidamente hacia el hotel Lavisine, arroja la bomba de dinamita, trata de salir por la verja de la calle Rembrandt, la en-

cuentra cerrada, llega á la avenida Van Dyck, aún abierta, y desaparece por un camino desconocido.

—Pero, por fin, caballero, ¿de qué se me acusa?—exclamó de pronto Bérard.

—¿Le he dicho á usted que se le acusaba de algo?—repuso el comisario.

—No. Pero hoy no he puesto los pies en el parque Monceau. ¿Por qué pregunta usted á los guardas y á esta mujer si me han visto?

—Va usted á saberlo—dijo el comisario levantándose.—Entre usted en el cuarto del príncipe, va usted á verle.

—¡Ver al príncipe!—exclamó Bérard muy conmovido...—No, no, no quiero, no quiero.

—¿Por qué?

Titubeó y contestó.

—Porque se ha portado muy mal conmigo... Soy muy irascible, muy violento, lo confieso... no podría contenerme y le echaría en cara su conducta... Es inútil... ¡No quiero, no quiero!

—Sin embargo, es preciso... Entre usted—dijo el comisario con energía, abriendo la puerta de comunicación con el despacho en que estaba el cadáver del príncipe.

Bérard se resistió aún un poco, pero entró por fin, precedido del comisario, que se colocó de manera de poder observarle bien.

XV

Por orden del comisario de policía hacía un momento que habían traído lámparas y candelabros encendidos á la habitación en que acababa de entrar Bérard. Junto al cadáver, que continuaba en el mismo sitio, rodeado de sangre, habían colocado una de esas lámparas con reflector que proyectan sus rayos sobre el punto deseado.

Bérard recorrió con una mirada el despacho en desorden, trastornado, con los muebles rotos y tirados por todas partes: después se fijaron sus ojos en el cadáver.

—Dió un grito y retrocedió.

—Ande usted—dijo Corbin.

—No, no—balbuceó sin dejar de retroceder.—¿Para qué me han traído aquí?... ¿Para qué me hacen andar sobre esta sangre? ¿Qué cadáver es ése?

—Mírelo usted más cerca—repuso el inspector, obligándole á avanzar,—le conocerá usted.

—¡No puedo conocerle! ¡no tiene cara!

Entonces el comisario de policía se le acercó y le dijo:

—Es el príncipe Lavisine... el príncipe Lavisine, á quien ha matado usted.

—¡Yol... yol... yol..

—¡Sí, usted! Confíeselo usted... Todo le acusa... Su emoción, su espanto ante su víctima... Sus amenazas repetidas con frecuencia... Su carta de hoy... La fuga que preparaba usted, y sobre todo, sobre todo, sus estudios sobre la dinamita, sus experimentos... Pues lo que ha matado al príncipe ha sido una bomba de dinamita... Confíeselo usted... se lo aconsejo en beneficio suyo... Se le tratará con indulgencia... Se dirá que estaba usted irritado por la dureza con que se ha portado el príncipe, desesperado por la miseria... Confíese usted, arrepíentase usted: es el único medio de poder salvar su cabeza.

—No confesaré—dijo Bérard con voz fuerte y vibrante.—No he cometido ese crimen... Es una infamia el acusarme á mí... No lo confesaré jamás. Que hagan conmigo lo que quieran. ¡Era ya tan desgraciado, que no temo llegar á serlo más!

Pero esa resignación duró muy poco: una idea brotó de pronto en su cerebro, y gritó:

—¡Mi hija! ¡mi hija! ¡qué va á ser de ella!

Ese grito fué tan desgarrador, que hasta el comisario de policía se sintió conmovido. Con la esperanza de conseguir revelaciones, había fingido creer que Bérard se había vendido. Pero su conciencia no le permitía detenerse ante esa idea: no podía deducir una prueba de culpabilidad de la emoción del acusado. Sabía perfectamente que un inocente á quien se enseña de pronto el cadáver ensangrentado, mutilado de una persona, no puede reprimir su emoción. Los culpables son los que, la mayor parte de las veces,

conservan su sangre fría enfrente de su víctima y representan, como actores consumados, una escena de asombro ó de indiferencia. Pero había cumplido con su deber, como lo iba á cumplir de nuevo al practicar un reconocimiento en el domicilio del acusado.

Llamó aparte al inspector Corbin, le comunicó su intención de trasladarse inmediatamente al boulevard de Courcelles, núm. 40, y le mandó que llevara allí á Bérard.

—¿Me llevan á la cárcel?— preguntó el preso cuando se vió de nuevo en el coche.

—Nada de eso—contestó Corbin con amabilidad; vamos á su casa de usted.

—¿A qué?

—A practicar una pequeña formalidad que es indispensable, un reconocimiento.—Y acordándose de los temores de Bérard respecto de su hija, añadió:—Tranquiliéese usted, caballero; no haremos más ruido que el que yo he hecho antes.

El preso no contestó: se había acurrucado en un rincón del coche: con los ojos secos, la mirada fija, parecía pensar profundamente. Pensaba tal vez que un cúmulo inaudito de circunstancias le acusaba, que estaba perdido. Buscaba el modo de defenderse, las palabras que tenía que pronunciar, los testimonios que tenía que invocar para salir de la situación en que se encontraba, para recobrar la libertad, para salvar la vida.

En el instante en que el carruaje que conducía á Bérard y á Corbin y á sus dos agentes se paró frente al núm. 40 del boulevard de Courcelles, llegó

también un cupé, del que bajaron el comisario de policía y su secretario.

Llamaron. El comisario se nombró: la portera abrió, protestando contra aquella invasión nocturna, y subieron todos.

Bérard, silencioso y abatido, introdujo en su habitación á las personas cuya visita forzosa recibía.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

XVI

Después de haber reparado, como el inspector Corbin, los preparativos de la mudanza hechos por el acusado, M. H., quiso dar una ojeada á los libros y manuscritos que llenaban un baúl. Bérard le presentó varios cuadernos y diversos volúmenes.

—Estudios de química—dijo el comisario, después de haber leído algunos títulos.

—¿No es muy natural que estos libros estén en mi poder?—dijo Bérard, con una voz que trataba en vano de parecer segura. Soy ex discípulo de la Escuela de Minas.

—¿Sin destino, sin posición hoy?

—Hoy, puede ser, caballero; pero he estado muchos años empleado en el Ministerio de Obras públicas.

—¿Y por qué no continúa usted en su destino?
Bérard titubeó, pero acabó por decir:

—A consecuencia de un altercado con un ingeniero jefe, me vi precisado á presentar la dimisión.

—Tome usted nota de esa declaración—dijo el magistrado á su secretario.—Servirá para demostrar la violencia de carácter del acusado.

Bérard no contestó.

—En la carta dirigida al príncipe—repuso M. H.—hablaba usted de un invento que debía enriquecerle. ¿De qué invento se trata?

Bérard, que no había previsto esta pregunta, palideció aún más.

—Vamos á ver, conteste usted—dijo el magistrado insistiendo.—Esas dudas le perjudican... ¿No quiere usted?... Pues le ayudaré... ¿No se trataría, por casualidad, de un producto químico completamente nuevo, cuyo nombre veo escrito en esos folletos?... La *pan-clastita*, nombre que se compone de dos palabras griegas que significan *rompe todo*. Usted mismo lo dice... Mire usted...

Bérard olvidó por un momento su situación. Apareció el inventor.

—Sí, caballero—contestó con voz más animada;—es un producto extraordinario, que he compuesto, inventado en estos últimos días... Puede prestar inmensos servicios á la ciencia, para socavar minas, para perforar montañas, para dominar todos los obstáculos. Tiene diez veces más fuerza de explosión que la dinamita.

De pronto se detuvo temblando, asustado. Com-

prendió que acababa de entregar nuevas armas contra él.

En efecto, el comisario de policía le dijo:

—¿Y persiste usted en negar?... Reflexione usted... Todo parece demostrar que, dado lo violento que es usted, loco de ira y decidido á vengarse del príncipe, ha hecho usted sobre él el experimento de su nuevo y terrible producto.

—¡No! ¡no! ¡no!—gritó Bérard, olvidando que su hija podía oírle.

Corbin acababa de acercarse al comisario.

—Sírvase usted—le dijo al oído—echar una ojeada sobre este papel que he sacado de la lumbre, hace dos horas. Acabo de recogerlo: puede ser interesante.

—Venga.

Era el borrador de una carta, escrita de puño y letra de Bérard. La llama había hecho desaparecer algunas palabras, pero era fácil adivinarlas, y el comisario pudo leer lo que sigue:

«Hace usted mal en no atenderme... No conoce usted la fuerza de que dispongo, el poder que la ciencia me presta... Si quisiera, podría de un solo golpe destruir, incendiar todas las casas que usted posee, su hotel, sus palacios de Rusia, y hacer saltar las minas que tantos millones le producen... ¡Ah! debiera usted considerar á un hombre como yo y no tratarme como enemigo.»

—Comprendo que se le haya á usted ocurrido la idea de quemar este papel—dijo el magistrado cuando hubo acabado de leerlo. Por lo visto, es el borrador de alguna carta escrita por usted al príncipe Lavisiere.

—Sí—murmuró Bérard.

—¿Y mandó usted esa carta?

—Sí, hace dos meses.

—Aquí están, en efecto las amenazas á que alude usted en su carta de hoy... ¿Y se ha sorprendido usted de que el príncipe se haya mostrado severo, que haya querido arrojarle de su casa?... Por el contrario, ha debido usted admirarse de que no diera entonces parte... Despreció las amenazas, y ese desprecio le ha costado la vida... Vamos, esta última prueba me basta... Mis averiguaciones han terminado.

En el momento que pronunciaba estas palabras, se abrió una de las puertas de la sala y se presentó Juana Bérard.

XVII

Juana Bérard merecía el apodo de *Reina de hermosura*. Alta, completamente formada, con airoso talle, con caderas muy pronunciadas, tenía todas las curvas, todos los contornos exquisitos de la mujer que se halla en todo su desarrollo. Únicamente, la cabeza admirable, colocada sobre aquel hermoso cuerpo, indicaba que Juana no era más que una joven recién llegada á la vida, con toda su lozanía y toda su inocencia. Cabellos rubios, de un hermoso color de oro,

servían de marco á su rostro, algo pálido por lo regular, pero que la sangre tenía á la más pequeña emoción. Su frente era alta; la nariz griega, de una gran pureza de líneas; los ojos, de azul oscuro, muy rasgados, con largas pestañas; la mirada vaga, de una dulzura infinita; los labios asombrosos de color, forma y expresión.

Despertada bruscamente por el ruido de las voces, admirada, inquieta, se había bajado de la cama, se había vestido á toda prisa con una larga bata blanca de lana y había abierto la puerta de la sala.

Se detuvo avergonzada, asustada, al ver tanta gente, y estuvo á punto de retirarse. Pero vió á su padre pálido, tembloroso, decaído y, sin preocuparse de los que estaban allí, corrió hacia él y le preguntó vivamente, cogiéndole ambas manos:

—¿Qué sucede?... ¿qué tienes?... ¿qué ocurre?...

No contestó. No se atrevía. No podía.

Entónces se volvió hacia aquellos desconocidos.

Todos callaron.

—¡Ah! ¡quiero saberlo! ¡quiero saberlo!...—exclamó.

Al mismo tiempo, de repente, la expresión de dulzura que había en su rostro desapareció; su mirada se animó, sus dientes brillaron bajo sus labios abiertos. La joven cedió el puato á la mujer enérgica, de ardiente voluntad.

El comisario de policía, conmovido, á pesar suyo, bajo el encanto de aquella inmensa hermosura, no queriendo tratar con demasiada crueldad á la que le interrogaba, pero atormentado al mismo tiempo por el deseo de proseguir su obra, de llegar por con-

ducto de la hija á conocer al padre, acabó por decir:

—Señorita, en este barrio ha ocurrido hoy un acontecimiento grave, y, como comisario de policía, me he visto precisado á practicar una indagatoria... Su padre de usted podía enterarme, y me he presentado en su casa.

—¿A qué acontecimiento se refiere usted, caballero?

—El príncipe Lavisine, dueño de la casa que ustedes habitan, y á quien conoce de nombre al menos, acaba de ser asesinado.

—Y me acusan de haberle matado!—exclamó Bérard, levantándose de pronto, cogiendo las manos de su hija, y mirándola fijamente.

—¿A tí!... ¡á tí!...—dijo ésta.

Y, volviéndose hacia el comisario de policía, hacia todos los hombres que estaban allí, con la cabeza levantada, admirable de indignación, añadió:

—¿Qué locura!... ¡están locos estos señores!... ¿De dónde proceden esas sospechas?... ¿Qué indicios tienen ustedes que les permitan acusar de un crimen á mi padre?

Bérard fué el que contestó. Iba recuperando su valor al ver que le defendían con aquella energía.

—Me acusan—dijo—porque hace tiempo, un día de delirio... ya lo sabes, tú que conoces todos mis actos, todos mis pensamientos... he amenazado al príncipe Lavisine.

—Hiciste mal, ya te lo he dicho—repuso Juana con voz breve;—pero hay diferencia entre la amenaza y la ejecución... ¿Qué más? Dímelo todo, toda la verdad

sin ocultarme nada. Quiero saberlo todo para defenderte mejor.

—Le he vuelto á escribir hoy—continuó Bérard.—Estaba desesperado al pensar que mañana iban á vender todos estos muebles, que tienes en tanto aprecio, y que teníamos que salir de esta casa, en que tu pobre madre ha muerto.

—¿Y le has amenazado otra vez en esa carta?—preguntó.

—No. Me refería á mí mismo. Decía que sería capaz de cometer una atrocidad.

—¿Por qué no me has hablado de esto?

—Me hubieras censurado.

—Sí por cierto.

—Además, estabas cansada por los preparativos de la mudanza; te retiraste á tu cuarto temprano.

—Es verdad... Pero—repuso Juana—ésas no son pruebas... ¿Qué más hay?

—El príncipe ha muerto, herido por una bomba de dinamita... y ya sabes cuáles son los trabajos á que me dedico por lo regular.

—¿No hay nada más?

—Nada más.

XVIII

Juana de pie, junto á su padre, y con voz que, por un gran esfuerzo de voluntad, parecía tranquila, decía al comisario de policía:

—Caballero, no sé lo que mi padre habrá dicho para defenderse. Indignado con la acusación que se le ha dirigido, tal vez se haya defendido muy mal... Permítame usted que yo le defienda, que le diga á usted lo que es mi padre, y todas sus sospechas desaparecerán inmediatamente, estoy segura.

—Hable usted, señorita. El público se engaña al creer que nuestra misión consiste sólo en buscar criminales... Lo que buscamos es la verdad, y nos congratulamos mucho cuando encontramos algún inocente.

—Pues bien, caballero—repuso Juana procurando sonreír,—está usted delante del hombre más inocente que ha existido... inocente del crimen de que se le acusa, inocente en todos sus actos, en toda su vida... Lo sé por mi pobre madre, que le conocía muy bien. Continuamente me hablaba de él, y hacia el fin de su enfermedad me decía: «Cuando yo no exista ya, amale, protégelo, mímale á tu querido padre... No podría vivir sin tus cuidados, sin tu cariño... Trátale como si fuera tu hijo.»

Se detuvo, enjugó una lágrima que cayó de sus ojos, y continuó:

—Sí, es un niño... Tengo razón, y mi madre la tenía también... Un niño con todas sus rabietas y sus furores, apaciguados en seguida con una sonrisa, con una palabra cariñosa, con un beso... Ha amenazado al príncipe. Me lo dijo, le regañé... y le vi llorar al pensar que hubieran podido tomar por lo serio sus amenazas... ¿De qué proviene que, á su edad, es violento y tierno á la par, nervioso con exceso? Proviene de que ha trabajado toda su vida, de que ha trabajado con la imaginación, con el alma, sin tregua, sin descanso... Siempre está ahí, delante de esa mesa, embebido en sus libros, en sus manuscritos, con la cabeza inclinada, con la mirada febril, buscando, buscando siempre, no pensando más que en nuevos descubrimientos... No es la fortuna lo que él ve como resultado, como recompensa de su eterno trabajo... No se acuerda de ella, sino el día en que tengo precisión de decirle: «Padre, ya no hay dinero en casa, y sin embargo hay que comer forzosamente para vivir...» Tampoco se acuerda de la gloria: es demasiado modesto, tiene costumbres demasiado sencillas. ¡Si usted supiera lo que le molestaría el ser conocido, ilustre!... No; piensa únicamente en los progresos que puede hacer la ciencia, la industria, en los servicios que puede prestar á todos... Y esos pensamientos que le acosan sin cesar, ese trabajo continuo, aumentan su irritación nerviosa y le vuelven á veces violento, colérico... Pero dura poco, caballero, dura poco... Yo sé apaciguarle.

Pasó el brazo alrededor del cuello de su padre, y,

apretándose contra él, acariciándole con una larga mirada, continuó:

—Pero si le quiero, si le mimo, me lo devuelve con creces. Es tan bueno para mí, que no puede usted formarse una idea... Siempre con gran dulzura, nunca se encoleriza. No podría incomodarse con su hija adorada... Él es el que me ha educado. Nunca he ido al colegio, nunca me he separado de él... Me ha enseñado todo lo que sé, letras, ciencias... Me ha preparado para los exámenes que he sufrido en el Hotel de Ville... Se lo debo todo... ¡Qué abnegación tan grande y tan continuada!... Si no es rico á estas horas, yo tengo la culpa; me ha sacrificado su posición, su porvenir... Le querían mandar últimamente á la Guyana francesa á dirigir minas de gran importancia. Le daban veinticinco mil francos anuales y un beneficio en el negocio; lo ha rehusado, porque temía por mí el clima de aquellos países y no quería tampoco dejarme aquí sola... Ha preferido vivir en la miseria, pero á mi lado, velando sobre mí, como yo velo sobre él... ¡Es tan bueno, es tan bueno!

Se detuvo bruscamente y, dejando á su padre, dijo, aproximándose al comisario de policía:

—Dispéñese usted, caballero, dispéñese usted; he hablado demasiado de él y de mí... Pero quería que le conociera usted bien... Le acusaban, le creían capaz de cometer un crimen... y, para demostrar el error, he contado su vida. Le he dicho á usted: ése es, he ahí su corazón. Pero eso no le basta á usted... Cree haber recogido contra él lo que se llama, me parece, indicios, pruebas... Pues bien, discutámclos... Hace

un momento me decía usted: «Busco la verdad.» ¿Quiere usted que la busquemos juntos?... No puede negarse á una hija el derecho de defender á su padre. Diga usted, caballero, ¿quiere usted, quiere usted?

—Bueno, señorita.

Seducido por aquella palabra persuasiva, irresistible, y también bajo el encanto de aquella magnífica belleza, había vuelto á sus dudas; ya no sabía qué pensar.

Hizo una seña á Corbin y á los dos agentes, que se retiraron á la pieza inmediata, y se quedó solo con su secretario, Bérard y su hija.

XIX

Había obligado á su padre á sentarse en el sofá; se sentó á su lado, frente al comisario de policía, á quien había ofrecido una butaca, y dijo con gran tranquilidad:

—Si yo llegara á probar que mi padre estaba conmigo cuando se cometió el crimen, ¿qué sucedería, caballero?

—Demostrando palpablemente, con claridad y con testimonios indiscutibles, la ausencia de su padre del lugar del crimen en el momento en que se cometió, todas las demás presunciones caerían por la base.

Pero, en ese caso, me parece más natural que sea yo el que pregunte... Le ruego que me conteste con la mayor sinceridad.

—De seguro, caballero. Yo digo siempre la verdad, suceda lo que quiera.

—¿A qué hora salió hoy su padre de usted?

—A las cuatro en punto... No puedo equivocarme: miré el reloj y le dije: «Date prisa, que van á cerrar el despacho.»

—¿Adónde iba?

—A casa del procurador del príncipe Lavisine, para procurar conseguir una demora para la venta que nos amenazaba.

—En efecto, concuerda con lo que dice la carta.

Y repuso:

—Al salir, ¿llevaba su padre de usted algún objeto voluminoso?

—Sí, libros, según acostumbra. Los he sacado del bolsillo del gabán después de comer... Mírelos usted, aquí están.

—Ahora, señorita, conteste usted á esta pregunta importante, tomándose el tiempo necesario para reflexionar... ¿A qué hora volvió su padre de usted?

—No necesito reflexionar para contestar á esa pregunta. Volvió á las siete menos cinco. Nos sentamos siempre á la mesa á las siete en punto, y no he notado que se hubiera retrasado.

—¿Está usted segura?

—Sí señor.

—Me alegró mucho, pues el príncipe ha sido asesinado á las siete en punto.

Parecía, en efecto, muy satisfecho de aquellas contestaciones, á pesar de que destruían una parte de su indagatoria. Pero de pronto volvió á aparecer el magistrado. Sacó su reloj, lo miró y dijo:

—Desgraciadamente, su reloj de usted va diez minutos atrasado... me veo en la precisión de hacerlo constar... Esos diez minutos de diferencia han podido bastar á su padre para volver á casa...

—¿Después de haber matado al príncipe Lavisine, no es verdad?—repuso Juana animándose.—Y después de haber cometido ese crimen horrible, monstruoso, ha vuelto, me ha besado como siempre, se ha sentado á la mesa y ha comido con tranquilidad y con sosiego, enfrente de mí... ¡enfrente de su hijo!

—¿Tenía verdaderamente toda su libertad de espíritu, toda su sangre fría?

—¿Su libertad de espíritu? Sí por cierto. ¿Su sangre fría? No. Declamaba contra el príncipe, se quejaba de su proceder, le maldecía... Si le hubiera matado, ¿no se hubiera apaciguado su ira?

—Es verdad; pero como nadie ha asistido á la comida de usted, nadie ha visto, ni oído, ni observado á vuestro padre.

—Sí señor, yo.

—¡Ay! su testimonio será discutido. Está usted demasiado interesada en el asunto.

Sin perder ánimo, la señorita Bérard se puso á buscar nuevas objeciones, nuevos argumentos para combatir con su adversario. Creyó, sin duda, haber encontrado uno, pues dijo al cabo de un instante:

—El príncipe Lavisine, según lo que se ha dicho

delante de mí, ha sido matado por una bomba, ¿no es verdad, caballero?

—Sí, señorita.

—Y como mi padre se ha ocupado toda la vida de química; como ha estudiado todas las materias, todas las sustancias, todos los líquidos que estallan, y como ha inventado... pues conozco todos sus trabajos, un nuevo producto explosivo, dedúcese que él es quien ha arrojado la bomba... Pero ¿de dónde ha sacado esa bomba? ¿en dónde la ha encontrado? ¿o dónde la ha fabricado? ¿quién se la ha dado?... Si un hombre hubiera sido asesinado de un pistoletazo, y encontráseis pólvora en los bolsillos de la persona acusada, ¿se contentaría usted con esa prueba? No. Se ocuparía también de buscar la pistola... Querría usted saber de dónde venía, adónde iba. Pues bien, lo repito, ¿dónde ha podido mi padre procurarse esa bomba? ¿Cómo la tenía en su poder? ¿No le llama á usted la atención esta objeción, caballero?

—Sí por cierto, no carece de valor; se tendrá en cuenta, señorita.

El encanto continuaba. *Reina de hermosura* había dominado decididamente al comisario de policía.

En aquel momento, el inspector abrió tímidamente la puerta de la sala.

—¿Qué quiere usted, Corbin? —le preguntó su jefe en cuanto le vió.

—Quisiera, señor comisario, con su permiso darle cuenta de un descubrimiento grave.

—Hable usted, le escucho.

XX

El inspector, dirigiéndose al comisario, dijo:

—Hace un instante, como no tenía nada que hacer, entreabrí maquinalmente un armario pequeño que hay en la antesala. Estaba lleno de vestidos y de calzado... He creído de mí deber tomar la medida del calzado.

—¿Y qué resulta?

—Que tiene veintisiete centímetros de largo por nueve de ancho. Me parece que es exactamente la misma medida que la de las huellas de pasos que el señor comisario ha visto al principio de su indagatoria.

—Pero también es —repuso inmediatamente la señorita Bérard— el tamaño ordinario del pie de cualquier hombre algo alto... y nada nos asegura de que el asesino del príncipe Lavisine no sea de estatura tan elevada como mi padre.

—¿Y es ése el descubrimiento grave? —preguntó el comisario de policía á Corbin, con tono en que se notaba ligero mal humor.

—No señor. No he hablado á usted del calzado sino para explicarle de qué modo había llegado á hacer ese descubrimiento.

delante de mí, ha sido matado por una bomba, ¿no es verdad, caballero?

—Sí, señorita.

—Y como mi padre se ha ocupado toda la vida de química; como ha estudiado todas las materias, todas las sustancias, todos los líquidos que estallan, y como ha inventado... pues conozco todos sus trabajos, un nuevo producto explosivo, dedúcese que él es quien ha arrojado la bomba... Pero ¿de dónde ha sacado esa bomba? ¿en dónde la ha encontrado? ¿o dónde la ha fabricado? ¿quién se la ha dado?... Si un hombre hubiera sido asesinado de un pistoletazo, y encontráseis pólvora en los bolsillos de la persona acusada, ¿se contentaría usted con esa prueba? No. Se ocuparía también de buscar la pistola... Querría usted saber de dónde venía, adónde iba. Pues bien, lo repito, ¿dónde ha podido mi padre procurarse esa bomba? ¿Cómo la tenía en su poder? ¿No le llama á usted la atención esta objeción, caballero?

—Sí por cierto, no carece de valor; se tendrá en cuenta, señorita.

El encanto continuaba. *Reina de hermosura* había dominado decididamente al comisario de policía.

En aquel momento, el inspector abrió tímidamente la puerta de la sala.

—¿Qué quiere usted, Corbin? —le preguntó su jefe en cuanto le vió.

—Quisiera, señor comisario, con su permiso darle cuenta de un descubrimiento grave.

—Hable usted, le escucho.

XX

El inspector, dirigiéndose al comisario, dijo:

—Hace un instante, como no tenía nada que hacer, entreabrí maquinalmente un armario pequeño que hay en la antesala. Estaba lleno de vestidos y de calzado... He creído de mí deber tomar la medida del calzado.

—¿Y qué resulta?

—Que tiene veintisiete centímetros de largo por nueve de ancho. Me parece que es exactamente la misma medida que la de las huellas de pasos que el señor comisario ha visto al principio de su indagatoria.

—Pero también es —repuso inmediatamente la señorita Bérard— el tamaño ordinario del pie de cualquier hombre algo alto... y nada nos asegura de que el asesino del príncipe Lavisine no sea de estatura tan elevada como mi padre.

—¿Y es ése el descubrimiento grave? —preguntó el comisario de policía á Corbin, con tono en que se notaba ligero mal humor.

—No señor. No he hablado á usted del calzado sino para explicarle de qué modo había llegado á hacer ese descubrimiento.

—Veamos.

—Volví á colocar las botas en el mismo sitio en que estaban antes, cuando, en el fondo del armario, en la tabla de abajo, vi unos objetos brillantes.

—¿Qué objetos?—preguntó el magistrado.

El inspector, mirando fijamente á Bérard, que acababa de estremecerse, contestó:

—Bombas de hierro.

—¡Ahl

—Ya sé, ya sé—exclamó en seguida Juana Bérard...—Son recuerdos del sitio. Muchos parisienses los tienen en casa... No hace mucho comerciaban con ellos, los vendían por todas partes.

—¿Y usted los compró?—dijo el comisario, interpellando directamente á Bérard.

—Sí señor.

—¿Como recuerdo?

—No; para estudiar el mecanismo de esas bombas, que son de fabricación alemana.

—¿Cuántas tenía usted?—preguntó el comisario al acusado.

—Dos—contestó Bérard.

—Dispense usted—repuso Corbin con gran cortesía,—me parece que se equivoca usted, caballero. Ha debido usted tener tres.

—¡Nunca, nunca!

—¿Por qué cree usted que había tres bombas en vez de dos?—preguntó el comisario al inspector.

—Porque el armario es húmedo, las bombas podían oxidarse y las han untado de aceite.

—Eso no es contestar á mi pregunta.

—Dispense usted, señor comisario. Aún se ve en la tabla la marca grasienta de la tercera bomba.

—Eso no quiere decir nada—replicó Juana.—Ha podido cambiarse de sitio una de las dos.

—Suplico á usted que me dispense, señorita, pero el redondel señalado por la tercera es mucho más pequeño que el de las otras dos.

El comisario se había levantado. Las impresiones favorables que tenía hacía rato, acababan de borrarse por completo.

—Voy á cerciorarme por mí mismo—dijo. Y añadió, dirigiéndose á Bérard:—Venga usted conmigo.

Un ligero examen le bastó para convencerse de que el inspector había dicho la verdad en todo.

Entonces mandó que cerraran cuidadosamente el armario en el que estaban el calzado y las bombas, un estante para libros, convertido en depósito de productos químicos de todas clases, y los baúles llenos de libros.

Al mismo tiempo, su secretario reunía en un solo paquete los diversos manuscritos de Bérard referentes á su nuevo invento y el borrador de la carta mandada anteriormente al príncipe Lavisine. Después selló ese paquete, destinado al juez instructor, á cuyo poder debía llegar intacto.

Juana, de pie, con el brazo alrededor del cuello de su padre, miraba y escuchaba silenciosamente, sin hacer un solo movimiento. Pero, como el comisario de policía acababa de hablar en voz baja con Corbin y había indicado con la vista á Bérard, Juana creyó que se lo iban á llevar á la cárcel.

Dió algunos pasos y dijo:

—Caballero, por favor, permítame usted que vaya con él.

—Es inútil, señorita,—contestó el magistrado.— Su padre de usted pasará el resto de la noche en su casa, al lado de usted, bajo la vigilancia y la responsabilidad de los agentes que me acompañan.

—¿Y mañana?

—Mañana, la justicia cumplirá con su deber, como yo he cumplido con el mío.

—Y como yo cumpliré con el mío defendiéndole hasta la muerte—exclamó Juana.

Al decir esto, se arrojó en los brazos de su padre.

XXI

Sólo algunas personas se acuerdan ya de este asunto, á pesar de que es muy reciente y ha tenido gran resonancia. Pero, por una parte, París es olvidadizo; se desprende al día siguiente del recuerdo de las cosas que le apasionaron la víspera, pasa con facilidad de una á otra impresión y no puede fijar durante mucho tiempo su atención en un mismo tema. Por otra parte, nos hemos creído en el caso de *desfigurar* lo más posible esta verídica historia, cambiar los nombres de

los personajes principales, modificar ciertos detalles para desorientar á los que pudieran recordarla. Un sentimiento de delicadeza, el respeto hacia ciertas desgracias, nos obligan á hacerlo así. Durante más de ocho días no se habló más que del asunto de que nos ocupamos: el nombre tan conocido de la víctima, su alta posición social, su inmensa fortuna, lo raro del crimen, la posición del acusado, soñador, pero sabio, y por fin los rumores que no tardaron en esparcirse sobre la maravillosa hermosura de su hija, apasionaron los ánimos.

Al pronto, creyeron que se trataba de un crimen político; la colonia rusa se acordó de la guerra encarnizada que el príncipe Lavisine había hecho en otro tiempo á los nihilistas, de las amenazas que surgieron con tal motivo, y de su salida de Saint-Petersburg, en que se creía que su vida estaba en peligro. Pero el juez instructor no quiso ver más que un crimen ordinario, una venganza personal, y, tanto por prudencia como por convicción, descartó toda cuestión política.

No podía obrar de otro modo: desde el principio, después de haber estudiado el parte del comisario de policía, después de haberse personado en el lugar del crimen y de haber procedido á nuevas pesquisas, creyó en la culpabilidad de Bérard y no buscó ningún otro asesino, porque, puesta la mano sobre su conciencia, pensó que no había otro. Y, sin embargo, Juana Bérard defendía á su padre con la misma energía con que lo prometió; le defendió con todo su corazón, con toda el alma, con toda su inteligencia. El juez instructor la oyó diferentes veces, le permitió que

discutiase uno por uno todos los hechos en que se basaba la acusación. Pero ni su elocuencia, ni sus razonamientos, ni aun su belleza, ejercieron influencia alguna sobre un hombre de convicción, que se contentó con admirarla, sin dejarse conmover.

A los ojos del juez, y después á los de la Sala, Bérard aparecía como un desheredado, como un hombre á quien nada salía bien, como un loco, como un enfermo soliviantado por las contrariedades y la miseria, envidioso de la felicidad y de la riqueza de los demás, que había matado en un momento de sobreexcitación al príncipe Lavisine, personificación para él de la riqueza y de la felicidad. No se había querido llevar el asunto al terreno político, pero indirectamente se llevaba al terreno social. Se negaban á ver en Bérard á un nihilista, pero le presentaban como socialista, tanto más peligroso cuanto más apartado de la sociedad y más ensimismado había vivido hasta entonces.

Al mismo tiempo, la acusación daba á entender que la venganza no había sido tal vez el único móvil del crimen; la muerte del príncipe daba á Bérard un respiro, aunque corto: se quedaba en su habitación, no le vendían los muebles al día siguiente, tenía tiempo para pagar y quizá para no abonar nunca los alquileres vencidos, si los herederos se manifestaban elementes.

En París no había más que una persona que tuviera motivos para mirar las cosas bajo otro aspecto: era el barón de Merieux. Como todo el mundo, creyó en la culpabilidad de Bérard; pero dudaba si sería cómplice ó instrumento de los enemigos políticos del príncipe Lavisine. Esta idea le preocupó hasta el punto

de que hizo una visita al príncipe Orsiloff, de regreso en París hacía ya algunos días.

—¡Qué tal! ¿No se lo había yo anunciado á usted?—dijo el príncipe al verle.—El pobre Lavisine no podía vivir mucho.

—Sus enemigos políticos son los que le han matado, ¿no es verdad?—preguntó el barón.

—No lo creo—contestó Orsiloff.—Se les ha adelantado ese Bérard, exasperado por su tiranía... El príncipe se ha manifestado tan intratable en un negocio privado, como severo y violento cuando se ocupaba en Rusia de los asuntos públicos... Pero ¿qué le importa á usted el saber por qué y por quién ha sido asesinado el príncipe?... Ha muerto, bien muerto está... La princesa es ya viuda, y dentro de un año, á más tardar, podrá usted casarse con ella.

—¿Cree usted que sea tan fácil?

—Para usted, sí... Le ama á usted hasta el punto de cometer las mayores locuras.

—¿Y usted qué sabe?

—Yo lo sé todo... Gracias á ese asesinato—continuó Orsiloff con su inalterable sangre fría,—el negocio objeto de nuestra asociación presenta más probabilidades que nunca... Así es que tengo el propósito de aumentar el capital social y de entregar á usted mañana mismo un nuevo dividendo.

Saludó al barón con la mano y le despidió.

XXII

La vista del proceso Bérard ha empezado desde por la mañana en París, en el Palacio de Justicia.

Son las ocho de la noche: las lámparas esparcidas por uno y otro lado, ó descansando en arañas de bronce colgadas del techo, alumbran débil y tristemente la inmensa Sala. La atmósfera es pesada, asfixiante. La muchedumbre, apretada y compacta, se ha introducido por todas partes poco á poco, con la perseverancia, con el empeño de gentes que quieren ver, que quieren oír. Hace mucho tiempo que los sitios reservados para los testigos y para algunas personas privilegiadas han sido invadidos por el público. En el banco de los abogados y en el de los periodistas se han sentado personas de distinta profesión. En la plataforma, detrás del presidente, detrás del tribunal, están, unas de pie y otras sentadas, más de cincuenta personas, magistrados, funcionarios públicos, diputados y senadores. Algunas señoras de la aristocracia, entre las que hay varias de la colonia rusa, han llegado poco á poco hasta la primera fila. Se ven dos muy lindas y muy conocidas, recostadas contra el banco del abogado defensor.

Y, sin embargo, esa muchedumbre, compuesta de

elementos tan diversos, cansada por largos debates, rendida, conmovida, escucha silenciosa y atentamente el resumen del presidente, que recuerda los hechos de la causa, los testimonios más importantes y los argumentos presentados por el fiscal y por el abogado del procesado. Es árido, seco, frío. La palabra no es ya apasionada, vibrante. Ya no se ve correr lágrimas, ya no se oye latir los corazones. Todo cuanto había dado animación á los debates se ha desvanecido.—El abogado, ardiente en la defensa, aprovechando los menores incidentes, protestando contra la acusación, haciendo resaltar todas las inverosimilitudes, elocuente, apasionado, convencido, diciendo con vehemencia: «¡Este hombre es inocente, este hombre es inocente! Señores jurados, lo juro por mi honor!»—El acusado, sentado en su banco, pálido, tímido, haciendo esfuerzos inútiles para sustraerse á las miradas que se fijan en él, violento antes, y ahora domado, sumiso, anonadado por la desgracia que le persigue, recobrando sólo alguna energía cuando su hija le grita: «¡Pero contesta, protesta, defiéndetel!»—Y ella, ella, Juana Bérard, á pesar de sus veinte años, admirable de firmeza, de imaginación, de sangre fría y de audacia, restableciendo los hechos, aconsejando al abogado, animando á su padre, gritando al fiscal de la República: «¡No es eso, yo no he dicho eso, no se ha dicho eso!» Todos la han admirado, tanto por su belleza como por su energía: el público, los jurados, los testigos y el tribunal.

El presidente ha acabado su resumen. Después, dirigiéndose á los jurados, les indica las preguntas á que tendrán que contestar, les recuerda su juramento,

lez exhorta á no dejar indefensos los intereses de la sociedad ni los del procesado, y á que resuelvan con toda la libertad de su conciencia.

El jurado se retira á la sala de deliberaciones.

Transcurre media hora; entre el ruido y el tumulto de las conversaciones se oye un campanillazo. Al ruido sucede un profundo silencio: «Señores, el tribunal.»

El presidente se vuelve hacia los jurados y les pregunta cuál es el resultado de sus deliberaciones.

El jefe del jurado se levanta, y con la mano puesta sobre el corazón, con voz conmovida, dice:

«Por mi honor y mi conciencia, ante Dios y ante los hombres, la declaración del jurado es: Sí, por mayoría, el acusado es culpable... Por mayoría, hay circunstancias atenuantes en favor del acusado.»

Un estremecimiento doloroso ha recorrido toda la sala. Se oyen rumores confusos.

Juana Bérard, indignada, quiere hablar; el defensor le coge las manos y le suplica que se calle. Obedece y se sienta, pálida, temblorosa.

Introducen al acusado.

Mira á su hija, comprende que está perdido y se dirige á su sitio con la cabeza baja.

El presidente pregunta al acusado y á su defensor si no tienen nada que decir sobre la aplicación de la pena. Estos no contestan.

Los jueces se levantan y, sin salir de la sala, sobre la plataforma, deliberan.

Pronto vuelven á ocupar sus asientos, y el presidente, después de haber leído el texto de la ley, pronun-

cia la sentencia que condena á Juan Bérard á cadena perpetua.

Entonces, Juana Bérard se levanta, da dos pasos hacia el banco de los jurados y, cruzándose de brazos, mirándolos frente á frente, grita con voz fuerte y enérgica: «Señores, habéis condenado á un inocente.»

XXIII

La vista acabó demasiado tarde para que la señora Bérard pudiese alcanzar la autorización de abrazar á su padre y de pasar un rato con él. Sin embargo, fué á la Conserjería, logró ver al director y procuró conmovertle. Pero no lo consiguió: el reglamento prohíbe terminantemente las visitas nocturnas en las cárceles.

Se retiró desesperada y llegó al cuartito de tres piezas que ocupaba en la calle Saint-Honoré. Al día siguiente de la detención de su padre comprendió que no tendría valor para vivir en aquella casa del boulevard de Courcelles, sola, privada del querido compañero de su infancia y de su juventud, y se marchó, abandonándolo todo á la justicia y á la policía, dejando los muebles que le recordaban tiempos más felices y llevándose únicamente algunos retratos, algunos recuerdos de que los curiales desdenaron apoderarse.

Después, pasando su vida en el despacho de su abogado y en la cárcel, cuando se levantó la incomunicación, se consagró por completo á la defensa de su padre, dominada por un solo pensamiento: demostrar su inocencia, salvarle.

Desgraciadamente, el resultado de tantos esfuerzos había sido... una terrible sentencia.

Y, sin embargo, la noche que siguió á esa sentencia pudo dormir: el éxito, la alegría la hubieran desvelado tal vez; pero el dolor la anonadó. Cayó vencida, destrozada sobre la cama y disfrutó de algunas horas de reposo, reposo que sus nervios sobreexcitados, que su atormentada imaginación, que la fiebre que la devoraba, le negaban hacía ya tres meses.

Pero ¡qué despertar! ¡qué terrible despertar! Todo había terminado: la justicia de los hombres había hablado: su padre estaba sentenciado, sentenciado á ser trasladado allá, más allá de los mares, lejos de ella. ¡Sentenciado á los trabajos más penosos, él, hombre de ciencia, hombre de estudio! ¡Sentenciado á vivir con criminales, con miserables, él, tan bueno, tan tímido, tan tierno! ¡Sentenciado á ser enterrado vivo en una tumba!

Y ella ¡qué porvenir! ¡Sola, sola en el mundo! ¡Sin conocer ni á un pariente, sin tener ni una amiga!

¿Y la vida material? ¿Cómo iba á procurarse el pan de cada día, cuando sus últimos recursos, un centenar de francos, se acabaran? ¿Podía acaso confiar en encontrar trabajo, en utilizar la educación que había recibido, en dar lecciones, en hacerse institutriz, por ejemplo, como ya lo había pensado diferentes veces

en sus momentos de apuro? ¿Quién se había de atrever á confiar sus hijos á Juana Bérard, á la hija de un presidiario, de un asesino?

Sentada en una silla en medio de la habitación, con los brazos cruzados, la mirada fija, los ojos secos, reflexionaba y se preguntaba con insistencia si, en ciertos casos, no era lícito pensar en el suicidio... ¡Pero no, no, no tenía ese derecho! Debía seguir defendiéndole, debía tratar de mejorar su situación, ayudarle á conllevar su inmenso infortunio. No podía abandonar al que le había confiado su madre... Debía vencer sus propias debilidades, desprenderse de su inercia, recuperar su energía, vivir para él, ya que no para ella misma.

Entonces, de repente, febrilmente, se vistió. Quería verle, verle inmediatamente: no podían tener la crueldad de cerrarle las puertas de la cárcel.

Al ir á salir, oyó llamar.

Era quizá su abogado, que venía, por compasión, á verla, á consolarla. Abrió.

Era un desconocido, un hombre de treinta y dos á treinta y cinco años, alto, delgado, vestido con elegancia, de rostro y modales distinguidos.

—¿Quién es usted? ¿qué desea usted, caballero?— preguntó Juana sin abrir la puerta del todo.

—Señorita— contestó el recién llegado tímidamente, con voz dulce, con ligero acento inglés,—yo soy sir William Hanley Gardiner.

—Eso nada me dice, caballero; no conozco á usted.

—¿De veras? ¿no conoce usted á sir William Hanley-Gardiner de Nueva-Yorck?

Al oírlo por segunda vez, le llamó la atención aquel nombre; se acordó que, en efecto, lo había oído pronunciar. Pero no tenía tiempo para recibir su visita.

—Dispense usted, caballero—dijo—su apellido de usted no me es desconocido, en efecto; pero tengo mucha prisa.

Él la interrumpió para decirle:

—¿Probablemente va usted á ver á su padre?

—En efecto.

—Pues bien; en interés suyo, señorita, suspenda usted por un momento su salida... Vengo á hablar á usted de él.

—¿De él?

—Sí, vengo á ofrecer á usted salvarle.

XXIV

Juana Bérard hizo entrar á sir Hanley-Gardiner en una piececita que servía á un mismo tiempo de comedor, de recibimiento y de sala, y, ofreciéndole una silla, le dijo:

—Tenga usted la bondad de explicarse. La frase que ha pronunciado usted me ha conmovido sobre manera y tengo ansiedad por saber qué ha querido decir con estas palabras: «Vengo á ofrecer á usted salvar á su padre.»

Sir Gardiner estiró sus largas piernas, de que no sabía qué hacer, y repuso:

—Comprendo, señorita, la impaciencia de usted, y me apresuraré á calmarla; pero las palabras que acaba usted de repetir no tendrían ningún valor, no le inspirarían confianza, si no procurase yo darme á conocer.

—Esencho á usted, caballero.

—Tengo la suerte ó la desgracia, señorita, de ser uno de los hombres más ricos, tal vez el más rico del mundo. No puedo saber con exactitud á cuánto asciende mi fortuna; pero el barón de Rothschild, que tiene á bien manejar una parte de mi capital, me decía hace poco: «Sir Hanley-Gardiner, creo, Dios me perdone, que es usted mucho más rico que yo.»

—¿Con qué motivo me dice usted eso, caballero?—preguntó Juana algo inquieta.

—Es necesario, señorita... De lo contrario, crea usted que nunca... Cuando me conozca usted algo más, se convencerá de que esa fortuna no me enorgullece... Al revés, me avergüenza, me molesta, me parece ridícula, y hasta creo que también me parezco á mí mismo ridículo al poseerla... Lo más horrible es que aumenta de día en día... Soy director y único propietario, en los Estados Unidos, de dos ó tres periódicos de gran circulación, que me producen de doce á quince mil francos de renta diaria... Como no puedo llegar á gastarla, esa renta aumenta continuamente mi ridículo capital.

Impaciente por ir á ver á su padre, extremadamente nerviosa desde hacía algún tiempo, Juana le interrumpió, diciéndole:

—Convenido, caballero. Es usted rico, demasiado rico, ¿y qué más? Por favor, ¿qué más?

—¿Qué más? oiga usted...—dijo, cruzando las piernas.—Ayer por la mañana tuve la ocurrencia de asistir al proceso de su padre de usted... Aprovechaba la ocasión para ver si mis redactores estaban en su puesto, si cumplían con su deber, y si se disponían á mandar á América despachos telegráficos interesantes... Además, esperaba distraerme un poco... Necesito distracciones, me fastidió mucho.

—¿Y á eso lo llama usted una distracción?—dijo Juana.—¡Ver juzgar á un desgraciado!

—Un desgraciado á quien no conocía, señorita—contestó á con la mayor tranquilidad;—un desgraciado que no me inspiraba simpatía ninguna, á quien suponía un asesino vulgar... En realidad, lo confieso, sólo veía en eso una ocasión de distraerme. Llego, pues, al Palacio de Justicia... Había un gentío inmenso. Pero mando una tarjeta al presidente del tribunal, y un instante después me colocan en la plataforma, detrás del tribunal, enfrente del acusado.

—Conseguiría usted distraerse, caballero—dijo Juana con amargura.

—No, señorita, no; no me comprende usted. Al pronto me interesó; luego me sentí profundamente conmovido.

—¡Ah!

—Sí... Interrogan á su padre de usted... Le miro, le escucho y me digo: La justicia francesa, que se cree la primera del mundo y se burla frecuentemente de nuestra justicia americana, está á punto, me parece,

de hacer una tontería... Ese hombre no tiene trazas de ser culpable... No debe ser culpable.

—¿No es verdad? ¿no es verdad?—dijo Juana acercándose vivamente á sir Gardiner.

—Después la llaman á usted como testigo... La veo. No arrugue usted el entrecejo. Tranquillecese usted... No voy á dirigirle galanterías... Lo que pienso respecto á su hermosura, me lo callo... No quiero ver en usted más que una hija desconsolada, desesperada y digna del mayor respeto... Como iba diciendo, la miro á usted, la escucho, la observo y me digo otra vez: Habla con sinceridad, está convencida, cree en la inocencia absoluta de su padre. No le defiende sólo porque es hija suya y porque quiere salvarle á toda costa, sino porque es inocente.

—Eso es, eso es!—exclamó Juana.— Si hubiera sido culpable, lo hubiera defendido, es cierto, pero de otra manera; no hubiera podido...

—Hacerlo con tanto entusiasmo—continuó sir Gardiner,—encontrar acentos que me han conmovido hasta el fondo del alma... Eso es lo que esa gente, jueces, jurados, testigos, público, no han comprendido.

—Pero usted sí lo ha comprendido, ¿no es cierto?

—Sí.

—Gracias, caballero. Aun cuando sólo hubiera usted venido para decirme eso, ha hecho usted bien en venir.

—He venido á otra cosa, señorita.

XXV

Sir Hanley Gardiner continuó, con su acento inglés, que no tenía nada de desagradable, sino que, por el contrario, completaba su originalidad:

—Los testigos declaraban; yo los escuchaba con avidez, y la primera impresión que había recibido, en lugar de borrarse, se fortalecía. «Se equivocan, se extravían, me decía yo; han perdido por completo la cabeza.» Después el fiscal tomó la palabra. Se ensañó con el acusado. Convirtió aquel trabajador, aquel sabio, aquel hombre honrado, en un holgazán, en un envidioso, en un miserable... Y usted se veía obligada á escuchar aquello, á oír tratar de aquel modo á su padre... ¡Ah! ¡qué suplicio!... Yo no dejaba de mirarla á usted, leía sus sufrimientos en su rostro; la sangre aflúa á sus mejillas; de repente palidecía usted, se estremecía después... He visto el momento en que su indignación iba á estallar... Y con razón; ¡si me costaba á mí trabajo el contener la mía!

—¡Ah, gracias, caballero!

—El abogado defensor contestó. ¡Qué cosas más hermosas, cuántas verdades les dijo!... ¿Cómo es posible que no les haya abierto los ojos?... ¡Hombre digno

y excelente!... Después de la vista, he ido á darle un apretón de manos y le he dicho: «He evitado siempre el tener pleitos; pero, en lo sucesivo, los tendré con todo el mundo para confiárselos.»

—Decididamente, sois bueno, caballero—dijo Juana, mirándole por primera vez desde que estaba allí.

—Sí, señorita—contestó con sencillez,—me tengo por bueno; pero hay poco mérito en serlo... La pobreza, la miseria, son las que le hacen á uno volverse malo; y, como soy ridículamente rico, debo ser ridículamente bueno.

—Continúe usted—dijo Juana sonriendo.

—Algunos minutos después, esperaba yo ansioso, oprimido, el veredicto del jurado... Ya lo conoce usted... ¡Su padre estaba sentenciado!... ¡Ah! ha sido para mí un golpe, un rudo golpe; y cuando, impulsada por su indignación, ha exclamado usted: «Señores, habéis condenado á un inocente,» también lo he gritado yo con todas mis fuerzas, con toda mi alma... á mi manera.

—¿A su manera de usted?

—Sí, por conducto de la prensa, á toda la América, al mundo entero... ¿Sube usted el inglés?

—Sí.

—Pues lea usted esto... Es la copia de un telegrama que puse ayer noche, después de la vista, para los Estados Unidos.

Juana leyó las siguientes líneas, que tradujo en el acto:

«Juan Bérard, acusado de haber asesinado al príncipe ruso Lavísine, ha sido juzgado hoy y condenado

á cadena perpetua. Afirme usted inmediatamente que se ha cometido un error judicial, que Bérard es inocente.

«Firmado: *Sir William Hanley-Gardiner.*»

—¿A quién ha puesto usted ese telegrama?—preguntó Juana vivamente.

—A todos mis periódicos de América, por mi cable... pues tengo un cable para mi uso particular... Empieza en mi despacho de París y llega hasta mis redacciones de los Estados Unidos y de California... Lo cual me permite enterarlos bien, comunicarme con ellos y estar siempre allí, aun cuando resida en París... Cien mil parisienses leen en este momento, en sus pequeños periódicos, que su padre de usted es culpable... Pero un millón de americanos leen al mismo tiempo, en nuestros grandes diarios, que es inocente... No deja de haber compensación.

—¡Oh! ¡gracias, gracias!—dijo Juana.

—No me lo agradezca usted... Es una satisfacción que me he proporcionado... Estaba furioso anoche... Me he calmado algo con haber podido gritar por mi cable... á través del Océano.

—Pues bien, no se lo agradezco á usted, ya que no quiere; pero le doy la mano como prenda de amistad.

—¡Amistad! ¡Ha dicho usted amistad!—exclamó sir Gardiner...—Acepto, y asunto concluido.

Y al mismo tiempo sacudía vigorosamente, á la inglesa, las dos manos que la joven le había ofrecido, y dijo, sentándose:

—Hablemos de usted... He dicho que venía á ofrecerle la salvación de su padre: busquemos el medio

más adecuado para conseguirlo... Pongo á la disposición de usted mi tiempo, mi influencia y mi fortuna.

—¡Oh!—dijo Juana, algo confusa.

—¡Retrocede usted! ¡tiene usted miedo de un amigo!... Hace usted mal... Soy hombre honrado, señorita, y usted es una joven honradísima... Crea usted en mí... puesto que ya me conoce algo; yo he creído en usted ayer, cuando no la conocía ni poco ni mucho.

—Me siento inclinada á creer, pero quisiera comprender...

—¿Por qué aprecio á usted hasta ese punto?... No puedo decírselo; no lo comprendo yo mismo. Supongamos que soy un estúpido, un excéntrico, un loco, como usted quiera... Pero ¿qué le importa á usted, si mi estupidez ó mi locura le devuelven á su padre?

—Es verdad—dijo la joven sonriendo.—Busquemos los dos la manera de salvarle.

XXVI

Se habían sentado uno enfrente de otro y se miraban francamente, sin segunda intención, como amigos que se conocen hace mucho tiempo. Cierta intuición, cierta simpatía espontánea indicaban á la señorita Bérard que podía tener ciega confianza en aquel extranjero que venía á ponerse á su disposición. En cuanto á sir Gardiner, después de haber creído en ella

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"FOLIOJONES"

6625 MONTERREY, MEXICO

sin conocerla, se sentía ahora dominado por aquella imaginación tan sensata, por aquel corazón tan amante y por aquella hermosura sin par.

—Vamos á ver—dijo éste, sin demasiada gravedad, pues, á pesar suyo, por rareza de carácter, hablaba alegremente de las cosas más tristes,—vamos á ver... Su padre de usted está sentenciado... bueno... No, me equivoco, malo... Pero, si mal no recuerdo, hay un refrán que dice: «No hay enfermedad que no tenga remedio.» El remedio, ya le conoce usted... La apelación... ¿Ha pensado usted en ella?

—Sí, ó por mejor decir, lo ha pensado mi abogado. Pero, apurado por mis preguntas, ha acabado por confesarme que temía que el Tribunal Superior no pudiese anular la sentencia del inferior... Por lo visto, no cree que exista ningún motivo serio de nulidad.

—Yo buscaré motivos, y los encontraré... He estudiado el Código de procedimiento criminal francés, en el mar, en mi yacht... Algún día verá usted mi yacht, es una maravilla... Es mayor que algunas fragatas y que muchos acorazados... Me ha llevado sesenta y dos veces del Havre á Nueva-Yorck y de Nueva-Yorck al Havre... Es un viajeito muy divertido... Lo haremos con su padre da usted cuando esté libre.

La joven le tocó el brazo y le dijo sonriendo:

—Volvamos al asunto, por favor, y antes de llevar á mi padre á América procuremos ponerle en libertad.

—Es verdad, es verdad... Hablo demasiado... Mis frases son tan largas como mis piernas, que no es poco decir... ¡Si usted supiera lo que me molestan mis piernas! no sé qué hacer con ellas.

—Póngalas usted debajo de la silla, y continuemos.

—Eso es. Ahora estoy bien. Cuando haya encontrado las causas de nulidad que necesitamos, iré á hablar con los magistrados del Tribunal Superior. No podrán menos de reconocer la exactitud de mis demostraciones y anularán la sentencia de ayer... Mandarán á su padre ante un nuevo tribunal, que, de seguro, le absolverá... Es cosa de unos tres meses.

—¡Qué bien lo arregla usted todo!—dijo Juana.—
¡Qué seguridad tiene usted! ¡No duda usted nada!

—Dispense usted, si que dudo... Dudo que me amen por mí mismo—dijo sir Hanley alegremente...—
Hasta ahora no me ha sucedido nunca... Las mujeres encuentran tal vez que tengo las piernas demasiado largas... Parezco ridículo... Como si anduviera sobre zancos... Pero, á pesar de esto, tiene usted razón; de nada dudo, y tengo seguridad de vencer todas las resistencias que me puedan presentar vuestros consejeros y vuestros jueces.

—¿Qué medios va usted á emplear?

—Los medios usuales... Son hombres como los demás... y yo sé cómo se sujeta á los hombres.

—¿Cómo?

—Prometiéndoles riquezas, honores ó amor.

—¿Y se atreverá usted á hacer semejantes promesas á los magistrados?

—Puesto que no dudo de nada, me atrevo á todo; es cosa clara.

—No lo conseguirá usted.

—¿Por qué? Siempre lo he conseguido en América.

—Pero no estamos en América, estamos en Francia.

—¿Cree usted que los jueces de por acá valen más que los de allá.

—Sí, lo creo.

—¡Cál quisiera verlo.

—Ya lo verá usted... Felizmente para mi patria, desgraciadamente para mí.

—¿Y es usted, aquella cuyo padre acaba de ser sentenciado injustamente, la que defiende á sus jueces?

—¿Por qué? Han creído que hacían bien, se han equivocado, y nada más... No los acuso; los compadezco.

—¡Ah! ¡qué muchacha más rara es usted!

—No. Pero tengo en el corazón sentimientos de justicia.

—Entonces ¿no acepta usted mis medios de corrupción?

—¿Quién ha dicho eso? Al contrario... Ante todo, mi padre... Si llega usted á salvarle, se lo agradeceré desde el fondo de mi alma, cualquiera que sea el medio que usted haya puesto en práctica para conseguirlo.

—¡Muy bien! Pondré manos á la obra desde hoy mismo.

—Y yo—dijo la joven levantándose—voy á llevar algún consuelo, un poco de esperanza al desgraciado que se desespera en la cárcel.

XXVII

¿En qué estado se encontraban en aquel momento los amores de Sofia Lavisine y del barón Carlos de Merieux?

La muerte terrible de su marido, aquella catástrofe, aquella viudez inesperada, ¿habían calmado acaso los ardores, la locura de la princesa? No, gracias á la profunda habilidad de M. de Merieux. Habiendo previsto los efectos físicos y morales que tan importante acontecimiento podía producir en la princesa, temiendo ver presentarse ciertos escrúpulos y ciertas delicadezas, se apresuró á decir á ésta:

—Mi amor, mi respeto hacia usted, y también el respeto que me debo á mí mismo, me obligan en estos momentos á ser en extremo reservado. No se haga ilusiones, se la observa mucho. Está usted en evidencia. Sus menores pasos se conocerían y se comentarían inmediatamente... No se exponga usted, se lo ruego, á las miradas y á las maledicencias de los curiosos y de los indiscretos... Cuide usted de su reputación... Este momento pasará rápidamente. Las gentes la olvidarán pronto, y entonces volveremos á vernos como antes... ¿No tenemos acaso toda la vida para amarnos?

Aquel gran actor, aquel gran artista con respecto á

las mujeres, le decía esas cosas con tanta ternura, parecía sufrir tanto con el sacrificio que le imponía y que se imponía á sí mismo, que la princesa, comovida por un amor tan grande, tan desinteresado, tan absoluto, sentía que su corazón se iba aprisionando, como se habían aprisionado sus sentidos.

No contento con su resultado, el barón de Merieux quiso que Sofia Lavisine supiese que no podía ya vivir sin él. Con pretexto de arreglar unos negocios se ausentó durante algunos días, y no volvió sino después de recibir varias cartas desconsoladas, apasionadas, comprometedoras y dignas de ser conservadas.

También se creyó en el caso de darle á conocer los pequeños tormentos de los celos; se las arregló de modo que la princesa creyese por un momento que le era infiel, y cuando la pobre hubo sufrido horriblemente, le demostró con la mayor claridad que estaba equivocada, que había dudado injustamente del amante más perfecto de la tierra.

Después de haberla hecho pasar por esas diferentes fases, después de haberla sometido al ayuno y á las privaciones, cuando la encontró sumisa y regularmente hambrienta, cuando comprendió que él, por su parte, se hallaba bien descansado, dispuesto á entrar otra vez en campaña y á cubrirse de gloria, le dijo un día, con aquella voz ardiente que sabía tomar cuando quería:

—El sacrificio que me había impuesto es superior á mis fuerzas: no puedo seguir viéndote aquí, en tu casa, como un extraño... ¿No podríamos, aunque sólo fuese por poco tiempo, vivir lejos del mundo, lejos del

ruido, á solas, para amarnos sin violentarnos, libre, locamente?

—Sí, sí—exclamó la princesa con entusiasmo.—Eso es el más ardiente de mis deseos, mi único sueño!.. ¿Por qué no huir de París los dos juntos, viajar?... Nada me obliga á permanecer aquí, ni siquiera esa causa criminal... El presidente del tribunal me ha concedido el no prestar declaración públicamente... Se contentará con leer mi declaración escrita. Partamos cuando quieras, mañana, hoy mismo... Vamos á viajar por Italia, por Suiza, por España. ¿Qué me importa, con tal de que esté á tu lado!

—No, alma mía, no puedo consentir en que viajes. Tanto en Francia como en el extranjero, no podrías ocultar tu personalidad en los hoteles en que tuviéramos que alojarnos. Cualquiera curioso, cualquier indiscreto se sorprendería de verme contigo. Tengo otra idea.

—Veámosla. Apuesto á que me va á gustar.

—Busquemos, para ocultar nuestra felicidad, un rincón muy apartado, en el campo ó á orillas del mar... Adoptaremos nombres supuestos, viviremos sencillamente, sin llamar la atención... Nadie sabrá dónde estamos, nadie vendrá á interrumpirnos... Viviremos el uno para el otro... ¡Ah! ¿qué embriaguez!

—Partamos—dijo la princesa, delirante, fuera de sí. Eligieron para retiro una casita del lindo pueblecito de Vaucette, situado en la costa normanda, entre Etretat é Iport.

Nunca fueron más ardientes sus amores, vivificados por la abstinencia, robustecidos por el aire del mar.

Sofía Lavisine lo olvidó todo, su rango, su fortuna, la muerte de su marido, todo, para entregarse á él sólo, al único dueño que había encontrado, á aquel que había sabido el primero calmar su imaginación y sus sentidos hasta entonces insaciables.

En cuanto á él, no se olvidaba de nada. Al contrario, pensaba sin cesar en sus proyectos y se decía sonriendo: «El príncipe Orsiloff tenía razón. El matrimonio está asegurado. La princesa y sus millones son míos.»

XXVIII

Sir Hanley Gardiner, como se lo había prometido á la señorita Bérard, emprendió inmediatamente la campaña, cuyo fin era hacer anular por el Tribunal Superior la sentencia de la Audiencia.

Después de largas conversaciones con varios abogados, adquirió el convencimiento de que las causas de nulidad que se podían invocar no tenían ninguna probabilidad de ser admitidas.

La pena de cadena perpetua correspondía perfectamente al crimen de que el jurado había reconocido culpable á Bérard, y en el curso de los debates el presidente no había cometido ninguna de aquellas faltas, de aquellos errores, de aquellos olvidos que la de-

fensa recoge y que presenta luego como arma. En resumen, todos los requisitos de la ley se habían cumplido, y el Tribunal Superior sólo se ocupa de la forma, no entra nunca en el examen del fondo de la causa.

Adquirido ese convencimiento, sir Gardiner volvió á su idea primitiva, idea completamente americana, que consistía en no apelar á la razón de los jueces, sino en habérselas con sus pasiones y obligarles, desviando su conciencia, á que vieran causas de nulidad allí donde no las había.

Para conseguir ese resultado, quiso empezar por conocer perfectamente á sus adversarios: sus costumbres, sus gustos, sus inclinaciones, sus pasiones, sus vicios si los tenían; en una palabra, el flaco de cada uno, para poder dar el golpe con más certeza.

Esa especie de información, confiada á algunos amigos aliciosos, le demostró que, entre los doce consejeros que debían fallar en la nulidad de la sentencia de Bérard, cinco por lo menos eran invulnerables en absoluto, se hallaban por cima de cualquier intriga y que sería una locura querer comprar su conciencia.

Entre los otros siete, había que dejar cuatro á un lado. Eran también muy honrados, magistrados de gran talento en otro tiempo, pero que por su edad, por su cansancio y por algunas enfermedades se veían reducidos al papel de comparsas; pues en vez de formarse una opinión, tomaban la de algunos de sus colegas y votaban en igual sentido que ellos.

Estos, que tenían gran actividad, mucho y merecido prestigio, eran precisamente los tres magistrados

susceptibles, según decían, de obedecer á ciertas influencias.

Resolvió dirigir contra ellos sus baterías; pero, como era muy hábil, decidió al mismo tiempo que, personalmente, se comprometería lo menos posible. Deseaba, en interés mismo de Juana Bérard, dirigir la acción, pero no descubrirse. Le parecía, por otro lado, preferible no dirigirse directamente á sus adversarios, sino á las personas que los rodeaban, á las que pasaban por ejercer alguna presión en su espíritu, en su corazón ó en sus sentidos, puntos, los tres, esencialmente vulnerables.

Entonces abrió una nueva información que le dió los datos siguientes:

M. X..., juez suplente en un tribunal de provincia, se había casado con una mujer bastante linda, pero muy ambiciosa, que, cambiando de opinión con todos los gobiernos, halagando á todos los poderes, le había conseguido un ascenso sumamente rápido. Sin embargo, no estaba aún satisfecha de su posición de consejera del Tribunal Superior, puesto envidiado por todas las mujeres de los magistrados, y apetecía todavía más altos destinos para su marido, que se dejaba impulsar hacia treinta años y ascendía, ascendía sin saber por qué. Sir Gardiner lanzó contra aquella mujer sedienta de honores un hombre muy hábil, con encargo de hacerle vislumbrar los horizontes más hermosos si consentía en prestarle algún día su decidido apoyo.

M. Y..., el segundo de los consejeros, era muy trabajador y de una gran probidad; se había casa-

do, por desgracia suya, con una mujer encantadora, pero excesivamente gastadora, á quien no bastaba el sueldo de su marido ni para pagar á la modista. Estaba empeñada, perseguida por sus acreedores y reducida á vivir como Dios le daba á entender. Una antigua mujer de mundo, completamente adicta á sir Gardiner, se encargó de ofrecer sus servicios á aquella consejera demasiado pródiga, en cambio de otro servicio que más adelante exigiría de ella.

El tercer consejero, M. Z..., que, según malas lenguas, había permanecido soltero para poder gozar de mayor libertad, tenía fama de ser muy aficionado á las muchachas bonitas, y muy dado á aventuras amorosas. Sir Gardiner acudió á sus recuerdos, á sus apuntes y á sus fotografías, y se presentó en la calle Mosnier, en casa de la hermosa Léa, mujer que un hombre de ingenio describió con estas palabras: *«No es linda, pero es mucho más peligrosa.»*

XXIX

Eran las dos de la tarde. Léa acababa de levantarse, cuando su dancella le anunció que sir Hanley-Gardiner deseaba verla.

—¡Gardiner!— exclamó Léa.—¡Qué sorpresa! Que

entre... No, espera un poco. Dame primero la bata nueva, ya sabes, la de satén blanco forrada de satén carmesí.

Por lo visto, quería aparecer ante su antiguo amigo con todas sus ventajas personales.

Momentos después se miraba en uno de los espejos de su gabinete-tocador y, encontrándose sin duda muy aceptable, dió orden de que pasara sir Gardiner.

—¡Cómo, eres tú, queridísimo!—exclamó ea cuanto le vió...—¡Gracias á Dios que te has acordado de tu Léita!

Y, al decir esto, levantaba los brazos con intención de enlazarle en ellos.

Sir Gardiner vió el movimiento, se apartó para esquivarlo y fué á tumbarse en un confidente.

—¡Cómo!—dijo Léa, algo contrariada;— ¿me recibes de ese modo?

—Haré observar á usted, querida amiga—contestó el americano,—que, en este momento, la que me recibe es usted.

—Es cierto... Por lo visto es una visita, nada más que una visita... de cumplido.

—Y de negocios, si no tiene usted inconveniente.

—¿De negocios? ¿Qué negocios podemos tener tú y yo?—Y añadió riendo.—¿Te has arruinado, acaso? ¿Vienes á pedirme dinero prestado?

—Vengo á ofrecértelo.

—Entonces, bienvenido seas, ángel mío... No podías llegar más á tiempo... Figúrate que me he visto precisada hace poco á vender las alhajas que me regalaste el año pasado... He sentido mucho tener que

desprenderme de ellas... Pero ¡qué quicres! los parisenses se van volviendo tan avaros... ¡Ay! ¡si no tuviéramos á América!... ¿Qué negocio te trae?

Para escucharle mejor, quiso sentarse á su lado en el confidente; pero sir Hanley se estiró tanto, que la joven no encontró sitio y tuvo que tomar una silla.

—Necesito—dijo Gardiner—poder contar con cierta persona, en cuyas manos está el éxito de un negocio importante... He estudiado la manera de conseguir de esa persona lo que deseo, y me he acordado de usted...

—¿Para seducirla?—repuso Léa.

—Precisamente.

—¡Qué idea más rara!... ¿Y crees?...

—Creo—continuó sir Hanley, sin mirarla,—que con esos ojos ardientes, con esos cabellos rojos que bajan hasta la cintura, con esa boca rasgada hasta las orejas, pero que enseña cosas tan lindas que quisiera uno que fuese aún mayor, creo, digo, que muy fácilmente puede usted enloquecer á la persona de que se trata.

—Por lo visto no debe parecerse á tí.

—¿Por qué?

—Porque tú, que demuestras conocerme tan bien, conservas, al parecer, tu cabal juicio.

—Lo perdí en otro tiempo.

—¡Nada más que ocho días!—dijo Léa con tono de reconvención.

—No se necesita más para nuestro negocio... Durante ocho días de locura, consigue usted de su magistrado todo lo que quiera.

—¡Ah! ¿es un magistrado?

—Sí.

—¿Joven?

—De corazón... sí.

—¿Fao?

—Bastante.

—¿Rico?

—¿Qué le importa á usted eso?... Eso es cosa mía...

No va usted á aspirar á su fortuna.

—Será á su conciencia de juez, ¿no es eso?—dijo Léa.

—Ha comprendido usted perfectamente... Es imposible encontrar mujer más inteligente.

La joven pensó un instante y repuso:

—Sí que debe ser divertido... seducir á un hombre de toga, con un birrete dorado y con armiño sobre los hombros!... Uno de esos hombres que nos miran desde lo alto de su estrado y que, en vez de decir la señorita Léa, dicen Léa á secas... Me alegraría ver á tu magistrado á mis pies... Pero, dime, ¿cuada más que á mis pies, no es verdad? ¿No querrás que vaya más allá?

—Yo sólo quiero una cosa: que acabe por hacer lo que deseo.

—Muy bien. Cuidaré de tenerle á cierta distancia, y así será más obediente... Ahora dame los datos que necesito para sitiár á la magistratura...

XXX

Cuando estuvo perfectamente enterada de la vida, gustos y costumbres del que se trataba de sitiár, Léa formó su plan de campaña. Hubiera preferido, para hacer boca, conquistar la América. Pero el representante de aquel país, sir Hanley Gardiner, parecía dispuesto á hacer una tenaz resistencia. En otro tiempo, en un día de debilidad, cuando no estaba sobre aviso, pudo dejarse sorprender á consecuencia de un ataque atrevido. Pero aquello fué accidental; por lo regular, el periodista americano se defendía mejor y se respetaba mucho más.

Felizmente, Léa, á pesar de su natural deseo de atraerse á un hombre tan importante como sir Gardiner y su sentimiento de tener que renunciar á él, deseaba realmente serle útil, pues sabía por experiencia que era generoso.

Una tarde, se presentó en son de guerra en la calle de Lille, en que vivía el consejero M. Z..., en un viejo hotel del siglo pasado.

Acostumbrada á las habitaciones estrechas y bajas de techo de su barrio, Léa sintió que un ligero estrechamiento recorrió su cuerpo cuando se encontró en

—¿Joven?

—De corazón... sí.

—¿Fao?

—Bastante.

—¿Rico?

—¿Qué le importa á usted eso?... Eso es cosa mía...

No va usted á aspirar á su fortuna.

—Será á su conciencia de juez, ¿no es eso?—dijo Léa.

—Ha comprendido usted perfectamente... Es imposible encontrar mujer más inteligente.

La joven pensó un instante y repuso:

—Sí que debe ser divertido... seducir á un hombre de toga, con un birrete dorado y con armiño sobre los hombros!... Uno de esos hombres que nos miran desde lo alto de su estrado y que, en vez de decir la señorita Léa, dicen Léa á secas... Me alegraría ver á tu magistrado á mis pies... Pero, dime, ¿cuada más que á mis pies, no es verdad? ¿No querrás que vaya más allá?

—Yo sólo quiero una cosa: que acabe por hacer lo que deseo.

—Muy bien. Cuidaré de tenerle á cierta distancia, y así será más obediente... Ahora dame los datos que necesito para sitiár á la magistratura...

XXX

Cuando estuvo perfectamente enterada de la vida, gustos y costumbres del que se trataba de sitiár, Léa formó su plan de campaña. Hubiera preferido, para hacer boca, conquistar la América. Pero el representante de aquel país, sir Hanley Gardiner, parecía dispuesto á hacer una tenaz resistencia. En otro tiempo, en un día de debilidad, cuando no estaba sobre aviso, pudo dejarse sorprender á consecuencia de un ataque atrevido. Pero aquello fué accidental; por lo regular, el periodista americano se defendía mejor y se respetaba mucho más.

Felizmente, Léa, á pesar de su natural deseo de atraerse á un hombre tan importante como sir Gardiner y su sentimiento de tener que renunciar á él, deseaba realmente serle útil, pues sabía por experiencia que era generoso.

Una tarde, se presentó en son de guerra en la calle de Lille, en que vivía el consejero M. Z..., en un viejo hotel del siglo pasado.

Acostumbrada á las habitaciones estrechas y bajas de techo de su barrio, Léa sintió que un ligero estrechamiento recorrió su cuerpo cuando se encontró en

una inmensa antesala, de cinco metros de altura, con artesonados y pedestales de mármol que sostenían bustos de Cicerón, de Demóstenes y otros personajes de la antigüedad.

Esperó veinte minutos. Después, un ayuda de cámara, que parecía un procurador, vino á decirle que el señor tenía á bien recibirla. Se levantó exhalando un suspiro de satisfacción y entró en un despacho mayor aún que la antesala, y más frío si cabe.

El consejero, sentado ante una mesa cubierta de papeles, cartas y expedientes, se levantó á medias, la miró con el rabillo del ojo y con un gesto le indicó que se sentara en un sillón colocado junto á la mesa.

«No es guapo, ya no es joven. ¡Qué estirado parece! Pero yo no he venido aquí para divertirme, cumplo un encargo,» se dijo Léa.

Con voz solemne, como si empezase un discurso, el señor Z... pronunció estas palabras:

—Ha querido usted verme, señora... ¿De qué se trata?

Léa, esperando vencer aquella gravedad que la molestaba, contestó sonriendo:

—Permítame usted que empiece, caballero, por decirle que no me presento en casa del señor Z..., consejero del Tribunal Superior... Nada tengo que ver en materias judiciales, no tengo ningún pleito. Me han dicho que era usted dueño de una casa de campo en Maisons-Laffitte, que deseaba usted alquilarla, y vengo á saber cuáles son sus condiciones.

El magistrado repuso, con la misma gravedad:

—No me ocupo por mí mismo de esa clase de ne-

gocios. He dado el encargo á un agente que vive en Maisons-Laffitte, á la entrada del parque. Puede usted ir á entenderse con él, señora.

—Le he visto ya, caballero; pero el alquiler que pide me ha parecido bastante elevado, y he pensado que, entendiéndome con usted, conseguiría algunas concesiones.

La detuvo y dijo secamente:

—No hago nunca concesiones.

—¿Ni aun á las mujeres?—repuso la joven, lanzándole una mirada expresiva.

—Ni aun á las mujeres—contestó, sin aparentar que notaba aquella mirada.

A pesar de su aplomo, Léa se encontraba desorientada. Le habían dicho: «El consejero parece hombre grave y severo. Deja caer frases cortantes como un cuchillo. La sonrisa no ilumina nunca sus labios secos y delgados. Se asemeja á una estatua colocada sobre un pedestal; pero cuando la estatua ve á una mujer linda, no tarda en bajar de su pedestal.» La habían engañado; la estatua no bajaba, ni parecía querer bajar; por el contrario, el pedestal se alargaba, se alargaba, adquiría las dimensiones de una columna.

Pero como la joven no se desanimaba fácilmente, repuso:

—Da todos modos, caballero, tengo tal capricho por aquella casa, que, si no rebaja usted el alquiler, lo pensaré, veré.

—Véalo usted, señora... Eso no es asunto mío.

—¿Podré volver á traer á usted mi contestación?

—Es inútil; désele usted á mi agente.

—Corriente—dijo la joven con despecho,—iré á Maisons-Laffitte.

—Como usted guste, señora.

Y se levantó para indicarle que la audiencia había terminado.

En el mismo momento se oyó un estornudo en el otro extremo del despacho, en el hueco de un balcón. Léa miró inmediatamente hacia aquel lado y vió un hombre de unos treinta años, probablemente el secretario del consejero, sentado detrás de una mesa, medio oculto por un montón de papeles y libros.

«¡Ah! muy bien—se dijo,—la estatua permanecía adherida á la columna porque la miraban. Trabajaba á la vista del público.»

Y se fué, tranquilizada, llena de esperanza.

XXXI

Al día siguiente, era domingo. Léa, sencillamente vestida, pero con exquisito gusto, tomó en la estación del Oeste el tren de las dos para Maisons-Laffitte.

Al llegar á ese pueblo, se presentó en casa del agente.

—Quisiera—le dijo—volver á ver la casa que me enseñó usted el otro día.

—Es muy fácil, señora—repuso el agente.—Allí está el dueño. Ha venido á pasar el domingo en su casa de campo.

—Me lo he figurado—pensó Léa.

Un momento después llamaba á la verja del jardín del señor Z... Salió él mismo á abrir.

Ya no era el mismo hombre. Se hubiera creído que una hada le había metamorfoseado de repente: su larga levita negra, abrochada, que el día antes le hacía parecer un seminarista, había sido sustituida por una chaqueta flotante de color muy claro. Un sombrero de paja de alas estrechas cubría su cabeza, y una rosa de Bengala adornaba el ojal. No había cambiado de rostro; pero, con el aire libre, le habían salido algunos colores, y su semblante fúnebre se había vuelto risueño. Con aquel traje y completamente afeitado, parecía, más bien que un magistrado, un actor de teatro.

Y ¡qué cambio también en sus modales y en su lenguaje!

—Sea usted bienvenida en mi modesta vivienda, señorita—decía,—me felicito de que la casualidad me haya permitido recibirla. Hágame usted el favor de entrar: estoy solo, completamente solo. ¿Me permite usted que le ofrezca esta rosa de mi jardín, del de usted, si es que sigue con la misma idea? He consultado con mi agente y me ha dicho que, en efecto, la estación está bastante avanzada y que sería justo bajar el precio del alquiler... Podemos, pues, entendernos, señorita.

—¿Por qué me llama usted señorita?—preguntó Léa de pronto. ¿Acaso parezco muchacha?

—Lo parece usted en absoluto: por la gracia, la lozanía...

—Pero lo parezco nada más, como usted dice... Por lo tanto, tengo derecho á que me llame usted señora, y si me llama señorita, es que me ha conocido... ¿No es cierto? Sea usted franco.

—Pues bien, sí. He aplaudido á usted en su última creación, en Variedades.

—¿En una pieza de mujeres!... ¿Va usted á las piezas de mujeres?

—¿Por qué no? No tengo obligación de ser grave y severo sino en mi sillón y en mi gabinete, cuando mi secretario me ve y me oye.

—Y, en efecto, bastante grave estaba usted—exclamó Léa, que se iba encontrando en su terreno.—¿Qué cara ponía usted, Dios mío!

—¿No es verdad?—dijo riendo.—Mi cara de magistrado. ¿Prefiere usted la de hoy?

—¡Ya lo creo! Se ha quitado usted veinte años de encima.

—Permítame usted que le dé las gracias por el favor—dijo el señor Z... tratando de cogerle la mano.

La joven dió un salto hacia atrás.

—Dispense usted! Ayer me manifestó una frialdad que rayaba en descortesía... Deme usted tiempo para que me acostumbre á sus nuevos modales... Le haré observar, por lo demás, que aquí no soy la señorita Léa, de Variedades... Soy una inquilina formal que viene á tratar de un negocio no menos formal con el propietario de una casa de campo del paseo del Norte, en Maisons-Laffitte (Seine et Oise), ferrocarril del

Oeste, estación del Havre, á veinticinco minutos de París.

—¡Ah! no sólo es usted muy linda—dijo el magistrado,—sino que es además muy ingeniosa, muy divertida, muy original. Con razón me lo habían asegurado.

—Por lo visto, ha tomado usted informes con respecto á mí.

—Hace mucho tiempo me los dió la acomodadora del proscenio de la izquierda.

—Decididamente, es usted un magistrado muy grave y muy severo.

Y se echó á reír á carcajadas, enseñando sus dientes admirables.

Entonces, el consejero no pudo detenerse ya; la cogió por el talle. Pero ella se escurrió de entre sus manos y, saliendo de la casa en que la había hecho entrar, corrió á refugiarse en el jardín.

Cuando se acercó á la joven, le dijo ésta:

—La casa me agrada... ¿Cuál es el precio, en definitiva?

—El que usted quiera.

—Es demasiado caro... Fije usted una cantidad.

—Pues bien, dos mil francos.

—Corriente. Mañana me instalaré.

—¿Sola?

—Sola, con mi doncella.

—¿Podré hacer á usted alguna visita?

—Como casero, sí, para ver si necesito algo...

Adios.

—¿Tan pronto?

—El tren me espera.

Y salió, después de haberle acariciado con una larga mirada enloquecedora.

XXXII

Léa se instaló sin demora en Maisons-Laffitte. El señor Z... vino inmediatamente a visitarla, a preguntarle si necesitaba algo, a ponerse a sus órdenes.

Era un casero modelo. Si se le ocurría a Léa decirle: «Los paseos del jardín no están bastante enarenados,» mandaba en seguida a buscar varios carros de arena. Si hacía notar que un bosquecillo estaba demasiado claro, el galante consejero corría a comprar multitud de plantas y arbolillos. Una tarde dijo indolentemente: «Esa encina grande da demasiado fresco a la casa.» Al día siguiente, al levantarse, vió que ya no estaba allí la encina. El señor Z... la había mandado cortar.

Tantos obsequios, tanta generosidad ocultaban tal vez algunas esperanzas: de cuándo en cuándo, el consejero no podía menos de enseñar la punta de la oreja, murmuraba algunas palabras amorosas y trataba de cogerla una mano ó su talle rebelde. Pero, sin incomodarse, sin rechazarle, cerca de él, por el contrario, con

la mirada fija en los ojos del magistrado, Léa murmuraba con ternura:

—He venido al campo para vivir como mujer honrada... Estoy harta de mi vida desordenada... Quiero crearme otra nueva. En vez de impedírmelo, ayúdeme usted, sosténgame usted... Un poco de virtud de cuándo en cuándo, regenera... Es cierto, lo sé, que no durará mucho... entonces le tocará á usted el turno... Sí, de seguro, pues le prefiero con mucho á todos cuantos he conocido hasta ahora... Deseaba hace mucho tiempo encontrar un hombre del mérito de usted, de su gran posición... Para mí, los hombres no tienen edad. Cuando tienen talento, me inclino siempre á suponer que no pasan de veinte años... Sí, sí, comprendo que amaré á usted algún día, y de un modo muy desinteresado, se lo aseguro, amigo mío... Nunca aceptaré de usted cosa alguna, nunca... Pero le ruego que me deje tiempo para reflexionar en la soledad... ¿No será acaso agradable, querido amigo, el ser amado por una mujer como Léa, que pasa por no haber amado nunca á nadie?

Precisamente esa perspectiva agradaba sobremedida al señor Z...: ser querido desinteresadamente era su más ardiente deseo, tanto más ardiente, cuanto que nunca había conseguido realizarlo. Ser querido desinteresadamente á los cincuenta años, ¡qué sueño! Ser preferido á tantos jóvenes, llegar á ser el amante de corazón de la hermosa Léa; es decir, el amante ignorado, el amante oculto á quien nadie conoce y á quien se reservan, sin embargo, las más dulces alegrías, ¡qué gozo!

Se extasiaba ante tal idea, sin pensar en hallarla ridícula. Léa era tan buena actriz, y el hombre es tan sencillote á todas edades en cuestiones de amor!

Esas esperanzas hábilmente alimentadas, esas adulaciones, esas resistencias calculadas, esas coqueterías perturbadoras hacían que fuera más vivo, más ardiente, más imperioso el capricho que aquella linda muchacha había inspirado á aquel gran aficionado á mujeres. Al poco tiempo vino á verla todas las noches, sin que ella le reconviniere... Por el contrario, le daba calorosamente las gracias porque se dignaba encantar su soledad.

—Cuando sus negocios no le detengan en París— le decía,—¿por qué no pasa usted el día aquí? Traiga usted sus expedientes y trabaje á mi lado, bajo la enramada. Estará usted mucho mejor que en su despacho frío y sombrío de la calle de Lille.

No se hizo de rogar, y cuando el Tribunal no exigía su presencia en París, pasaba los días en Maisons-Laffitte. Llegó á pasar las veladas, y un día se distrajo con su inquilina hasta el punto de dejar escapar el último tren, el de las once y treinta y cinco minutos.

—¿Qué voy á hacer ahora?—dijo á Léa, mirando el reloj.

—Tome usted un coche. En dos horas puede llevarle á París.

—Los alquiladores están acostados hace ya gran rato.

—Vaya usted al hotel.

—Por aquí no hay ningún hotel; tal vez no encuentre ni una mala posada.

—¿Supongo que no se figurará usted que voy á permitirle quedarse aquí?

—¿Por qué no?—preguntó tímidamente.

La joven suspiró y repuso:

—Tiene usted razón... Cuando una se llama Léa, no puede ya verse comprometida... ¡Bueno! quédese usted. ¿Pero será juicioso?

—Trabajaré toda la noche, como lo hubiera hecho en París.

—¿Tiene usted, pues, algún trabajo urgente?

—Sí, soy ponente en una causa criminal que se verá mañana... Una apelación entablada por el asesino del príncipe Lavinsine... Ya sabe usted... aquel Bérard sentenciado á cadena perpetua.

—¡Ah! sí, es verdad... ¡Cuánto se habló de él hace seis semanas!... Pues bien, voy á mandar que le preparen á usted una buena habitación... Acabará usted su dictamen y se acostará después tranquilamente. Lo jura usted, ¿no es verdad?

—Lo juro.

Le costó trabajo al magistrado ponerse á trabajar. Nunca se había mostrado Léa tan seductora, tan provocativa como durante el día que acababa de termi-

nar. Lo había pasado por completo con él en el jardín, en que almorzaron y comieron bajo un emparado, y después, cuando llegó la noche, en el salón, juntitos los dos, hablando en voz baja.

Por primera vez, desde hacía cinco semanas que no se separaban, ella le había permitido algunas libertades severamente prohibidas hasta entonces; besos rápidos en los cabellos, en el cuello, en los ojos. Y una vez, como si hubiera perdido la cabeza y no tuviera conciencia de sus actos, se dejó llegar á los labios; pero de pronto le rechazó, se desprendió, exclamando:

—No, no quiero... no quiero... Déjeme usted, déjeme usted!

Mecido aún por la embriaguez de las caricias pasadas, y sobre todo por la esperanza de las próximas, el consejero, solo en su habitación, urbió con más resignación que placer el expediente de la causa Bérard. ¡Cuánto sentía ahora no haberlo examinado antes! Pero, desde hacía quince días que aquellos documentos le habían sido entregados, absorto junto á Léa, pasando los días enteros á su lado, no había dedicado ni un solo instante á estudiarlos. Y ahora, no podía retardar la hora fatal.

Y, sin embargo, la joven estaba allí, en una habitación próxima, separada sólo por un gabinetito... Se acostaba tal vez calenturienta, como él... Nadie en la casa... Oscuridad, silencio en todas partes, en el jardín, en el parque, en el bosque... Era una noche calurosa de verano, tempestuosa, con algunos relámpagos que surcaban el cielo.

Acostumbrado al trabajo desde muy larga fecha, esclavo de su deber, pensando en su presidente y en sus once compañeros, que esperaban su dictamen á las doce del día siguiente, conaiguó, á la una de la mañana, ahuyentar las ideas que le abrumaban y, después de haber recorrido los documentos, leído algunos detalles esenciales y reflexionado durante algunos instantes, se puso á escribir febrilmente.

Hacía ya próximamente una hora que había empezado á trabajar, cuando, en el silencio de la noche, creyó oír el ruido de una puerta que se abría y los pasos de una persona.

Levantó bruscamente la cabeza.

Los pasos se acercaban. Eran los pasos ligeros y discretos de unos pies calzados con zapatillas finas.

—¿Venía Léa á hacerle una visita?

La puerta se abrió suavemente y apareció la joven, cubierta con un simple peñador, calzada con chinelas, llevando sus hermosos cabellos rojos destrenzados y sueltos sobre los hombros.

El magistrado se volvió y la miró embelesado.

—He leído hasta ahora—dijo Léa con voz dulce y línguida,—y antes de acostarme he querido ver si mi huésped necesitaba algo.

—¡Ah! ¡es usted adorable!—contestó éste, corriendo á su encuentro y obligándola á sentarse en una butaca.

Léa se dejó llevar con docilidad, le permitió que la contemplase, le sonrió con sus labios húmedos, le acarició con una mirada tierna y acabó por decirle:

—Trabaje usted, trabaje usted, como siempre. No he venido á interrumpirle...
 "BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE COahuila"
 "BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE COahuila"
 "BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE COahuila"

— Está casi terminado.

— ¡Val! ¿Ha expuesto usted sus resultandos?

— No tengo resultandos que exponer... El relator no saca deducciones; expone únicamente á la Sala el estado de la causa.

— Lo cual no le impide ser todopoderoso... No se admire usted, querido amigo... Me es usted demasiado simpático, ocupa un lugar demasiado grande en mi existencia, para que no me haya enterado de los asuntos de su profesión... El relator no saca deducciones abiertamente; eso le corresponde al procurador general, es cierto. Pero el relator sabe muy bien dar su opinión... La indica en la manera de presentar las cosas... Tiene giros particulares cuando se empeña en hacer prevalecer ciertas causas de nulidad presentadas en la apelación... Y usted sobresale precisamente en esos giros... Me lo han asegurado... Después, cuando se trata de votar y que los consejeros deliberan, le rodean á usted, le consultan... En una palabra, repito que sois todopoderoso... Soy curiosa... ¿Cuál es su opinión de usted en el asunto Bérard?

— Mi opinión es que ninguno de los motivos en que se funda la apelación está fundado.

— Entonces, ¿será desechada y la sentencia del inferior se confirmará?

— Es muy probable.

— Pues bien, lo siento... Desde que me ha hablado usted de esa causa, se me ha presentado por completo en la memoria, me acuerdo que la sentencia de Bérard me ha extrañado mucho.

— Y yo, querida amiga, acabo de leer uno por uno

todos los documentos y no he notado nada que sea irregular.

— ¿De veras?... Las declaraciones de varios testigos me parecieron á mi muy oscuras.

— ¿Cuáles?

— Ya no me acuerdo... Pero deben estar en ese expediente... Vamos á buscarlas... ¿Quiéres?

XXXIV

Empezaron ambos á hojear el expediente Bérard: él, sentado frente á la mesa en que había escrito su informe, y ella, con el rostro junto al suyo y el cuerpo encogido contra el del magistrado.

— Vamos á ver—decía Léa, tuteándole, contra su costumbre, lo cual encantaba á aquél,—vamos á ver, amigo mío, la declaración de este testigo ¿no te llama la atención? «El hombre que huía ayer en el parque Monceau—dice—me pareció mucho más alto que el acusado y mejor vestido que él.»

— Continúa, querida mía, y verás que un instante después se desmiente... Mira, aquí...

— Porque el presidente le hace notar, con voz severa probablemente, que en el sumario ha hablado en

otro sentido. El pobre hombre, guarda del parque, tiene miedo de perder su plaza si se pone enfrente de la justicia, y acaba por decir lo que quieren que diga... Eso sucede muy á menudo.

—Nada de eso, no, ángel mío, te aseguro que te equivocas.

—Tú eres el que se equivoca, amor mío... Sé lo que suele ocurrir. He sido interrogada por un juez.

—¿Tú?

—Sí, yo... Me acusaban de haber contribuído á la ruina del duquesito de X..., menor de edad... Por más que decía: «¡Pero si ni siquiera le conozco!... no me lo han confiado nunca.»—no importaba. El juez continuaba preguntándome, me atormentaba, me envolvía de tal modo, que por fin, excitada, nerviosa, aburrida, para verme libre de él, acabé por exclamar: «Bueno, pues lo que usted quiera.» Estas palabras, aprovechadas y modificadas hábilmente, se consideraron después como una confesión. Pasé por haber sido querida del duquesito, que ni aun había llegado á besarme la punta de los dedos.

—¿De veras?

—Palabra de honor!... si hubiera tenido algo que ver con él, te lo confesaría lo mismo... Uno más ó menos... entonces no me entretenía en contarlos... No he empezado á contar sino desde el día en que te conocí, desde el día en que juré ser honrada.

El magistrado la miró con ternura. Lea prosiguió:

—Sí, hay que ser muy listo para luchar con un juez. Se encierra con uno y con el escribano, cómplice suyo, y hace de uno lo que quiere... El acusado debie-

ra tener á su lado á su abogado, ó á cualquiera que le aconsejara y le impidiera de empeorar su causa y de decir tonterías. En la mayor parte de los países el sumario es público; en Francia es secreto, silencioso, oculto... ¡No es justo! ¡No, no es justo!

—Hablas divinamente... Dime, ¿de dónde has sacado todo eso?

—De mi cabeza... ¿Te has figurado, acaso, que no soy capaz de tener pensamientos serios?

—Nada de eso—contestó.

Y, para protestar mejor, cogió entre sus manos la linda cabeza que se bajaba hacia él y le dió un largo beso. La cabeza no se defendió.

—Trabajemos—dijo Lea desasiéndose...—Mira, también te llamo la atención sobre este punto de la causa... El fiscal recrimina á Bérard por haber amenazado al príncipe Lavisine en varias ocasiones, y deduce de ahí que ha ejecutado sus amenazas... Pues bien, eso es absurdo... Las amenazas de Bérard demuestran que es inocente.

—¿A ver, á ver, mi adorable abogado?

—Es evidente... Escucha, ángel mío... Salió de su casa con una bomba de dinamita, ¿no es cierto? El sumario lo demuestra, por más que está muy lejos de ser verdad... Pero no quiero disentirlo... Lleva su bomba en el bolsillo, corriente. Se encuentra, por tanto, resuelto, decidido á utilizarla... ¿Y qué hace? Se sienta en un café, pide en alta voz papel, pluma y tinta, escribe al príncipe una carta amenazadora, pone el sobre, llama á un mozo y le dice: «Lleva esto ahí enfrente, á casa del príncipe Lavisine.» A casa del hom-

bre á quien va á asesinar un momento después... Entonces, ese Bérard sería un estúpido... y no lo es, al contrario.

—Es violento, querida amiga.

—Violento! ¿Qué pruebas de violencia ha dado? ¿Sus amenazas? Los hombres violentos no amenazan: pegan, sin avisar. ¿No has reparado nunca, querido, en dos hombres que se pegan en la calle?... Yo me paro siempre, me divierte mucho... Por lo regular, uno de ellos se pone en jarras gritando: «Te voy á desbacer, te voy á triturar, voy á retorcerte el pescuezo como á una gallina vieja...» Ese no se menea nunca; el que se menea es el otro... Esta escuchando, callado, no contesta; de pronto se apodera de él la ira, cae sobre su adversario y le pega... Ese es el violento... ¡Tu Bérard es un corderillo, y á ese corderillo es al que quieres mandar á presidio!... ¡Ah! ¡te tenía en mejor concepto! ¡tenía mejor opinión formada de tí! Y se alejó de él bruscamente.

El consejero se había levantado, había alcanzado á Léa y, cogiéndole las manos, le decía con voz cariñosa:

—Haces mal en incomodarte conmigo, querida mía. Yo no tengo que ver con que ese Bérard, que tanto te

interesa, sea ó no inocente... Mi misión se reduce únicamente á decir sí, en el curso de la causa, la ley ha sido fielmente observada.

—¿Y qué? ¿Le ha sido?

—Sí.

—Sin embargo, la apelación de Bérard se funda en algo... ¿En qué?

—En nada formal... Pretende que uno de los jurados, contraviniendo al artículo 343 del Código criminal, ha salido de la sala de deliberaciones antes de haber formulado su contestación... El hecho no está demostrado; pero, en todo caso, ese jurado no ha hablado con nadie.

—¿Y nada más?

—Se queja también de que el defensor pidió la comparecencia de la princesa Lavisine, esposa de la víctima, y que el presidente se negó á acceder á aquella tardía petición.

—Pues hizo mal el presidente... ¿Por qué no se ha oído á la princesa? ¿Han temido molestarla?

—No; pero, por razones de conveniencia fáciles de comprender, el presidente ha creído deber contentarse con la declaración escrita. El defensor lo sabía y no hizo observación alguna... Sólo en el curso de los debates fué cuando echó de menos tal ausencia... Si se fuese á aceptar eso como un motivo de nulidad, en cuanto un abogado viera perdida su causa reclamaría siempre el testimonio de un testigo imaginario, y la mitad de las causas se aplazarían para otra sesión, ó la mayor parte de las sentencias serían anuladas.

—¡Corriente! Pero me parece que es demasiado cob-

modo contentarse con una declaración escrita... Hay que ver la cara de los testigos, oírles hablar, juzgar de su veracidad sobre su fisonomía. Mira: supón, querido mío, que yo te escriba: «Te amo; tal vez no lo creas. Pero si me acerco á tí, como ahora lo estoy haciendo, y que, mis ojos en tus ojos, mi boca sobre tu boca, te digo: «A nadie he amado más que á tí,» me creerás, ¿no es cierto?

—Sí, te creo—dijo entusiasmado...

—Pues bien, créeme también cuando te digo que acabamos de descubrir un motivo muy formal de nulidad.

—Pero, vamos á ver, ¿qué interés tienes tú por ese Bérard?

—Un interés irreflexivo, ridículo, estúpido, como quieras... ¡Será testardez, bueno! Soy testaruda como una mula... Además, parece tener empeño en contrariarme, en no querer complacerme.

—Es imposible que puedas suponer...

—Parece realmente que te pido que cometas alguna mala acción... Un hombre ha sido condenado... Hay dudas en tu espíritu sobre su culpabilidad... No contestes, te digo que las hay... Pues bien, se trata de que, con unas frasecitas bien redondeadas, con algún giro hábilmente preparado, hagas anular la sentencia que le condena, y que vaya ante otro tribunal... ¡Y te niegas, sabiendo que me complacería tanto!

Al decir esto, le tenía estrechamente sujeto, confundiendo su cuerpo con el suyo. Sus largos cabellos rojos sueltos le rozaban el rostro, le acariciaba, le fascinaba con la mirada. El peinador se iba cayendo poco

á poco, dejando ver los desnudos hombros, y se entreabría para dar salida al pecho palpitante de la joven.

—Pero, por fin, ¿qué quieres?—murmuró el magistrado con voz alterada.

—Quiero que para complacerme, nada más que para complacerme, rompas ese informe y extiendas otro, ahí, delante de mí... Dame esa prueba de amor, te lo ruego... ¿Titubeas?... Mira, lo romperé yo.

Y con la mayor rapidez, rompió el informe.

El señor de Z... no protestó.

—Ahora, dijo Léa, presenta las cosas en sentido completamente opuesto... Desarrolla las causas de nulidad, dando á entender que tienen bastante importancia para que se anule la sentencia... Vamos á ver, date prisa... ¿Creo que no vamos á invertir toda la noche en hacer informes?

Se puso á escribir rápida, febrilmente, mientras que ella leía por cima de su hombro.

—Bien... bien...—decía de cuándo en cuándo Léa...—Eso es... Insiste, insiste en ese punto... Sé más terminante... Perfectamente, has encontrado la palabra á propósito.

Y, para recompensarle, le cogía la cabeza con ambas manos y la besaba repetidamente.

Por fin, soltó la pluma y dijo:

—He acabado... ¿Estás contenta?

—Contentísima—dijo Léa. Y, apoderándose del nuevo informe, corrió hacia su alcoba gritando:

—Ven á buscarlo.

El magistrado se apresuró á obedecer.

XXXVI

El consejero relator salió de Maisons-Laffitte á las nueve de la mañana del día siguiente. Tenía el tiempo tasado para volver á su casa, mudarse de ropa y presentarse en el Palacio de Justicia.

En cuanto se hubo marchado, Léa saltó de la cama, se hizo vestir y tomó el tren. A las once se hallaba en casa de sir Hanley Gardiner.

—¿Qué hay?—preguntó éste inmediatamente;—¿lo ha conseguido usted?

—Completamente, querido. Es nuestro... ¡Pero qué trabajo me ha costado! ¡El mes que acabo de pasar, no se me olvidará en mi vida!

Sir Hanley tomó de la mesa de despacho un sobre bastante voluminoso, preparado de antemano, y le dijo presentándoselo:

—Permítame usted que le ofrezca los medios de que se divierta ahora.

—Gracias—dijo Léa, aceptando sin más cumplidos...—Creo que saldré mañana para Dieppe... Estoy harta de Maisons-Laffitte y de mi casero... ¡Qué cara va á poner cuando vea que ya no estoy allí! ¡Ángel mío!

Después, se creyó en el caso de hacer algunas coquetterías á sir Gardiner, pero sin éxito, pues éste no pareció notarlas. Para consolarse, cuando se retiró iba tentando el precioso sobre.

A eso de las doce, sir Hanley se hizo conducir al Palacio de Justicia. No dudaba del éxito; todas las gestiones hechas cerca de los consejeros más influyentes habían salido bien. La mujer del señor X..., seducida por la perspectiva de una presidencia cercana, había prometido no sólo el voto de su marido, sino el de los tres ó cuatro colegas que votaban siempre como él. En cuanto á la consejera pródiga y entrampada, al deber varios favores á la persona que le había mandado sir Gardiner, se había comprometido á corresponder, haciendo lo que se le pedía. Y por fin, gracias á Léa, se podría contar con el relator, que ejercía verdadera autoridad sobre sus compañeros.

Sir Gardiner entró en la sala de lo criminal del Tribunal Superior.

«¿Qué aparato!—se dijo echando una ojeada á su alrededor;—¿necesita la justicia tantos requisitos para hacerse respetar?» En efecto, no veía más que pinturas y dorados en las paredes y en el techo. Hubiera podido creer que se hallaba en Versalles, en las habitaciones de Luis XV.

En el fondo de aquel salón, ó mejor dicho, de aquella galería, que iba en declive como el escenario de un teatro, los consejeros, con sus trajes negros de diario, pero con sus birretes recargados de galones de oro, formaban una especie de media luna. Extendidos, casi tumbados en sus sillones, parecían dormir todos.

«Es el templo de Morfeo» volvió á decirse sir Gardiner, que, siendo americano de corazón, no desperdiciaba ocasión alguna de criticar á la vieja Europa.

Se metió en el recinto destinado al público y pudo encontrar sitio fácilmente, pues había muy poca concurrencia aquel día. Una sola cosa le preocupaba: llevar lo más pronto posible la buena noticia á la señorita Bérard, á quien había rogado que permaneciera en casa para no ser objeto de la curiosidad de las gentes.

La causa Bérard fué puesta sobre el tapete, y tomó la palabra el relator.

Tranquilo, grave, pálido, con la voz seca y cortada que le era habitual, empezó á leer su informe.

Sir Hanley escuchaba admirado. Acabó por inclinarse hacia un joven abogado suplente sentado junto á él y le dijo:

—Me parece que el relator no hace resaltar mucho las causas de nulidad.

—Puede usted asegurar, caballero—contestó el abogado,—que no las hace resaltar lo más ínfimo... Es evidente que se manifiesta hostil á la apelación. No lo dice, porque no tiene derecho para decirlo; pero los de la profesión lo comprendemos, como lo comprenden también los consejeros que no están durmiendo.

«¿Me habrá engañado Léa?» murmuró el americano. El relator había dejado de hablar.

—¿Cómo! ¿ha acabado ya?—repuso sir Gardiner.

—Sí por cierto—contestó el abogado.—No necesitaba mucho tiempo para leer un informe escrito en pocos minutos, desde que se sentó en su sillón.

«Decididamente, me han robado» pensó de nuevo sir Hanley.

Muy pronto, en efecto, después de haber oído al fiscal y al abogado de Bérard, que habló sin calor, sin convicción, como hablan los abogados en el Tribunal Superior, todos los consejeros se levantaron y formaron círculo alrededor del presidente y del relator. Ni siquiera concedieron al asunto los honores de la discusión. El presidente se contentó, según la frase de cajón, con *reunir* á los jueces.

Votaron haciendo un gesto con el birrete, y se acabó.

La apelación de Bérard fué desechada; es decir, la sentencia á cadena perpetua fué declarada firme.

Antes de ir á dar la mala noticia á la señorita Bérard, sir Gardiner corrió á casa de Léa para desahogar su ira.

XXXVII

Sir Hanley sorprendió á Léa en medio de sus preparativos de marcha. Con ayuda de su doncella, metía vestidos y más vestidos en baúles gigantescos.

—¿Tú aquí!...—exclamó.—¿Qué ha sucedido? Parece que estás furioso.

—No me falta motivo... Ó tú me has engañado, ó tu consejero se ha burlado de tí.

— ¡Él! No puede ser.

— Pues es cierto... No sólo no nos ha favorecido, sino que se ha manifestado hostil.

— ¡No digas eso! He leído su informe, y te juro que era muy favorable.

— ¿Cuándo lo ha redactado?

— Esta misma noche.

— ¿Y regresó inmediatamente á París?

— Inmediatamente no—murmuró Léa, que bajó la vista y se ruborizó todo cuanto podía ruborizarse.

Sir Gardiner comprendió.

—Pues mira—exclamó,—hay que confesar que no eres excesivamente lista. ¿Cómo no te ha ocurrido ser virtuosa veinticuatro horas más?... ¿Y son éstas las parisienses que gozan de tanta fama?... En los Estados Unidos, nuestras jóvenes tienen más experiencia... Charlan años enteros con el que les ha prometido casarse, pero nada más, mientras no cumpla su palabra, hasta que no se haya celebrado el casamiento.

Léa no contestó: comprendía que había caído en falta.

Sir Gardiner continuó:

—Cuando te dejó esta mañana, tu consejero no tenía ya nada que desear... Como es natural, la exaltación de los sentidos, que le sostenía bajo tu dependencia, desapareció, se calmó... el magistrado razonador, frío, metódico, substituyó al hombre apasionado del día anterior, satisfecho después... Ayer no veía nada más que tú; hoy no conoce más que el Código... Sus sentidos eran los únicos que hablaban en él desde hace un mes; después su conciencia ha hablado. Le ha

dicho: «¿Qué es lo que vas á hacer? (Cómo) ¡por una mujer, por una actriz, estás á punto de olvidar tus deberes de magistrado!» Entonces ha roto el segundo informe, como tú rompiste el primero, y ha redactado el tercero... Has debido precaverlo... Luego, furioso consigo mismo, furioso por haber estado á punto de caer, se ha manifestado tanto más hostil, cuanto más favorable había sido por un momento... Eso está en la naturaleza humana... Vamos, hija mía, te aconsejo que vuelvas al colegio.

Léa no se atrevió á contestarle; pero la ira que ardía en su pecho se volvió contra el consejero.

— ¡Es infame! ¡lo que ha hecho es infame!...—exclamó.— ¡Cómo me había yo de figurar que un magistrado francés, todo un consejero del Tribunal Superior, fuera capaz de dar un *mico* á una mujer!

Esa frase cómica, que Léa dijo con la mayor formalidad, ese dicho de moda entre ciertas gentes, *dar un mico*, es decir, dejar de entregar á una mujer lo que tiene derecho á esperar, á exigir, desarmó la cólera del americano y se echó á reír.

Léa se enfureció aún más.

—Me vengaré... me vengaré—decía.—Es el primer *mico* que me dan: no tengas cuidado, no me quedaré con él. Voy á volver á Maisons-Laffite y á cortar todos los árboles de su finca...

—Te armará un pleito, y lo ganará—contestó tranquilamente sir Gardiner.

—Haré que todos sepan lo que es... Contaré en todas partes lo que me ha sucedido con él.

—Se burlarán de tí, amiga mía.

sión cualquiera, dominados por una voluntad á la que no podían resistir, han hecho promesas, con intención tal vez de cumplirlas... Pero, volviendo á ser magistrados, con sus togas, con sus birretes dorados, en sus sillones, en medio de todo aquel aparato, necesario quizá á algunos hombres para recordarles la grandeza de su misión y para imponerles el sentimiento de su deber, en aquel sitio no han visto más que ese deber y han olvidado todo lo demás.

—Sí—dijo con voz muy baja,—con su tacto exquisito define usted perfectamente lo que yo trataba de explicar hace un momento con otras palabras... Corriente—añadió,—tengo que conformarme, me han derrotado... Por lo visto, no conozco aún bastante su patria de usted... En América hubiera triunfado.

—Consiste en que América es más joven que Francia... No tiene una escuela vieja de magistrados honrados, no sólo por deber, sino por tradición, que quieren á toda costa conservar su antigua fama... No se admire usted de oírme hablar así... Mi padre, víctima hoy de la justicia, me ha enseñado desde muy niña á respetarla.

—¿Creía acaso que todos los magistrados son incorruptibles?

—No... Algunos obedecen á ciertas exigencias políticas, que frecuentemente los apartan de su deber... Pero no hay ejemplo de que trafiquen con su conciencia para satisfacer un interés personal... Este asunto está agotado, amigo mío... Y ahora ¿qué vamos á hacer? ¿Qué va á ser de él? ¿No se ha desanimado usted, no es verdad?

—¡Yo!...—exclamó sir Hanley.—¡Ah! no me conoce usted... Las derrotas, los reveses me hacen ser más tenaz, por el contrario... Me infunden más tesón, más ardor para triunfar... ¡Salvaré á su padre de usted! ¡Le salvaré! Se lo he dicho á usted y se lo repito... Mi tiempo, mi fortuna, mi vida están á su disposición.

—He aceptado—dijo Juana con dulzura—el sacrificio de su tiempo de usted... Pero su fortuna...

—¡Ah!—dijo él interrumpiéndola,—entonces no es usted amiga mía.

—Sí, pero mi pobreza me obliga á ser más susceptible tal vez que lo que sería preciso con respecto á ciertos puntos.

—¡Su pobreza! Si su padre de usted consiente, mañana será usted rica.

Juana le miró asombrada, temblorosa. Creía adivinar lo que iba á decir. Pero la desengañó.

—Sí—continuó Gardiner;—será usted rica si su padre de usted quiere vender á una Compañía americana, que he constituido, el secreto de su nuevo descubrimiento, de su último invento.

La señorita Bérard sonrió y dijo:

—Me parece que es usted á la vez el director, el Consejo de administración y el único accionista de esa Compañía... En cuanto á invento, usted es el que ha inventado... el modo de hacerme un favor sin que tenga que agradecerlo, una estratagema para no herir mi susceptibilidad. Es una atención más por parte de usted.

Sir Hanley iba á contestar, pero le contuvo con un gesto y continuó:

—Pues bien; sus atenciones de usted, su generosidad, su desinterés me indican la conducta que debo adoptar... Escúcheme usted con atención... Quiero cumplir con un deber sagrado, el de salvar á mi padre, arrancarle de manos de la justicia á uno de sus sentenciados, abrirle las puertas que se cree cerradas para siempre tras él... Es una tarea difícil, peligrosa, erizada de obstáculos.

—¡Los venceremos!—dijo Hanley.

—A consecuencia de un golpe imprevisto, mi padre, que había vivido hasta aquel día á su gusto, con libertad para ir aquí ó allá, para trabajar, para descansar, para pasear por el campo, para tomar el sol, para dar la mano á un amigo, para estrecharme en sus brazos, para vivir á mi lado... mi padre se ve privado de todas esas libertades, de todos esos goces... Si quiere respirar, le dirán: «Respira en ese taller, entre esas cuatro paredes, en el entrepuente del buque, tal vez en ese calabozo...» Si quiere dormir, le gritarán: «Levántate...» Si quiere descansar... meditar... le mandarán trabajar... Si pide permiso para abrazarme, le contestarán: «No puede ser hoy, no es hora de eso... Déjanos en paz, ya no tienes hija, ya no tienes nada... ya no eres nada... Has conservado quizá una voluntad, la doblegaremos... un cuerpo, lo aniquilaremos... un alma, la mataremos... Ya no te perteneces, nos perteneces á nosotros y á nuestros agentes... Ya no tienes nombre ni apellido... tienes un número...» Pues bien; no quiero, no, no quiero que eso suceda... ¡Quiero arrancárles su víctima, su esclavo, su presa!

XXXIX

Después de un momento de silencio, la señorita Bérard repuso con voz más tranquila, volviéndose hacia sir Gardiner:

—Sin usted, amigo mío, no hubiera probablemente alcanzado nunca el fin que me he propuesto... Estaba sola en el mundo, sin familia, sin amigos, sin sostén, sin dinero... Dicen que soy bonita; han llegado hasta á darme un apodo que no me atrevo á repetir por lo exagerado que me parece... Pero la belleza á que aluden, si existe, me exponía, créalo usted, á mayores peligros aún... Me hubiese dado tal vez protectores, pero ningún amigo desinteresado... Pues bien, he tenido la rarísima suerte de que, en los momentos de mi mayor desesperación, ha venido usted á tenderme la mano y á decirme: «Disponga usted de mí, cuente con mi profunda adhesión...» Le he mirado á usted, le he escuchado, he creído ver un hombre honrado que respetará siempre mi desgracia, mi aislamiento, mi pobreza... y he colocado mi mano en la de usted.

Gardiner callaba. Juana prosiguió:

—Me traía usted su influencia, acepté... Su fortuna, he titubeado... Pero comprendo ahora que, para vencer los obstáculos que me rodean, necesito una

parte de esa fortuna... Otras hermanas, otras hijas, otras esposas se han visto probablemente en la misma situación que yo. Se trataba para ellas de salvar á un inocente ó á alguien á quien ellas tenían por inocente. No han podido conseguirlo porque eran pobres... No se lucha sin recursos con gentes que todo lo tienen... No se lucha sin armas con gentes tan bien armadas... Los magistrados no se venden, hace un momento que lo decíamos, pero la justicia no se hace gratis... Se da á los pobres abogados de oficio, y no suelen ser los mejores... Condenan á la cárcel, á presidio sin pedir dinero; pero si se quiere salir de la cárcel ó del presidio, si se quiere demostrar la inocencia, hacer gestiones, abrir informaciones, emprender una nueva causa, todo eso exige tiempo, todo eso cuesta caro. Los desgraciados no lo consiguen, mueren extenuados antes de vencer... Y yo quiero vencer... Acepto, pues, hoy franca, decididamente, sin reservas, sin titubear, los recursos que necesito y que usted me ofrece... pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que acepte usted, en cambio, la abnegación absoluta de mi padre y la mía... Que cuente usted con él y conmigo del mismo modo que nosotros contamos con usted... Cuando se vea libre, su tiempo, su inteligencia y su trabajo pertenecerán á usted... y en cuanto á mí... yo... le dedicaré á usted mi vida entera, hasta la muerte.

Sir Hanley contestó sencillamente:

—Pues bien, convenido... Firmemos el pacto para no volver á hablar sobre ese particular.

Y, al mismo tiempo, le alargaba la mano.

—No—dijo la joven,—un apretón de manos no basta: el pacto es demasiado formal... Deme usted un beso, hermano mío, ¿quiere usted?

Al oír esta proposición, sir William Hanley Gardner, el americano cien veces millonario, el propietario de los periódicos más importantes del mundo, el parisién á quien todos creían hastiado, gastado, se ruborizó como una niña, y sus largas piernas empezaron á temblar.

Pero, como Juana Bérard había dado algunos pasos hacia él, se bajó, cerró los ojos y colocó los labios en la frente de la joven.

Cuando se apartó de ella, sus colores habían desaparecido: estaba pálido y lívido.

Juana se había alejado y decía:

—Volvamos á nuestro punto de partida... ¿Qué vamos á hacer?

—Poner en juego todos los medios posibles para salvarle.

—¿Qué quiere usted decir? ¿Qué espera usted? ¿Conseguir su indulto tal vez?

—Pienso pedirle.

—No se lo concederán... Bajo un sistema parlamentario, ningún ministro se atrevería, en Francia, á proponer el indulto de un sentenciado á cadena perpetua, que ni siquiera ha empezado á cumplir la condena... Se acusaría, y con razón, al Gobierno de que se burlaba del jurado y de la justicia.

—Pero ¿no podría—preguntó sir Hanley—conseguir por lo ménos una conmutación de pena, es decir,

la reclusión, por ejemplo, en vez del presidio? Se quedaría en Francia, podría usted verle y tendríamos tiempo para movernos.

—He pensado en eso—dijo la joven,—y creo que con su influencia de usted lo conseguiría, si mi padre hubiera sido condenado por uno de esos crímenes que no tienen resonancia en el público. Pero el ruido que se hizo á la muerte del príncipe Lavisine, en el momento de la causa, impide que la administración pueda dispensar ciertos favores especiales y de todo punto excepcionales... Me he enterado de todos esos puntos cerca del abogado de mi padre. Me ha hecho también observar que la Embajada de Rusia se extrañaría, y se quejaría tal vez, si se manifestasen indulgentes para con el asesino de un súbdito ruso de gran posición en su patria y amigo personal del czar. Y además, amigo mío, tengo que confesar á usted una cosa.

—Escucho.

XL

Se había sentado muy cerca de ella para oírla mejor. La joven repuso:

—Confesaré á usted que, después de haberlo meditado mucho, no deseó la conmutación de pena, de que estamos hablando. Prefiero para mi padre la cadena perpetua, la reclusión.

—¿Por qué?—preguntó sir Hanley.

Juana se acercó aún más á éste y le dijo en voz baja:

—Porque es imposible escaparse de una cárcel central, y no sucede lo mismo con el presidio.

—¡Ahl...—dijo el americano.—¿Ha pensado usted en una evasión?

—Sí, hace mucho tiempo... ¿Y usted?

—Yo también... Me decía: Si la apelación es desechada, si ninguna de mis gestiones tiene éxito, me quedará aún la evasión... ¡La evasión! es decir, la posibilidad de prestarle un concurso activo, de exponer mi persona, de arriesgar la vida, si es preciso, por ella... Quiero decir, por ellos.

Después de haberle dado las gracias con una mirada, Juana repuso:

—¿Ha pensado usted, amigo mío, que su libertad de usted podría verse comprometida también?

—¿Mi libertad?

—Sí... He tenido que estudiar el Código Penal bajo el punto de vista de las evasiones: va usted á ver lo que dice.

Se levantó, cogió un libro de una mesa, le hojeó un momento, é indicando una página á sir Gardiner, le dijo:

—Lea usted los artículos 240 y 241 del Código Penal... Mire usted, ahí están...

Gardiner leyó: «Si los evadidos, ó uno de ellos, es-
tán acusados de crímenes de tal naturaleza que lleven
consigo la pena de muerte ó penas perpetuas, ó si es-
tán sentenciados á cualquiera de esas penas...»

la reclusión, por ejemplo, en vez del presidio? Se quedaría en Francia, podría usted verle y tendríamos tiempo para movernos.

—He pensado en eso—dijo la joven,—y creo que con su influencia de usted lo conseguiría, si mi padre hubiera sido condenado por uno de esos crímenes que no tienen resonancia en el público. Pero el ruido que se hizo á la muerte del príncipe Lavisine, en el momento de la causa, impide que la administración pueda dispensar ciertos favores especiales y de todo punto excepcionales... Me he enterado de todos esos puntos cerca del abogado de mi padre. Me ha hecho también observar que la Embajada de Rusia se extrañaría, y se quejaría tal vez, si se manifestasen indulgentes para con el asesino de un súbdito ruso de gran posición en su patria y amigo personal del czar. Y además, amigo mío, tengo que confesar á usted una cosa.

—Escucho.

XL

Se había sentado muy cerca de ella para oírla mejor. La joven repuso:

—Confesaré á usted que, después de haberlo meditado mucho, no deseó la conmutación de pena, de que estamos hablando. Prefiero para mi padre la cadena perpetua, la reclusión.

—¿Por qué?—preguntó sir Hanley.

Juana se acercó aún más á éste y le dijo en voz baja:

—Porque es imposible escaparse de una cárcel central, y no sucede lo mismo con el presidio.

—¡Ahl...—dijo el americano.—¿Ha pensado usted en una evasión?

—Sí, hace mucho tiempo... ¿Y usted?

—Yo también... Me decía: Si la apelación es desechada, si ninguna de mis gestiones tiene éxito, me quedará aún la evasión... ¡La evasión! es decir, la posibilidad de prestarle un concurso activo, de exponer mi persona, de arriesgar la vida, si es preciso, por ella... Quiero decir, por ellos.

Después de haberle dado las gracias con una mirada, Juana repuso:

—¿Ha pensado usted, amigo mío, que su libertad de usted podría verse comprometida también?

—¿Mi libertad?

—Sí... He tenido que estudiar el Código Penal bajo el punto de vista de las evasiones: va usted á ver lo que dice.

Se levantó, cogió un libro de una mesa, le hojeó un momento, é indicando una página á sir Gardiner, le dijo:

—Lea usted los artículos 240 y 241 del Código Penal... Mire usted, ahí están...

Gardiner leyó: «Si los evadidos, ó uno de ellos, es-
tán acusados de crímenes de tal naturaleza que lleven
consigo la pena de muerte ó penas perpetuas, ó si es-
tán sentenciados á cualquiera de esas penas...»

—¿Lo oye usted? Sentenciados á penas perpetuas... Es el caso en que se halla mi padre... Continúe usted.

Sir Hanley prosiguió: «Los que estaban encargados de su custodia serán castigados con uno ó dos años de cárcel, en caso de descuido ó negligencia, y con trabajos forzados temporales en caso de connivencia.»

—Perfectamente—repuso,—eso no me concierne... Yo no estoy encargado de la custodia de los presos.

—Pero, continúe usted... Pretendía haber estudiado nuestras leyes durante sus viajes marítimos, y... sus estudios son muy incompletos.

Gardiner siguió leyendo: «Los individuos no encargados de la conducción ó de la custodia de los presos, que hayan facilitado ó intentado la evasión, serán castigados con reclusión de uno á cinco años.»

—Ya ve usted.

—Sí, sí, ya veo—dijo el americano alegremente... Pero no es muy temible, cinco años... con tanto mayor motivo, cuanto que me impondrán el *minimum*: dos años.

—Pero acabe usted!

Esta vez leyó en voz baja; luego cerró el Código, y dijo:

—Sí, sí, ya lo sé ahora... Si la evasión se ha intentado con violencia ó fractura, si ha sido favorecida por transmisión de armas, los guardas que hayan tenido participación serán castigados con cadena perpetua, y las demás personas... como yo, por ejemplo... á trabajos forzados temporales.

—Ha comprendido usted perfectamente, amigo mío, dijo la joven...—Pero debo añadir que cualquiera

que pretenda favorecer una evasión, debe precaverlo todo: la efractura y la resistencia á mano armada del prisionero que está á punto de ser detenido en el momento de verse libre.

—Es evidente que hay que precaver todo eso... Pues bien, ¡qué le hemos de hacer! Arrostraré la pena de trabajos forzados temporalmente... Un hombre tan honrado como yo y mucho más simpático ha sido sentenciado á cadena perpetua... y además era inocente de toda falta, mientras que yo sería criminal... según el Código... Pero, vamos á ver—añadió,—¿me toma usted acaso por un niño y pretende usted asustarme?»

—No sería mirar bien por mis intereses—replicó la joven.—Pero debía darle á conocer los graves peligros que va usted á correr á consecuencia de su abnegación.

—Los conozco y los desprecio—contestó Hanley riendo... Y, tornándose de repente serio, prosiguió:—Su padre de usted sigue encerrado en el depósito de la Grande-Roquette.

—Sí, pero no estará allí mucho tiempo... Desde el momento en que la apelación ha sido desechada, está definitivamente sentenciado y formará parte de la primera cuerda que manden á Nueva Caledonia.

Se enjugó una lágrima que acababa de saltar de sus ojos y, volviéndose de pronto hacia sir Gardiner, le dijo:

—Ya sabe usted que iré á reunirme allí con él... Quiero vivir en el país en que él viva... Quiero que sepa que estoy cerca de él.

Gardiner no pareció extrañarse lo más mínimo y contestó con la mayor tranquilidad:

—Partiremos cuando usted quiera.

—¿Cómo! ¿Va usted á acompañarme?

—¡Sí por cierto!... ¿Qué haría usted allá sin mí?

Vamos á ver, ¿piensa usted tener aún escrúpulos? ¿Olvida usted el pacto que hemos firmado?

—No—dijo Juana,—y voy á ser franca: había contado con usted.

—¡Gracias á Dios! Así me gusta... Pero, antes de emprender ese viaje... para mí una futesa... para usted una fatiga grande... pienso ir á la cárcel en que está encerrado su padre de usted.

—¿Para qué?

—Para saber si es absolutamente indispensable que vayamos á Nueva-Caledonia.

XLI

A las tres de la tarde del día siguiente, un carruaje muy sencillo, pero muy elegante, con dos hermosos caballos, se paró en la plaza de la Roquette, en el sitio en que se levanta la guillotina los días de ejecución.

Un hombre de unos treinta á treinta y cinco años se apeó del carruaje, pasó por delante del centinela

y, entrando á la izquierda en la portería, preguntó por el señor X..., director de la cárcel.

—Voy á hacer que le lleven á usted á las habitaciones del señor director, caballero—dijo el portero, antiguo soldado que llevaba el uniforme de los guardas de las cárceles del Sena y tenía en la mano un manojo de llaves.

Otro guarda se había levantado de su asiento y rogaba al extranjero que le siguiese.

Atravesaron un patio, tomaron una escalerita á la izquierda y subieron algunos escalones.

—Adelante—dijo una voz, cuando el guarda hubo llamado á la puerta.

Estaban en el despacho del director.

Éste era joven aún, de regular estatura, bien proporcionado, de mirada enérgica. Se levantó, hizo seña al guarda para que se retirase y saludó á su visitante.

—¡Caballero!—dijo el extranjero, sacando del bolsillo dos sobres, que presentó:—tenga usted la bondad de enterarse de estas dos cartas: una es del prefecto de policía, y la otra es del jefe de la primera división de la Prefectura.

El director recorrió rápidamente las cartas, y, levantando la cabeza, dijo:

—¿Es usted sir William Hanley-Gardiner, caballero?

—Sí señor.

—Conocía su nombre de usted mucho, y celebro infinito conocerle de vista.

El americano se inclinó.

—¿Desea usted visitar la casa detenidamente?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE DERECHO
"FRANCISCO RIVERA"
Año 1925 MONTERREY, MEXICO

—Sí, si no tiene usted en ello inconveniente.

—Ninguno, y además tiene usted la debida autorización y me está usted recomendado muy especialmente... El señor prefecto de policía me dice que quiere usted hacer en sus periódicos un estudio comparativo de las cárceles francesas y de las de los Estados Unidos... Me alegraré que esa comparación resulte ventajosa para nosotros, y me pongo por completo á su disposición.

—Muchas gracias, caballero.

—Si usted gusta, sin perder tiempo, iremos al patio... Los presos están reunidos ahora allí, y así podrá usted aprovechar por de pronto una vista de conjunto.

—Perfectamente... Estoy á la disposición de usted.

Bajaron la escalerita, dieron algunos pasos por el patio, que había atravesado ya sir Hanley, y se hallaron frente á la verja de la cárcel propiamente dicha.

Un guarda colocado detrás de esa verja la abrió inmediatamente al ver al director, y se descubrió.

Dejaron la sala de visitas á la izquierda, fueron hacia la derecha, atravesaron la sala del registro y, después de haber empujado una puerta, se encontraron en una habitación estrecha, en que no se veía más que una silla, una mesa y bancos arrimados á las paredes blanqueadas con cal.

—Sírvaselo usted—dijo el director á sir Hanley,—echar una ojeada á esta pieza, la más interesante tal vez de toda la casa, por ser aquella en que pasan las escenas más dramáticas.

—¿Si? ¿Qué escenas?

—Acuñ es donde el verdugo y sus ayudantes preparan al condenado á muerte.

—¿La operación consiste, me parece, en cortarle el pelo?—preguntó sir Gardiner.

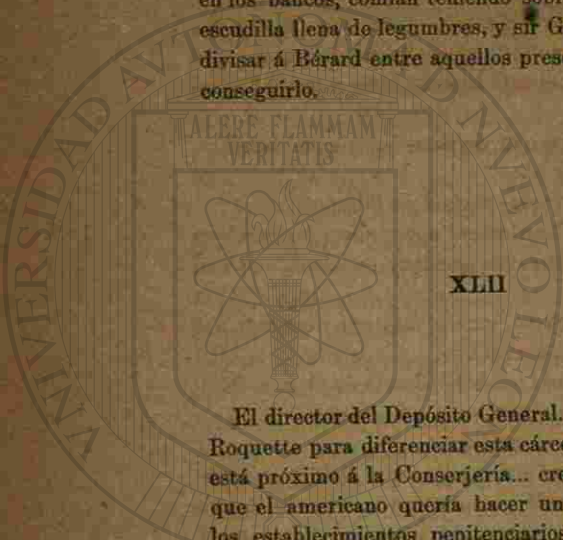
—No, ya no... Se le corta el pelo cuando entra en la cárcel y cuando ha vuelto á crecer, como á todos los demás presos... Es cuestión de humanidad... Aquel corte de pelo exigía demasiado tiempo... El ejecutor de alta justicia se concreta ahora á rasgar rápidamente el cuello de la camisa y atar con cuerdas al sentenciado, más rápidamente aún, si cabe... Muy pocos segundos bastan para esa triste operación.

—Permítame usted que tome algunas notas—dijo sir Gardiner sacando un cuadernito del bolsillo;—estos detalles interesarán de seguro á los lectores de mis periódicos.

Escribió, ó más bien hizo como que escribía algunos renglones, y siguió á su guía á una especie de vestíbulo, que terminaba á la derecha con la escalera que conduce á las celdas, y á la izquierda con la puerta que da al patio. Se abrió una nueva verja ante el director, y sir Hanley se encontró en un gran patio cuadrado, empedrado, rodeado de edificios de dos y tres pisos, con ventanas estrechas cubiertas de barrotes de hierro. Una fuente en medio, una larga viga de la que colgaba un farol, bancos de madera empotrados en los muros y cubiertos con un tejadillo, tales son los únicos adornos de tan lúgubre patio.

Estaba ocupado en aquel momento por trescientos presos próximamente, vigilados por el jefe de los guardas y algunos de éstos que están á sus órdenes.

Unos paseaban de dos en dos ó aislados; otros hacían cola frente á la cantina. Estos últimos, sentados en los bancos, comían teniendo sobre las rodillas una escudilla llena de legumbres, y sir Gardiner procuraba divisar á Bérard entre aquellos presos, pero no podía conseguirlo.



El director del Depósito General... como llaman á la Roquette para diferenciar esta cárcel del Depósito que está próximo á la Conserjería... creyendo de buena fe que el americano quería hacer un estudio formal de los establecimientos penitenciarios, se apresuraba á darle toda clase de antecedentes.

—Ninguno de esos hombres—le decía señalando á los grupos—está preso por primera vez. Aquí no están más que los reincidentes que vienen á extinguir una nueva condena que no pase de un año; sentenciados á reclusión que esperan el momento de la marcha para los presidios centrales, y sentenciados á cadena perpetua, á quienes custodiamos hasta que vengan á buscarlos para conducirlos á la isla de Nou, en Caldonia.

—Éstos serán los más interesantes para el estudio de un extranjero—dijo sir Gardiner.—¿En dónde están?

—Por lo regular—contestó el director—en aquella parte del patio que los presos llaman burlescamente el Palais-Royal y el café Riche... Mire usted, allá, enfrente.

—¿Quiere usted que vayamos hacia aquel lado?

—Con mucho gusto.

Y mientras andaban, decía á su huésped:

—¿Tiene usted curiosidad por conocer los nombres con que, en su lenguaje peculiar, se llaman entre sí los presos?

—¡Oh, sí, caballero, mucha! Los americanos somos muy aficionados á ese caló.

—Pues entonces, tome usted nota de algunos nombres introducidos aquí muy recientemente.

—Estoy pronto á escribir.

Y el director fué indicando á sir Hanley los nombres del lenguaje de presidio con que se distinguen entre sí los presos por primera vez, los reincidentes, los condenados á los presidios centrales, los de cadena perpetua y los condenados á muerte.

—En este momento—continuó el director—no tengo ningún condenado á muerte... Las celdas destinadas á éstos están vacías. Pero el número de los condenados á cadena perpetua es bastante crecido. Mire usted, aquel bajito... fué condenado á muerte, pero ha sido indultado; ahora está esperando su salida para Noumea. Y aquel otro... ¿lo ve usted allí?... tiene sobre su conciencia tres asesinatos, pero su abogado ha con-

seguido demostrar que fueron con circunstancias atenuantes.

—Ha prestado un gran servicio á la sociedad—dijo sonriendo sir Gardiner. Y añadió con tono indiferente:

—¿No tiene usted entre toda esa gente algún individuo que haya ocupado buena posición?

—Ahora no tengo más que uno.

—¿Cuál?

—Juan Bérard, el asesino del desgraciado príncipe Lavisine.

—¡Ah, sí! ¡Bérard! Ya sé... He mencionado esa causa en mis periódicos... Ha conmovido á América entera.

—El tal Bérard tiene una hija muy hermosa—repuso el director.

—¡Ah! ¿sí? En efecto, creo recordar... ¿No tiene acaso un apodo?

—Sí. En el barrio del parque de Montceau, en que vivía, la llamaban *Reina de hermosura*.

—Es verdad, es verdad... *Reina de hermosura*... También la he mencionado en mis periódicos. ¿Vendrá algunas veces á ver á su padre?

—Sí, los días de visita, sin dejar uno.

—¿Le ve, entonces, en aquel pasillo estrecho que me ha enseñado usted al pasar... separada de él por dos rejas?

—No—dijo el director.—Me ha parecido demasiado distinguida, demasiado simpática para dejarla entre el público ordinario... La hago entrar en el registro y, bajo la vigilancia de un guarda á quien doy instrucciones especiales, puede hablar con su padre. Contra-

vego al reglamento; pero si hay transacciones con el cielo, también...

—Puede haberlas con la administración—prosiguió sir Gardiner... Y se apresuró á añadir:—Me da usted ganas de conocer á ese preso que tiene una hija tan linda... ¿Dónde está? Enséñemelo usted.

—No está en este patio... Hubiera sido demasiado cruel dejar aquí á ese hombre de buena educación, á ese sabio... pues es un verdadero sabio.

—Sí, sí, eso dicen.

—Entre estas gentes...—prosiguió el director.—Le he puesto en el edificio que está allí detrás, en el tercer patio... Le llevaré á usted allá cuando hayamos visitado los talleres y las celdas.

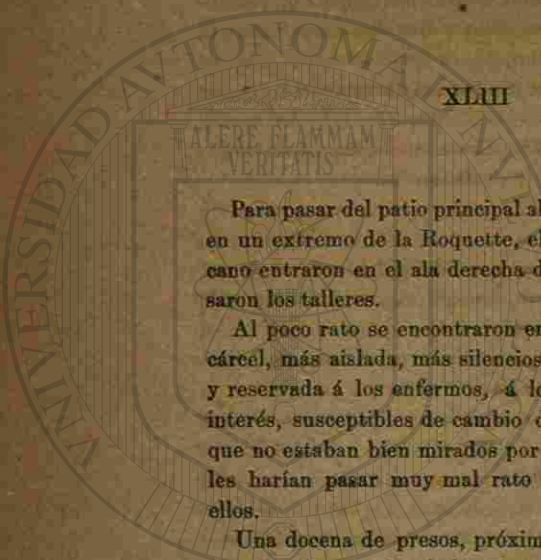
—¡Oh, sí, sí!—dijo Gardiner para disimular,—no olvidemos los talleres... deseo verlos.

—Es precisamente el momento oportuno... Acaban de tocar la campana... Los presos van á salir del patio y á ponerse á trabajar.

Visitaron los talleres en que se fabrica calzado, cartones, objetos de carpintería. Sir Hanley tomaba notas, como si en realidad le interesara aquello vivamente.

Por fin, le dijo el director:

—Vamos á pasar al otro patio... verá usted la enfermería, las celdas de los condenados á muerte y el asesino del príncipe Lavisine, ya que tiene usted curiosidad por conocerle.



Para pasar del patio principal al tercer patio, situado en un extremo de la Roquette, el director y el americano entraron en el ala derecha del edificio y atravesaron los talleres.

Al poco rato se encontraron en aquella parte de la cárcel, más aislada, más silenciosa aún que las demás, y reservada á los enfermos, á los presos dignos de interés, susceptibles de cambio de conducta, y á los que no estaban bien mirados por sus compañeros, que les harían pasar muy mal rato si se los dejase con ellos.

Una docena de presos, próximamente, se paseaban en silencio cuando el director y el extranjero entraron en el patio.

Sir Gardiner trataba de distinguir á Bérard; pero el traje de la cárcel, el cabello corto, la barba y el bigote afeitados cambian de tal modo á un hombre, que no lo pudo conseguir. Entonces, por temor de excitar sospechas, tuvo que esperar á que le indicasen al que buscaba, y pareció interesarse mucho en las explicaciones que el director le daba con la mayor amabilidad. Tuvo también que visitar la sala de baños, la bi-

blioteca y las famosas celdas de los condenados á muerte.

Hacia algunos minutos que, con angelical paciencia, sir Gardiner escuchaba y tomaba notas, cuando el director dijo por fin:

—Voy á enseñarle á usted el asesino del príncipe Lavisine.

—¡Ah! ¿es verdad!—dijo el americano,—lo había olvidado... ¿Es este que está aquí?

—Sí, allí enfrente... junto á la fuente... tiene un libro en la mano...

—¡Ah! ¿es ése? Los periódicos ilustrados han publicado su retrato, pero no hubiera podido reconocerle sin su indicación de usted... ¡Qué triste parece estar!

—Sí... No habla con nadie... Contesta apenas á las preguntas de los guardas. Parece que no recobra el uso de la palabra, ni se anima su mirada, sino los días en que espera ver á su hija.

Sir Hanley se sentía profundamente conmovido. El interés que desde el primer momento le había inspirado aquel desgraciado, y que se había aumentado con el afecto que le profesaba, se volvía más vivo, más ardiente desde que le estaba viendo, allí, cerca de él, pálido, abatido, silencioso, con su librea infamante.

—¿Le agradaría á usted—preguntó el director—hablar un rato con ese individuo? Tal vez su conversación tenga algún interés para usted.

—Es verdad—dijo sir Gardiner con voz que procuraba parecer firme... ¡Pero, si no habla!

—No habla con los presos, con sus compañeros... Insiste en asegurar que es inocente y no quiere al-

teronar con criminales... Pero no dudo que contestará á las preguntas de usted... sobre todo si le dejó á usted solo con él.

—Es cierto, le intimidaría usted.

—Precisamente eso es lo que no quiero... El estudio que hiciera usted sería incompleto... Voy á la enfermería: cuando vuelva le recogeré á usted.

El director se había anticipado espontáneamente á los deseos del americano.

En cuanto quedó solo sir Gardiner, conmovido, cortado, con mayor timidez que si se hubiera tratado de acercarse á un personaje importante, al soberano más poderoso de la tierra, avanzó despacio hacia Bérard.

Éste le vió venir, cerró el libro, se levantó y esperó.

Sir Gardiner se quitó el sombrero sin afectación, con sencillez, y dijo:

—¡Caballero! ¿Me permite usted que le moleste un momento?

—¿Qué desea usted de mí, caballero?... ¿Qué puedo decirle?... ¿Qué curiosidad puedo satisfacer?

Al oír estas palabras, pronunciadas con voz seca, en que se notaba profunda amargura, sir Gardiner contestó con dulzura:

—¡Caballero! no es un sentimiento de curiosidad el que me trae aquí... La curiosidad, en ciertos casos, en presencia de ciertos infortunios, degeneraría en indiscreción, en crueldad... Si me tomo la libertad de dirigir á usted la palabra, es porque me inspira el más vivo interés... No le es á usted desconocido mi nombre... Su señora hija me ha dicho que le había hablado á usted de mí...

—¡Ah! ¿Es usted, acaso?...—dijo.

—Sí... Soy sir Hanley Gardiner.

—¡Usted!... ¡Usted!...

Al mismo tiempo las mejillas del desgraciado enrojecían: acababa de verse con su chaqueta gris, con su uniforme de penado. Ese traje de paño bastó le quemaba en aquel momento.

Sir Gardiner comprendió, y, acercándose aún más á Bérard, le dijo:

—Caballero, parece que se avergüenza usted...

¿Por qué? Si alguno de los dos debiera avergonzarse, me tocaría á mí... Yo estoy vestido como todo el mundo, y no tengo para eso más derecho que usted... Yo estoy libre, usted está preso, y, sin embargo, es usted tan honrado como yo... A mí me corresponde pedirle perdón por la injusticia de la suerte; á mí me toca inclinarme con respeto ante usted.

Al mismo tiempo se bajaba, cogía la mano á Bérard y la apretaba con todas sus fuerzas.

XLIV

El apretón de mano de sir Gardiner y las palabras que había pronunciado sacaron á Bérard de su anonadamiento. Se irguió; su mirada se animó y, con voz muy baja, pero profundamente conmovida, dijo:

—Veo, caballero, que mi hija no se había engaña-

do con respecto á usted... Le había juzgado bien... Es usted el hombre de corazón que adivinó desde el primer momento... y que yo he comprendido después... Sí, después... ¿Qué quiere usted? Bien puede permitírseme, en mi aislamiento, en mi desesperación, con la mente destrozada por las injusticias que me rodean, que fuera desconfiado, que dudase de usted como se ha dudado de mí.

Se detuvo y repuso:

—Usted, desconocido, extranjero, fué bruscamente á ofrecer á mi hija su protección, su abnegación... Cuando lo supe, tuve miedo... Lo que primero vi en usted, caballero... Sí, debo decirlo, debo decirlo... lo menos que puedo hacer es manifestarle una franqueza absoluta... Vi en usted uno de esos hábiles seductores que ofrecen sus servicios con ánimo de hacérselos pagar... y, en vez de darle las gracias desde el fondo de mi alma, en vez de bendecirle por su generosidad, sufría al pensar que yo no estaba á su lado para defenderla, que estaba sola, sola y expuesta á los mayores peligros... ¡Ah! aquella idea me asediaba, me atormentaba, y olvidaba la terrible acusación que pesa sobre mí... olvidaba preparar mi defensa, para no pensar más que en ella, en usted.

—Por lo visto—dijo tristemente sir Gardiner,—¿he sido causa de que usted haya sufrido?

—Sí, al pronto... Yo no conocía á usted, ni la conocía á ella tampoco. Embebido en mis trabajos, no había tenido tiempo de estudiarla, de leer en su mente, en su corazón. Me contentaba con verla crecer en hermosura; no había visto su inteligencia, su alma,

que crecían al mismo tiempo... No sabía la rectitud, la firmeza, el sentimiento del deber que encierra aquel corazón de veinte años... Continuaba viendo la niña; no veía la mujer enérgica, fuerte, segura de sí misma.

Gardiner le escuchaba silencioso, feliz de oírle hablar de aquel modo. Bérard prosiguió:

—Durante sus visitas en la cárcel de Mazas, y después en la Conserjería, me hablaba frecuentemente de usted... Me decía: «Esto es lo que él cree, esto lo que propone, esto lo que piensa hacer...» Y entonces, poco á poco, caballero, he conocido á usted, le he visto tal como es, le he apreciado, le he amado. Mis sospechas, mis dudas, todo ha desaparecido... y le agradezco de todo corazón su abnegación para con mi hija. El mundo pensará lo que quiera... ¡El mundo! ¡Qué me importan sus juicios!... Yo, desde el fondo de la cárcel, autorizo esa intimidad fraternal... Mi cuerpo es esclavo, pero mi conciencia es libre, y, usando de mis derechos como padre, que permanecen incólumes, que nadie me puede arrancar, le digo á usted: «Le confío mi hija, sir Gardiner... Vele usted sobre ella, protéjala usted, ámela usted como yo la amo.»

El americano no contestó; lloraba.

Reinó entre aquellos dos hombres un largo silencio; pero Gardiner, acordándose de pronto de los motivos que le habían impulsado á presentarse en aquel sitio, consiguió vencer su emoción y dijo vivamente á Bérard.

—Pueden venir, separarnos de un momento á otro; sólo nos queda tiempo para cruzar algunas palabras...

Ya sabe usted que su hija y yo estamos completamente decididos á salvarle.

—Sí, ya lo sé—dijo sencillamente.

—Sabe usted también que nuestros primeros esfuerzos no han tenido éxito.

—Mi apelación ha sido desechada... Lo he sabido esta mañana por uno de los guardas; pero no me ha sorprendido, lo esperaba.

—Por lo visto, yo era el único que se hacía ilusiones—murmuró sir Gardiner sonriendo tristemente. Su señora hija está convencida de que por ahora es imposible conseguir el indulto.

—También yo estoy convencido.

—Entonces, nos vemos precisados á pensar en una evasión como única esperanza.

—¡Una evasión!—repitió Bérard.

—Sí... ¿Ha pensado usted en eso?

—Sí por cierto... Todo preso piensa en la evasión. Es instintivo.

—Entonces ¿habrá usted mirado á su alrededor, habrá estudiado las costumbres de la cárcel?

—Sí, y he adquirido la convicción de que estas paredes son infranqueables y la vigilancia que me rodea demasiado activa para poder concebir la más pequeña esperanza... Además, no es sólo opinión mía... Dos presos hablaban ayer junto á mí, jóvenes aún, robustos, ágiles... cualidades que yo no tengo... Convenían en que era de todo punto imposible evadirse de las cárceles del Sena.

En el silencio que reinaba en el patio se oyó la voz del director, que daba órdenes á los guardas.

—Deme usted la mano otra vez—dijo sir Gardiner, que apretó furtivamente la mano de Bérard, y se alejó de él para reunirse con el director.

XLV

—Vamos á ver, ¿qué piensa usted del asesino del príncipe Lavisié?—preguntó el director á sir Gardiner, cuando éste se le hubo acercado.

—Creo que es un hombre tranquilo, resignado... No debe dar mucha guerra.

—No por cierto... Si todos fueran como ése...

—¿Tiene usted algunos revoltosos?

—Algunos... Malas cabezas... Siempre hay alguna agitación en la Grande Roquette á consecuencia del continuo movimiento de presos... Cada uno trae noticias de fuera... Se alimentan esperanzas. Se espera una llegada, una salida. Se forman proyectos...

—¿De evasión, quizás?—dijo sir Gardiner.

—Para más adelante, sí... Porque, lo que es para aquí, ni pensarlo... Conocen demasiado bien la casa por sí mismos y de oídas... Mire usted, voy á dársela á usted á conocer, tan bien como á ellos... En vez de volver por el camino que hemos traído, vamos á regresar por el camino exterior que rodea los edificios.

Llamó á un guarda, le dió orden de que le acompañara y, después de haber abierto una puertecita, dijo á sir Gardiner:

—Estamos en el primer camino de ronda... Ya ve usted, por lo pronto, que es difícil entrar en él... La puerta por la que acabamos de pasar está vigilada noche y día, y todas las ventanas de ese edificio están provistas de rejas muy fuertes.

—¡Oh! las rejas...—dijo sonriendo el americano;—he oído decir que se conseguía limarlas.

—Es verdad... también lo he oído decir yo—dijo el director, que se sonrió á su vez,—y concedo de buen grado que un preso, después de haber limado y arrancado los barrotes, consiga bajar hasta aquí con ayuda de las sábanas ó de una cuerda que se haya procurado... Ese preso tiene, á la derecha, los edificios que acaba de dejar, y de los que quiere apartarse á todo trance; á la izquierda, esa pared de diez pies de altura; en los dos extremos, una guardia de soldados, sin contar con los centinelas que se pasean en este camino... Mire usted, aquí hay uno... Si no hubiese tenido la precaución de hacerme acompañar por uno de los guardas con uniforme, como no se sabe quiénes somos, nos hubieran apuntado ya con el fusil.

—¡Ah! ¿sí?

—Tal y como se lo digo... Pero voy á conceder aún más... Concedo que ese soldado se estuviera paseando por otro lado; que, en vez de vigilar, estuviera pensando en sus amores... ó que el preso, antiguo presidiario, resuelto á todo, hubiera sorprendido al centinela y le hubiera matado. ¿Y después, qué va á hacer?

—Pasará por encima de esa pared—contestó sir Gardiner,—si es robusto, si es ágil, provisto de un gancho, de una cuerda, y... si usted lo permite.

—Lo permito... Ha saltado por cima de la pared, está ya al otro lado... Pues bien, caballero, vamos al otro lado como él.

—Con mucho gusto.

Anduvieron un rato más y se pararon delante de una puerta que abrió el guarda y por la que pasaron. Estaban en otro camino de ronda en un todo igual al primero.

—¿Quién vive?—gritó un centinela cruzando la bayoneta.

—¡Ronda del director!—contestó el guarda, que fué inmediatamente á dar el santo y seña al centinela.

—Ya ve usted que no es muy fácil—dijo riendo el director.

—Sí, lo confieso... ¿De modo que estamos en otra ratonera?

—Sí, en otra ratonera con dos paredes de una altura respetable, sobre todo ésta. Mire usted.

—¿Usted cree que no se puede saltar también por encima de ésta?

—No... Todas las tapias pueden saltarse por ciertos hombres... Concedo aún que este último obstáculo haya sido vencido... El evadido ha llegado al otro lado, sin romperse ni un brazo, ni una pierna. Está intacto... Por supuesto que la expedición ha sido nocturna... Durante el día hubiera sido visto diez veces... á falta de un guarda ó de un centinela, por un compañero suyo... La delación es muy frecuente en las

cárceles y tenemos derecho, ya que no para fomentarla, para aprovecharnos de ella... Decíamos que la evasión se ha realizado por la noche, que el preso está ya al otro lado, fuera de la cárcel... Pues no ha acabado... no por eso está ya libre... La tapia exterior está vigilada de noche... Numerosas patrullas recorren los alrededores de la cárcel, y cogieran de seguro al evadido... ¿Está usted convencido, sir Gardiner? ¿Están tan bien vigiladas como las nuestras las cárceles de los Estados Unidos?

—Son de diferente sistema—dijo el americano con una sonrisa.

Mientras hablaban, habían recorrido todo el camino de ronda, y después de haberse dado á conocer á las guardias de soldados, habían vuelto al primer patio, al patio de entrada.

—¿Quiere usted tener la bondad de subir un instante á mi casa?—preguntó el director.

—Con mucho gusto.

XLVI

Durante el trayecto, sir Hanley-Gardiner, que no abandonaba su idea, decía al director:

—Sí, convengo en ello, una evasión por el camino que me ha enseñado usted es muy difícil, por no decir imposible, pero nada me demuestra que los presos no

puedan encontrar otros medios de escapar... Esta cárcel, como todas las demás cosas de este mundo, debe tener su lado débil.

—Tal vez... No diré que no... Pero no conozco ese lado débil... Si lo ha descubierto usted durante nuestro paseo, le agradeceré que me lo indique.

—No he descubierto nada... Me he limitado á admirar los caminos de ronda y las tapias... En los Estados Unidos no tenemos tan hermosas... fortificaciones. Pero nuestras cárceles están cerradas con puertas con rejas sólidas, que valen por lo menos tanto como las de ustedes... y, sin embargo, nuestros presos, cuando están dominados por la fiebre de la evasión, consiguen realizarla á menudo.

—¿Y qué deduce usted de ahí?

—Deduzco que, si no se escapan aquí por encima de las tapias, pueden escaparse, como en todas partes, por la puerta.

—Pues se equivoca usted... Nuestras puertas están demasiado bien vigiladas para dar salida á aquel que no tenga derecho para mandarlas abrir... Tiene que llenar tantas formalidades un preso antes de marcharse!

—Pero—observó el americano,—y si el guarda destinado á impedir la salida del preso la favorece, por el contrario?

—Por lo visto, admite usted la connivencia, la complicidad de los empleados de la cárcel.

—Tengo que admitirlo todo para que mi estudio sobre la evasión sea completo.

—Pues bien, contestaré francamente... La complici-

dad de uno ó de varios empleados subalternos no serviría de nada... Se necesitaría además la mía.

—Ya lo está usted viendo... ése es el punto flaco... Un director que quisiera, por una razón cualquiera, poner en libertad á un preso, podría hacerlo.

—¡Claro está! y en los Estados Unidos debe suceder lo mismo... El director es el único amo de la cárcel... Del mismo modo que asume todas las responsabilidades, manda también á todo el mundo... Y á pesar de esto—añadió,—si me empeñase en favorecer una evasión, podría tropezar con obstáculos imprevistos, encontrar resistencia por parte de los empleados del registro.

—¡Oh! ¡si usted se empeñase!...

—Es evidente que si me empeñara... Mandaría llevar á mi despacho al preso que quisiera proteger... Haría que se mudase de traje... Le disfrazaría lo mejor posible... Luégo bajaría con él la escalerita que estamos subiendo en este momento, le daría el brazo para atravesar el patio, llegaría á la portería... el portero se extrañaría, me parece, pues es muy buen fisnomista, y se diría: «¿Quién es ese individuo? ¿De dónde viene? No le he visto entrar... ¿Por qué sale?» Pero, de todos modos, abriría si se lo mandaba yo.

—Ya usted ve.

—Sí, ya veo... Sólo que, como yo no haría nada de eso, la evasión que acabamos de imaginar no podría realizarse... Así se escapan en las novelas y en los dramas; pero en la vida real, nunca.

Sir Gardiner se mordió los labios. Pero, como se lo había asegurado á la señorita Bérard, los obstáculos

le hacían ser más tenaz en perseguir sus ideas, en querer vencer.

El director acababa de introducirle en una sala bastante grande, modestamente amueblada, sin alfombra, sin entarimado, embaldosada.

—¿Vive usted aquí?—preguntó sir Gardiner.

—Sí, con mi familia, es decir, con mi mujer.

—Pero ¿galdrá usted? ¿no se estará usted siempre metido en esta casa?

—Nada me lo ordena en absoluto... Però he tomado la costumbre de ausentarme muy raras veces... En una cárcel como ésta, cada instante hace falta el director... Unas veces, es un preso á quien hay que castigar ó apaciguar con buenas palabras, ó un guarda á quien hay que reprender... Otras, instrucciones que manda la Prefectura... Un inspector que viene de sopetón...

—Y las visitas—añadió sonriendo sir Gardiner.

—Eso es lo más agradable del oficio.

—Peró este oficio, como usted lo llama, ¿gastará muy bien retribuído?

—Seis mil francos, habitación y calefacción.

—¡Diablol es bien poca cosa para compensar una vida en realidad muy triste y llena de peligros... pues está usted expuesto á ellos entre esta gente.

—Es cierto.

—¿Y le gusta á usted esta vida?

—Realmente—contestó el director,—preferiría tener cincuenta mil francos de renta... Pero no siempre puede uno escoger la vida que más le guste... Si se escogiese, de seguro que todos mis presos se largarían

inmediatamente á pasear por el campo... como lo haría yo también, pues adoro el aire libre, el campo, los viajes y estoy reducido á vivir siempre en cárceles, más ó menos parecidas á ésta, no teniendo más horizonte que las gruesas tapias que las rodean.

—Pues bien, caballero—dijo sir Gardiner mirando cara á cara al director,—ofrezco á usted cincuenta mil francos de renta y la realización de la vida á que ha aspirado usted siempre.



XLVII

El director de la Grande-Roquette creyó al pronto que se trataba de una broma de su interlocutor; pero éste, sin darle tiempo para que se asombrara y pidiera explicaciones, le dijo con voz grave:

—Caballero, uno de sus presos de usted me inspira el mayor interés... Empiezo por declarar que es acreedor á sus simpatías de usted... Es inocente... Estoy convencido de su inocencia... Compartiría usted conmigo ese convencimiento si conociese usted como yo todos los detalles de la causa, y sobre todo si pudiese usted conocerle como yo le conozco.

—Pero, caballero...

—Dispéñeme usted... Le ruego que no me interrumpa... Estoy resuelto á salvar á ese preso, y á reparar la injusticia que con él se ha cometido, poniéndole en libertad. Tarde ó temprano lo conseguiré. Pero el éxito que espero, de que estoy seguro, puede tardar... No sería así, si usted quisiera prestarme su concurso, si usted consintiera en asociarse á una obra de reparación, se lo juro á usted, á una obra digna y hermosa.

Se detuvo. El director aprovechó aquel momento de silencio para decirle:

—Si he entendido bien...

No pudo acabar. Sir Gardiner le interrumpió:

—Vengo á pedir á usted, vengo á suplicarle que realice lo que explicaba usted hace un momento. Decía usted: «Eso sucede en las novelas y en los dramas.» Pero los novelistas, los autores dramáticos no inventan nada. Se cree que inventan... ¡Error!... Sus relatos más asombrosos, sus escenas más desatinadas, han sucedido, son verdaderos, han sido llevados á cabo, ó han podido haberlo sido.

Se detuvo de nuevo para tomar aliento, y como el director le escuchaba callado, repuso:

—Nada le impide á usted, caballero... ¿oye usted? nada... el mandar llamar aquí, mañana ó pasado, cuando lo hayamos arreglado todo, al preso á quien quiero salvar á toda costa... Le disfrazará usted con la ropa que yo mandaré á usted... Le acompañará hasta la puerta, como refería hace un instante, y saldrá, también como usted decía... Después, yo me encargo de él; pronto estará en sitio seguro.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1940 1625 MONTERREY, MEXICO

—¿Y yo—preguntó el director—estaría en sitio seguro? ¿Sabe usted á lo que me expondría?

—A muy poca cosa, pues en una evasión de esa naturaleza no habría ni fractura ni transmisión de armas... Pero podría usted muy fácilmente ponerse en salvo.

—¿Cómo?

—Saliendo usted también de la cárcel... y en caso necesario de Francia, solo ó con su mujer... Antes de que la evasión fuera conocida, y en todo caso, antes de que se sospechase que usted la había favorecido, estaría en Boulogne ó en Calais, bajo la protección del pabellón de los Estados Unidos, en un buque que me pertenece y que le conduciría donde usted quisiera ir.

El director escuchaba sin contestar. Sir Gardiner prosiguió:

—En cambio, caballero, de la posición que usted perdía... y que no sería más que un acto de justicia, y una compensación por los peligros que usted corría... le ofrezco la independencia hasta el fin de su vida... la fortuna, es decir, un millón al contado... Si cree usted que necesita reflexionar, esperaré.

Algo pálido, pero con mucha calma, sin levantar la voz, el director de la Grande Roquette contestó sencillamente:

—Caballero, no necesito hacerle esperar... Lo que siento, lo que pienso en este instante, lo sentiré, lo pensaré mañana también. Sus ofrecimientos son seductores y capaces de fascinar á un modesto empleado de una administración excesivamente económica y con

frecuencia rigurosa para los que la sirven con fidelidad... La independencia, la libertad, la fortuna para el director de una cárcel, ¡es tentador!... Pero rehúso, caballero, rehúso en nombre de mi mujer y en el mío propio... Ni siquiera la consultaré; sé de antemano lo que me contestaría... Rehúso, como rehusarían todos mis colegas, como rehusarían también, estoy seguro, mis vigilantes, mis guardas, toda esa pobre gente, apenas retribuidos y expuestos sin cesar á los desaires, á los insultos y á los golpes mortales de los presos de esta casa, encerrados como ellos, viviendo como ellos, compartiendo sus privaciones y su miseria.

Como sir Gardiner, muy contrariado, pero conmovido á pesar suyo, se callaba, el director prosiguió:

—Esto no obstante, caballero, no me queda resentimiento alguno por sus proposiciones... Si me hubieran sido presentadas por uno de mis compatriotas, me hubieran ofendido tal vez, pero como proceden de usted, de un extranjero, me demuestran únicamente que no conoce usted bien esta nación.

—Sí, voy creyéndolo—murmuró sir Gardiner.

—Nuestros funcionarios públicos, altos y bajos, éstos sobre todo, están penetrados de lo que podríamos llamar el respeto profesional... Tienen, como los demás hombres, pasiones, defectos y vicios; cometen faltas, á veces delitos y crímenes, pero siempre fuera de su profesión, profesión que por lo regular respetan mucho... Ha venido usted á estrellarse contra ese sentimiento, y nada más... Con respecto á Juan Bérard...

XLVIII

—¿Cómo, Juan Bérard?—repitió sir Gardiner admirado...—Yo no he pronunciado ese nombre...

—Es verdad—contestó el director,—pero me hará usted el obsequio de permitirme que adivine que se trata de él... Al pronto le he tomado á usted por un visitante como los demás... Me he equivocado—añadió sonriendo,—como se han equivocado también el señor prefecto de policía y el jefe de la primera división. Pero ahora veo claro: me acuerdo de nuestro paseo por la cárcel, de sus preguntas, muy hábiles por cierto, respecto al asesino del príncipe Lavinsine, y de su larga conversación con él.

—Conversación que usted había autorizado, y en cierto modo provocado.

—No lo niego... He llevado la candidez hasta el último límite. ¿Qué quiere usted! no desconfío más que de mis presos... Cuando tengo el gusto de hallarme con un hombre de buena sociedad, no se me ocurre la idea de que pueda engañarme, y soy tan confiado con él, como desconfiado soy, por costumbre, con los huéspedes de esta casa.

—¿Me guarda usted rencor, tal vez, por haberle engañado?

—Nada de eso, caballero, de ningún modo... Estaba usted en su derecho, como yo lo estoy en el mío al rechazar sus ofrecimientos.

—Sentiría—repuso tímidamente sir Gardiner—que mi inútil tentativa viniera á redundar en perjuicio de mi protegido.

—¿Qué quiere usted decir?

—Si avisa usted al prefecto de policía y éste...

El director le interrumpió:

—No hay cuidado. No tengo intención de lucir con mis jefes mi conducta en este asunto... Es muy natural y sencilla, y no quiero hacer alardes de ninguna clase.

—Mil gracias, caballero, mil gracias—dijo el americano con voz conmovida;—siento no haberle conocido mejor... No hubiera intentado estas gestiones, que le ruego me dispense.

—No hay más que hablar sobre ese asunto.

—Me queda aún un temor, ridículo tal vez, pero...

—¿Qué temor?

—Temo que, sabiendo que estoy resuelto á salvar á Bérard adopte usted con él varias precauciones que le priven de ciertos favores de que ha gozado hasta ahora.

—Confiese usted que sería muy natural.

—Lo confieso; por eso mismo...

—Teme usted... Pero tranquilícese... Bérard está tan bien vigilado en el tercer patio en que le he colocado, como en el segundo en que debiera estar. No

pasa la noche en una celda, es verdad; pero en el pequeño dormitorio en que se acuesta, sus compañeros le vigilan mejor aún que un guarda.

—Sí, pero... las visitas de su hija...

—Sí, comprendo... Teme usted que prive á ésta de los privilegios que le he concedido: la libertad de ver á su padre en el registro y no en la sala de visitas... En efecto, debiera... El registro está muy cerca de la salida, y con un amigo adicto y rasuelto como usted... Pues bien, hay un medio de conciliarlo todo... Deme usted su palabra de que no intentará aprovecharse de las libertades que concedo.

Sir Gardiner respondió sin titubear:

—Le doy á usted mi palabra, caballero. Se la doy aún más completa de lo que usted desea: mientras Bérard se halle á su cargo de usted, mientras dependa de usted, no le ayudaré en ninguna tentativa de evasión; aplazaré mis proyectos.

—¿Para volverlos á emprender más adelante?

—Sí por cierto... Pero ¿qué le importa á usted... puesto que su responsabilidad estará ya á cubierto?

—En efecto... Ese es asunto que interesa á mis colegas... Que tomen sus precauciones, como yo tomo las mías.

Reflexionó un rato y añadió:

—¿De modo que usted cree que Bérard es inocente?

—Estoy seguro.

—Es posible... La justicia se equivoca á veces... pocas... pero puede equivocarse... Desde que soy director de cárcel, entre diez mil presos próxima-

mente, que han pasado por mis manos, creo haber comprendido que unos diez únicamente eran víctimas de un error judicial. Bérard será tal vez el undécimo... Me lo he preguntado ya á mí mismo varias veces.

—Entonces... — exclamó sir Gardiner, que cobraba algunos ánimos.

—¡Ah! Dispense usted. No prosiga usted. No conciba usted esperanza alguna... Como director de cárcel, no tengo que ocuparme de la inocencia de un preso. Lo único que puedo hacer es compadecerle y asociarme de corazón al éxito de sus proyectos de usted.

—¿Cree usted—preguntó sir Gardiner—que esos proyectos son realizables?

—¿Pregunta usted al hombre, no es verdad?

—Sí, al hombre de corazón.

—Pues bien... sí... puede usted conseguirlo... Pero allá, lejos de Francia, en Caledonia... Pero, créame usted, no vuelva á intentar seducir á nadie. Le vendería á usted y no podría ya ser útil á su protegido. Obre usted por sí mismo, sin cómplice alguno. Cuente usted menos con su fortuna, y más con su fuerza y su habilidad.

—Mil gracias por ese consejo, caballero, y le vuelvo á suplicar que me dispense—dijo sir Gardiner, al despedirse del director de la Grande-Roquette.

XLIX

Aquella misma noche, sir Gardiner contó, palabra por palabra, á la señorita Bérard su conversación con el director de la Grande Roquette.

Después de haberle escuchado con atención, le dijo:

—Es un fracaso más que tenemos que añadir á los ya recibidos... Pero, en medio de todo, podemos felicitarnos de haber tropezado con un hombre que no nos venderá. Su honradez es para nosotros una garantía que nos permite al mismo tiempo creer en la sinceridad de los consejos que le ha dado á usted.

—¿Se propone usted seguirlos?

—Sí... creo, como él, que debemos renunciar en Francia á toda tentativa de evasión, no comprometernos y saber esperar... Instintivamente, por intuición, pensaba yo lo mismo hace tiempo, y el parecer de un hombre entendido, práctico y de buena fe, me afirma en esa idea.

—De modo que, para poner en práctica nuestros proyectos, debemos esperar á que su padre de usted esté en Caledonia, en Noumea, en el presidio... ¡Qué lentitud!

—Sí, muy lento, excesivamente lento para él, para mí y...

—Y para mí también... Puede usted decirlo.

—Lo digo, amigo mío, sin temor de equivocarme—dijo alargándole la mano.

Sir Gardiner repuso al poco rato:

—¿Ha pensado usted en las fatigas, las privaciones, los sufrimientos de toda clase que su padre de usted va á padecer durante su largo viaje?

—Sí, lo he pensado. Lo pienso sin cesar, y esa idea me atormenta de antemano... Pero lo hemos intentado todo; hemos procurado por todos los medios evitarle aquel martirio... Conformémonos valerosamente, como él sabrá conformarse. Durante la travesía, en su desesperación, tendrá cuando menos el consuelo de decirse que seguimos velando sobre él, que nuestros corazones están con él, y que la hora de su libertad se acerca.

Se detuvo de pronto, y dijo mirándole:

—¿Por qué no contesta usted? ¿Ha perdido usted ya la esperanza?

—¡Oh, no! ¡eso nunca!... Pero he perdido el derecho de manifestarla... ¡He sido tan torpe hasta ahora!—añadió suspirando.

—Pero ya no volverá usted á serlo, porque seguirá el consejo que le acaban de dar: trabajará usted mismo.

—Puede ser... ¿De modo que partimos?

—Sí partiremos el día en que mi padre salga de París.

—Me he informado; deben mandarle primero á La Rochelle y á la isla de Ré... De ahí salen ahora las cuerdas de presos... ¿Probablemente querrá usted hacer el mismo viaje, seguirle lo más cerca posible?

—No. Llamáramos la atención... lo cual podría después entorpecer nuestros proyectos... No debemos cometer esa imprudencia... Pienso despedirme de él en París, para no volverle á ver hasta allá.

—¡Ah! ¿Allá no más?

—Sí... He meditado mucho con respecto á ese viaje, y voy á decirle á usted lo que propongo...

—Veámos, veámos—dijo Gardiner acercándose á ella.

—Quisiera llegar á Noumea antes que el buque que lleve á mi padre... ocultar á todo el mundo que soy hija de un presidiario... pasar por hermana de usted, ó por su mujer, importa poco... Establecernos en el país... Estudiar sigilosamente el presidio... Fijar con usted un plan de evasión, adoptarlo y emprenderlo tan pronto como llegue mi padre.

—Corriente: su idea de usted me parece excelente... Pero ¿cómo vamos á ir á Noumea? ¿Como pasajeros en uno de los vapores que hacen el viaje de?...

—¿Por qué?...—dijo la joven interrumpiéndole.—¿No tiene usted acaso un buque á su disposición?... Su yacht.

—Sí por cierto... En este momento está en el Havre.

—Pues bien; me embarcaré en el yacht.

—¡Ah! consiente usted...

—Sin duda alguna... ¿Qué tengo que temer al lado de usted?... ¿No le ha encargado á usted mi padre que vele sobre mí? ¿No le ha dicho: «Se la confío á usted... La coloco bajo la salvaguardia de su honor?» Yo tengo en usted la misma confianza que en mi pa-

dre, y le digo, como él: La gente pensará lo que quiera... ¡Qué nos importa! Nuestra conciencia debe despreciar esas calumnias.

—¡Ah!—exclamó sir Gardiner entusiasmado,—¡qué noble es usted y qué feliz soy de poder sacrificarme por usted!

En una larga conversación, fijaron todos los detalles del viaje proyectado: darían orden inmediatamente al capitán del yacht de dirigirse á Marsella y de esperar allí á sus pasajeros. Algunas semanas serían suficientes para ir á Nueva-Caledonia por el canal de Suez. La señorita Bérard y sir Gardiner conseguirían de ese modo llegar mucho antes que el buque del Estado, que por lo regular sigue las costas de Africa y dobla el Cabo de Buena Esperanza. Tiempo que emplearían en estudiar el país, en hacer un plan de evasión y en combinarlo todo para alcanzar el éxito en su empresa.

Un día, sir Gardiner, que tenía relaciones en el Ministerio del Interior, supo que un convoy de presos iba á salir al día siguiente de la Grande-Roquette con destino al punto de embarque. Avisó inmediatamente á la señorita Bérard.

L

La puerta de entrada de la Grande-Roquette acaba de abrirse; puerta fúnebre que sólo da paso al acompañamiento de los condenados á muerte, en los días de ejecución, y á los carruajes de la administración penitenciaria.

Las rejas se han abierto ante uno de esos carruajes para volverse á cerrar en seguida. La movable cárcel destinada á los presos que deben ser trasladados de una á otra prisión, viene hoy á buscar á los presidiarios que esperan, hace algunas semanas, su salida para Nueva-Caledonia.

Un hombre baja del coche. Es el jefe del convoy, aquel á quien están confiados los presos, el que responde de ellos y que debe llevarlos hasta el punto de destino.

Se presenta en el registro, para cumplir con las formalidades de costumbre, dar recibo y tomar la hoja de entrega, como si fueran mercancías.

En el patio en que, en este instante, están reunidos los presos reina cierta agitación. En las cárceles, todo cuanto viene á romper la monotonía de la vida adquiere grandes proporciones; se conmueven por el

más pequeño acontecimiento, se apasionan por la cosa más sencilla. Desde el día anterior saben que los presidiarios van á abandonar el depósito, y todos se agitan á su alrededor. Son los héroes del día. Los miran con enternecimiento, les dan apretones de manos al pasar, á veces los rodean, pues la vigilancia de los guardas disminuye un tanto en aquellos momentos solemnes. Les dan recados para el presidio, en que la mayor parte de los presos tienen un pariente ó un amigo.

Después, llamados por el jefe de los guardas, los presidiarios salen del patio, saludados con vivas, que no se pueden reprimir, agitando ellos también sus gorros y gritando: «¡Viva Caledonia! ¡En marcha para las colonias!»

Cuando ya no los ven sus compañeros, esa alegría desaparece. Es que ha llegado la hora del último adiós á la madre, á los hijos, á la mujer, á la querida.

Despedida desgarradora: esos miserables son á veces más llorados que los hombres honrados.

En un rincón del registro, Bérard está sentado junto á su hija. Hablan los dos en voz baja, con las manos estrechadas y con gruesas lágrimas en los ojos.

¡Haber vivido tantos años juntos y separarse de ese modo! ¡Y sin embargo era tan feliz, al verla crecer en hermosura y en inteligencia, al seguir sus primeros pasos en la vida, al ver subir por el horizonte aquel hermoso sol! ¡Y ella, que había pensado siempre: «Si me caso, viviré á su lado, no me separaré nunca de él,

cuidará de su vejez y le rodearé de tanto cariño que no notará que envejece!»

—Y van á separar á esos dos seres que tienen un mismo corazón!

—No, no, no nos separan—murmuró la joven á su oído...—No te apartas de mí; permanezco á tu lado, como tú permaneces al mío... Serás mi único pensamiento y el tuyo me seguirá por todas partes; que es verdad, padre mío, padre adorado?

—Sí sí—contestó...—Olvidaré los sufrimientos, las humillaciones, todo lo olvidaré para no acordarme más que de tí, para vivir sólo con tu recuerdo... No me compadezcas, no me llores... No puedo ser desgraciado teniendo el pensamiento fijo en tí.

.....

El jefe del convoy, con sus documentos en debida forma, ha salido del registro y está en el patio, junto al coche, con dos dependientes.

Le van trayendo los presidiarios uno tras de otro. Mira fijamente al preso, le registra de nuevo por última vez, manda que le pongan las esposas si el individuo le parece peligroso ó se lo han indicado como tal, luego le hace subir en el coche y le encierran en un departamento.

En el centro del patio, las mujeres, los viejos, los niños, lloran, se desconsuelan.

Del coche salen también gritos, sollozos, y á veces risas ó el estríbilo de alguna canción obscena.

.....

Cuando todos los presos han sido encerrados, el jefe del convoy mira su reloj. Sólo le queda una hora para llegar al ferrocarril de Orleans. Entonces se presenta en el registro para que le entreguen al presidiario Bérard.

LI

Por más que hubiera renunciado á toda tentativa de evasión, mientras que Bérard estuviese en Francia, sir Gardiner se había reservado el derecho de poner en juego su influencia para suavizar la suerte de su protegido. Siendo ahora más modesto en sus pretensiones, las conseguía: un ministro, cualquiera que sea, hace siempre aprecio de la prensa extranjera, cuenta siempre con los que la dirigen, y el ministro del Interior que había entonces quiso complacer á sir Hanley Gardiner. Por orden suya, el jefe de la primera división, bajo cuya dependencia están todos los establecimientos penitenciarios, había dado instrucciones particulares á sus agentes con respecto á Juan Bérard. Ostensiblemente, el presidiario debía ser tratado como los demás; pero, secretamente, se le comunicó al jefe del convoy y á los directores de las cárceles que tuviesen para con él el mayor número de consideraciones posibles, y que le concedieran

algunos favores que, en su situación, habían de ser preciosos.

No contento con lo que había obtenido del ministro del Interior, el periodista americano había hecho una visita al ministro de Marina, quien, por su parte, había recomendado á Bérard al comandante del buque del Estado que debía llevar á Caledonia el convoy de presidiarios.

El jefe del convoy, á quien sus superiores inmediatos habían dado las instrucciones convenientes el día anterior, se adelantó sin demasiada brusquedad hacia su prisionero, y le dijo con tono casi cortés:

—Ya es hora de marchar... Estoy esperándole á usted.

La señorita Bérard fué la primera que se levantó. Quería dar á su padre el ejemplo de resignación y de valor. Le abrazó por última vez, le besó la frente, los ojos, las mejillas y la boca, ahogó sus sollozos, enjugó sus lágrimas y, volviéndose hacia el jefe del convoy, le dijo:

—Estamos dispuestos, caballero.

El individuo, yendo delante como para indicarles el camino, salió del registro, entró en el pasillo y, volviendo á la izquierda, se dirigió al patio. Los dos le siguieron temblorosos, enlazados para sostenerse mutuamente. Al verlos pasar, el director se descubrió. Pudo creerse tal vez que saludaba á la señorita Bérard. Pero no se inclinaba más bien secretamente, á pesar suyo, ante aquel presidiario cuya inocencia le parecía, si no cierta, cuando menos posible?

Y ellos seguían avanzando hacia el coche celular, en

medio de una doble fila de guardas, de vigilantes. Por un gran esfuerzo de voluntad, la jóven llevaba erguida la cabeza y miraba á su alrededor con tranquilidad, como si quisiera decir: «No me ruborizo, no me avergüenzo, no acompaño á un asesino; voy con orgullo al lado de un mártir.»

Y su actitud, su distinción, su soberana belleza, así como también la elevada estatura de Bérard, su cabeza en aquel momento descubierta, su frente ancha, sus cabellos blancos á fuerza de estudiar, las lágrimas que surcaban sus mejillas, impresionaban, conmovían á todos aquellos hombres, tan refractarios por lo regular al enternecimiento. Saludaban, como su jefe había saludado.

El jefe del convoy, junto al coche, con la mano puesta en la portezuela abierta, parecía esperar, no á un criminal, sino á un viajero.

Todos esperaban presenciar una escena de despedida desgarradora... Se equivocaban... El padre y la hija, no queriendo atraer sobre sí la atención de tanta gente, se habían besado por última vez en el registro.

De pronto, Bérard se volvió hacia Juana, la miró un instante, le cogió las manos, se las apretó con fuerza y, separándose de ella, subió al coche, que se puso en seguida en movimiento.

Se oyeron gritos, sollozos, risas, cauciones é insultos.

Después, nada; las puertas de la Grande Roquette acababan de cerrarse.

Juana Bérard permanecía en el mismo sitio, en medio del patio, como si el coche hubiera estado aún

allí. Ni siquiera lo había seguido con la mirada. Su pensamiento, lo mismo que su cuerpo, estaba helado. No pensaba, no hablaba, no lloraba.

Entonces sir Gardiner apareció á la derecha, en la puerta de entrada. Por delicadeza se había quedado lejos de aquella escena. Pero, ahora que el otro había partido, venía á decir á la joven: «No está usted sola... Quedo yo... Aquí me tiene usted, á mí, á su amigo cariñoso... á mí, que la adoro...»

Tan pronto como apareció, le vió Juana.

Echó á andar lentamente; con la mirada fija en él, llegó y tomó su brazo.

Un carruaje les estaba esperando en la plaza. Montaron, y mientras el coche bajaba la calle de la Roquette y entraba en el boulevard Voltaire, la joven reclinó la cabeza sobre el hombro de sir Gardiner y lloró largo rato silenciosamente. Dichoso de sentirla así, junto á él, dominado por una especie de dulce voluptuosidad, algo pálido, con el corazón palpitante, sir Gardiner callaba también y la dejaba llorar.

Los preparativos estaban hechos, los baúles expedidos desde el día anterior. Siguiendo con exactitud el plan que habían trazado, tomaron á las siete de la noche el tren de Marsella.

LII

El otoño ha sustituido al verano. París vuelve á ver poco á poco á todos los que le abandonaron para correr por las playas y por las estaciones de baños. La estación de invierno se prepara: algunos salones se van abriendo, empiezan las invitaciones, los teatros anuncian los estrenos.

Y, á pesar de esto, la princesa Sofía Lavisine y el barón Carlos de Merieux están aún en Normandía, en los baños de Vaucotte.

Durante todo el verano, la princesa no ha ido ni una sola vez á París; todo el mundo cree que está en Rusia, y el príncipe Orsiloff, á quien varias personas preguntaban por la princesa, contestaba: «Se ha refugiado en sus tierras y no volverá aquí hasta que haya transcurrido el luto.»

En cuanto al barón de Merieux, hace mucho que ha renunciado á las ausencias calculadas y repentinas que tenían por objeto hacerse valer. Ahora desprecia esos ardides; tal vez se haya dejado coger en los lazos que él mismo había tendido; verle siempre junto á la princesa, no separándose nunca de ella, pudiera creérsele tan lleno de ternura como ella, embriagado de pasión.

Vaucotte, Yport y Etretat están desiertos: los bañistas han huido desde fines de Setiembre. En el valle sólo se ven aldeanos, y en la playa pescadores. Los dos amantes, no temiendo ya ser conocidos, han ensanchado el círculo de sus paseos. Se permiten hacer largas excursiones á pie por la playa, por el campo, por entre las rocas. Se pasean en el mar, montan á caballo y no vuelven sino por la noche para hacer una buena comida, que, si no es delicada, es abundante y nutritiva. Aquella vida al aire libre, aquella higiene bien practicada, renuevan su sangre, mantienen sus ardores: sus amores, antiguos ya, tienen aún todo el sabor, todo el entusiasmo de las primeras noches.

La princesa está conquistada, vencida por completo. No vive sino por él y para él. Es su amo, su Dios. Le pertenece en absoluto, puede hacer de ella lo que quiera. Si le da una orden, obedecerá sin titubear. Su orgullo de gran señora, de moscovita, de princesa, ha desaparecido. No se ha contentado el barón con atraérsela por el corazón, sino que ha recurrido también á su razón y hasta á sus intereses. A veces el amante desaparece para ceder el puesto al consejero, al amigo. Entre dos besos, le habla de negocios, le dicta una carta á un intendente, á un notario, á un agente de Bolsa, le indica un buen empleo para sus fondos; en una palabra, se va haciendo útil, indispensable. Él es el que lleva también el libro de los gastos comunes. Al principio, cada cual pretendía que los gastos de manutención eran de cuenta suya. Se decían uno á otro: «Estoy en mi casa, tú eres mi huésped.»

Como no podían ponerse de acuerdo sobre ese particular, han cedido mutuamente, se reparten todos los gastos y viven como marido y mujer bajo el régimen de la comunidad de bienes. Cada semana, cuando la sienta sobre sus rodillas y la obliga á echar una ojeada sobre el libro de cuentas, la princesa se asombra y exclama: «¡Cómo, no hemos gastado más que eso para vivir tan bien! Es la décima parte de lo que yo gastaba antes en tonterías, en menudencias... ¡Qué barata es la felicidad! ¡Cómo me enriqueces, alma mía!... Gracias á tí, voy acumulando millones: dentro de poco no voy á saber lo que hacer con ellos.»

—Pero yo sí lo sabré, decía interiormente el barón.

Eran tan felices, aquel final de otoño á orillas del mar tenía tantos atractivos, que no pensaban en moverse de allí.

—¿Por qué no pasamos aquí el invierno?—decía él con la boca puesta sobre el oído de la princesa.

Esta, encantada, estremecida, abrasada por su aliento, contestaba: «Sí, sí... Quedémonos aquí, quedémonos juntos, solos, siempre solos.»

Nunca había reinado entre dos amantes un acuerdo más perfecto; nunca se habían fundido tan completamente en uno solo dos temperamentos y dos corazones distintos; pero nunca estalló tampoco en un cielo tan puro una tempestad tan violenta y tan repentina. Por más que, si la princesa no la había visto aproximarse, el barón, astrónomo excelente, hubiera podido anunciarla con gran anticipación.

A fines de Octubre, una mañana, estando aún acostada Sofía Lavisine, el barón salió, según costumbre,

á dar una vuelta por el camino y á esperar la llegada del cartero. Cuando volvió, la encontró vestida con una bata, calentándose junto á un gran fuego de sarmientos.

—¡Cuánto has tardado!—dijo al verle.—¿No ha venido el cartero?

No contestó.

—¡Dios mío! ¿qué tienes?—exclamó.—Tu cara está descompuesta... ¿Has recibido malas noticias?

—No, no... No tengo nada, no tengo nada... Te engañas...

—Y yo te digo que te pasa algo. Nunca te he visto de ese modo... ¡Ah! quiero que me digas... ¿No contestas?... ¿Tienes secretos para mí?... ¿Puede haber secretos entre nosotros?

Se levantó, corrió hacia él, le cogió la cabeza con las dos manos y, después de haberle dado repetidos besos en la boca, le dijo:

—Habla. Quiero que hables.

No teniendo ya fuerza bastante para resistir á sus instancias, Merieux pronunció estas palabras:

—¡Estoy arruinado!

LIII

La princesa decía con asombro, cogiéndole las manos:

—¡Arruinado! ¿Cómo? ¿Qué ha sucedido?

Después de muchos ruegos, el barón de Merieux acabó diciendo: «¿Qué importaba? ¿A qué molestarla hablando de cosas desagradables, tratando de negocios, siendo así que podían hablar de amor?»

Pero Sofia insistió tanto, le apuró tanto, estuvo tan persuasiva, que el barón acabó por dejarse convencer.

«Había sido rico, muy rico en otro tiempo... Pero hacía bastante que ya no lo era... Antes de conocerla, y de amarla, había gastado su fortuna y su vida locamente para aturdirse, para ocupar su espíritu y su imaginación, no pudiendo ocupar su corazón, que no conocía el amor.

» El día en que la encontró, en que comprendió que se había fijado su existencia, que no debía seguir buscando el placer, puesto que había tropezado con la felicidad, aquel día sólo tenía quinientos mil francos.

» Por consejo de un amigo, colocó aquella cantidad en una empresa formal, excelente, según decían, que debía producir grandes beneficios, cerca de diez por

ciento, y constituirle de ese modo una renta de cincuenta mil francos anuales... Después se había marchado, encerrándose con ella en su querido retiro, lejos del mundo, lejos del ruido, lejos de las noticias, lejos de los negocios... Desgraciadamente, el que pudo haberle enriquecido había tenido mal éxito. Perdía no sólo su renta, sino también todo su capital.

Y al mismo tiempo arrugaba una carta en la mano, y la enseñaba diciendo:

—Ya ve usted... No puedo hacerme ilusión alguna... La noticia es cierta... Me la dan en términos precisos y claros.

Un perito en caligrafía hubiera notado tal vez que la letra con que estaba escrita la carta se parecía mucho á la del barón de Merieux; pero la princesa Sofía no pensaba ni siquiera en echar una ojeada sobre el papel que le presentaba. Le bastaba saber lo que decía.

Cuando su amante acabó de decirlo todo, tomó la palabra á su vez.

—En todo eso—dijo,—no veo más que una sola cosa... Que, en vez de cuidar de sus negocios y de vigilarlos, ha venido usted á encerrarse aquí por amor hacia mí, y que, por lo tanto, yo tengo la culpa de su ruina.

—Usted! ¡Tál! ¡Ah, qué tontería!

—Es muy cierto!... Con mi egoísmo no le he dejado ni aun tiempo para pensar en sus intereses. Y cuando me acuerdo que se ocupaba usted de los míos... Sí, me daba usted consejos... Me hacía usted colocar mis fondos perfectamente... Me ha enriquecido

usted, mientras á usted le arruinaban... Pero no consento que eso suceda... La pérdida que acaba usted de experimentar es asunto mío, mío exclusivamente.

—¡Cómol No comprendo...

La princesa continuó, animándose cada vez más:

—Soy su amiga de usted, soy su hermana ante todo... Entre nosotros no puede haber falsa delicadeza... Déjeme usted que crea que yo soy la que he perdido esos quinientos mil francos por haberlos colocado mal... Permitame usted que reúna ese mal negocio con los buenos que he hecho este verano, gracias á usted... Compartamos de ese modo las pérdidas y los beneficios; nada más justo.

—¡Nunca!... ¡jamás!—exclamó el barón con voz firme.—Me molestaría usted, me ofendería usted si me dijese una sola palabra más sobre este particular... Mi dignidad no me permite seguir escuchando á usted... Entre amante y querida... dispénsese usted que use esos términos, me veo precisado... no debe tratarse nunca de dinero.

—¿Por qué? ¿No suele tratarse entre marido y mujer?

—¡Ojalá es diferente... Basta, por favor!... No me convencerá usted... Dejemos esto y hablemos de nosotros. La noticia desagradable que acabo de recibir me obliga á salir para París.

—Lo comprendo... Partamos.

—¡No, no! Si me acompañase usted, estaría con usted, siempre con usted, y descuidaría mis asuntos... Hoy no tengo ya derecho para cometer esa falta... Tengo que procurar salvar un resto del naufragio...

Quédese usted aquí, espérame usted... No estaré mucho tiempo ausente... Sólo algunos días. No cambiaremos en lo más mínimo nuestros proyectos... París me entristecería en este momento, haría allí un triste papel... Déjeme usted que me acostumbre á mi pobreza.

—Sí, tienes razón—dijo la princesa, que no podía menos de admirar su juicio, su tranquilidad en la desgracia y su exquisita delicadeza.

Por la tarde, le acompañó hasta Fecamp, donde tomó el tren.

Se habían jurado escribirse todos los días, por la mañana, por la noche, á cada instante. Durante una semana, sus cartas se cruzaron sin interrupción; pero, una mañana, la princesa Sofia no recibió carta alguna.

Pasó un día horrible. Vaucotte le pareció triste, triste como la muerte. Mil temores asaltaban su mente.

Al día siguiente sucedió lo mismo. Mandó varios telegramas que no tuvieron contestación.

Entonces, no pudo más y se puso en camino para París.

En cuanto llegó, tomó un coche y se presentó en casa de Merieux.

—El señor barón no está en casa,—le dijo el criado.

—Pues le esperaré—contestó la princesa.

Y, despidiendo al ayuda de cámara con un gesto, entró en la sala.

Carlos de Merieux estaba sentado junto á la chimenea.

LIV

Se había levantado bruscamente, y de pie, apoyando las manos en el respaldo de una butaca, la miraba fijamente, inmóvil, sin correr á su encuentro.

La princesa se quedó también en el mismo sitio, admirada de aquel recibimiento, asustada.

Quería hablar, interrogarle, pero no podía. La contracción de su garganta no le dejaba emitir sonido alguno.

El barón rompió primero el silencio, pronunciando estas palabras, tristemente, como una reconvención:

—¿Por qué ha venido usted?

Sofia hizo un esfuerzo, y, oprimida, jadeante, logró balbucear:

—¿Por qué he venido?... ¿Me preguntas por qué he venido?... ¡Tú!... ¡tú!... He venido porque no íbas... Porque me dejabas allí sola, sin escribirme, sin contestar á mis cartas ni á mis telegramas... ¡Ah! no podía seguir así... Me hubieras muerto... Salgo, llego y me dicea que no estás... ¿No querías recibirme?... ¿No me amas ya?

—¡Te adoro! ¡te adoro!—exclamó Merieux con voz apasionada, vibrante.

—Me adoras y me haces padecer tantol... ¡Me adoras y puedes vivir lejos de mí... No lo entiendo.

—En efecto, no puedes entenderlo—dijo el barón bajando la voz.—No puedes adivinar que soy un miserable.

—¡Un miserable!—repitió ella.—¡Un miserable, tú!

—Sí, un miserable... ó más bien un cobardel... No sé soportar la miseria.

—La miseria, la miserial Explicáte: no veo, no...

—¿Para qué explicarme—repuso el barón con desanimación...—¿Me explico yo mismo, acaso, lo que me sucede?... Al llegar á París, fui á ver á la persona que se ocupa de mis negocios... No sólo he perdido todo cuanto poseo, sino que una operación de Bolsa que han hecho por cuenta mía, para desquitarme, según dicen, ha tenido mal resultado... Debo doscientos mil francos... Ayer me citaron á juicio, ¡á mí ¡á mí! Esa es mi situación... He corrido, he buscado, me he dirigido á mis amigos... He pedido, no dinero... no se pide prestado cuando se sabe que no se va á poder devolver... sino una posición, un destino cualquiera, que me permita vivir en París, no abandonarte, ser siempre tuyo, sólo tuyo... Hubiera vendido este hotel, estos muebles, hubiera pagado mis deudas y me hubiera puesto á trabajar... Sí, hubiera tenido valor para trabajar, con tal de conservarte... Hubiera alquilado una habitación modesta, á la que tú hubieras ido, como vienes aquí... Tu orgullo no se hubiera sublevado... Te conozco.

—Es verdad... ¿Qué más?

—¿Qué más?... que no he encontrado nada... En

todas partes me han contestado lo mismo... Las administraciones están invadidas... Hay veinte aspirantes para el mismo empleo... Las empresas más poderosas despiden en estos momentos á sus empleados. En la Bolsa no se hacen negocios... «Más adelante, tal vez—dicen,—pero no se fie usted.» ¡Más adelante!... ¡Más adelante!... ¿Cómo vivir hasta entónces? ¿Qué será de mí? Bajar, caer, después de haber vivido como yo he vivido... Oír decir de mí: «El barón de Merieux, ¿se acuerda usted? aquel barón de Merieux de quien se hablaba tanto, que desplegaba tanta elegancia y tanto lujo, pues bien, se ha arruinado, está arruinado por completo. Vive en un hotel de último orden, le he visto entrar ayer en un restaurant de infima clase... ¡Éso no, no! No puedo acostumbrarme á la idea de que se rían de mí, de que me compadecan, á mí, á quien admiraban, á quien envidiaban en otro tiempo... Será orgullo, será vanidad... estúpida. Pero así es... Entónces...

—Entonces ¿qué?—preguntó la princesa asustada.

El barón bajó la cabeza y murmuró:

—Entonces, pensé en matarme.

—¡Matartel... ¡matartel!...

—Tranquílcese usted...—contestó en seguida.—

He renunciado á esa idea... Ni siquiera tengo valor bastante para matarme.

Y, como ella le miraba con espanto, le cogió bruscamente las manos y prosiguió:

—No te asustes... ¿Te hablaría acaso de suicidio, si no hubiera renunciado á ejecutarlo?... Se hacen ciertas cosas, pero no se dicen... Y no obstante, mi reso-

lución estaba tomada... El día estaba fijado... Tenía arreglados todos mis asuntos... Había escrito á todos mis amigos... A todo el mundo, menos á ti.

—Menos á mí!

—Sí, sí... —dijo con exaltación.— A ti, me hubiera sido imposible abandonarte sin volverte á ver, sin oprimirte por última vez sobre mi pecho, sobre mi corazón... Hubiera ido á reunirme contigo allá... Te hubiera explicado mi larga ausencia y mi silencio, lo mejor que hubiera podido... Te hubiera dicho que mis asuntos estaban arreglados... Hubiera fingido estar alegre, risueño, tranquilo... No hubieras podido sospechar mis proyectos... Y, durante dos ó tres días, tal vez una semana... ¡oh, sí, una semana!... te hubiera amado más quizá, si fuera posible, que lo que te he amado hasta ahora... Sí, sí, ¿qué quieres?... Era una idea loca, culpable de seguro, una coquetería de moribundo... Quería que me echaras de menos, que me lloraras... Quería... ¿qué sé yo lo que quería? No quería despedirme de la vida sino hartó de amor y de voluptuosidad... Tal vez no hubiera tenido necesidad de matarme... ¡Hubiera muerto en tus brazos!

LV

La princesa le escuchaba temblorosa, con la mirada candente fija en él, con la boca entreabierta, palpitante. Hubiera querido gritarle: «Cómo hablar de morir, tú que sabes amar tan bien! ¡tú, el amante más completo que hay en el mundo! ¿Qué dices de pobreza y de miseria? ¿No tengo yo millones para los dos? La décima parte de mi fortuna te haría ser más rico de lo que has sido... ¿No puedes aceptar lo que proceda de mí?... Me amas, no debes pensar en nada... La pasión que experimentamos lo excusa todo, todo lo purifica.

Pero no se atrevía. Temía disgustarle, ofenderle, alejarle de ella. ¡Su negativa había sido tan clara, tan precisa, tan franca, el día en que se había permitido hacerle ofrecimientos! Tal vez se indignara y le dijera: «¡Vete, vete!... no quiero verte... Tu riqueza insulta á mi pobreza... ¡No quiero volver á verte!»

Temblaba al pensarlo.

Y él, enardeciéndola con la mirada, después de haberla enardecido con sus palabras, callaba para observarla mejor y adivinaba lo que pasaba en su interior.

Al poco rato, repuso con voz bruesca:

—Ya lo he dicho... He renunciado al suicidio...
 ¿Por qué?... ¿Por cobardía, por temor quizá?... Puede ser... Me he batido en desafío diez veces sin la menor debilidad... He encontrado á menudo adversarios peligrosos... Arriesgaba mi vida, y no temblaba... Pues bien, he titubeado, he retrocedido ante la idea de colocarme una pistola en el pecho y disparar... Pero no quiero parecer más tímido de lo que soy... Tal vez haya sido porque he pensado en usted... me ha conmovido de usted... Veía su desesperación... Me decía que aquella muerte violenta, brutal, le dejaría un recuerdo ingrato que amargaría su vida, atormentaría su pensamiento, y que nuestros amores debían tener un desenlace menos trágico.

—¡Un desenlace!—exclamó la princesa.—¿Qué desenlace?... ¿Admites... puedes admitir?...

Merieux bajó la cabeza y calló, pero ella se arrojó sobre él gritando:

—Habla, habla. Lo quiero, lo exijo.

—No, no. No hablaré. No hablaré. No me atrevo, no me atrevo. Te escribiré... Iba á escribirte cuando has entrado... ¡Ah! ¿para qué has venido?

—No quiero esperar tu carta—repuso la princesa.—Quiero que me lo digas... Te lo suplico.

—Pues bien, corriente—dijo él de pronto.—Es preferible acabar de una vez... Te destrozará el corazón, pero no podrás sufrir más que yo.

—¡Dios mío! ¿De qué se trata?—murmuró Sofía dejándose caer en una butaca, desconsolada, con los ojos fijos en él.

Y éste, de pie, apoyado contra el mármol de la chimenea, balbuceó tímidamente:

—He confesado á usted que me había dirigido á varios amigos míos con la esperanza de conseguir un empleo cualquiera, y que me habían desengañado... Hace dos días, me acordé de un pariente mío... Es rico, de gran posición, recibe á mucha gente y conoce á todo París... Después de haberme escuchado con atención, me dijo: «No comprendo, en verdad, querido amigo, que te desesperes tan pronto. Eres joven aún, de aspecto simpático. Eres de antigua nobleza, tienes un título muy apreciable y un apellido que ha dejado recuerdos en la historia... Pues bien, en Francia hay un cúmulo de ricas herederas que se apresurarán á traerte un dote considerable... Estás arruinado; ósate.»

—¡Casarte! ¡casarte!—exclamó la princesa irguiéndose de pronto.

—Déjeme usted continuar—repuso el barón gravemente.

Sofía se dejó caer de nuevo en la butaca y escuchó.

—Me indigné como usted... interiormente, se entiendo, porque no podía contar á mi primo los motivos que tenía para que la idea de matrimonio me indignase... Le dije sólo que no quería casarme... Entonces, mi pariente se volvió más persuasivo, más entusiasta... «Rechaza mi idea—dijo,—porque te parece vaga, indefinida... Te digo: Encontrarás cien herederas, y no te indico ninguna... ¿Has olvidado, acaso, aquella joven que encontraste el invierno pasado en mis reuniones de los lunes?... Es huérfana, libre de disponer de su mano y tiene cinco millones... ¿No te

acuerdas de la impresión que le hiciste?... Te ama, estoy seguro... Ya sabes que lo entiendo... Desde entonces no se ha casado, y no tendrás, de fijo, más que decir una sola palabra...»

La princesa se arrojó sobre él, le cogió los brazos gritando:

—¿Has pronunciado esa palabra? Di, ¿la has pronunciado?

LVI

No contestó á aquella pregunta, á aquel grito.

Entonces, sin soltarle los brazos, mirándole frente á frente, con la cara junta á la suya, la princesa repitió:

—¿Has pronunciado esa palabra que le autorizaba para casarte? ¿Te has atrevido á pronunciarla?

El barón pareció titubear y murmuró:

—Sí, la he pronunciado.

—¡Ah! ¡es infame!— exclamó alejándose de él.

Merieux se acercó á ella, y, cogiéndole á su vez las manos, le dijo:

—¡Infame! ¿Por qué? ¿Qué te importa que yo me case? No podemos ya vivir juntos... Nuestras relaciones han terminado... Nuestros amores han muerto.

—¡Muerto! ¿Por qué han muerto?

—No puedo seguir siendo tu amante... No tengo derecho para serlo... El honor me manda que me separe de tí.

—¿Por qué? repitió ella.

—¡Cómo! ¿No comprendes que mi pobreza no me permite ser el amante de una mujer rica como tú?... Habría entre nosotros demasiada distancia... Si nuestras relaciones llegasen á conocerse... y, desgraciadamente, todo se llega á saber... podrían suponer... ¡Hay hombres que aceptan situaciones infames, deshonrosas!... ¡Ah! ¡si llegasen á tener de mí semejante ideal... Y pudieran tenerla... En nuestra sociedad no se admite que la querida sea rica y el amante pobre... Esas desigualdades de fortuna provocan malos pensamientos... No quiero que la calumnia se cebe en mí... Ya que no me queda más que el honor, déjame que lo conserve.

La dejó, se arrojó en una butaca como anonadado, y, antes de que ella pudiese hablar, con voz profundamente triste, sin mirarla, con la cabeza baja, repuso:

—Sí, me caso... Es preciso... Puesto que no me mato, no puedo pasar por otro punto... El nombre que llevo me exige deberes... No pensaba en ello, me lo han recordado. No tengo derecho de aceptar ciertos empleos, de vivir miserablemente, de inspirar compasión... Y, además, no temo repetirlo, me asusta la miseria. Es mala consejera, puede arrastrar á cometer errores, faltas... Puede enpequeñecerme moralmente, como me enpequeñece bajo el punto de vista material.

La princesa quiso protestar, pero no le dió tiempo.

—Ayer me hablaban—continuó—de un hombre á quien he conocido en la misma situación que yo, elegante, bien nacido, de gran posición, miembro de varios círculos, gran jugador... Ha perdido toda su fortuna al baccarat... Hoy, con el rostro demacrado, pálido, mal vestido, se compromete en círculos de baja estofa, en tugurios... Juega, y sigue jugando, para tratar de ganar un luís, un duro... ¡Claro, tiene que vivir!... Pues bien; yo no me rebajaré hasta ese extremo... No quiero... No quiero... El matrimonio es mi salvación... Me caso descorazonado, por precisión, por deber, sin amor... ¿Podría amarla, acaso? ¿No estarás tú siempre entre ella y yo? Los recuerdos abrasadores del año que acaba de transcurrir no me permitirán jamás que quiera á otra mujer. Esos recuerdos me unen, me atan contigo para toda la vida... Lo sé, lo conozco... A su lado, no pensaré más que en tí, no veré más que á tí... Mi vida pasará junto á ella; pero mi pensamiento, mi corazón, mi alma estarán siempre en esta casa en que tan felices hemos sido, y allá, allá, en aquel nido querido que ya no volveremos á ver los dos juntos.

Se levantó de repente, y continuó, paseando por la sala:

—Es un martirio, un martirio al que me condeno... Martirio de cada hora, de cada instante... Vivir con la que no se ama, cuando se quiere á otra mujer... Ser amado y no amar... Hacer desgraciado á un ser que nada malo nos ha hecho... Porque tendrá que notar mi indiferencia, mi desvío al devolverle sus caricias... Seré su marido, pero no seré su amante... Será mi

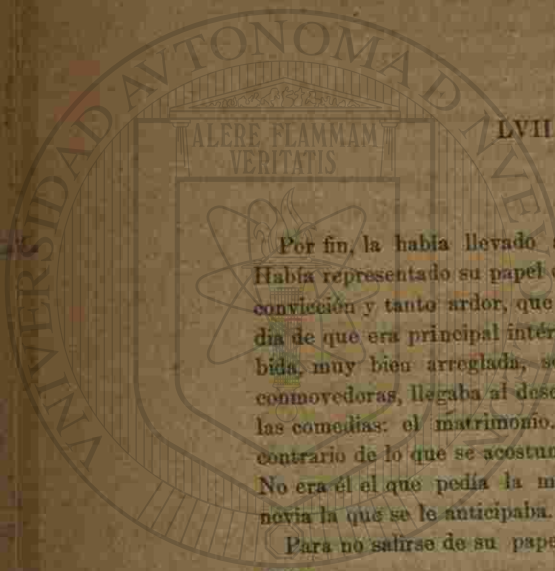
mujer, pero no será mi querida... Y, sin embargo, es joven, muy joven, es linda... Sí, lo recuerdo... Su amor me conmovió... Pero entonces no pensaba en casarme... Y, además, hacía pocos días que te había encontrado... No te quería aún, pero te deseaba ardentemente... Para mí eras, si no la más linda, la más apetezable de las mujeres... Bien te lo he demostrado después... Mi pasión no se ha amortiguado ni un instante... Es más ardiente tal vez, más loca que el primer día... ¡Creo que te hubiera amado así hasta la muerte!

Se había parado al decir estas palabras, y la miraba fijamente. De pronto, como si sus recuerdos le hicieran olvidar todas sus resoluciones, como si estuviera dominado por un furor loco, se llegó á ella, la estrechó en sus brazos, juntó su cuerpo con el suyo, buscó y encontró sus labios.

La princesa no tuvo fuerzas para resistir. Sus nervios sobreexcitados por aquella larga escena, sus deseos contenidos hacía ya ocho días, su materia, triunfaron de su amor y de su dignidad heridos. Sin protesta, sin resistencia, maquinalmente, volvió á ser su querida.

Pero como, ahora, sentado lejos de ella, con el cuerpo inclinado, con los codos sobre las rodillas y la cabeza entre las manos, callaba y parecía pesaroso de no haber podido dominar su pasión, Sofía, delirante, fuera de sí, corrió hacia él y, cayendo á sus pies,

—¿Por qué, en vez de casarte con ella, no te casas conmigo?—exclamó.



Por fin, la había llevado adonde quería llevarla. Había representado su papel con tanto talento, tanta convicción y tanto ardor, que triunfaba ya. La comedia de que era principal intérprete, muy bien concebida, muy bien arreglada, sembrada de situaciones conmovedoras, llegaba al desenlace previsto de todas las comedias: el matrimonio. Y ese matrimonio, al contrario de lo que se acostumbraba, se lo ofrecían. No era él el que pedía la mano de la novia; era la novia la que se le anticipaba.

Para no salirse de su papel, fingió la mayor sorpresa.

—Casarme con usted!...—repetía.—Casarme con usted!... No habla usted con formalidad.

—Muy formalmente... No es la primera vez que esa idea se me ha ocurrido.

—Es una locura... No permitiré que la cometa usted.

—¿Qué locura hay en que, una vez terminado mi luto, me case con un hombre honrado á quien amo?

—Olvida usted, querida mía, que se llama princesa Lavisine... Está usted emparentada con las familias

más altas, y yo no soy más que el barón de Merieux.

—Pues bien, después de haberme llamado princesa, seré baronesa... El título de barón, cuando es antiguo, vale tanto como el de príncipe... y príncipe ruso, que ha sido tan prodigado... Y además, ¿qué me importa? Llevaré su nombre de usted con más orgullo que cualquier otro título.

—Desgraciadamente, no sólo es usted la princesa Lavisine... Tiene usted también una fortuna considerable... Todo el mundo lo sabe... Asciende á más de cincuenta millones.

—¿Y qué? ¿Qué importa la cifra?

—Mucho. Al casarme con usted, pasaría por ser un especulador... Dirán de mí, de mí, que no he sabido nunca calcular: «¿Qué bien entiende los negocios!»

La princesa Sofia iba á contestarle, más no se atrevió, temió ofenderle. Pero él la comprendió y repuso:

—Si, ya sé... Adivino lo que quiere usted decirme... No se me escapa ninguno de sus pensamientos... Se extraña usted de mis escrúpulos con respecto á usted, siendo así que estoy pensando en casarme con una heredera de cinco millones. ¿Es eso, no es verdad?

La princesa calló.

—Pues bien, permítame usted que le haga observar que ese matrimonio no tiene semejanza alguna con el que usted me propone... La joven de que se trata pertenece á una familia honrada, y nada más que honrada, sin pasado, sin alianzas... Su fortuna ha sido adquirida en los negocios, por un padre inteligente, y nada más... Me traerá un dote, bien. Pero yo

le llevo un nombre, un título, una posición... Le abro de par en par los mejores salones de París... Podrá ser recibida en todas partes... Entre nosotros dos, no hay más que un cambio de bienes. Mi dote, aunque por completo moral, vale tanto como la suya, que no es más que material... Hará un negocio tan bueno como yo; la sociedad lo comprenderá así y lo aprobará.

Sofía se acercó á él y, cogiéndole las manos, que apretó convulsivamente, le dijo:

—¿De modo que no quieres?

—No puedo—contestó.

—¿Y vas á casarte con ella?—exclamó la princesa con voz vibrante, con mirada ardiente.

El momento de la escena culminante había llegado.

Cerró los ojos, como si no pudiera sostener su mirada, y, cayendo sobre una butaca, dijo:

—No, no me casaré con ella... Ya no puedo, ya no puedo... después de lo que acabas de decir, después de lo que acabas de hacer... Nunca he dudado de tu amor; pero no creía fuera tan grande, tan profundo, tan verdadero, tan generoso... Me amas hasta el punto de sacrificar tu nombre, tu gran posición... hasta el punto de querer compartir conmigo todas tus riquezas... ¿Y yo te abandonaré, y yo me separaré de ti, y yo consentiré en perder un amor como el tuyo?... No... no... Constituye mi orgullo y mi alegría... Consiento en todo con tal de conservarlo... En todas las privaciones... ¿lo oyes?... en todos los sufrimientos materiales y morales... Pero, lo conozco, seguro de tu amor, fortalecido por esa seguridad... no podré sufrir...

¿Lo oyes, lo oyes?... Nada ha variado... Volveremos allá ó nos quedaremos aquí, como quieras... Olvida todo cuanto te he dicho... Te pertenezco hasta la muerte... hasta la muerte... Tu amor ha vencido todos mis escrúpulos, todo mi orgullo...

La princesa le había escuchado con avidez, con la mirada fija en la suya, con la boca cerca de su boca. Cuando acabó de hablar, le estrechó con todas sus fuerzas y se confundió con él. No podía pronunciar ni una sola palabra: su felicidad le ahogaba; su alegría la volvía loca.

Y él sonreía diciéndose: «Dentro de poco, temerá perderme y querrá sujetarme para siempre... La idea del matrimonio ha entrado en su cabeza de mascovita tenaz, de mujer exaltada, y esa idea no saldrá... Se arraigará tanto más, cuanto que yo fingiré rechazarla... Ahora ya, es asunto de pocas semanas.»

LVIII

En el estado en que se hallaban las cosas, el barón de Merieux comprendió que debía impedir á toda costa que la princesa se adormeciera en medio de su felicidad y de su dulce reposo, que la harían olvidar su proyecto de matrimonio. Conoció también que, como consecuencia de la actitud que había tomado, de su

le llevo un nombre, un título, una posición... Le abro de par en par los mejores salones de París... Podrá ser recibida en todas partes... Entre nosotros dos, no hay más que un cambio de bienes. Mi dote, aunque por completo moral, vale tanto como la suya, que no es más que material... Hará un negocio tan bueno como yo; la sociedad lo comprenderá así y lo aprobará.

Sofía se acercó á él y, cogiéndole las manos, que apretó convulsivamente, le dijo:

—¿De modo que no quieres?

—No puedo—contestó.

—¿Y vas á casarte con ella?—exclamó la princesa con voz vibrante, con mirada ardiente.

El momento de la escena culminante había llegado.

Cerró los ojos, como si no pudiera sostener su mirada, y, cayendo sobre una butaca, dijo:

—No, no me casaré con ella... Ya no puedo, ya no puedo... después de lo que acabas de decir, después de lo que acabas de hacer... Nunca he dudado de tu amor; pero no creía fuera tan grande, tan profundo, tan verdadero, tan generoso... Me amas hasta el punto de sacrificar tu nombre, tu gran posición... hasta el punto de querer compartir conmigo todas tus riquezas... ¿Y yo te abandonaré, y yo me separaré de ti, y yo consentiré en perder un amor como el tuyo?... No... no... Constituye mi orgullo y mi alegría... Consiento en todo con tal de conservarlo... En todas las privaciones... ¿lo oyes?... en todos los sufrimientos materiales y morales... Pero, lo conozco, seguro de tu amor, fortalecido por esa seguridad... no podré sufrir...

¿Lo oyes, lo oyes?... Nada ha variado... Volveremos allá ó nos quedaremos aquí, como quieras... Olvida todo cuanto te he dicho... Te pertenezco hasta la muerte... hasta la muerte... Tu amor ha vencido todos mis escrúpulos, todo mi orgullo...

La princesa le había escuchado con avidez, con la mirada fija en la suya, con la boca cerca de su boca. Cuando acabó de hablar, le estrechó con todas sus fuerzas y se confundió con él. No podía pronunciar ni una sola palabra: su felicidad le ahogaba; su alegría la volvía loca.

Y él sonreía diciéndose: «Dentro de poco, temerá perderme y querrá sujetarme para siempre... La idea del matrimonio ha entrado en su cabeza de mascovita tenaz, de mujer exaltada, y esa idea no saldrá... Se arraigará tanto más, cuanto que yo fingiré rechazarla... Ahora ya, es asunto de pocas semanas.»

LVIII

En el estado en que se hallaban las cosas, el barón de Merieux comprendió que debía impedir á toda costa que la princesa se adormeciera en medio de su felicidad y de su dulce reposo, que la harían olvidar su proyecto de matrimonio. Conoció también que, como consecuencia de la actitud que había tomado, de su

calculadas negativas, se veía precisado á perseverar en su resistencia y á no obrar sino indirectamente.

Nada más fácil: la joven de que había hablado no era un ser fantástico. Había, en efecto, en la Chaussée d'Antin una heredera de cinco millones, bastante linda, que se había enamorado de él después de algunas coquetterías y de varios valsea. Aquella ligera ilusión de joven excéntrica, aquel capricho de mujer rica, hubieran llegado ¿hasta el matrimonio? Era muy dudoso. Pero podían suponerlo, y Carlos de Merieux se las arregló de tal suerte que no tardaron en suponerlo. A fines de Diciembre se esparció, en efecto, el rumor de que iba á casarse con la señorita H..., y algunos periódicos ávidos de indiscreciones, que él provocó hábilmente, se apresuraron á propalar esos rumores.

Poco tardó en llegar hasta la princesa Sofía Lavigne, que, naturalmente, se inquietó y acabó por alarmarse. Carlos de Merieux no había renunciado, por lo visto, á sus proyectos. ¿Procuraba acaso burlar su vigilancia y anunciarle bruscamente una próxima ruptura?

Quiso conocer á aquella de que se trataba; consiguió encontrarla en casa de una modista que estaba entonces de moda; le pareció bonita, rara, bien formada, y á la inquietud vinieron á añadirse los celos.

Como era muy franca, muy expansiva é incapaz de disimular, no tardó en manifestar sus temores á M. de Merieux.

Se defendió; afirmó que hacía mucho tiempo que ya no se ocupaba de la señorita H...; que los gacatille-

ros y los cronistas estaban muy atrasados de noticias y presentaban una historia del año anterior, como si hubiera sido un hecho reciente. Llegó hasta á acusar á su pariente, que persistía en su idea y quería casarle á todo trance, de alimentar esos rumores para obligarle cada vez más.

—¿Entonces, me lo juras, ya no piensas en ella?— preguntó la princesa.

—Te aseguro que no pienso más que en ti.

No obstante, tuvo miedo. ¿Por qué no había insistido en pasar el invierno en Vaucotte, como estaba convenida? Daba como razón la necesidad de ocuparse en sus asuntos ó de buscar un empleo. Pero sus gestiones le tenían alejado de ella durante el día y parecían muy preocupado durante la noche. Ya no le pertenecía como en otro tiempo. Seguía amándola, no podía ponerlo en duda, pero con intermitencias. La serie de días felices se había interrumpido. ¿Y aquel empleo? ¿Si no lo encontraba? ¿Si, á pesar de sus resoluciones, causado de su pobreza, acabara por ceder á las instancias de su familia? ¿Y si, en un momento de debilidad, se dejaba llevar á casa de la joven heredera, que tenía sobre ella la ventaja de la fruta nueva, de la novedad, de la flor recién entreabierta?

Entonces, inquieta, celosa, volvió á sus proyectos de matrimonio. Quería decididamente amarrarle con lazos indisolubles, y, según la frase de que en otro caso se había servido el príncipe Orsiloff, enjaular el pájaro raro que había tenido la suerte de encontrar.

Cuando dos personas persiguen el mismo fin, cuan-

do están decididas á alcanzarle, cuando el éxito depende sólo de ellas, el resultado no puede ser dudoso. El barón de Merieux, pedido en matrimonio, presentó nuevas dificultades, se escandalizó, se negó rotundamente; pero, por fin, enternecido por los ruegos de su querida, vencido por sus lágrimas, consintió en lo que deseaba.

Cuando París supo aquellos proyectos de matrimonio, se asombró. Pero su asombro fué de corta duración: veinticuatro horas después, se asombraba de otra cosa cualquiera.

Para que su locura fuera completa, la princesa había pensado al pronto casarse bajo el régimen de la comunidad de bienes. Quería compartirlo todo con aquel á quien amaba, que fueran comunes la vida y la fortuna. Pero él se opuso y exigió la separación de bienes; lo que permitió que sus amigos, hábilmente enterados de esos detalles, se hicieran lenguas de su desinterés completo. Sabía perfectamente que la separación de bienes, al conservar á la mujer la libre administración de su fortuna, le permite disponer de ella á favor de su marido y hacerle donación de cuanto quiera. ¿No podría él provocar esas donaciones en el momento oportuno, gracias á la influencia, al dominio que ejercía sobre la princesa?

¿No estaba siempre en el caso de imponer su voluntad á aquella mujer, cuya pasión la hacía ser su esclava?

El día 10 de Marzo de 188... un año y algunos

días después de la muerte del príncipe Lavisine, el matrimonio de su viuda con el barón de Merieux se celebró en la iglesia de San Agustín. Fué una ceremonia religiosa de que París se acuerda aun hoy.

El príncipe Orsiloff asistió también. Se apresuró á felicitar á los recién casados en la sacristía, y, llevando aparte al barón de Merieux, le dijo en voz baja:

—Estaré á las cinco en su casa de usted, en el hotel en que me recibió cuando era soltero.

LIX

Al salir de la iglesia de San Agustín, el barón de Merieux fué al hotel Lavisine, que era ya su domicilio. En los grandes salones del piso bajo ayudó á la princesa á recibir á los numerosos amigos que fueron, según costumbre, á felicitarles. Después por la tarde, cuando cesaron las visitas, se escurrió y fué á su habitación de soltero, en el hotelito de que no había podido deshacerse aún.

A las cinco, el príncipe Orsiloff se presentó. Carlos de Merieux le recibió en el salón en que, diez y ocho meses antes, habían tenido la primera conversación.

Siempre grave, frío, el príncipe, sin alargar la mano al dueño de la casa entró, inclinó su elevada esta-

tura y fué á sentarse en la butaca que había ocupado anteriormente.

—Ya lo ve usted—dijo—todo se ha arreglado como yo lo tenía previsto... Pero, para conseguir un éxito tan completo, ha debido usted desplegar la mayor habilidad, y no puedo menos de felicitar á usted.

—Acepto la felicitación—dijo el barón sonriendo—y confieso que la merezco.

—Lo comprendo; pero parece usted gozar de salud perfecta, parece usted más joven que antes; no puede por lo tanto, estar pesados de unos esfuerzos que han alcanzado un éxito tan grande.

Como Carlos de Merieux no contestaba, el príncipe repuso, después de haber encendido un cigarrillo:

—¿Sería una indiscreción preguntarle á usted dónde piensa pasar el resto del invierno?

—En Italia... Salimos esta misma noche... La princesa no abrirá sus salones hasta el año que viene.

—¿Cuánto tiempo piensa usted estar ausente?

—Tres meses próximamente... Si no tiene usted inconveniente en esperar hasta entonces, á mi regreso tendré el gusto de devolverle las cantidades que ha tenido la bondad de anticiparme.

—Perfectamente... esperaré.

Se levantó, arrojó su cigarrillo á la lumbre y, de pie, apoyado en la chimenea, pronunció estas palabras:

—¿Y lo demás, cuándo me lo entregará usted?

—Lo demás!—repitió el barón palideciendo un poco.

—Sí, la mitad del capital que hoy le pertenece...

La mitad de la fortuna que le he hecho ganar á usted... En una palabra, los veinticinco millones.

—¡Los veinticinco millones!—balbuceó Carlos de Merieux.

—¡Claro!... ¿Ha olvidado usted lo convenido entre nosotros, aquí, en esta sala, en este mismo sitio, á la misma hora, hace diez y ocho meses.

—No, no lo he olvidado; pero...

—¿Pero qué?

—Esos millones no me pertenecen... Me he casado bajo el régimen de la separación de bienes.

—¿Y á mí qué me importa?—dijo el príncipe con sequedad.—Arréglese usted como quiera para cumplir sus compromisos... ¿Piensa usted acaso en no hacerlo así?

—No... Pero la fortuna de la princesa no está precisamente en metálico... Tiene grandes cantidades en valores negociables... Pero la mayor parte consiste en propiedades situadas en Rusia.

—Se puede venderlas... Las conozco.

—En inmuebles en París—añadió el barón.

—A falta de comprador, el Crédito Foncier y el Banco Hipotecario le harán un préstamo importante.

—¡Corriente!... Pero ya comprendo usted que esas operaciones exigen cierto tiempo.

—Lo comprendo, y le daré el tiempo que sea necesario.

—Y además, no puedo pedir sumas tan considerables, ni exigir tales sacrificios, sin algún pretexto.

—Ya lo encontrará usted... Eso es asunto suyo... Por lo demás, permítame usted que se lo diga, sin que

mis palabras le ofendan... la mujer que ha sido bastante loca, en su situación, para casarse con un hombre en la posición en que usted se halla, dará sin titubear, sin hacer caso, todas cuantas firmas le pida usted, hará cuantas extravagancias sean necesarias y que su situación actual traerá consigo.

—Es usted severo para con ella y para conmigo.

—Soy exacto... Por consiguiente, sólo se trata ya de fijar las fechas de los vencimientos... Helas aquí: dentro de tres meses me entregará usted, como acaba de decirlo, los quinientos mil francos que le he anticipado... Durante el mes de Octubre siguiente deseo percibir diez millones... Un año después, los últimos quince millones... Entonces estaremos en paz y no volverá usted á oír hablar de mí... Pero si demora usted lo más mínimo cualquiera de esos pagos, le prevengo que seré inexorable.

—¿Qué quiere usted decir?

—¡Oh! lo que usted quiera... Figúrese usted las cosas llevadas al último extremo... Quedará usted aún muy por bajo de la realidad.

Y sin añadir una sola palabra más, el príncipe Orsiloff tomó su sombrero y salió.

Por entonces mismo, sir Hanley Gardiner y la señorita Bérard llegaban á Noumea. En cuanto al presidiario Bérard, estaba á punto de salir de la isla de Ré, en que se había detenido el convoy para esperar á que se completase.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

SEGUNDA PARTE

LA PRINCESA SOFIA

I

En el Océano, en las costas de Francia, en la desembocadura del Charente, está anclado un buque del Estado. Es la fragata *Saone*, que, después de haber formado parte durante mucho tiempo de la escuadra del Mediterráneo, está destinada ahora al transporte á la Caledonia de los sentenciados de ambos sexos.

La Saone se ha convertido en un buque mixto, es decir, que puede andar con vapor y que, con sus tres palos y su excelente velamen, puede prescindir de la maquina cuando el tiempo y el viento son favorables.

El cielo está azul, el mar está apenas agitado por una brisa suave de Noroeste. Reina á bordo gran movimiento. En el puente y en la batería se apresuran, se ejecutan á todo escape las órdenes de los jefes, se hacen las últimas maniobras. Las embarcaciones de la Aduana y de la Inspección de Sanidad están formadas á lo largo del costado. Oficiales, soldados, marinos,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO RIVERA"
Asdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

mis palabras le ofendan... la mujer que ha sido bastante loca, en su situación, para casarse con un hombre en la posición en que usted se halla, dará sin titubear, sin hacer caso, todas cuantas firmas le pida usted, hará cuantas extravagancias sean necesarias y que su situación actual traerá consigo.

—Es usted severo para con ella y para conmigo.

—Soy exacto... Por consiguiente, sólo se trata ya de fijar las fechas de los vencimientos... Helas aquí: dentro de tres meses me entregará usted, como acaba de decirlo, los quinientos mil francos que le he anticipado... Durante el mes de Octubre siguiente deseo percibir diez millones... Un año después, los últimos quince millones... Entonces estaremos en paz y no volverá usted á oír hablar de mí... Pero si demora usted lo más mínimo cualquiera de esos pagos, le prevengo que seré inexorable.

—¿Qué quiere usted decir?

—¡Oh! lo que usted quiera... Figúrese usted las cosas llevadas al último extremo... Quedará usted aún muy por bajo de la realidad.

Y sin añadir una sola palabra más, el príncipe Orsiloff tomó su sombrero y salió.

Por entonces mismo, sir Hanley Gardiner y la señorita Bérard llegaban á Noumea. En cuanto al prisionero Bérard, estaba á punto de salir de la isla de Ré, en que se había detenido el convoy para esperar á que se completase.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

SEGUNDA PARTE

LA PRINCESA SOFIA

I

En el Océano, en las costas de Francia, en la desembocadura del Charente, está anclado un buque del Estado. Es la fragata *Saone*, que, después de haber formado parte durante mucho tiempo de la escuadra del Mediterráneo, está destinada ahora al transporte á la Caledonia de los sentenciados de ambos sexos.

La Saone se ha convertido en un buque mixto, es decir, que puede andar con vapor y que, con sus tres palos y su excelente velamen, puede prescindir de la máquina cuando el tiempo y el viento son favorables.

El cielo está azul, el mar está apenas agitado por una brisa suave de Noroeste. Reina á bordo gran movimiento. En el puente y en la batería se apresuran, se ejecutan á todo escape las órdenes de los jefes, se hacen las últimas maniobras. Las embarcaciones de la Aduana y de la Inspección de Sanidad están formadas á lo largo del costado. Oficiales, soldados, marinos,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO RIVERA"
Asdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

todos se despiden de sus amigos, de sus parientes, que regresan á tierra en una gran chalupa. Suenan silbidos estridentes. El vapor se escapa por una válvula abierta.

A eso de las tres de la tarde, tres grandes lanchas atadas con un cable á un remolcador salen de la isla de Aix y se dirigen hacia la fragata. Llevan unos trescientos presidiarios y unas sesenta mujeres, enviados por las cárceles centrales, particularmente por la de Clermont, á Nueva Caledonia.

En la fragata, la infantería de marina está formada. Los vigilantes de primera y segunda clase, encargados especialmente de la custodia de los presos, esperan á su gente. El comandante pasea, rodeado de algunos oficiales.

Las lanchas se han acercado á la fragata. La que iba la primera se acerca á la escala, y los presidiarios van subiendo silenciosamente sobre el puente uno tras otro.

En lo alto de la escala está el jefe de los vigilantes. Examina á cada preso, y con un gesto le indica la escalera que conduce al entrepuente.

A pesar del cielo azul y del sol que platea las olas, aquella escena es lúgubre. Podía creerse que aquellos vivos van bajando al ataúd.

En cuanto entran en la batería, otros vigilantes los encaminan inmediatamente hacia grandes jaulas provistas de rejas colocadas en fila. Son seis; cada una puede encerrar próximamente unos cincuenta hombres. Las de babor están separadas de las de estribor por un pasillo en el que se pasean los centinelas de

guardia y los vigilantes. Las bordas están cerradas: no las abrirán sino más tarde, para renovar el aire, cuando la costa se haya perdido de vista. Aquella galería es sombría, es triste, es fúnebre.

Vestidos con blusa y pantalón grises, cubiertos con un gorro grande de lana color de chocolate, la mayor parte de aquellos hombres están abatidos, silenciosos, consternados. Hace un momento, cuando se alejaban de la isla de Aix, caotaban y reían. Era preciso amenazarles para conseguir un poco de silencio. Eran felices de partir, de cambiar de aires. «¡En marcha para las colonias!» gritaban agitando sus gorros, como en la Roquette. Ahora comprenden que aquel largo viaje de seis mil leguas será penoso, terrible, mortal para algunos. Echan miradas inquietas á su alrededor; aquellos cañones apuntados sobre sus jaulas en el extremo de la batería los intimidan, los asustan y les hacen perder hasta la esperanza de la sublevación. Algunos piensan también, no en la patria de que van á alejarse para siempre... esos miserables no tienen el sentimiento de la patria... pero piensan en el rincón en que han pasado su infancia, en la ciudad que se levanta allá, allá, donde han vivido, en la mujer, en la querida por la que han robado ó han matado.

Algunos reincidentes, huéspedes antiguos de Brest y de Tolon, ó que han hecho ya el viaje á Cayenne, conservan, sin embargo, una sonrisa burlona en sus ajados labios. Parecen burlarse de las precauciones tomadas contra ellos. Se indican con la mano varios vigilantes que hicieron en otro tiempo el viaje con la cuerda de presos y que, por lo tanto, son antiguos co-

nocidos. Miran también de cuándo en cuándo hacia la jaula de las mujeres. Entre ellas hay algunas que parecen jóvenes y bonitas, á pesar de sus cabellos cortos, de su horrible traje. Acostumbrados á toda clase de engaños, durante una larga travesía no dejarán de encontrar algún medio, ya que no de reunirse con ellas, de entablar conversaciones y correspondencias.

Se oye un gran ruido en el puente. Se ejecutan órdenes rápidamente. Las cadenas del ancla rechinan y caen sordamente sobre la madera del buque. El vapor silba.

La fragata se pone en movimiento. La máquina le comunica un movimiento de trepidación. Un ligero vaivén empieza á sentirse.

Entonces, uno de los vigilantes se aproxima á una de las jaulas y grita: «El número 213.» Un hombre tumbado en el suelo, apoyado contra el muro del buque, se levanta y dice:

—Aquí estoy.

Es Juan Bérard.

El vigilante hizo salir al preso de la jaula y le dijo:

—Vaya usted delante de mí, hacia allá.

Y al mismo tiempo le indicaba una escalera que conducía de la batería al puente del buque.

Algunos segundos después, Bérard respiraba al aire libre, bajo la luz del sol. Echó una mirada á su alrededor; delante de él, el mar, siempre el mar, lo desconocido, lo infinito. Detrás de él, la tierra, la costa lejana, medio borrosa, la Francia. Se alejaba de ella sin sentimiento, sin dolor. No dejaba á nadie que le fuese querido: hacia mucho tiempo que su hija había abandonado aquel suelo y le esperaba allá, á seis mil leguas allende los mares; y aquella inmensidad que se extendía ante él, en vez de asustarle, encantaba sus ojos, exaltaba su imaginación sobrecitada por los padecimientos. Le parecía ver en los límites del horizonte á Juana, á su hija adorada, á su divina *Reina de Hermosura*, iluminada, dorada por los rayos del sol poniente, radiante, deslumbradora.

—No se mueva usted de aquí y espere con la cabeza descubierta—le dijo el vigilante.

El oficial de guardia, al ver á aquellos dos hombres, se aproximó y dijo:

—¿Qué hacen ustedes aquí?

—El comandante ha mandado que se le traiga á este preso—contestó el vigilante.

—Es verdad. Me lo han avisado.

Llamó á un cabo y le dió instrucciones.

Un momento después, Bérard se hallaba en presencia de M. C., comandante de la *Saone*, capitán de navío, de unos cuarenta y cinco á cuarenta y ocho años, alto, de aspecto frío, de rigurosa severidad á bordo, según decían, pero también excesivamente justo.

—Que dejen á este hombre aquí conmigo—dijo.—Que le esperen en el puente...

— Cuando estuvo sólo con Bérard, le preguntó:

— ¿Se llama usted Juan Bérard?

— Sí señor.

— ¿Es usted el que ha sido condenado á cadena perpetua por haber asesinado al príncipe ruso Lavisine?

— No señor.

— ¿Cómo no señor! ¿Hay dos Juan Bérard á bordo? Se han equivocado al traerle aquí.

— No lo creo, mi comandante... Pero me acaba usted de decir que he sido condenado por haber asesinado al príncipe Lavisine, y he contestado que no... He sido condenado porque la justicia ha creído que yo había asesinado al príncipe... No es lo mismo.

— Para usted, bueno. Pero para mí es lo mismo—repuso fríamente el comandante.

— Lo sé, caballero... Pero, por respeto á mi mismo, tenía el deber de protestar.

M. C... le miró con más detenimiento que hasta entonces. Le sorprendía su voz tranquila y enérgica, al mismo tiempo que su aspecto, su actitud, la expresión de su rostro.

Cuando hubo acabado su examen, repuso:

— El ministro de Marina se ha servido hacerme el honor de escribirme el mismo con respecto á usted... Aquí está su carta... No tengo motivo alguno para ocultar lo que dice... Me participa que ciertas consideraciones han impedido complacer las apremiantes recomendaciones de que ha sido usted objeto... Al enviarle á Noumea, han tenido que satisfacer exigencias diplomáticas... Pero por otras razones, y á consecuan-

cia del interés excepcional que le demuestra á usted una persona influyente, se desea que esté tratado lo mejor posible á bordo... Tal es el sentido de la carta... Quiero tener presentes las recomendaciones del ministro; por eso le he mandado llamar á usted.

Bérard se inclinó sin contestar.

— La travesía que vamos á hacer—prosiguió el comandante—será larga y penosa para los oficiales, para la tripulación, para los soldados, para todo el mundo. Pero será terrible, lo comprendo, para los presidiarios que tengo encargo de trasladar á Caledonia. Vivirán, en número crecido, en un espacio pequeño y serán tratados con extremada severidad... Es indispensable... Hay entre ellos algunos exaltados, rebeldes, indomables, furiosos, que no pueden en manera alguna ser sujetos usando de indulgencia y de dulzura, que sólo producirían un relajamiento en la disciplina, y la disciplina es de absoluta necesidad en el mar, en un buque de guerra, en las condiciones en que se encuentra éste... No quiero que comparta usted la vida horrible que el deber y la seguridad de la tripulación me obligan á imponer á los presos... Comprendo también que su trato, el contacto continuo con ellos serían un verdadero tormento para usted... No volverá usted á la batería... Se le buscará un rincón en la proa, en donde pueda usted vivir solo, como si estuviese en la celda de una cárcel... Es usted un hombre instruido... Para ocuparle, le confiaré á usted algunos trabajos... En una palabra, encargaré que todos se muestren indulgentes para con usted... ¿Está usted satisfecho? ¿Tiene algún otro favor que pedirme?

—Si señor—dijo Bérard,—puesto que me lo permite usted.

—¿Cuál?

—Quisiera volver al entrepuente... sufrir mi condena con todo rigor... no ser objeto de ninguno de los favores que ha tenido la bondad de propoerme, y que le agradezco desde lo más profundo de mi corazón.

El comandante de la *Saone*, asombrado, miraba á Bérard. Creía haber oído mal. ¡Cómo! ¡Aquel preso, á quien se dignaban hacer ofrecimientos tan preciosos, dada su situación, los rehusaba! ¡Aquel hombre bien educado, aquel hombre científico, quería vivir en contacto con aquellos ignorantes, con aquellas gentes groseras, con aquellos miserables de la peor ralea, con aquellos criminales! ¡No se asustaba de aquella promiscuidad terrible! ¡Cuando le ofrecían el aislamiento, el aire libre, vastos horizontes, el cielo, el sol, decía que quería vivir en la sombra, en la oscuridad, que quería volver á bajar al infierno! ¡Quería padecer en medio de aquellos condenados! El comandante, cuya curiosidad se había excitado, deseaba conocer el motivo de esa negativa.

—Tengo varios motivos—contestó Bérard.—Pero temo...

—Puede usted hablar lo que guste... No le haré á usted traición.

—No lo dudo, caballero... Lo que temo es, que no se me comprenda.

—Pues bien, no se le comprenderá á usted... Pero empiece por explicarse.

De pie, ante el comandante sentado, con su gorro en la mano, con el cuerpo erguido, Bérard decía:

—El primer motivo que me obliga á desear no ser objeto á bordo de ningún favor especial, procede de un sentimiento de temor, de cobardía... No tengo presente más que mi interés personal, y, prudentemente, sacrifico el presente al porvenir... En efecto, nada me asegura que encuentre en Caledonia, con los jefes del presidio, una benevolencia igual á la que se ha dignado usted demostrarme, caballero... Puedan, en cuanto llegue á la isla de Nou, volvome á colocar con mis semejantes, obligarme á compartir su existencia, imponerme la promiscuidad que la generosidad de usted quería apartar hoy de mí... Entonces, créalo usted, se acordarian de la excepción hecha en obsequio mio únicamente, de los favores que se me habían concedido, y me los harían pagar muy caros. Entre hombres condenados á sufrir toda clase de privaciones, á todas las tentaciones, nacen, fermentan, crecen á cada instante los celos, la envidia, el odio... La vida se hace intolerable para el desdichado que despierta, excita ó activa esos sentimientos... Sobre él recaen todas las contradicciones, todas las iras... No tiene un solo instante de

tranquilidad. Le devuelven los insultos, las brutalidades, los golpes de los vigilantes... Se vengan sobre él de todas las miserias sufridas... Tengo miedo, caballero, sí, tengo miedo, al pensar en la existencia que me estaría reservada... Podría durar diez años, veinte años, toda mi vida... ¿No estoy sentenciado, acaso, á perpetuidad?

El comandante, con los ojos fijos en Bérard, le había escuchado con atención.

—Lo comprendo—dijo;—tal vez tenga usted razón. ¿Pero no decía usted que tenía varios motivos para rehusar los favores que yo quería concederle?... ¿Cuáles son los demás?

—No me queda más que uno, caballero, pero es muy difícil de expresar.

—Procure usted hacerlo.

—Durante la larga ociosidad de la cárcel—continuó Bérard—he meditado mucho... Mi espíritu, mi imaginación se han exaltado... es una de las consecuencias del aislamiento... He acabado por decirme que si la casualidad, la suerte, mi destino me habían convertido de repente en un acusado, luego un sentenciado, luego un preso, y por fin un presidiario, es que tengo tal vez que cumplir una misión para con ciertos hombres... Sí; más instruido, más inteligente, mejor que todas esas gentes que han llegado á ser compañeros míos, puedo tratar de combatir su rebajamiento, de arrancarles á su abyección... No pretendo pronunciarles discursos ni sermones; no pretendo convertirme en predicador del presidio; quiero únicamente predicar con el ejemplo, y con mi conducta, con mi

resignación, hacer que se vuelvan menos rencorosos, menos implacables; luchar contra su dureza, contra su bestialidad... Al principio se reirán de mí; qué me importa! El hombre que trata de hacer el bien debe exponerse á las burlas... Sé lo que me espera... Pero si llego á salvar á uno nada más, si consigo inspirarle sentimientos humanos, entouces, caballero, no sentiré los tormentos que voy á sufrir por mi propia voluntad, á pesar de su benevolencia, á pesar de su parecer de usted.

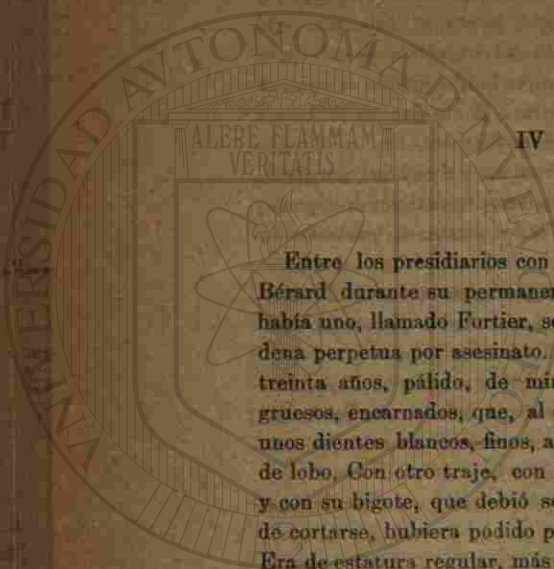
El comandante se levantó y, con menos frialdad en la expresión de su rostro, con voz en que se advertía ligera emoción, dijo sencillamente:

—Está bien, haga usted lo que gusta... Pero si le ocurriera cambiar de parecer, no tiene más que solicitar hablar conmigo... Conservaré mis buenos propósitos con respecto á usted.

En seguida llamó al vigilante y le devolvió el preso.

Al pasar por el puante, Bérard volvió á echar una mirada en torno suyo. No se veía ya la costa; el mar se extendía hasta lo infinito, el sol acababa de desaparecer y todo el horizonte estaba teñido de rojo. Entonces creyó de nuevo ver á lo lejos, en una gran estela luminosa, en una nube de púrpura y oro, á su Juana querida, á su *Reina de hermosa*.

—Vamos, baja más de prisa—le dijo el vigilante. Obedeció, volviéndose á internar en aquel infierno.



Entre los presidiarios con los que se había rozado Bérard durante su permanencia en la isla de Aix, había uno, llamado Fortier, sentenciado también á cadena perpetua por asesinato. Era un hombre de unos treinta años, pálido, de mirada intensa, de labios gruesos, encarnados, que, al entreabrirse, descubrían unos dientes blancos, finos, algo puntiagudos, dientes de lobo. Con otro traje, con los cabellos más largos, y con su bigote, que debió ser negro y espeso antes de cortarse, hubiera podido pasar por un chico guapo. Era de estatura regular, más bien delgado que grueso. Pero sus músculos desarrollados, sus hombros anchos y cuadrados, su cuello robusto, indicaban una fuerza poco común, uno de esos hombres nerviosos por completo, de acero. Fortier se sintió atraído hacia Bérard, y éste, después de haberle estudiado durante algún tiempo, había consentido en hablar con él. Aquellos dos hombres se completaban uno á otro: éste tenía la fuerza material; aquél la fuerza intelectual, moral.

Sus mismos compañeros los admiraban como inteligentes, como artistas, y los tenían en opinión de asesinos superiores, saliéndose de lo vulgar: Fortier ha-

bía dado sesenta y dos puñaladas á su víctima. Le había acribillado el pecho y le había hecho tan profundo agujero en la región del corazón, que, en el momento de la autopsia, no se había podido encontrar aquel órgano. «En su furor, el asesino se lo habrá comido quizá,» dijo el médico forense.

Lo que justificaba la sentencia á cadena perpetua era el número de las puñaladas, pues, por lo demás, nada indicaba que el móvil del asesinato hubiera sido el robo. La acusación lo atribuía á sentimiento feroz de celos contra un rival preferido tal vez. Pero la verdad no había llegado á conocerse por completo: Fortier se había negado á aclarar ese punto.

Por su parte, Bérard se había atraído el aprecio de sus colegas por haberse servido de una bomba de dinamita y haber matado á un príncipe conocido, fabulosamente rico. Para aquellos hombres, eso constituía un título de nobleza, cuyo pergamino era la bomba misma. En cuanto á suponer que Bérard era inocente, como él lo había sostenido ante el jurado, ni siquiera lo pensaban. Su inocencia les hubiera molestado, se hubieran desilusionado con respecto á él. Creían que Bérard había representado ante el jurado el sempiterno papel de inocente perseguido en que tan prácticos eran ellos. Al oírles, en efecto, tenía uno que creer que las personas robadas, violadas, envenenadas ó asesinadas por ellos eran las únicas culpables, y que ellos no eran más que las víctimas.

—¿Qué le querían á usted?—preguntó Fortier, escurriéndose junto á Bérard en cuanto éste hubo vuelto á ocupar su sitio en la jaula.

Aquellos dos hombres, por excepción, no se tuteaban nunca.

—El comandante—contestó francamente Bérard—me mandó llamar para decirme que yo le había sido recomendado muy particularmente, y para proponerme que fuera á vivir allá arriba en el puente, casi en libertad.

—¿Y qué? ¿Hubrá usted aceptado?

—No, he rehusado.

—¿Por qué?

—Porque me necesita usted aquí.

—¡Ah! ¡ha sido por mí!... Muchas gracias—dijo Fortier, cuyos ojos brillaron.—En efecto, le necesito á usted... Nunca le he necesitado tanto... La desesperación se ha apoderado de mí desde que he puesto los pies en este buque, en esta jaula, en la que parecemos todos fieras... Cuando usted ha vuelto, estaba yo pensando si no me convendría más tomar carrera y romperme la cabeza contra esos barrotes de hierro...

—¿De veras?

—Sí... Las miserias que nos esperan me bastan... Mire usted... ¡Qué espantoso amontonamiento!... ¡Cincuenta hombres en esta jaula, en que no caben más que veinte!... No podemos ni aun dormir, es decir, olvidar... ¡Y qué calor se siente ya! Para poder respirar, uno de los nuestros ha entresabierto una porta de la batería... Le han mandado al calabozo, en el fondo de la bodega... ¡Qué principio de viaje! Y eso que ahora hace buen tiempo... ¿Qué será de nosotros cuando tengamos temporal, cuando rodemos unos por encima de otros?... ¿Y en las costas de Africa, cuando no tenga-

mos ni aire que respirar?... Una hora al día sobre el puente... El resto del tiempo en esta cueva infecta... ¿Y los castigos, los insultos... los golpes... las enfermedades?... ¡Ah! no tienen derecho para hacer sufrir tanto á seres humanos... Estamos condenados á cadena perpetua y no al tormento. Tormento de cada hora, de cada instante... Pueden matarnos de un solo golpe, pero no martirizarnos... Cuando yo he matado, he herido á mi enemigo desde el principio en el corazón. Me ensañó después, pero con un cadáver... ¡Sería furor, rabia, bestialidad, no lo niego! Pero no era crueldad.

—Cálmese usted—le dijo Bérard.—Cálmese usted... Podrían oírnos.

—¿Qué me importa?

—Entonces, cálmese usted por mí; por mí, que he venido á compartir sus miserias.

Sombrio, estremeciéndose aún, Fortier se arrojó en un rincón de la jaula y no volvió á desplegar los labios.

V

A las cinco, los habitantes de la batería hicieron su primera comida; es decir, que entregaron á cada uno la sexta parte de un pan de munición, una galleta, y trajeron en grandes barreños una sopa de arroz. Tal es la comida que los sirven, por lo regular, de sie-

te veces cinco. Esa sopa se sustituye, dos veces por semana, con otra sopa que tiene grandes pretensiones, pues le añaden doscientos cincuenta gramos de carne fresca ó en conserva. El almuerzo, que se verifica á las once de la mañana, se compone de un cocido de judías secas, de galleta, de pan en la misma proporción que para la comida, y de medio cuartillo de un vino espeso. Para poder esperar la hora del almuerzo, los presidiarios tienen también derecho, por la mañana, á una taza de café puro.

Para esas comidas, están divididos en escuadras de diez hombres, á las que dan el nombre de plato, nombre demasiado pretencioso, pues ya hemos dicho que el plato no es más que un barreño. Cada escuadra tiene su jefe de plato, encargado de cuidar que no se coma con demasiada suciedad y de impedir que los glotones engullan la ración de los demás.

Aquella primera comida á bordo de la *Saone* fué muy accidentada. La fragata, ya en alta mar, empezaba á balancearse, y aquellos hombres, que en su mayor parte no habían puesto nunca los pies en un buque, se entorchaban, se tropezaban, caían unos sobre otros y tenían que apoyarse mutuamente para no rodar por el suelo.

Después de aquella comida frugal y atormentada, vino la distribución de hamacas y de mantas; luego tocaron á silencio, y los presidiarios, de los que la mitad se acostaron en hamacas y la otra mitad se tumbaron en el suelo, procuraron dormir.

La noche fué corta. A las cuatro de la mañana les despertaron las cornetas. Acudieron los vigilantes y

mandaron que se procediese inmediatamente á la limpieza de las jaulas. Todos los hombres recibieron orden de levantar el pantalón hasta el muslo, de des calzarse y de remangarse las mangas de la blusa hasta el codo. Después encargaron á unos que maniobrasen con las bombas, mientras que los demás barrían y frotaban el piso.

Cuando se acabó la limpieza, un nuevo toque de corneta anunció la inspección. Aquel día, que era jueves, debía hacerla el mismo comandante. Pronto apareció, seguido de la plana mayor, del doctor y del capellán. El jefe de los vigilantes, al frente de sus subordinados, le esperaba al pie de la escalera. Los presidiarios, de pie, con la cabeza descubierta, estaban en dos filas á lo largo de las rejas de las jaulas.

Se les había avisado que podían dirigir reclamaciones al comandante. Recibió algunas, las acogió fríamente, dando, sin embargo, varias instrucciones á los vigilantes. Se detuvo delante de una de aquellas jaulas y pareció que buscaba con la vista á alguien. Era á Bérard. Le conoció, esperó á que el presidiario se acercase á hablarle, y, después de haberse convencido de que no parecía desear decirle nada, continuó su inspección, que acabó muy pronto.

Entonces corrieron voces en la batería de que se iba á proceder á la elección de jefes de jaula. Este empleo, de los más subalternos y de los menos honoríficos, tiene, sin embargo, entre tales gentes, una gran importancia: el jefe de jaula manda los trabajos, vigila la distribución de los alimentos, nombra los jefes de plato, indica los que están enfermos, hace cumplir el

reglamento, mantiene el orden, impone silencio e impide las disputas. Debe tener bastante influencia sobre sus compañeros para hacerse obedecer. Pero ¿y de él si no se ejecutan sus órdenes? Asume todas las responsabilidades, todas las faltas recaen en él. Sobre él caen todos los castigos.

Fortier se había acercado á Bérard.

—Quieren nombrar á usted jefe de jaula—le dijo.

—Y eso ¿qué es?—preguntó Bérard.

Fortier se lo explicó.

—No quiero, no quiero!—exclamó Bérard.

—Tenga usted cuidado... Aquí no tiene uno derecho para negarse á prestar ciertos servicios... Tal vez le castigarán á usted llevándole al calabozo, y yo no podría ver á usted en mucho tiempo... Y, sin embargo, es preciso que le vea, que le sienta cerca de mí, que me proteja usted contra mí mismo... que me impida usted una tontería... ¡Ah! ¡si usted supiera lo que me sucede... lo que he descubierto esta mañana, mientras el comandante inspeccionaba nuestras jaulas y la de las mujeres!... ¡Es para volverse loco!

—Pues ¿qué sucede?

—Ya se lo diré luego, más tarde.

Les interrumpieron. Mientras que hablaban, sus compañeros se habían reunido en un rincón; después, tres de ellos, separándose del grupo, acababan de acercarse á Bérard.

—Mis compañeros me encargan—dijo uno de ellos—que te suplique aceptes las funciones de jefe de jaula... Procuraremos obedecerte y no darte demasiados disgustos.

—¿No me odiaréis si os mando?

—No, puesto que te lo suplicamos.

—Corriente—dijo Bérard;—acepto.

Un nuevo toque de corneta anunció el almuerzo.

Bérard entró inmediatamente en el desempeño de su cargo.

VI

Durante dos días, Fortier no hizo intención de acercarse á Bérard; permaneció silencioso, sentado junto á los barrotes de la jaula. Parecía mirar con interés el movimiento que había en el pasillo, el ir y venir de los vigilantes y de los encargados de los servicios. Pero el que le hubiera observado con atención hubiera notado que su mirada se fijaba con preferencia en una jaula más pequeña que las demás, situada enfrente de la batería. Era una de las dos jaulas en que estaban encerradas las mujeres sentenciadas á reclusión en las cárceles centrales, y que habían conseguido la autorización de acabar su condena en Caldonia.

Grandes compuertas de madera cubrían la jaula por aquel lado é impedían ver á sus moradoras... precaución muy sensata, muy humanitaria, que no se ha llevado siempre á cabo en los transportes. Olivier Pain, en su libro titulado *Henri Rochefort*, dice lo

siguiente: «Enfrente de la jaula de Rochefort se hallaba la que encerraba á Luisa Michel y á veintinueve ciudadanas deportadas también. Si la deportación era terrible para los hombres, para las mujeres era intolerable, pues se veían precisadas á practicar hasta los menores detalles del cuidado de su limpieza corporal bajo las incasantes miradas de los vigilantes.» Pero aquello fué una excepción. En la mayor parte de los buques, la jaula destinada á las mujeres ha estado siempre cerrada con puertas, ó simplemente con tablas, que resguardaban á las presas de las miradas indiscretas, pero que tenían el inconveniente grandísimo de interceptar el aire, ahogándolas cuando el buque llegaba á las regiones tropicales.

Por lo demás, nuestros lectores pueden tener completa seguridad de que absolutamente todos los detalles referidos en este libro son exactos, proceden de buen origen y que no incurriremos en la más pequeña exageración. Nos han sido facilitados por presos políticos que han compartido la vida de los presos por crímenes comunes y que han sido tratados exactamente lo mismo que ellos, á veces más duramente aún. Hablan de todo esto, de todas esas miserias espantosas, sin amargura, sin pasión, sin violencia, con rara y hermosa que permite darles completo crédito.

Fortier inquietaba á Bérard, que seguía la dirección de su mirada y se extrañaba de verla siempre fija en aquellas tablas. Se acordaba también éste de las palabras pronunciadas por su compañero. Entonces, obedeciendo á un interés, á una simpatía inconsciente hacia aquel hombre, se aproximó á él y trató de an-

marle á que le hiciese confidencias. Temía dejarle vivir en el aislamiento de sus ideas. Al verle triste y abatido, temía que fuese víctima de la locura que se declara con tanta frecuencia en los presos.

Fortier empezó por resistirse á las instancias de Bérard.

—No quiero hablar...—decía.—Tengo miedo á mis recuerdos.

—Pero recuerda usted á solas consigo mismo. ¿No sería mejor que recordase conmigo?

—Sí, tal vez, puede ser...—dijo de pronto Fortier levantándose.—Pero ¿cómo hablar? Nos oirán... Cuando tenga que contarle ciertas cosas, no podré dominarme ni contener mi voz.

—Sí. Le recordaré que debe hablar muy bajito. Y además, en este rincón, no podrán oírnos... La mitad de nuestros compañeros está arriba en el puente. Nuestra jaula está ménos llena que de costumbre. Podemos aislarnos... Mire usted, aquí, junto á la reja del fondo.

Y, al mismo tiempo, le empujaba hacia el lado que le indicaba. Fortier, después de haber titubeado un instante empezó con voz sombría:

—Hasta ahora sólo conoce usted mi crimen... Pero no sabe cómo y por qué lo he cometido... Voy á decirlo... Antes de ser asesino, he sido un hombre honrado... un buen obrero... Comencé por ser pintor de muestras, y poco á poco llegué á que me emplearan los pintores escenógrafos... Pintaba los fondos, los cielos, y lo hacía bastante bien... Ganaba en ese oficio diez, quince y hasta veinte francos por día... Era muy

feliz. Por mi desgracia, una mujer vino á vivir á la casa que yo habitaba en Montmartre; se mudó al mismo piso que yo. Decía que era encajera y pasaba por ser muchacha honrada. Ya no me acuerdo cómo llegué á conocerla. Pero el caso es que, poco después, me recibí en su casa, por las noches, cuando acababa mi trabajo, y al fin me enamoré perdidamente de ella. ¡Era tan linda, tan hermosa!... Figúrese usted...

De pronto se paró, escuchó con atención, miró hacia el pasillo que separaba las jaulas de babor de la de estribor, y, agarrando el brazo de Bérard, apretádoselo con fuerza, le dijo con voz conmovida:

— Los compañeros vuelven... Ahora van á salir las mujeres á pasear por el puente... Sé que van á subir hoy... ¡Venga usted, venga usted!... Va usted á ver á pasar... Así no necesitaré hacer su retrato.

VII

Fortier no se había equivocado: el paseo de las mujeres, que por diversos motivos se había demorado, debía tener lugar aquel día. A eso de las tres de la tarde, un cabo de vigilantes vino á avisar á las hermanas de San José de Cluay, que hicieron salir á las presas de su jaula. Aquellas hermanas, que eran tres ó cuatro, sustitúan á los vigilantes en la custodia de

las mujeres, y son las únicas que pueden comunicarse con ellas, mantener el orden en aquel rebaño indisciplinado y rebelde. Tal es el reglamento. Pero cuando hay que alherrojar á alguna mujer... pues las castigan lo mismo que á los hombres... y se resiste y se enfurece, las hermanas se ven precisadas á llamar en su ayuda á los vigilantes. Y además, en una larga travesía, cuando los vigilantes, los marineros y hasta los oficiales están hambrientos por un largo ayuno, les sucede algunas veces, aunque pocas, el infringir el reglamento.

Las presas salieron de sus jaulas y se dirigieron hacia la escalera que daba acceso al puente. Para llegar hasta allí, tenían que pasar por delante del departamento en que se encontraban Bérard y Fortier. Este, de pie, con la frente apoyada en las rejas, esperaba su paso. Al verlo de aquel modo, con la mirada atidente, erguido en su jaula, se hubiera podido tomarle por una fiera que olfatea de lejos á su dominador, le ve llegar y se estremece.

Iban desfilando una á una, conducidas por la religiosa que iba delante. Todas eran más ó menos jóvenes. Aquellas mujeres, destinadas á casarse en Caldonia, bien con pensados que están cumpliendo la condena, ó bien con los que han sido licenciados y que han obtenido la concesión de un terreno, no pueden pasar de los treinta y cinco años. Algunas eran bastante lindas, á pesar de su traje, que no las agracia demasiado, por cierto: un vestido de indiana, de color oscuro, mal confeccionado, demasiado largo, demasiado estrecho ó demasiado ancho; un pañuelo de cuadros

grandes, cruzado sobre el pecho y atado por la espalda; en la cabeza un pañuelito que ocultaba sus cabellos; en los pies, grandes zapatos informes.

De repente, Fortier, soltando el barrote que oprimía su mano, cogió el brazo de Bérard y le dijo con voz baja, contenida y trémula de emoción:

—Ésa es, ésa es!... Va á pasar por delante de nosotros.

Bérard miró. La que se le indicaba era una joven alta y hermosa de unos veinticinco años, con hombros anchos y graciosos y con pecho robusto y bien formado. Bajo su falda ceñida se dibujaban sus caderas muy pronunciadas y sus formas correctas. Tenía las cejas muy arqueadas, los ojos bien rasgados y muy negros, la nariz recta, de líneas muy puras; la boca algo grande, con labios encarnados, gruesos; un color pálido, pero un pálido animado. Era robusta como una muchacha del campo, pero la corrección de las líneas y la armonía de los contornos le daban la apariencia de una mujer de elevada cuna.

Había visto á Fortier, de lejos, y andaba lo más despacio posible, envolviéndole en una mirada ardiente, sonriéndole con sus húmedos labios y sus blancos dientes. Llevaba la cabeza y el talle erguidos, para hacer resaltar aún más su pecho exuberante. Sus fosas nasales se dilataban, su boca se entreabría, como si buscara, como si aspirara un largo beso.

Él, con las manos crispadas, retorcía los barrotes. Parecía que quería sacar la cabeza para verla más de cerca, que quería pasar todo el cuerpo para reunirse con ella y estrecharla en sus brazos.

—Marcela Hébert, anda usted más de prisa—dijo una de las hermanas.

Hizo como que no lo había oído y continuó con el mismo paso, lento, cadencioso.

Fortier fijaba ahora la vista en aquella nuca poderosa, atravesada por una línea de pelo que iba á perderse en la espalda.

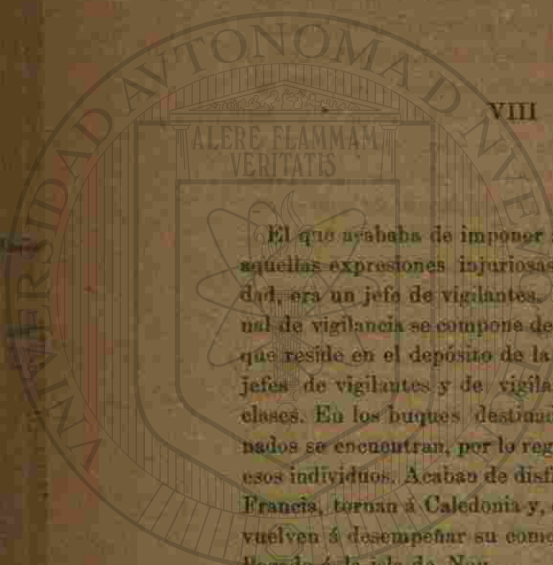
En el momento de subir el primer escalón, y antes de desaparecer, Marcela se volvió para enviarle un último beso con los labios, á través del espacio.

Él se quedó de pie, inmóvil, mirando siempre hacia el sitio en que había desaparecido, tratando de verla aún con el recuerdo; después, de pronto, se volvió y dijo á Bérard con voz sorda:

—¡Ya la ha visto usted! ¡ya la ha visto usted! ¿No es verdad que es muy hermosa? He matado por ella... Por ella estoy aquí... Venga usted, venga usted. Se lo contaré todo, todo... Quiero estar hablando de ella hasta que la vuelva á ver, hasta que vuelva á pasar.

Y, bruscamente, arrastró á Bérard al extremo de la jaula, le empujó contra las rejas, y, de pie delante de él, aislándole de sus compañeros, iba á empezar sus confidencias, cuando una voz gritó:

«¡Atajo de canallas! ¿queréis callaros? Hay más ruido en esta jaula que en todas las demás juntas... ¡Bribones, miserables!»



El que acababa de imponer silencio á los presos con aquellas expresiones injuriosas y con aquella brutalidad, era un jefe de vigilantes. En Caledonia, el personal de vigilancia se compone de un vigilante principal, que reside en el depósito de la isla de Nou, de varios jefes de vigilantes y de vigilantes militares de tres clases. En los buques destinados al transporte de penados se encuentran, por lo regular, muestras de todos esos individuos. Acaban de disfrutar de una licencia en Francia, tornan á Caledonia y, en cuanto se embarcan, vuelven á desempeñar su cometido como si hubieran llegado á la isla de Nou.

Durante la mayor parte del tiempo, hacen su servicio con el insulto en los labios, el puño levantado y el revólver en la cintura. La dureza, la ferocidad son tradicionales en el presidio. No puede ser de otro modo. Ese personal se recluta generalmente entre los cabos y sargentos de infantería de marina de peores antecedentes, y hasta entre los simples soldados, pues hoy, ya, ni los peores sargentos y cabos se prestan á cumplir tal misión, á desempeñar ese puesto. Aquellos hombres de naturaleza grosera, brutales en su

mayor parte, viciosos con frecuencia, no conocen más que un solo medio para hacerse obedecer: la amenaza... amenaza de un castigo corporal, amenaza de una cruel venganza... No se les ocurre nunca ofrecer al preso la esperanza de una recompensa, pues éste, so metido casi siempre á todos los caprichos, á todas las arbitrariedades, castigado aun cuando se porta bien, tiene, por lo regular, interés en portarse mal. Roba para comer, porque está alimentado de un modo insuficiente, y porque los mismos proveedores de la administración roban también en la calidad y la cantidad de los alimentos. Sólo que los proveedores se enriquecen, mientras que los presidiarios, por un delito que se castigaría en Francia con quince días de cárcel, se ven condenados á diez, á veinte y hasta á cuarenta años de presidio. Los consejos de guerra en Caledonia acostumbran á aplicar siempre el maximum de la pena. El nuevo gobernador de Caledonia, M. Pallu de la Barrière, parece animado de mejores intenciones. Acaba de introducir grandes reformas en el presidio. Parece que entiende la justicia y la humanidad de una manera muy distinta á la que ha servido de norma hasta ahora. Es de esperar que pueda continuar su obra.

Carlos Robin, el jefe de vigilantes que acababa de aparecer, era un hombre bastante guapo, de unos treinta años, rubio, sanguíneo, robusto, que fué sargento en el tercer regimiento de infantería de marina. Se le suponían aficiones amorosas y se le achacaban algunas conquistas entre la sociedad femenina de Noumea; conquistas, por lo demás, muy fáciles, pues parece

ser que las buenas costumbres no han ido á refugiarse en aquella parte del globo.

Después de haber pasado por delante de la jaula y soltado sus insultos y sus amenazas, subió al puente, atraído tal vez por la presencia en aquel sitio y en aquel momento de las mujeres que se estaban paseando.

En cuanto hubo desaparecido, Fortier, arrebatado desde que había visto á Marcela Hebert, continuó su conversación con Bérard.

«Ya le he dicho á usted—dijo con animación, pero con voz sorda—que Marcela vivía en mi misma casa, en el mismo piso que yo, y que llegué á enamorarme locamente... La creía mujer honrada, viviendo del producto de su trabajo, como yo vivía del mío, y le propuse casarme con ella... Se negó... Y, sin embargo, yo la gustaba, al parecer... Parecía quererme... Sí, no tenía nada de particular que me equivocase. Por aquel entonces, me miraba como me ha mirado hace un momento... ¿La ha visto usted?... Yo la veo, no dejo de verla... Ha querido renovar mis antiguos recuerdos, abrasarme la sangre, volverme loco.

Cuando me miraba así, intentaba yo cogerla en mis brazos, acercar mis labios á su boca entreabierta; pero no quería... se resistía... me rechazaba... me amenazaba con no volver á recibirme... con abandonar la casa... con desaparecer para siempre si me valía de recursos violentos... Entonces me atemorizaba: me alejaba de ella y la obedecía.

Así pasaron tres meses... Tres meses durante los cuales cambiamos palabras ardientes, miradas, apre-

tones de manos... Una noche me dijo: «No puedo seguir recibiéndole á usted en mi cuarto... Ya han empezado á hablar de nosotros en la casa... y yo quiero conservar mi reputación de mujer honrada...» Al verme triste, desesperado, añadió:

«Tranquílese usted... No perderá usted nada; al contrario... Una señora para la cual he trabajado varias veces, y que me quiere mucho, se ha marchado á Niza, á pasar el invierno, y me ha encargado el cuidar de su casa durante su ausencia, de ventilarla y de arroglarla... En lo sucesivo, pasaré en esa casa las tardes, en vez de trabajar aquí, en este cuartito... Tengo la llave de aquella casa, que está en la calle de Provence... Está muy bien amueblada, muy elegante... Venga usted á verme tres veces por semana á las seis de la tarde... ¿Le conviene á usted? ¿Quiere usted?»

IX

—Ya lo creo que me convenía! Ya lo creo que quería!—continuó Fortier con la misma voz algo velada, pero conmovida, penetrante... Aquello era una cita... y puesto que se le había ocurrido el dársele, era que me amaba... era que, por fin, se había decidido á entregarse á mí... Por lo visto, había resistido hasta

entonces por temor de que la sorprendieran, conmigo en su cuarto mal cerrado, en aquella casa en que la esperaba contiguamente... Ahora... ¡Ah! era el más feliz de los mortales.

Espere con la mayor impaciencia el día de la primera cita... Por fin llegó... Me había vestido y arreglado con esmero... Lo aseguro á usted que tenía buen aspecto... Parecía un caballero.

Pasé por delante de la portería sin preguntar nada, como habíamos convenido... Subí al tercer piso... Uhm... Transcurrió un segundo... Sale ella misma á abrirme, cierra en seguida la puerta, y me introduce en un gabinetito... Había pocos muebles, pero sí tapices, colgaduras, cortinas á medio descorrer, un gran diván... ¡Ah! me parece estar aún en aquella habitación en que tan feliz he sido y en la que también he sufrido tanto...—

Se detuvo un instante para tomar aliento, y prosiguió:

—Marcela Hebert disponía de todo como si hubiera sido la dueña del cuarto que le habían confiado, así como también de los trajes de la inquilina... Para recibirme, había cambiado su vestidito de merino negro por una bata de seda gruesa, medias de seda negra y zapatillas de satén. Con esa transformación, con los cabellos casi sueltos, con la bata entreabierta sobre el pecho, estaba deslumbradora... ¡Qué pecho! Mármol vivo, mármol caliente.

¡Figúrese usted, yo, modesto trabajador, viviendo en un cuartito, ignorante del lujo de los ricos, de los apetitos que despierta!... ¡Figúrese usted, yo, tran-

plentado de pronto á aquel gabinete, lleno por completo de perfumes nuevos para mí... junto á aquella hermosa joven, que tan ardientemente deseaba yo y que me parecía más encantadora que nunca en aquel lujoso cuadro!

Sentada á mi lado en el diván del gabinete, con la cabeza apoyada en un almohadón, me miraba con sus grandes ojos lánguidos y parecía decirme: «¡Te quiero; ve!»

No me atrevía... Temblaba... Tenía miedo de que me rechazase otra vez más. Prefería seguir viviendo en mi incertidumbre, con mi esperanza.

Sin embargo, de repente me arrodillé á sus pies, la cubrí en mis brazos y le dije... ¡Ah! lo que dicen todos los que adoran á una mujer y la desean con todos sus sentidos... Palabras sin dación que se repiten sin cesar... Frases cortas y sin acabar... Palabras que parecen gritos.

Muy elocuente debía yo ser, pues me animaba con sus miradas... Parecía decirme: «Así, así. Así hay que hablar. ¡Así te quiero!»

Aquellas miradas me infundían audacia... Acerqué mis labios á los suyos... Entonces, no trató ya de resistir, no trató de rechazarme. Pero después de mi primer beso se levanto, como si temiese que caerse en el mismo sitio en que estaba, como si se viese expuesta á grandes peligros, y dió algunos pasos en el salón... Creí que iba á alejarse y á desaparecer... No... Se quedó de pie, frente al portier que separaba el gabinete de la pieza contigua.

Seguía llamándome con la mirada... Me reuní con

ella... Cayó en mis brazos y recibió de nuevo mis besos. Creí que iba á ser mía, mía por completo, que iba á entregarse; quise llevarla al sitio que acababa de dejar. Me rechazó con todas sus fuerzas, gritando: «No, no... No quiero... no quiero.»

Llegué á alcanzarla. Se defendió con energía extraordinaria... Ya la ha visto usted... Y es muy fuerte... Tan fuerte como yo... más fuerte aún, porque yo temo hacerle daño, asustarla con mi brutalidad, perderla para siempre... Me decía: «En nuestra próxima cita seré menos rebelde, más sumisa... Hoy he adelantado bastante... Mañana adelantaré más.»

El mañana llegó... A aquel mañana siguieron otros... Y siempre se reproducía la misma escena... Estaba siempre tan tierna, tan enloquecedora como desde el principio... Su mirada, sus labios me hacían siempre las mismas promesas, que no ha cumplido nunca... Ha escuchado las mismas frases y no ha contestado nada... Me ha dejado besarla, pero nada más que besarla... ¡Ah! ¡qué tormento, qué martirio, y, al mismo tiempo, qué goce el ser atormentado así!

Sin embargo, sufría demasiado y huí de ella. El teatro de los Celestinos, en Lyon, necesitaba pintores escenógrafos. Hice que me mandaran allí... Esperaba olvidarla, ó más bien esperaba que á mi regreso sería menos cruel...

Vuelvo á los pocos días... Entro en mi habitación de Montmartre. Pido noticias suyas... Me dijeron que la habían preso la víspera.

X

—¿Por qué la habían detenido?— continuó Fortier.—¿De qué crimen la acusaban?

Los habitantes de la casa, los vecinos no lo sabían. Un comisario de policía, acompañado de su secretario y de un inspector, había llegado la víspera bruscamente á casa de Marcela Hébert, y, á consecuencia de un interrogatorio y de un registro en su habitación, se la habían llevado.

No lo comprendía y estaba desesperado. Aquella separación de algunos días me había enloquecido. Olvidaba todos los sufrimientos pasados, todos los tormentos que se me reservaba aún, para pensar solamente en la alegría de volver á ver á Marcela, de estrecharla en mis brazos, de ser martirizado de nuevo por las libertades que me concedía, por nuestros amores no satisfechos.

Durante dos días fui á vagar por el muelle de l'Horloge, en el patio en que están situadas las oficinas y la entrada del Depósito.

Una mañana la vi salir de la cárcel y subir á un coche de la Prefectura de policía. La llevaban á San Lazaro.

El asunto se ponía serio. Pero ¿de qué se trataba? Los periódicos me enteraron en seguida. He aquí la versión que daban, versión que al pronto no quise creer, y contra la cual protesté.

En vez de ser obrera y muchacha honrada, como lo aseguraba, Marcela Hebert era una entretenida, conocida en el mundo galante con el nombre de Juliana River. Vivía en el boulevard Haussmann y gastaba gran lujo.

¿A consecuencia de qué capricho, por qué rareza había venido á refugiarse en Montmartre, á vivir en una miserable habitación y á trabajar? Creían saberlo: para aumentar sus recursos, para llegar más rápidamente á hacer fortuna, no sólo explotaba su belleza, sino que halagaba los vicios, la corrupción de uno de sus amantes. Desempeñaba para con él el mismo papel que una de las queridas de Luis XV, la creadora del Parc-aux-Cerfs; buscaba por todo París jovencitas, las atraía á diversos sitios y las entregaba á los caprichos del amo; un amo cuyo nombre no citaban los periódicos, que afirmaban también que no había sido posible descubrirlo.

La transformación de Juliana River parecía explicarse naturalmente: había vuelto á usar su antiguo nombre y apellido, el apellido de su familia, sus costumbres y el oficio en que trabajaba antes de su caída, para vivir entre las jóvenes obreras, para estar en contacto con las más lindas y para poder corromper las más fácilmente. A consecuencia de varias quejas formuladas contra ella por los padres de algunas jóvenes menores de diez y seis años, la justicia había

mandado que se procediese á una indagatoria, que se resolvió muy pronto en auto de prisión. Los periódicos no daban más detalles. Tenía que esperar la vista de la causa para enterarme de un modo más completo.

Nada nuevo pude saber, á pesar de haberla presenciado desde el recinto destinado al público. Apoyado en la barandilla, de pie, no perdía de vista á la acusada ni un solo instante. Todo lo que yo había llegado á saber respecto de ella; todas las infamias que la causa confirmaba—y que ella tenía forzosamente que confesar, pues sus víctimas la reconocían sin titubear,—nada podía desprenderme de aquella mujer, nada podía impedirme que la deseara ardientemente.

Y se comprende. Mi amor era completamente sensual, carnal... El corazón no había hablado nunca... Descaba, pero no amaba... Y aquella que yo deseaba, según presentándose á mis ojos siempre tan hermosa, tan voluptuosa, tan embriagadora... Desde el banquillo de los acusados me había visto, y de cuándo en cuándo me lanzaba una de esas miradas, una de esas sonrisas que comueven todo mi ser.

No habían encontrado, tal vez no habían querido encontrar, al principal acusado, al individuo por el cual Marcela Hebert se había comprometido, se había perdido. Enérgicamente, ante el tribunal, ante el jurado, se negó á decir su nombre, como se había negado durante el sumario. Pero el Código está terminante: «El que por engaño ó por violencia se fugue con menores de edad, ó los saque del hogar paterno valiéndose de un medio cualquiera, será condenado á la pena de reclusión. Si la persona engañada ó sonsacada es una joven

menor de diez y seis años, la pena será la de presidio temporal.»

La acusada, en el curso de la causa, no dió ninguna muestra de arrepentimiento; por el contrario, predispuso contra ella al jurado con su actitud altanera y su obstinación en negarse á ilustrar al tribunal. Convencida, no obstante, de haber entregado varias víctimas á un desconocido, y de haberle ayudado para la consumación de su crimen, fué condenada á cinco años de presidio.

Eso es lo que se veía claro. Pero lo que no se veía claro era precisamente lo que á mi me interesaba. ¿Por qué, con qué objeto, Marcela, que podía escoger sus amantes, había querido hacerse amar por un obrero como yo? Si obedecía á uno de esos caprichos que son habituales en las mujeres de su clase, ¿por qué no satisfacer por completo su capricho? ¿Por qué me había hecho sufrir y me había atormentado durante tanto tiempo? Antes me decía yo: «Es una joven honrada... Se defiende hasta el último extremo... Teme el desenlace...» Después, ya no podía contentarme con esa razón, puesto que la causa demostraba que hacía mucho tiempo que era una cortesana, más dispuesta á entregarse que á resistir.

Pronto debía saber á qué atenerme.

XI

Cuando hubo recaído sentencia—continuó Fortier,—no tuve más que un solo pensamiento: verla, hablarle, enterarme de ciertas cosas que me parecían oscuras, saber por qué me había atormentado tanto.

La habían vuelto á llevar á San Lázaro, mientras llegaba el momento de su traslación á una cárcel central, pues en estas cárceles, por una infracción de la ley, cumplen las mujeres, no sólo la pena de reclusión, sino también la de presidio.

¿Cómo, con qué título podía yo esperar que me admitiesen en la sala de visitas de San Lázaro? Yo no era ni marido, ni hermano, ni pariente de Marcela Hebert... En efecto, la Prefectura de policía desestimó mi petición.

Pero supé muy pronto que Marcela había sido llevada á la cárcel de mujeres de Clermont, en el departamento del Oise. Estaba ya, por consiguiente, bajo la inmediata dependencia del Ministerio del Interior, y podía yo intentar nuevas gestiones. Pero, esta vez con más experiencia, comprendiendo que, entregado á mis propias fuerzas, no lograría nada, conseguí que mi patrón me recomendara á un jefe de negociado de la Administración de Establecimientos penales. Hizo

menor de diez y seis años, la pena será la de presidio temporal.»

La acusada, en el curso de la causa, no dió ninguna muestra de arrepentimiento; por el contrario, predispuso contra ella al jurado con su actitud altanera y su obstinación en negarse á ilustrar al tribunal. Convencida, no obstante, de haber entregado varias víctimas á un desconocido, y de haberle ayudado para la consumación de su crimen, fué condenada á cinco años de presidio.

Eso es lo que se veía claro. Pero lo que no se veía claro era precisamente lo que á mi me interesaba. ¿Por qué, con qué objeto, Marcela, que podía escoger sus amantes, había querido hacerse amar por un obrero como yo? Si obedecía á uno de esos caprichos que son habituales en las mujeres de su clase, ¿por qué no satisfacer por completo su capricho? ¿Por qué me había hecho sufrir y me había atormentado durante tanto tiempo? Antes me decía yo: «Es una joven honrada... Se defiende hasta el último extremo... Teme el desenlace...» Después, ya no podía contentarme con esa razón, puesto que la causa demostraba que hacía mucho tiempo que era una cortesana, más dispuesta á entregarse que á resistir.

Pronto debía saber á qué atenerme.

XI

Cuando hubo recaído sentencia—continuó Fortier,—no tuve más que un solo pensamiento: verla, hablarle, enterarme de ciertas cosas que me parecían oscuras, saber por qué me había atormentado tanto.

La habían vuelto á llevar á San Lázaro, mientras llegaba el momento de su traslación á una cárcel central, pues en estas cárceles, por una infracción de la ley, cumplen las mujeres, no sólo la pena de reclusión, sino también la de presidio.

¿Cómo, con qué título podía yo esperar que me admitiesen en la sala de visitas de San Lázaro? Yo no era ni marido, ni hermano, ni pariente de Marcela Hebert... En efecto, la Prefectura de policía desestimó mi petición.

Pero supé muy pronto que Marcela había sido llevada á la cárcel de mujeres de Clermont, en el departamento del Oise. Estaba ya, por consiguiente, bajo la inmediata dependencia del Ministerio del Interior, y podía yo intentar nuevas gestiones. Pero, esta vez con más experiencia, comprendiendo que, entregado á mis propias fuerzas, no lograría nada, conseguí que mi patrón me recomendara á un jefe de negociado de la Administración de Establecimientos penales. Hizo

la vista gorda sobre la irregularidad de mi situación y me concedió la autorización apetecida para poder entrar en la sala de visitas de Clermont.

Llegué á esa ciudad, ansioso, atormentado. ¿Consentiría Marcela en verme? Los penados pueden libremente negarse á recibir las visitas de las personas que les disgustan ó á quienes temen.

No se opuso á recibir la mía y se dejó llevar á mi presencia.

Cuando pudimos hablarnos, me dió las gracias por no haberla olvidado, pareció conmovirse por el recuerdo que yo conservaba, y me dijo: «Vales mucho más que el otro... por el que estoy encerrada en esta cárcel.» Pero, cuando le pregunté por la persona á quien llamaba «el otro», no quiso contestarme. «Espera, espera...» dijo. — Ya llegará el día en que podré hablar, y entonces te necesitaré, contaré contigo, como tú podrás contar conmigo.» Y, al través de la reja que nos separaba, me miraba como sabe mirarme cuando quiere enloquecerme.

Volví de tarde en tarde á Clermont... Temía que en la cárcel me notaran, se fijaran en mí y que me negaran aquellos permisos de visita que, á pesar de ser tan poco frecuentes, constituían toda mi dicha.

Transcurrió un año. La reclusión, el aislamiento, en vez de apaciguarla la volvían, últimamente nerviosa, inquieta, agitada. Pero creí que causas ajenas á su condena, causas, por decirlo así, exteriores, eran las que atormentaban su espíritu.

No me equivocaba. Hacía seis semanas que no la había visto. Un día fué á la sala de visitas con el co-

lor de la cara más arrebatado que de costumbre, con la mirada brillante, con un estremecimiento continuo en los labios. Se acercó lo más que pudo á la reja que nos separaba, y con voz muy baja, contenida, pero irritada, gutural, me dijo: «Me ha abandonado por completo... No ha cumplido ninguna de sus promesas... Iba, según decía, á conseguir mi indulto, ó por lo ménos, mientras tanto, á proporcionarme ciertos favores especiales que me hubieran hecho menos penosa la reclusión... Pues bien, no ha hecho nada por temor de comprometerse... Ni siquiera ha venido á traerme algún consuelo, á decirme que espere... y eso que ya estoy sentenciada... que nada tiene que temer... No volverán á empezar la causa... y, si le denunciase, es bastante poderoso para que no hicieran caso de mi denuncia... Y sin embargo, si hubiera querido perderle, si hubiera querido hacerle prender y condenar como á mí, no hubiera tenido más que nombrarle en el sumario ó durante la causa... No le querido... No he querido... Me había dicho: «Si me pierdo al mismo tiempo que tú, no podré salvarte después, y juro que te salvaré.» Me había compadecido de él, y él no se ha compadecido de mí.»

Se detuvo, murmuró algunas palabras insignificantes y sin alcance, mientras que una hermana de la Caridad, que nos vigilaba, se acercaba á nosotros. Después, cuando la hermana se hubo alejado, repuso vivamente:

«Sí, me compadecí de él... Había sido mi primer amante... uno de mis pocos amantes, á pesar de lo que se ha dicho... A los diez y seis años era yo ya una

hermosa muchacha... Me había pervertido y le amé como se ama al primer hombre que nos enseña á amar... Le amaba por su elegancia, por su distinción y por sus vicios... Sí, me había cogido casi en la infancia para enseñarme y educarme á su imagen, á su manera... El éxito fué completo... Llegué á igualarle... Nunca había hecho vibrar la más pequeña cuerda de mi corazón... Sólo se había esmerado en pervertir mi espíritu y en desarrollar é incitar mis sentidos.

Durante bastante tiempo se contentó con mi amor. Ya lo creí era yo bastante joven y bastante linda para que se diese por satisfecho; no podía encontrar una querida más perfecta. Pero tal vez era demasiado perfecta... Se cansó de mí, ó más bien su pervertida imaginación tuvo que acudir á nuevas excitaciones. Entonces fué cuando me hizo desempeñar el papel que has sabido por la causa... Antes de sucumbir resistí, pero suplicaba, amenazaba... Yo temía perderle... Me parecía que no iba á poder vivir sin él. El vicio, el crimen nos habían encadenado uno á otro.

La hermana de la Caridad volvía otra vez hacia nosotros. Interrumpió su relación.

XII

En cuanto la hermana se hubo alejado, Marcela continuó sus confidencias. La escuché con mayor avidez: comprendía que había llegado el momento en que iba á hablar de mí, hacerme tomar parte en su vida.

—Para obedecerle—dijo,—consenti en volver á ser lo que había sido cuando él me conoció, es decir, simple obrera... Por desgracia tuya, fui á elegir precisamente la casa en que tú vivías. ¿Por qué te he parecido bonita? ¿Por qué te has ocupado de mí?... No has tenido suerte.

Y, sin embargo, yo no era insensible desde el primer momento á la afición que me manifestabas. Tu amor puro y enérgico, que sucedía á otros amores gastados y malsanos, no me disgustaba. Libre, fuera del dominio del hombre que había llegado á apoderarse por completo de mí, te hubiera pertenecido... De todos modos hubiera sido tuya. Hubiera sido suya por costumbre, por obediencia, y tuya para calmar los ardores que él provocaba en mí sin poderlos aplacar.

Pero cometí la falta de hablarle de nuestras relaciones... Sí; describiéndole tu amor, creía galvanizar el suyo, atizar el fuego próximo á extinguirse, provocar sus celos.

¡Celoso él! ¡Quita allá! ¡Está demasiado corrompido, demasiado depravado, para ser celoso!... Los celos son un sentimiento, y él no sabe lo que son sentimientos, no conoce más que las sensaciones... ¿Sabes lo que me contestó cuando le hablé de ti? Me dijo: «¡Ah! ¿De veras te ama?... ¿Te pinta su amor con frases abrasadoras?... ¡Ea elocuente, apasionado, ardiente?... Quisiera verle y oírle... Me rejuvenecerá.»

Entonces se le ocurrió la idea... idea monstruosa, ya lo sé, sólo podía nacer en una cabeza como aquella... se le ocurrió la idea de escucharte, de espiarte, de hartarse con tu pasión.

Al mismo tiempo, su proceder era muy hábil... De ese modo no tenía nada que temer de mis relaciones contigo... Iba á ser el confidente de nuestros amores, amores que no podían pasar de cierto límite, y que podía interrumpir, acabar con un solo gesto.

Cuando una mala idea entra en un cerebro como el enyo, no tarda en producir sus frutos... Poco después, obligada por él, obedeciendo tal vez también á mi propia corrupción, te cité en aquel cuarto de la calle de Provence, que yo tenía amueblado hacía mucho tiempo, por orden suya, y que la policía, que se cree tan lista, ni siquiera ha sospechado.

Te recibí en el salón, mientras que él estaba en la habitación inmediata, detrás de un doble portier.

La consigna era que tú tenías que hablar, y nada más. Él debía escucharte. Pero, mejorando su idea, completando su pensamiento, te dejé estrecharme en tus brazos, prodigarme tus besos.

Me decía á mí misma: «¡Ah! lo que es ahora, esta-

llará sus celos... Acabará su espionaje... Vendrá á separarnos... Y yo te atraía hacia el portier... Estabas demasiado enloquecido para notarlo... Te atraía hacia aquel lado para que nos viera bien.

Pero no hizo ni un solo movimiento que pudiese revelar su presencia.

Mas cuando te marchaste, desesperado, irritado por mi resistencia, él se apresuró á reunirse conmigo. Había recobrado toda su juventud.

Ese es el papel que has representado durante tanto tiempo... Has sido mártir de aquel hombre.

Se detuvo. La hermana vanía á avisarnos que había transcurrido ya el tiempo destinado á las visitas.

Me marché, calenturiento, con el corazón lleno de ira y de odio... ¡Ah! no la aborrecía á ella, le aborrecía á él... ¡Él, miserable!... ¡Ah! ¡cuánto hubiera dado por poder matarle, matarle al instante para vengarme!

Pero no sabía ni su nombre... Marcela no había tenido tiempo de decirmele... ¡Tal vez no quería descubrirle!

Pasaron quince días... Quince días de furor, de rabia contra aquel hombre... quince días durante los cuales le tenía sin cesar ante mis ojos, á ella, á su cómplice... ¡Y, á pesar de su infamia, seguía amándolo!

Por fin volví á Clermont... Vino á la sala de visitas... Estaba más agitada, más irritada aún que la última vez... Se inclinó hacia mí y me dijo:

— ¡No sólo es un miserable, sino que es un cobarde, un traidor!... Una presa en quien tengo confianza y que acaba de cumplir su condena se encargó de llevarle una carta mía, de verle y hablarle, de suplicar-

le que me saque de esta cárcel en que me estoy muriendo... ¿Sabes lo que ha contestado?... «¿Marcela Hebert? No la conozco... No sé de quién me habla usted... Me ha renegado!... Y tiene otra querida... Una joven á quien ha perdido, á quien ha corrompido como á mí... Lo sé, lo sé... Pues bien, ¿quieres matar á ese hombre?»

—Sí, sí... Lo quiero, lo quiero... ¡Su nombre, su nombre!

—Se llama X... Vive en la avenida Friedland... Mátale, y te juro que te perteneceré toda mi vida... Te juro que un día nos reuniremos.

Y, sublime en su furor, logró darme por entre las rejas que nos apartaban uno de aquellos besos de otros tiempos.

XIII

—Había jurado matarle—continuó Fortier—y sólo ya, entregado á mí mismo, á mis reflexiones, lejos de Marcela Hebert, no me vino á las mientes siquiera el desprenderme de mi juramento.

Sí, quería matarle, estaba resuelto... No sólo para vengarme yo, sino también para vengar á Marcela de la vergüenza en que la había hecho vivir tanto tiempo y del abandono en que la tenía entonces... Quería

matarle también porque la había poseído, poseído por completo, mientras que yo sólo la había poseído á medias... Y, por fin, quería matarle porque el recuerdo de sus amores volvía con frecuencia á la mente de Marcela, que tal vez le amaba aún.

De regreso en París, me dirigí inmediatamente á la avenida Friedland, vagué por los alrededores del hotel que me había indicado, hice charlar á los vecinos. M. de X... vivía en su hotel con numerosos criados. Era soltero, muy rico y pasaba por tener una conducta irreprochable... Nunca veían entrar en su casa mujer alguna. ¡Ya lo creo, como que las veía fuera, en los sitios destinados á ese efecto!

Una reflexión me detuvo: ¿y si no fuera él? ¿y si me engañaba? ¿y si Marcela me había enterado mal?

Quería tener completa seguridad para dar el golpe más fuerte.

Al día siguiente me instalé en un café, enfrente de su casa. Me habían dado sus señas: era un hombre de unos cincuenta años, rubio, canoso, de poca estatura, elegante. Salió á las tres de la tarde. Le conocí en seguida.

Iba á pie; me puse á seguirle de lejos. Bajó la avenida Friedland y después el boulevard Haussmann. Al llegar á la Chaussée d'Antin, se dirigió hacia la calle de Provence. Por lo visto, iba á la casa en que, por orden suya, Marcela me atraía á mí en otro tiempo. Iba á ver á otra mujer, á otra esclava de sus caprichos, á otra proveedora de sus placeres.

Antes de entrar titubeó y miró en derredor suyo para cerciorarse de que nadie le seguía. No me vió. Me

había ocultado detrás de un coche. Pero tan pronto como entró, atravesé rápidamente la calle, me metí en la casa y subí tras él. En el tercer piso se detuvo, y, mientras que yo atravesaba el descansillo, como si fuera a los pisos superiores, le vi sacar una llave de su bolsillo, abrir y desaparecer rápidamente. ¡Él era, él era! No había duda posible. Entonces resolví acabar de una vez... No podía esperar más... No podía más...

Bajé algunos escalones y llamé a la puerta del tercer piso. Salí a abrir él mismo, creyendo probablemente que abría a su querida. En cuanto me vió, trató de cerrar la puerta entreabierta. Pero empujé con todas mis fuerzas, entré, y, volviendo a cerrar la puerta y recostándome en ella, exclamé:

—Ahora nos vamos a entender los dos.

Admirado de aquella brusca invasión, M. de X... me miró en silencio.

—Vamos—repuse,—hágame usted entrar en su gabinete... Quiero que me reciba en él.

—¿Usted quiere!...—dijo por fin.—¿Quién es usted para darme órdenes, para introducirse de un modo tan brutal en mi casa?

—¿Quién soy? Soy Armando Fortier... Ya sabes, el hombre a quien Marcela Hebert, tu querida, recibía aquí para obedecerte... Vamos, ven... Quiero volver a ver el sitio que ha sido testigo de mis amores malditos.

Y, sin esperar su contestación, le cogí del brazo y le arrastré... No hizo resistencia alguna... Comprendía que no podía hacerla.

Había entrado; volvía a ver aquel gabinete, aquellos

muebles, aquel diván ante el cual me había arrodillado tantas veces cuando ella se reclinaba... Veía también aquel portier, aquella tapicería detrás de la cual me espiaba el infame.

Ahora me había conocido... En efecto: yo no le conocía, pero él sí... No podía haber olvidado ni mis facciones ni mi voz... Me conocía como el espectador de un paleo prosenio conoce al actor que ha trabajado en una misma comedia durante tres meses a presencia suya.

Comprendió al mismo tiempo que yo estaba muy enterado, que sería inútil fingir y negar, y con voz que procuraba ser firme, dijo:

—¿Qué quiere usted? ¿Qué cantidad exige para aplacarse... para que no vuelva a oír hablar de usted?

—¡No quiero dinero tuyo...—exclamé,—lo que quiero es tu vida!

Al mismo tiempo saqué del bolsillo un puñal largo, afilado, que yo mismo había preparado... Me arrojé sobre él y se lo hundí en el corazón.

Dió un grito y fué a caer sobre el diván en que en otro tiempo se reclinaba Marcela.

Entonces, loco de rabia, embriagado por la vista de la sangre, exaltado por mis recuerdos, me arrojé de nuevo sobre su cadáver y le herí otra vez... cien veces... mil veces... durante mucho tiempo, mucho tiempo.

XIV

Cuando me harté de hundir el puñal, lo arrojé sobre la alfombra y me puse á andar por el gabinete de un lado á otro, desde la puerta hasta el balcón, con las manos llenas de sangre, con los pies metidos en el charco de sangre, furioso aún, feroz.

No intentaba escaparme, ni siquiera lo pensaba. Es verdad que ya no veía el cadáver de mi víctima; la había olvidado por completo. Lo único que veía era á Marcela, como en otro tiempo, con el cabello suelto, reclinada en mis brazos, sus labios sobre los míos. Y me decía á mí mismo que me pertenecía en cuerpo y alma... que nada nos separaba ya... La muerte de aquel hombre, mi crimen me la había entregado por fin.

De repente oigo un ruido. Una puerta se abre y se vuelve á cerrar... Suenan pasos ligeros en la antecámara. Luego, en el umbral, apareció una mujer... sin duda aquella á quien M. de X. había dado cita aquel día.

Me paro. Arrojo sobre ella una mirada, nada más que una, y prosigo mi paseo.

Ella, espantada, aterrorizada, empieza á lanzar gritos y echa á correr.

Y yo sigo andando... Sigo viendo á Marcela... Sigo creyendo que estoy con ella.

Poco después, invaden la habitación en que me hallaba los vecinos y la policía.

Se arrojan sobre mí... No trato de hacer resistencia... Me atan, me sujetan... Pero ¿qué me importa? El comisario de policía me lleva frente al cadáver y me dice:

—¿Es usted el que ha matado á ese hombre?

Levanto la cabeza y contestó con orgullo:

—Sí, yo he sido.

Entonces me hace más preguntas... Me callo... No le oigo ya.

Me llevan... Me hacen bajar la escalera... La calle está llena de gente... Gritan por todas partes: «¿ése es el asesino, ése está»

Por la portezuela del coche en que me hacen subir, arrojo sobre la multitud una mirada de desafío y le gritó: «Sí, soy el asesino.»

Me llevan á la cárcel... Me incomunican en una celda.

Sigo paseándome durante mucho tiempo aún, agitado, estremecido.

Llega después la noche. Con la oscuridad, con el silencio profundo que me rodea, la calma me va volviendo poco á poco.

Mi crimen no me inspira horror alguno. Si tuviera que volver á cometerlo, lo cometería de nuevo. Sus consecuencias no me asustan... Eran el patíbulo ó el presidio... Bien... Me considero feliz con haberla obedecido... con haberme perdido por ella... Pero mañana

me interrogarán... ¿Qué responderé?... Nada, nada... Estoy decidido... Si entrego mi secreto á la justicia, si digo las causas que me han inducido á cometer el crimen, la persona que me lo ha hecho concebir, los sentimientos á que he obedecido, comprometo á Marcela Hebert. La consideran como cómplice mía... Vuelve á presentarse ante el tribunal, que añade una nueva condena á la que ya está sufriendo... Entonces, la esperanza que ella alimentaba se desvanece... la esperanza que me había confiado en nuestras conversaciones en la sala de visitas: después de haber cumplido la mitad de su condena, esperaba ser trasladada á Caledonia, donde yo le había prometido ir á reunirme con ella.

Pues bien, ahora iré con más facilidad, á menos que me ejecuten. Pero si consigo circunstancias atenuantes, si me condenan á presidio, nos encontraremos allí... y tal vez algún día llegue á ser mi mujer.

Por eso no he querido decir nada á los jueces... No han podido enterarse del móvil de mi crimen... Unos creyeron que yo había matado á M. de X. para robarle... Otros sospecharon que fué para vengarme, pero sin saber la causa que había motivado mi venganza.

No he vuelto á ver á Marcela desde que me sentenciaron... Pensaba: «Me ha olvidado, ó está aún en Clermont... Acabará allí su condena...» Me equivocaba... Ha cumplido su juramento, como yo he cumplido el mío... Ha conseguido ser trasladada allí, y la casualidad, sus cálculos tal vez, nos han reunido en este buque.—

Armando Fortier se detuvo. Lo había contado todo.

El paseo de las mujeres había terminado ya. Empezaban á bajar á la batería.

Fortier se separó bruscamente de Bérard, atravesó la jaula y se pegó á los barrotes para ver mejor á Marcela cuando pasase por delante de él.

La joven avanzaba, con la mirada fija en él, con la boca entreabierta, como si le enviase misteriosos besos á través del espacio.

De pronto, el vigilante Carlos Robin, que desde su sitio miraba á las mujeres con el rabillo del ojo, se dirigió á la jaula ocupada por Fortier, y, apostrofando al penado, le gritó:

—Oye, truhán, canalla, si vuelves á arrimarte á los barrotes cuando las mujeres pasen por delante de la jaula, te pongo los hierros durante quince días... No lo olvides.

Fortier palideció espantosamente, pero no contestó. Bérard se le había acercado con disimulo y le había cogido la mano.

La Saone continuaba lentamente su camino. Sus calderas estaban apagadas hacía ya mucho tiempo, y sus velas la impulsaban únicamente hacia la costa de

Africa, hacia la isla de Gorée, en que tenía señalada su primera escala. En la batería, en el presidio, según le llamaban por lo regular, se habían ido acostumbrando poco á poco á la dura y penosa vida marcada por los reglamentos. Por la mañana, después de la limpieza, primera inspección, hecha generalmente por el segundo comandante, y lectura de las órdenes del día y de los castigos. Después la visita de sanidad: todos los penados se desnudan completamente, é inmóviles, cuadrado como los soldados, esperan al médico. Pasa por entre las filas, examina el rostro de cada hombre, los cabellos, las espaldas, los brazos, sobre todo los dedos de las manos y los de los pies, y se asegura de que el escorbuto y la tina no han hecho aún ningún estrago en aquel rebaño humano. Si tiene algún temor, si algún penado le inspira sospechas, le manda llevar á una jaula pequeña especial que sirve de enfermería á los presos.

Por lo regular, los enfermos no se ven tratados con tanto esmero: á bordo de *La Virginia*, de triste recordación, el comandante M. de Launay no tuvo jamás compasión de ellos. Los dejaba morir en las jaulas, en medio de sus compañeros. La feroz severidad de algunos comandantes es legendaria, por ejemplo, la del comandante Pierre, hoy contralmirante.

El almuerzo se varía ahora. A veces distribuyen tocino, sardinas, bacalao en salmuera. Para algunos es un festín; pero cuánta sed excitan esas salazones! Así es que, tan pronto como se presentan en la jaula los cubos llenos de agua, los despachan en un abrir y cerrar de ojos. Tanto peor para los que no han

podido hacer su provisión; sufrirán la sed durante veinticuatro horas.

Una vez por semana ó dos veces al día, por una sospecha ó por un capricho, el jefe de vigilantes manda que se pase una nueva visita. En un momento, todos los presidiarios se vuelven á desnudar. Buscan, registran, no sólo en los vestidos y en los sacos en que cada uno deposita su reducido bagaje, sino su propio cuerpo en los rincones más íntimos. Visita estúpida las más de las veces: quieren encontrar una camisa robada, por ejemplo, y la buscan en los cabellos, en la boca de los hombres y en otras partes.

En el centro del día, cuando todos duermen á bordo, los penados empiezan á gozar de alguna tranquilidad. Se sientan en el suelo, y juegan á los juegos permitidos; al dominó, á la lotería, á las damas, ó bien á juegos de prendas en que dominan siempre la burla grosera y los chistes obscenos.

No transcurre mucho tiempo sin que algunos saquen de un escondite, que nadie ha logrado descubrir, una baraja, y proponen á sus compañeros una partida. Los rodean, de modo que nadie los pueda ver, y la partida empieza, animada, febril. Juegan dinero... sí, dinero... que han conseguido sustraer á todas las miradas, á todos los registros. Juegan también el derecho á la hamaca, la ración de vino ó de café, la de bacalao, una galleta, un trozo de tabaco para mascar. Todo eso, en ciertas situaciones, adquiere un valor inmenso, y, para adquirirlo, se acaloran, disputan, y con frecuencia se pegan.

A eso de las dos, por secciones de veinte ó treinta

hombres—á cada sección le toca próximamente un día sí y otro no,—los presos suben al puente durante una hora. Los colocan en un recinto formado por cuerdas y rodeado de soldados de infantería de marina, con bayoneta calada. Pueden sentarse ó pasearse y fumar un puñadito de tabaco que les reparte un vigilante al llegar al puente.

A las cinco, la comida, en que dominan las judías. Después, la distribución de las hamacas, de los colchones y de las mantas, que durante todo el día han estado expuestas al aire libre.

Al anochecer, un vigilante recorre el pasillo estrecho que separa las jaulas del casco del buque, y grita: «A cerrar las bordas.» Inmediatamente los hombres de servicio tiran de las cuerdas y bajan las maderas de todas las bordas.

Está oscuro. La batería no está alumbrada más que por unos cuantos faroles. Durante un rato aún, hablan en voz baja. Es el momento de las confidencias sinistras. Luego, las cornetas tocan: «A dormir,» y los vigilantes gritan, recorriendo las jaulas: «Silencio en el presidio.»

El día ha terminado; empieza la noche.

XVI

La jaula de que es jefe Bérard, es la que está más limpia y más ordenada.

—¡Muy bien, muy bien! Estoy contento de esos hombres—dijo el segundo comandante después de su visita.—Mañana tendrán doble ración de vino y una extraordinaria de aguardiente.

Los penados, que, al oír esto, debían haberse regocijado, no chistaron. Sabían por experiencia que esas promesas no se cumplen nunca, bien porque el oficial se olvida de dar las órdenes oportunas, ó porque no se cuidan de ejecutarlas. Si hubieran reclamado, si se hubieran quejado, tal vez se les hubiera atendido. Pero el presidiario es demasiado listo para quejarse: los empleados subalternos le hacen luego pagar demasiado caro el éxito que consigue con los jefes.

Entregado á sus propias fuerzas, Bérard no hubiera podido probablemente hacerse obedecer por todos los hombres de su jaula. Algunos son bribones redomados, siempre rebeldes, incapaces de ejecutar órdenes dadas con duizura. La fuerza bruta es la única que puede dominar á aquellas naturalezas brutas... Pero sus compañeros están ahí, Fortier sobre todo, para decirle: «Si no obedeces, si no haces el servicio,

si nos castigan por culpa tuya, te remojaremos mañana por la mañana a la hora de la limpieza... Cortaremos esta noche las cuerdas de tu hamaca para que te rompas la crisma... Si eso no basta, te sacudiremos de veras.» Heas amenazas, seguidas de alguna demostración, les conmueven mucho más que todos los razonamientos del mundo. Obedecen refunfuando, echando a su alrededor miradas feroces, como la fiera que viene a lamer la mano del domador que quisiera devorar.

Sí, hay hombres terribles en la batería. Se cree que no están allí más que para justificar las medidas de rigor tomadas contra ellos. No tienen ningún sentimiento humano, pero en cambio abundan en instintos propios de las fieras: listos, fuertes, ágiles, glotonas, hipócritas, siempre dispuestos a pegar a los débiles. Pasan su vida con esposas en los pies, atados con una cadena a un barrote. Nada les importa. Se ríen, se ríen continuamente, no teniendo en los labios más que injurias y obscenidades. En los presidios de Tolón y de Brest les están destinadas ciertas salas, ciertos pontones; en Noumea constituyen parte de una categoría especial, la cuarta. Pero en los buques de transporte, por falta de espacio, están mezclados con los demás hombres que padecen con su contacto, con aquel terrible contacto.

Cuando las continuas visitas, las revistas incessantes, los servicios que hay que mandar y vigilar dejan a Bérard un momento de libertad, pasa el tiempo, con la frente apoyada contra las rejas de la jaula, enfrente de una borda abierta de par en par. Tiene la mirada fija en el mar, en el cielo, en el horizonte.

Piensa en su hija: sigue viéndola allá, allá; le sonrío a través del espacio. Ha debido llegar ya; probablemente se ocupa en idear con sir Gardiner proyectos de evasión. ¡Ah! Sabe que puede contar con aquellos dos corazones, y aquel pensamiento le sostiene, le infunde valor para soportar todas sus penalidades.

Parece, por lo demás, que el comandante, cuyos favores ha rehusado, vela sobre él de un modo indirecto y oculto: los vigilantes, el mismo Carlos Robin, que tan grosero es con todos los penados, le tratan bastante bien.

A veces un joven aspirante baja a la batería, se acerca a la jaula y, apoyado contra las rejas, se entre tiene hablando un rato con él. Hablan del camino recorrido por la fragata, de la marcha que ha hecho el día anterior, de los temores que puede inspirar el aspecto del cielo, del mar ó de las indicaciones del barómetro. Esos datos son preciosos para hombres que sólo tienen un pensamiento: llegar al término del viaje.

En cuanto se aleja el aspirante, Bérard comunica las noticias a sus compañeros, que le escuchan religiosamente. Los penados se figuran que Caledonia es la tierra prometida, y dicen: «Allí no tiene uno que trabajar. Hay más libertad. Se puede beber. Cada uno tiene su casa y su mujer.»

Esas esperanzas, que les han dado en Francia, en el depósito ó en las cárceles centrales, se ven fallidas en cuanto llegan a la isla de Nou. Pero creen, esperan, y, en realidad, es lo que más les conviene por el momento.

La fragata se ha detenido veinticuatro horas en

frente de Gorée, y se dirige hacia el Brasil, según acostumbran los veleros ó los buques que tienen una máquina poco potente, que no usan sino para entrar en los puertos ó para vencer la calma chicha. Toman una dirección completamente opuesta á la que debían seguir, puesto que van hacia el Oeste y que la Caledonia está al Este. Pero van á buscar vientos que les permitan doblar con más facilidad el Cabo de Buena Esperanza.

Después de haber descansado dos días en Santa Catalina, en la costa del Brasil, la *Saone*, dejando á América, puso la proa hacia el Sur del África.

Un día, en que la mitad de los penados, rendidos por el calor, dormitaba sobre los bancos, y que la otra mitad jugaba á la lotería, el vigilante Robin se precipitó como un loco hacia la jaula de que era jefe Bérard. Tenía en la mano una naranja.

XVII

Durante la escala hecha por la *Saone* en la costa del Brasil, el comandante había autorizado á los penados para que hicieran acopio de naranjas. Era una medida higiénica muy prudente, destinada á combatir el escorbuto, siempre temible durante una larga travesía. Grandes barcos, cargados de fruta y tripulados por

los naturales del país, se acercaron al buque, y los encargados del acopio, á quienes sus compañeros habían confiado sus diversos peculios, compraban enormes sacos de naranjas muy pequeñas en Santa Catalina, de cáscara verde aún, pero de sabor muy dulce, al precio de noventa céntimos el ciento.

A primera vista, parecía muy natural que Carlos Robin, el jefe de los vigilantes, tuviese una naranja en la mano, y nada explicaba la causa de su ira. Pero muy pronto la comprendieron.

—¿Quién de vosotros, miserables, canallas—exclamó,—ha arrojado esta naranja á la jaula de las mujeres?

Nadie contestó.

—¡Ah! ¿no queréis hablar?...—repuso Robin.—Pues bien, ahora lo vamos á ver.

Bérard se adelantó.

—Caballero...—dijo.

—No me dirijo á usted.. No le pregunto nada... No le acuso... ¿A qué viene el defenderse?

—No me defiende. Pero, como jefe de jaula, he creído que debía hacer á usted algunas observaciones.

—¿Observaciones? ¡De veras! ¡va usted á hacerme observaciones!... ¡á mí!... ¡Vaya por Dios, es usted muy desahogado!... Pero, en fin, corriente... Veamos esas observaciones.

—Son muy sencillas, caballero... Se juega con esas naranjas... No lo ha prohibido usted... A veces se escurren de la jaula y ruedan por la batería... Alguna puede haber ido hacia aquel lado por casualidad.

—¡De veras, por casualidad! ¿Y ha hecho usted eso

descubrimiento solito?... Con razón dicen que es usted muy listo... Y este billete está también por casualidad en esta naranja? Sí, un billete... una carta, como usted quiera... No hay duda que vigila usted bien á sus hombres... ¡Está buena su jaula de usted!... Mire usted lo que he encontrado en esta naranja.

Levantó un pedacito de cáscara, que al pronto no parecía estar cortado, y sacó un papelito, que desdobló.

Nadie se movía. Empezaban á comprender la gravedad del asunto.

Robin desdobló el papel y leyó estas palabras:

«Te agradezco que hayas cumplido tu palabra. Soy dichoso con saber que estás en este buque. Te amo siempre con pasión, con furor. Nos encontraremos allí.»

—¿Qué tal? ¿Está muy bien escrito, no es verdad?— continuó el vigilante, arrojando á su alrededor miradas furiosas. —Sólo que el reglamento prohíbe terminantemente toda comunicación con las mujeres, y el autor de este billetito debe saber lo que le espera: un mes de calabozo... ¿Quién es? ¿Cómo se llama?

Y, dirigiéndose á Bérard, repuso:

—Conteste usted.

—No puedo contestar, caballero, nada sé.

—Debía usted saberlo... Usted es el jefe de la jaula.

—Para mandar los servicios, caballero, para procurar que haya orden, y me parece que cumplo con mi deber... Pero el reglamento no me prescribe que espere á las personas con quienes vivo.

—¿Lo cree usted así? El reglamento le prescribe, por el contrario, que impida que se cometan infracciones... y si no llama usted infracción el haber escrito cartas como ésta...

—No la he visto escribir, caballero... No puedo verlo todo.

—Basta... Ahora ya no me dirijo á usted... Le prohíbo que conteste... Hablo á toda esa canalla... ¿Quién es el culpable? Vamos á ver, estoy esperando... Que salga de las filas, que se adelante.

Nadie se movió.

—¡Ah, cobardel! no se atrevel— vociferó Robin.— Prefiere que se castigue á todos los de la jaula.

—Nada demuestra— prorrumpió Bérard— que esa naranja haya salido de esta jaula.

—Le había prohibido á usted que hablara... Una desobediencia... Perfectamente, el parte será más completo— repuso Robin, encantado, al parecer, de encontrar en falta á Bérard. Y continuó:— Y yo aseguro que el culpable está aquí, porque esta jaula es la más próxima á la de las mujeres... Las demás están demasiado lejos... Una naranja no hubiera podido rodar hasta allá... Vamos, ya hemos hablado bastante. Escuchad bien, todos... Si dentro de un cuarto de hora nadie se ha denunciado, todos, sin excepción, seréis castigados, y diez hombres, escogidos entre los que tienen peores notas, llevarán los hierros... He dicho.

Cuando se hubo marchado, se miraron. Empezaron algunas conversaciones. Los rebeldes, los indómitos, comprendiendo que les esperaban los hierros, daban á entender que les disgustaba pagar por otro. Pero na-

die levantó la voz para pedir que se denunciase al culpable.

Transcurridos diez minutos, volvió el vigilante y gritó:

—¿Conque el culpable no se atreve á hablar?

—¿Tiene miedo?

Entonces Fortier se adelantó y dijo:

—No tengo miedo... Yo he sido el que ha escrito esa carta.

XVIII

—¡Ah! ¡eres tú, eres tú!...—gritaba Robín.—Me lo figuraba. Te había cogido ya pegado á los barrotes de tu jaula á la hora del paseo de las mujeres... ¡Ah, eres tú! ¿Y á quién escribías esta carta?

Fortier calló.

—¡Ah! ¡no contestas! Tienes miedo de comprometer á tu querida... No tengas cuidado, ya hablará también ella cuando le toque la vez. También nosotros somos listos.

—Sois mas fuertes—murmuró Fortier.

—Me parece que te permítes hacer observaciones, miserable, canalla... Ten cuidado... Ya sabes que llevo un revólver en el cintó y que tengo derecho á hacer uso de él.

—Si levantase la mano sobre usted, sí; pero no la

levanto—contestó el penado, muy pálido y haciendo inmensos esfuerzos para contenerse.

—¡Ah! no te contentas con escribir cartitas—repuso Robín;—quieres también pronunciar discursos... Bueno, bueno. El calabozo te amansará... Un mes de oscuridad bastará para calmarte.

Se alejó murmurando nuevas injurias. Aquel ex sargento Tenorio, como le llamaban en el regimiento; aquel rubio de temperamento sanguíneo, de pasiones vivas, no admitía que se tuviesen las mismas pasiones que él. En cada hombre enamorado veía un rival y le odiaba. Se hubiera constituido de buena gana en guardián de todas las mujeres, para conservárselas para él solo y que nadie pudiese aprovecharse de ellas. Así es que no tenía más que una idea fija: saber el nombre de la que se permitía amar y ser amada sin que él tuviera en ello participación alguna. Pero ¿cómo saber su nombre? La naranja no había llegado á su destino, y cada una de las mujeres negaría, de seguro, que le fuese dirigida. No podía amenazarlas de castigarlas á todas, puesto que ninguna había cometido falta alguna material. Además, la culpable no se denunciaría como se había denunciado Fortier. Las mujeres, y en particular aquellas de que se trataba, no tenían escrúpulos tan delicados. Otra razón impedía también que Robín procediese en aquella ocasión con brutalidad ó por medio de presión moral. A pesar de su cargo de jefe de vigilantes, no ejercía autoridad alguna sobre las mujeres. Le estaba terminantemente prohibido entrar en su jaula, en la que no penetraban, en el momento de la visita, sino el comandante, el se-

gundo y el servicio de sanidad. Se hallaban bajo la completa dependencia de las hermanas de San José de Cluny.

Después de algunos minutos de reflexión, Robin creyó que debía apelar á la astucia si quería llegar á saber lo que le interesaba. Decidido á conseguirlo, se presentó inmediatamente á la hermana encargada de la vigilancia.

Era una mujer de unos cuarenta años, fea, seca, muy severa para las penadas, no dispensando ninguna falta, tal vez porque su temperamento no le había impulsado nunca á cometerlas, dura para todo el mundo como lo era para ella misma. Tenía la pretensión de dirigir la jaula como se dirige un convento; de regenerar, por medio de la oración y de la mortificación, aquel rebaño de ladronas, de envenenadoras, de infanticidas y de antiguas prostitutas. Trataba como religiosas á mujeres que no tenían, por cierto, ningún sentimiento religioso, ni vocación alguna para la vida de reclusa.

Además, era muy fácil que se equivocase: la hipocresía, tan frecuente en los presidios, abunda sobre todo entre las presas. Se fingen sumisas, bajas y rateras para conseguir el más pequeño favor, se confunden en oraciones, van á confesarse y comulgan todas las semanas para congraciarse con las hermanas. Si se quisiera conocerlas bien, juzgarlas con exactitud, habría que sorprender sus cínicas conversaciones, sus gestos obscenos cuando se las vuelve la espalda, y saber el secreto de sus noches en los dormitorios de San Lázaro, de los presidios centrales ó en las jaulas de transporte.

La hermana á quien el vigilante comunicó su descubrimiento, se escandalizó.

—¡Cómo! ¿usted cree—dijo con indignación—que median relaciones entre sus penados y mis pensionistas?

—Estoy seguro de ello.

—¡Ah! si yo conociese la que se ha atrevido...

—Pues nada más fácil que eso, hermana...

—¿Y qué es necesario hacer para ello?

—Dejar que esta naranja llegue á su destino.

—¡Cómo! ¿queréis?...

—Quiero emplear el único medio que hay para llegar á descubrir la verdad... La mujer á quien Fortier haya escrito esta carta la espera sin duda alguna, está prevenida de que va á recibirla, probablemente conozco también el medio de que se han de valer para que ella la reciba. Si nosotros dejamos que la naranja penetre en la jaula, no cabe duda de que la interesada encontrará algún medio para apoderarse de ella, examinarla y concluir por descubrir el papel de la misma manera que yo lo he hecho... Ocultaos detrás de una de las ventanas de la jaula y con seguridad veréis todo lo que ocurra y conoceremos á la culpable.

—Si, ése es mi deber... —dijo la hermana;— esa mujer puede pervertir á las demás.

«Muy difícil es eso,» pensó Robin. Pero había conseguido lo que deseaba, puesto que iba á conocer la querida de Fortier, y su sensualidad se despertaba al encontrarse metido en esta aventura.

XIX

Si bien es verdad que en la sección ocupada por los hombres podía encontrarse aún muchos sacos completamente llenos de naranjas, no lo es menos que desde hacía dos ó tres días no era fácil encontrar media docena de ellas en el departamento de mujeres. Éstas se habían abalanzado sobre el sabroso fruto con verdadera avidez, y lo habían consumido en muy pocas horas. No contentas con haber satisfecho su glotonería, se habían puesto á jugar con las naranjas á guisa de pelotas, haciéndolas rodar por el suelo, y se habían servido de ellas como proyectil para arrojárse las al rostro y tener un rato de expansión. Para terminar, el fruto del Brasil había durado en aquellas manos predigas tanto como duran las rosas, el espacio de una mañana.

Una vez Robin puesto de acuerdo con la hermana, se aprovechó de aquella circunstancia. Colocó en una especie de tonel roto que estaba vacío algunas docenas de naranjas, metiendo entre ellas la que contenía la carta, y mandó este regalo á la jaula de las mujeres por conducto de una de las hermanas. Al mismo tiempo, la hermana que ejercía la vigilancia en jefe se deslizaba como un lobo hacia su convento, como ella lle-

maba á aquel pedazo de presidio que estaba confiado á su custodia, y lanzaba una mirada penetrante y curiosa por las rendijas de la ventana.

Aquellas mujeres dejaron escapar un grito de alegría cuando vieron entrar aquel sabroso fruto, del cual no les quedaba ya más que el recuerdo.

Todas á la vez tendieron la mano para coger su presa. Marcela Hebert las detuvo.

— Esperad, esperad — les dijo. — Tratemos de que este placer dure, puesto que nos quedaremos bien tristes cuando nos las huyamos comido todas... debemos dedicarlas á nuestro entretenimiento y distracción.

— ¿Cuál?

— Propongo una lotería.

— ¡Una lotería!... Sí, sí, es una buena idea — gritaron varias mujeres.

— Pero ¿cómo vamos á realizar esa lotería? — preguntó una de ellas en aquel momento.

— De la manera más fácil... — contestó Marcela. — Se pondrá un número sobre cada una de las naranjas... se harán otros tantos que les correspondan y se sacarán á la suerte... Unas ganarán las naranjas grandes y otras las pequeñas, según decida la suerte.

Estaban llenas de alegría; parecían más bien muchachas, y cualquiera se hubiera creído estar en un colegio de niñas.

Marcela Hebert se encargó (según su mismo cálculo) de preparar la lotería, empezando por tratar de hacer los números. Como no había papel, pluma ni tinta, se reemplazó todo esto por un resto de camisa hecho pedazos y un palo quemado por la punta con el que se

habían trazado y numerado varias parcelas que se habían supuesto en el suelo. Después de esta operación, Marcela cogió una por una todas las naranjas, examinándolas y pesándolas para justipreciarlas y darlas un número. Terminada la operación, aquellas mujeres formaron un gran círculo. Se colocaron los números en un pañuelo, y la más inocente de aquella cuadrilla, que era una joven infanticida, empezó el sorteo. Media hora después, las que habían sido favorecidas por la suerte contemplaban y saboreaban su ganancia, mientras que Marcela, por su parte, sentía la satisfacción de poseer una naranja y, lo que era más importante, la carta que aquella contenía. Efecto de este sentimiento, podemos decir que ella se entregaba á una exaltación moral y material, cuando la hermana superiora entró de repente en la jaula y se arrojó sobre Marcela...

—Deme usted—le dijo—la carta que acaba usted de recibir.

—¿Qué carta, hermana?

—Es inútil el fingimiento; os he visto... la tenéis metida en el corsé.

Marcela Hebert levantó la cabeza y presentó el pecho.

—Pues bien; si estáis segura de lo que decís, tomadla—dijo.

La hermana retrocedió sus manos, que ella creía tan puras, sentían repugnancia si tocaban aquellas carnes prósituidas. Pero el sentimiento del deber triunfó de sus escrúpulos y de su castidad. Sus afilados dedos, descarnados y fríos, penetraron en aquel

soberbio seno, donde hubieron de perderse, y trémulos por su audacia se retiraron rígidos, llevando sujeto entre ellos un pedazo de papel impregnado de calor y humedad por el sitio en que había estado.

—¿Quién le ha escrito á usted esta carta?—preguntó la hermana.

—No lo sé—dijo Marcela.

—¿Se atreve usted á mentir?... ¡Cometer un pecado mortal!

—¡Oh! ¡mortal!—dijo la condenada sonriendo...—Si me hubiera muerto por todos los pecados que he cometido!

—Pero seréis castigada después de vuestra muerte, ¡desgraciada!... ¿no piensa usted en el infierno?

—¿Y para qué pensar en él?... Ya estoy en el infierno.

—¿Llama usted infierno á este navío... á esta cámara?

—¡Oh! ¡esta cámara!

—En donde trato á usted como á mi hija...

En aquel momento se dejó oír alguna rechifla. La hermana se volvió, y con una mirada severa impuso silencio á todas las presidiarias y salió diciendo á Marcela Hebert:

—Usted no se da cuenta de lo que es el infierno, hija mía... Por su propio interés, por la salvación de su alma, es preciso que usted le pruebe anticipadamente.

—¡Amén!—dijo Marcela con insolencia.

—¡Amén!—repitieron las demás mujeres, siguiendo su ejemplo.

XX

Una hora después, el comandante de la *Saone* recibía dos partes, exageradamente enérgicos, redactados por el jefe de vigilancia del departamento de hombres y por la hermana superior de las mujeres. Estos dos partes no produjeron todo el efecto que podían esperar el vigilante Robin y la hermana de San José de Oluny. Si se hubieran dirigido al segundo comandante, encargado especialmente de la fragata y de los negocios del presidio, es muy probable que, sin haber hecho ninguna clase de examen, habría aplicado la pena de calabozo. Pero la casualidad había querido que el comandante primero, dueño soberano á bordo, tuviese conocimiento de estos partes. Éste era un hombre severo, como ya hemos dicho, pero no era cruel. No le llamó la atención, según se esperaba, que un preso para distraerse hiciera el amor á una presidiaria, y que ésta tuviese la debilidad de leer sus declaraciones. Él exigía únicamente que los transportados observasen estrictamente la disciplina, pero no pretendía hacer de ellos personas virtuosas y sin pasiones, que fuesen dignas de ser canonizadas en su día.

Ultimamente, aquel día estaba de buen humor el estado sanitario de los oficiales, marineros, tropas de infantería de marina que conducía á Caledonia y el de

los forzados era excelente, puesto que solamente habían ocurrido algunos casos de fiebre, sin que ninguno presentase carácter epidémico. La travesía se presentaba bajo los mejores auspicios. Desde que se habían alojado de las costas del Brasil, la fragata caminaba perfectamente, haciendo con regularidad ocho nudos por hora, que es una velocidad más que suficiente para un transporte del Estado. Si el tiempo continuaba favorable, era muy fácil doblar en seguida el Cabo de Buena-Esperanza y ganar sin demora el mar de las Indias.

En tan buenas disposiciones y después de haber leído ambos partes, pasó la vista por la carta que era ajusta y llamó al capataz de armas, mandándole que impusiese á Fortier quince días de castigo y ocho á Marcela. Estas penas eran demasiado ligeras, comparadas con las en que los presidiarios habían incurrido.

Esta benignidad exasperó al vigilante Robin. Estaba tan seguro de que el castigo sería de un mes de calabozo, que así se lo había anunciado á Fortier delante de todos sus compañeros; así es que, como no lo había conseguido, su amor propio se sentía herido y se encontraba rebajado ante todo el presidio.

Había además otro motivo que aumentaba su irritación; se había prometido á sí mismo aprovechar la estancia de Fortier en el fondo del calabozo para reemplazarle en el corazón de Marcela Hebert, acordándose del refrán «A muertos y á idos...» Aquella presidiaria embargaba en aquel momento su espíritu, y era un doble incentivo para sus brutales apetitos, excitados ya por dos meses de mar. Hasta aquel día

apenas había reparado en ella, confundida como estaba en aquel montón de mujeres, porque sus groseros instintos se inclinaban especialmente sobre dos ó tres campesinas de excesivo desarrollo que iban á bordo, y éste era su tipo. Pero desde que la casualidad le había hecho reparar en Marcela, su gusto se había afinado, comprendiendo mejor á la mujer y empezando á darse cuenta de la belleza de las formas y de la gracia de los contornos. Además, Marcela era amada por otro, á quien parecía corresponder, y el sentimiento de los celos, del deseo, de la envidia, que batallaban sordamente en su alma, encontraban una ocasión para manifestarse.

Pero sea como quiera, lo exacto es que, á pesar de su decepción y de su cólera, le fué preciso obedecer las órdenes del comandante y contentarse con poner un poco de hierro más á aquel hombre que él habría sido dichoso con poder enviar al calabozo en el fondo de la cala. Para poder resarcirse de este contratiempo realizó por sí mismo la sentencia, teniendo buen cuidado de mandar que la argolla destinada al pie del presidiario estuviese lo más apretada que fuese posible, y que la barra de hierro á que estaba sujeta fuese bien pequeña, con el daño objeto de que sus movimientos fuesen menos libres.

Mientras que con estos actos daba alguna satisfacción á su cólera, la hermana de la Caridad hacía ejecutar las órdenes del comandante, que la había transmitido el capitán de armas. Pero por esta parte se presentaba una complicación: cuando los hombres sufren ciertos castigos durante la travesía, es de cos-

tumbre, lo mismo en la *Saone* que en los demás transportes, que las mujeres que también lo sean se las saque de su departamento, encerrándolas en una jaula de un metro de largo, y sin ventana, que está situada enfrente de la sección de hombres, de la cual, según sabemos, era jefe Berard. La casualidad, ayudada por el reglamento, ponía á Marcela Hebert y Fortier enfrente uno de otro, ambos encadenados y separados únicamente por el pasillo de servicio y los barrotes de sus respectivas jaulas.

El jefe de vigilancia no había provisto el caso... Desde el principio de la travesía, Marcela era la única mujer que había sido castigada, y Robin no conocía exactamente el lugar en que había de sufrir el castigo.

Cuando la vió enfrente de Fortier, cambiando con éste furtivas miradas que no podía impedir, tuvo un primer movimiento de cólera. Pero muy pronto se apaciguó: la proximidad de Marcela y Fortier podía ayudarle en su venganza proporcionándole ciertas crueldades que entreveía y saboreaba de antemano.

XXI

Júpiter, el dios de los dioses, para castigar á Tántalo, que le había robado á Ganimedes, según dice la leyenda, le condenó á sufrir eternamente el hambre y la sed. Para hacer aún más cruel su suplicio, colocó

apenas había reparado en ella, confundida como estaba en aquel montón de mujeres, porque sus groseros instintos se inclinaban especialmente sobre dos ó tres campesinas de excesivo desarrollo que iban á bordo, y éste era su tipo. Pero desde que la casualidad le había hecho reparar en Marcela, su gusto se había afinado, comprendiendo mejor á la mujer y empezando á darse cuenta de la belleza de las formas y de la gracia de los contornos. Además, Marcela era amada por otro, á quien parecía corresponder, y el sentimiento de los celos, del deseo, de la envidia, que batallaban sordamente en su alma, encontraban una ocasión para manifestarse.

Pero sea como quiera, lo exacto es que, á pesar de su decepción y de su cólera, le fué preciso obedecer las órdenes del comandante y contentarse con poner un poco de hierro más á aquel hombre que él habría sido dichoso con poder enviar al calabozo en el fondo de la cala. Para poder resarcirse de este contratiempo realizó por sí mismo la sentencia, teniendo buen cuidado de mandar que la argolla destinada al pie del presidiario estuviese lo más apretada que fuese posible, y que la barra de hierro á que estaba sujeta fuese bien pequeña, con el daño objeto de que sus movimientos fuesen menos libres.

Mientras que con estos actos daba alguna satisfacción á su cólera, la hermana de la Caridad hacía ejecutar las órdenes del comandante, que la había transmitido el capitán de armas. Pero por esta parte se presentaba una complicación: cuando los hombres sufren ciertos castigos durante la travesía, es de cos-

tumbre, lo mismo en la *Saone* que en los demás transportes, que las mujeres que también lo sean se las saque de su departamento, encerrándolas en una jaula de un metro de largo, y sin ventana, que está situada enfrente de la sección de hombres, de la cual, según sabemos, era jefe Berard. La casualidad, ayudada por el reglamento, ponía á Marcela Hebert y Fortier enfrente uno de otro, ambos encadenados y separados únicamente por el pasillo de servicio y los barrotes de sus respectivas jaulas.

El jefe de vigilancia no había provisto el caso... Desde el principio de la travesía, Marcela era la única mujer que había sido castigada, y Robin no conocía exactamente el lugar en que había de sufrir el castigo.

Cuando la vió enfrente de Fortier, cambiando con éste furtivas miradas que no podía impedir, tuvo un primer movimiento de cólera. Pero muy pronto se apaciguó: la proximidad de Marcela y Fortier podía ayudarle en su venganza proporcionándole ciertas crueldades que entreveía y saboreaba de antemano.

XXI

Júpiter, el dios de los dioses, para castigar á Tántalo, que le había robado á Ganimedes, según dice la leyenda, le condenó á sufrir eternamente el hambre y la sed. Para hacer aún más cruel su suplicio, colocó

al alcance de su mano hermosos árboles cubiertos de excitantes frutas que se alejaban cuando quería alcanzarlas y correr un hermoso río que se secaba en el momento en que aproximaba los labios. Esta suplicio, que sólo un Dios pudo imaginar y que á través de las edades se llama el suplicio de Tántalo, iba á renovarse en otra forma á bordo de la *Saone*. Marcela Hebert, deseada con ardor por Fortier, que no había jamás visto satisfechos sus deseos, y que la amaba hasta el crimen, estaba allí, cerca de él... delante... y no podía juntarse á ella; Marcela fijaba en Fortier sus grandes ojos negros, que parecían decirle: «Ahora soy yo la que quiere... tu amor me ha vencido... tu crimen me ha dominado... ven á mis brazos... ya no nos separa nada...» y, sin embargo, los barrotes de la jaula y los hierros de que estaban cargados los separaban. Veía su boca entreabierta, sus encendidos labios, sus blancos dientes, y se acordaba de aquellos besos que no podía recibir. Sentía sed de ella, tenía hambre de todas aquellas voluptuosidades que había ansiado por tanto tiempo, y no podía ni mitigar su sed ni calmar su hambre.

Peró este suplicio no era bastante: aún recibió otro aprovechándose Robin de las circunstancias, se aproximaba á cada instante á la jaula en que estaba encerrada Marcela Hebert. Apoyado en la verja, se situaba entre los dos amantes, separándolos y entreteniéndose en la contemplación de aquella á quien Fortier no podía ni aun hablar. Con semejante conducta infringía el reglamento; pero el violento capricho que le inspiraba en aquel momento su prisionera y su

preocupación de venganza triunfaban de sus deberes. Pero ¿habría habido alguno que fuese capaz en el presidio de quejarse de él? Los oficiales se ocupaban de la marcha del navío y del viento que reinaba, haciendo maniobrar las velas; los demás vigilantes dependían de Robin; las hermanas se ocupaban, como siempre, en leer su eterno breviario. ¿Acaso los presidiarios? Desde que pensaba en Marcela Hebert, los vigilaba con menos insistencia, dejándoles que jugasen, que se acostasen y que fumasen una pipa en un rincón de la jaula.

Por estas razones, él podía hablarla con entera libertad, sin ningún obstáculo y sin temor... Pero ¿le escuchaba Marcela? Puede ser. La mujer es siempre mujer, y jamás es insensible á las palabras de amor, aunque éstas le sean dichas por una persona indiferente. Es siempre coqueta, y en interés de su mismo amor se deja hacer la corte delante del hombre á quien ama, para que éste la ame más aún. Por otra parte, ¿qué podía hacer ella estando encerrada y cargada de hierro como estaba? ¿Le era posible mandar á Robin que se alejase? ¿Acaso un jefe de vigilancia ejecuta las órdenes de una presidiaria? ¿Le quedaba acaso el recurso de pedir auxilio, gritar y oponerse? La situación presentaba se empeoraría, puesto que aumentarían su castigo y la pondrían á pan y agua, mientras que ahora, siempre que Robin se aproximaba, la daba bizcochos, pan blanco ó alguna otra cosa que en aquel sitio era un don mucho más precioso que una flor ó un ramo en otra situación distinta.

Fortier, comprendiendo todo esto, pensaba en su

interior, diciéndose: «Este hombre representa la autoridad, la fuerza, el poder... y yo no soy más que un condenado, un miserable... tiene categoría de oficial... y yo... yo estoy vestido miserablemente... tengo grillos en los pies... me han afeitado y pelado, y estoy pálido y flaco... ella debe preferirle... tarde ó temprano será suya, por cansancio, por depravación, por capricho, y quizá para que la traten mejor, para que la concedan favores, para ser la querida del jefe.»

Y la verdad es que todo esto era muy posible... y en su aislamiento, en su inacción, sujeto entre aquellos barrotes, con un grillete al pie, se exaltaba su mente, creyendo ya que todos sus temores eran una realidad

A la mañana siguiente concluía el castigo de Marcela. Debía volverse con sus compañeras, ingresando en la prisión común. Serían las tres de la tarde, y el comandante, ya fuese por humanidad ó por medida sanitaria, aprovechando el buen tiempo, había hecho una excepción á la regla general, ordenando que los detenidos subiesen al puente en tropel, en lugar de hacerlo en cuadrillas de á veinte ó treinta. Se les dio á todos el derecho de dilatar los pulmones aspirando aire y tomar un poco el sol.

La batería estaba casi desierta. En las jaulas había tres ó cuatro que estaban castigados, y Fortier á bordo con Marcela Hebert, que estaba á estribor.

Esta última estaba dormida, tendida en su jaula. Fortier, delante de ella, la contemplaba silencioso.

Un ruido de pasos interrumpió aquel silencio. Fortier levantó la cabeza y vió á Robin que bajaba del puente para entrar en la batería.

XXII

El jefe de vigilancia marchaba en la dirección indicada á paso lento, anhelante, inquieto y mirando á todas partes.

Muy pronto pudo convencerse de que nadie le veía; los demás vigilantes, sus subordinados, estaban presenciando el paseo de los confinados sobre el puente. Los presidiarios que sufrían aumento de castigo estaban durmiendo. Las ventanas de las jaulas de las mujeres estaban cerradas. Las hermanas de la Caridad dormitaban ó hacían sus rezos. En todas partes reinaba un silencio completo. Se hubiera imaginado que aquello era un navío abandonado por la tripulación, á no ser por el sordo murmullo que se dejaba sentir sobre el puente.

Seguro Robin de aquella soledad, y ya completamente tranquilo, manifestó una completa audacia y se dirigió resueltamente hacia la jaula en que estaba Marcela Hebert.

Ésta seguía durmiendo, tendida á lo largo, descansando la cabeza sobre el brazo. La postura en que es-

taba hacia resaltar el contorno de sus formas, aquel pecho de excesivo desarrollo presentaba libremente sus prominentes detalles. Un rayo de sol, penetrando por una sola rendija, iluminaba su boca entreabierta y sus rojos labios.

Durante un momento, Robin la contempló lo mismo que Fortier la contemplaba hacia pocos momentos. Después lanzó una última mirada en su alrededor, haciendo un gesto que parecía decir: «Peor para ella si corro peligro,» y sacando una llave del bolsillo, abrió la puerta de la jaula.

En el otro lado, Fortier, que había visto todos los movimientos de Robin, se levantó rápidamente, agarrándose á los barrotes de la jaula.

Marcela Hebert no se había despertado aún. El sueño es muy pesado cuando se está en una batería de transporte, porque se está ya acostumbrado á toda clase de ruidos y no causan ya efecto el silbar de la máquina, las idas y venidas de la gente de la tripulación, ni el mugir de las olas, ni el ruido estridente de los grilletes.

Robin se inclinó, poniendo una rodilla en tierra, aproximando su rostro á la cara de Marcela Hebert, y después de contemplarla, con los ojos inyectados de sangre, se precipitó sobre ella, besándola en la boca.

Simultáneamente, en la jaula de enfrente, Fortier lanzó un rugido de fiera.

Marcela Hebert abrió bruscamente los ojos incoherentemente, no sabiendo de qué manera la habían despertado, pero sintiendo en los labios un calor que la abrasaba. Pero en el momento en que se encontró

á Robin cerca de ella devorándola con la vista, lo comprendió todo.

Su primer movimiento fué rechazarlo y levantarse. Pero Robin, que seguía de rodillas, apoyó sus manos en los hombros de Marcela, volviendo á derribarla, estrechándose más aún contra ella, dejando sentir los latidos de su corazón sobre el pecho de aquella mujer. Su aliento calentaba su rostro; sus rubios bigotes cosquilleaban su piel y sus ardientes ojos la envolvían en una mirada de fuego. Desde el día en que había sido arrestada y conducida al depósito de San Lázaro y después á la central, no había sentido nunca tan cerca el aliento de un hombre. Los sentidos, que estaban adormecidos en la prisión, se habían despertado en el navío en medio de aquellos oficiales y aquellos vigilantes y confinados. Su sangre circulaba calenturienta por la vida que se hacía á bordo en un clima tropical. Su imaginación estaba sobreexcitada por las conversaciones que escuchaba á sus compañeras en la sala común, y todo esto venía á completarlo ocho días seguidos de palabras apasionadas de Robin. De modo es que, una parte por deseo y otra por temor hacia él, es muy posible que no hubiese resistido largo tiempo. Pero todavía era dueña de sí misma y pudo pensar en que Fortier estaba allí enfrente y podía verla. Volvió rápidamente los ojos hacia aquella parte y la vio rígido, pálido y terrible, pegado á los barrotes de la jaula, en la que se sostenía con una mano, mientras que con la otra se rasgaba el pecho, que tenía completamente desnudo. La sangre corría.

Marcela tuvo piedad de él... tuvo miedo... quizá

tuvo desco de Fortier... ¿hay quien pueda asegurarlo?

Entonces, y por efecto de un violento esfuerzo, se desprendió de los brazos de Robin, agarrándose fuertemente á su cabeza, separándola de sí, y se levantó sin ningún obstáculo. Rechazado de tal manera, precisamente en el momento en que la creía vencida y dominada, Robin supuso que alguien se acercaba, y creyendo que Marcela temía que los sorprendiesen, se puso á mirar á todas partes.

Nadie: la misma soledad y el mismo silencio.

Pero percibió al frente á Fortier, y la vista de este hombre aumentó sus deseos. En aquel momento deseaba que ella le buscara, yendo hasta él, puesto que la deseaba de una manera ardiente... y además por hacer sufrir al otro, triunfar y vengarse de él.

Como Marcela estaba aún medio levantada, consiguió derribarla otra vez, haciendo un esfuerzo brutal con la cabeza, con el pecho y con las manos, arrojándose sobre ella.

Marcela dió un grito.

Otro grito, pero grito salvaje entonces, respondió desde la otra jaula.

Al mismo tiempo Fortier, haciendo un esfuerzo supremo y centuplicando sus fuerzas por la cólera que le animaba, cogió la gruesa cadena que le tenía sujeto á la verja, consiguiendo romperla, y haciendo de ella un poderoso proyectil lo arrojó con violencia á través de los barrotes, apuntando antes á la cabeza de Robin.

XXIII

A pesar de su furor, la puntería de Fortier fué certera.

La cadena de hierro traspasó la verja sin ningún tropiezo, y vino á estrellarse en la mejilla del jefe de vigilancia.

Aquel golpe le aturdió: palideció y cerró los ojos. Hubiera podido creerse que iba á perder el conocimiento. Pero en el momento recobró el sentido, y lanzando una mirada á su alrededor vió á Fortier que, de pie y libre de sus cadenas, hacía inútiles esfuerzos para abrir la verja. Simultáneamente vió también que el proyectil que le habían lanzado había caído junto á los pies de Marcela. Adivinó quién se le había arrojado, y lo comprendió todo. Entonces, con un movimiento rápido, se irguió, buscando el revólver que llevaba al cinto. Pero Marcela, en la previsión de lo que iba á hacer, y aprovechándose de un momento de aturdimiento, se había apoderado del arma.

—Entregame ese arma —gritaba Robin— para que mate á ese miserable.

—¡No! ¡no!... ¡no quiero!... ¡no quiero!

Robin se abalanzó sobre ella, le arrancó el revólver y salió de la jaula, dirigiéndose hacia la de For-

tier, que le miraba en completa calma con los brazos cruzados, esperando la muerte.

Marela Hebert gritó con todos sus pulmones: ¡Socorro! ¡Socorro!

Las hermanas de la Caridad salían de su cuarto en el momento en que los confinados volvían á la batería después de terminado el paseo. Dos vigilantes que marchaban á la cabeza de éstos y que vieron á su jefe revólver en mano, dispuesto á hacer fuego, supusieron que le amenazaba algún peligro y corrieron velozmente en su socorro, encontrándose de esta manera entre Fortier y Robin. Éste no podía ya hacer fuego sin herirles. Al mismo tiempo los presidiarios que marchaban en primera fila, impulsados por los de otras, quedaron en el corredor, en lugar de entrar en sus respectivos departamentos, inundándolo en confuso tropel. Robin había tenido que retroceder, acorralado contra las jaulas, y quedó separado de su enemigo por más de cincuenta personas.

Imitando el ejemplo de Robin, que gritaba y vociferaba, sus subordinados gritaban y vociferaban también, á la vez que los presidiarios, viéndose juntos y comprendiéndose más fuertes.

Los oficiales, que estaban en el puente, imaginaron que había alguna sublevación, y empezaron á dar órdenes, reuniendo apresuradamente algunos marineros y soldados de infantería.

Sable en mano y fusil á la cara entraron aquellos hombres en el presidio, arrollando todo cuanto encontraban á su paso.

Aquel aparato de fuerza era completamente inútil.

los presidiarios, que nunca habían pensado en sublevarse, y que solamente se les podía imputar el haberse distraído un momento, se apresuraron á guarecerse en sus respectivos departamentos, suponiendo con razón que estarían en ellos mucho más seguros.

El capitán del navío, segundo comandante, fué advertido de que algo extraordinario tenía lugar en la batería, y se presentó, seguido de varios oficiales.

—¿Qué ha sucedido aquí?—preguntó.

Nadie podía responderle, puesto que nada se sabía con seguridad. Atónitos los presidiarios y en silencio sepulcral, presenciaban admirados aquella escena, pegados á las verjas de sus respectivas secciones.

—Vamos á ver—dijo el segundo comandante, dirigiéndose esta vez al jefe de vigilancia,—decidme la causa de este desorden.

Robin, que estaba verdaderamente emocionado, titubeaba en responder, porque, habiendo recobrado su sangre fría, comprendía que había cometido una falta. No podía decir la verdad completa, y entonces la alteró diciendo que, al tiempo de dirigirse desde la batería á su puesto, había recibido un fuerte golpe en la cabeza de un presidiario que había roto su cadena.

—¿Y no le habéis matado en el momento, según estáis autorizado por el reglamento?—preguntó el oficial.

—He querido matarle, mi comandante; pero los presidiarios bajaban del puente, inundando por completo la batería, y me lo han impedido.

—¿Cómo se llama ese hombre?

—Fortier, número 109.

—¿En dónde está?

—Aquí le tenéis... miradle, está libre de hierro.

Que se lo vuelvan á poner, y que, en lugar de un grillete, sean dos esta vez—dijo el comandante del buque.—Ponedle también esposas.

Fortier no opuso ninguna resistencia.

Se sonreía mirando á Marcela, que enfrente de él le miraba también.

—Dadme inmediatamente el parte—siguió diciendo el segundo comandante, y señalando á Fortier;—este hombre quedará mañana sujeto á un consejo de guerra.

—Y que se transmitan órdenes al pelotón de ejecución—añadió en voz baja uno de los vigilantes.

En efecto, la orden dada era para Fortier la muerte con un día de diferencia, en lugar de una muerte inmediata que estuvo á punto de recibir. Esto lo sabía muy bien.

Oficiales, marineros y soldados se volvieron sobre el puente, y todo volvió á recobrar su aspecto en la batería.

Entonces Bérard se aproximó á Fortier.

—¿Qué ha hecho usted, desgraciado?... Contádmelo todo—dijo en voz baja.

Una hora después, las cornetas llamaban para la comida, á la que acudieron los presidiarios provistos de su plato y vaso para el vino; pero éste fué suprimido aquel día para castigar la risa y el canto que antes se habían permitido.

XXIV

La noche que siguió á estos sucesos hubo dos personas á bordo que no durmieron un solo instante. Fortier y Marcela Hebert.

El primero de éstos, con un par de grilletes y los brazos sujetos hacia atrás por las esposas, estaba acostado boca abajo, apoyando la frente en los barrotes de su jaula, mirando fijamente á Marcela Hebert, que acostada lo mismo que él, enfrente, le miraba de la misma manera. En medio de la oscuridad de la noche brillaban los ojos de ambos.

Y no era la compasión la que había retenido á Marcela en aquel sitio para seguir con su mirada la mirada de Fortier. No era que ella dijese para sí: «Antes de conocerme, ese hombre estaba tranquilo, era honrado y feliz... la pasión que le inspiré le lleva á presidio... y esa pasión tenaz, persistente, invencible, será mañana causa de su muerte... esto es lo menos que puedo hacer en esta última noche en que vivo con él, ó mejor dicho, cerca de él.» No, ella no obedecía á este buen sentimiento; obedecía á otra clase de sensación, era esclava de su materia. Cuando Fortier se había levantado en la jaula, pálido y tembloroso, con el pecho ensangrentado, rompiendo sus cadenas y lanzado aquel pedazo de hierro que había herido á Ro-

bin, le había encontrado sublime en aquel furioso delirio. En aquel momento deseaba á Fortier como se había deseado á ningún hombre. Sus sentidos estaban subyugados.

Cuando el amor es sensual se manifiesta de esta manera: el amor verdadero, por el contrario, penetra insensiblemente, sin manifestar de una manera brusca, como en el primeró, en que la mirada queda seducida, la imaginación sorprendida y falta la luz. Es bosque sombrío, una pradera sonriente, gusta á la vista únicamente, y nos recrea de una manera tranquila y pacífica. De repente se ilumina por el naciente sol, dorando sus contornos, y nuestra imaginación se impresiona ante aquel efecto mágico de luz, que queda siempre impreso en nuestra mente aun cuando se le vuelva á ver rodeado de sombras en medio de la noche. Así es cómo se explica que Marcela en la víspera de la muerte de Fortier, y en medio de la noche, á pesar de las tinieblas, le viese todavía como le vió aquel mismo día.

A la mañana siguiente, cuando los presos que eran compañeros de Fortier se levantaron, se guardaron muy bien de entregarse á sus bromas diarias. Empezaron á manejar la bomba, inundando el suelo para fregarlo, sin que se tomaran duchas, como se tenía costumbre de hacer casi siempre. Trataban de no interrumpir el silencio que rodeaba á Fortier, y de cuándo en cuándo alguno de ellos se permitía furtivamente ir á estrecharle una mano, convencidos como estaban de que el consejo de guerra que iba á reunirse al medio día condenaría irremediabilmente á muerte á un

presidiario que había tenido la audacia de herir al jefe de los vigilantes, y suponiendo, con fundado motivo, que la sentencia tendría lugar aquel mismo día, sobre el puente, á presencia de todos los presidiarios, que debían asistir descubiertos y de rodillas.

Aquel día era jueves y tocaba pasar revista de inspección al comandante.

Serian cerca de las nueve cuando entró en la batería, seguido de su estado mayor.

Después de inspeccionar las jaulas se paró, preguntando:

—¿En dónde está ese hombre que debe comparecer hoy ante el consejo de guerra?

—Allí, cerca de la verja—le respondió uno.

El comandante dió algunos pasos y se colocó delante de Fortier, mirándole sin decir una palabra.

Iba ya á retirarse, cuando salió una voz de la jaula que dijo:

—Mi comandante...

—¿Qué hay? ¿quién habla?

Bérard se adelantó.

—Soy yo, caballero—dijo.

—¿Y qué quiere usted?

—Suplicar á usted que tenga la bondad de dejar que le hable un momento.

El comandante le miró de la misma manera que lo había hecho con Fortier, le reconoció y le dijo:

—Está bien...

Se acordaba de la promesa que había hecho á aquel presidiario el día en que éste había rehusado los favores que le había ofrecido.

Media hora después, Bérard se encontraba delante del comandante.

—Habéis reflexionado mejor vuestra primera decisión? —dijo el oficial.—¿No tenéis fuerza bastante para continuar viviendo más tiempo en la batería?

—Dispensadme, caballero; yo siempre tengo ánimos

para eso.

—Entonces, ¿por qué quiere usted hablarme?

—Para suplicar á usted que me permita contarle la vida del hombre que vais á juzgar dentro de un instante.

—¿Qué hombre? ¿El que acabo de ver, y que será sometido al consejo de guerra por haber herido al vigilante en jefe?

—Sí señor.

Sorprendido el comandante, reflexionó un momento, y por curiosidad, quizá por bondad, contestó diciendo:

—Hable usted.

Sin emplear frases rebuscadas, Bérard retrató el carácter de Fortier, refiriendo su existencia desde el momento en que había conocido á Marcela hasta el día de su condena.

—Está bien—dijo el comandante cuando terminó su historia.—¿Qué quiere usted probar con eso? ¿Que ese hombre es digno de lástima?... Puede ser... pero yo no voy á ocuparme de su pasado... ha cometido á bordo una falta que debo castigar.

—Eso es muy justo, caballero; pero quizás deba serlo con menos severidad si me permite usted que le diga por qué y cómo la ha cometido.

XXV

El comandante de la *Saone* había escuchado á Bérard con marcada atención. Su interés se había despertado, no tanto por la historia que le contaban, como por la manera dulce y persuasiva con que era narrada. La situación y el traje de Bérard le daban cierta originalidad y grandeza á su narración. Era verdaderamente extraño oír hablar con aquella sencillez, corrección y hasta elegancia á un condenado á trabajos forzados vistiendo la blusa del presidiario.

A poco tiempo, el comandante, bajo la influencia de aquella palabra, se olvidó del inferior estado del que le hablaba, y estuvo á tiempo de mandarle sentar, aunque se abstuvo de ello; pero inconscientemente, y como por máquina, acabó por levantarse descubriéndose. Solamente existía entre ambos la diferencia del uniforme.

—¿Se interesa usted mucho por ese Fortier?—preguntó el comandante, en lugar de responder á la última súplica que le hizo Bérard.

—Sí señor, mucho... si he rehusado los favores que la amabilidad de usted quería otorgarme... si he deseado vivir en la batería, ha sido únicamente por él. Tenía la esperanza de dar un poco de calma á su alma atormentada.

—Y no lo habéis conseguido... el furor que ayer manifestó es una prueba de ello.

—Ese furor le encontraría usted casi justificado si me permitiera que le dijese los motivos que tuvo para ello.

—Pues bien, diga usted...

Entonces Bérard, cuya animación aumentaba por grados, y valiéndose siempre de convenientes razonamientos y seductora palabra, refirió la escena de la víspera con todos los detalles; refirió la manera de encontrar Fortier á Marcela en aquel barco después de haber sido su amante; pintó su amor salvaje, la necesidad que tiene de ocultarlo y el castigo que sufre como consecuencia de aquel mismo amor; lamentó la desgraciada casualidad que los ponía frente á frente, y describió el martirio de Fortier, que tenía que contentarse con contemplarla y admirarla... entonces el jefe de vigilancia viene á exasperarlo estando cargado de cadenas, y tiene el atrevimiento de atentar de una manera odiosa á aquella mujer que también está aprisionada é incapaz de defenderse... Fortier, loco por los celos y furioso en su delirio, hiere á su rival, no á su guardián. No es al hombre que le vigila á quien se ha querido herir; es al hombre que le causa un martirio horrible y que es su rival y su enemigo.

—¿Está usted seguro—dijo el comandante—de que todo cuanto acaba de decirme ha tenido lugar de ese modo?

—Estoy completamente seguro, caballero.

—Sin embargo, usted nada ha visto.

—No señor... pero Fortier no tiene ningún interés en ocultarme la verdad y engañarme, puesto que no hacia ninguna confidencia; era el hombre que, por decirlo así, se confiesa antes de morir.

—Pues bien, también se confesará delante del consejo de guerra, y éste lo sabrá apreciar.

—No, caballero; ese desgraciado se callará, lo mismo que lo hizo cuando compareció ante el tribunal civil.

—¿Por qué?

—Por que no le dice á nadie del mundo más que á mí su pasión y su locura... vive absorbido en su amor, en su idea fija... lo conozco perfectamente... no hablará una palabra, y se contentará con decir únicamente: «He herido al vigilante porque le odio;» sin decir la causa que le inspira... se dejará condenar á muerte sin hacer traición á su secreto.

—Está bien... yo veré... vuelva usted á la batería.

Algunos minutos después, el comandante de la *Saone* mandaba comparecer á Marcela Hebert, ordenándola que refiriese todo lo ocurrido la víspera.

Obedeció inmediatamente, y su declaración estuvo completamente de acuerdo en todos sus puntos con lo dicho por Bérard. Como, por otra parte, ésta no había podido hablar con nadie desde la víspera, se podía dar entero crédito á estas dos versiones que tan exactamente coincidían.

A las doce en punto estaba reunido el consejo de guerra. Conforme Bérard lo había anunciado, Fortier no trató de disculparse ni de defenderse. Pero el comandante, que presidía el consejo, dijo todo cuanto el acusado había callado, restableciendo los hechos

tales como habían tenido lugar, y mandó comparecer a Marcela Hebert, interrogando á la vez á Robin, que se vio obligado á confesarlo todo.

El consejo de guerra adivinó bien pronto el pensamiento del presidente, aunque no había formulado ninguna opinión, dejando á los oficiales que formularan la suya antes, y absolvió á Fortier. Pero el comandante, como medida disciplinaria y por insubordinación, castigó á Fortier á un mes de calabozo, y al mismo tiempo suspendió á Robin en sus funciones hasta terminar la travesía.

Cuando en el presidio se supo el resultado del consejo, los presidiarios dieron saltos de alegría y fué preciso castigar á algunos.

XXVI

Un hombre que, después de estar á punto de morir, lo está más aún á ser condenado á muerte y se encuentra con un mes de calabozo, puede muy bien considerarse dichoso, y no hay motivo para tenerle lástima. Sin embargo, el castigo del calabozo á bordo es terrible tratándose del transporte de penados; muchos hombres se han vuelto locos por esta causa y otros han conservado en la mirada un sello de espanto que hacía temer siempre por su razón, y los más sienten un miedo aterrador al oír el más pequeño ruido.

El calabozo es un féretro construido para un vivo y que está situado en la sala del navio debajo del último entrepuente, donde ya empieza la quilla. Generalmente tiene cinco ó seis pies de largo por dos ó tres de ancho. A duras penas puede el castigado revolverse dentro de aquel espacio. Ni el aire ni la luz penetran allí jamás. Mil confusos ruidos llegan hasta aquel sitio. Siente que hay vida allá arriba en las alturas que dominan aquel abismo en que está sumergido, y mil ruidos también, pero más próximos, le tienen en perpetua alarma: los insectos que zumban en las tinieblas; el agua que salta de las murallas del buque y cae lentamente gota á gota; las hambrientas ratas que saltan, corren y se agitan en su misma prisión. No puede dormir nunca, y lo más que consigue es dormir en un continuo sobresalto.

Y sin embargo, á pesar de todas sus torturas y todas sus miserias, quizás á causa de ellas, la calma penetró poco á poco en el alma de Fortier. Cuando el cuerpo sufre mucho, el corazón se amortigua. Así es que, separado de Marcela Hebert y no sintiendo su influencia, sus sentidos se apaciguaron. La amaba lo mismo que antes y quizá un poco más, pero aquel amor era menos delirante y menos frenético. Desde la noche anterior, que la había pasado con la mirada fija en Marcela, y que podía muy bien llamar la víspera de su muerte, se sentía otro, porque comprendía que ahora era ya suya por completo, y era feliz, completamente feliz, á pesar de todo. Olvidaba los horrores del presente, para vivir en un porvenir

de rosa. Pensaba también en Bérard, penetrando en su alma sentimientos de amistad y sintiéndose capaz de querer á aquel compañero que le había escuchado, aconsejado y consolado y á quien debía el vivir aún como sabía todo el mundo en la batería y él también. De esta manera, Bérard había crecido á la vista de todo el mundo de una manera incommensurable y era considerado como un personaje y una potencia. Había algunos que le querían verdaderamente, y otros, los más, que eran los peores y los más revoltosos, le temían. Por otra parte, aquellos hombres se habían imaginado que, estando libres del jefe de vigilancia, la disciplina sería menos severa y podrían tomarse ciertas libertades; pero Bérard les hizo comprender que se engañaban en un sentido, y que, por otra parte, tenían mucho menos derecho á conducirse mal desde el momento en que se había tenido alguna indulgencia para con ellos. Es un error suponer que todos los buenos sentimientos han desaparecido en el corazón de ciertos criminales: procurad emplear con ellos un lenguaje que les haga suponer que habéis olvidado su crimen y encontraréis en ellos personas de buenos sentimientos; pero si les habláis como á bestias, no os extrañéis si encontráis bestialidad.

El departamento confiado al cuidado de Bérard era el más limpio, aunque en él había más rigor que en los demás; los buques transportes que desde el Brasil se dirigen al mar de las Indias, en lugar de buscar directamente el Cabo de Buena Esperanza, como hacen los demás vapores, se desvían de él doce ó quince grados para doblarle á una gran distancia. De esta

manera, las diferencias termométricas son menos bruscas y la temperatura descendiendo más suavemente hasta llegar á un frío glacial. Para conservar el calor en el presidio era preciso estar en continuo movimiento toda la noche, y apretarse unos contra otros para prestarse un poco de calor; á pesar de esto, el escorbuto se manifestó, muriendo muchos confinados y perdiendo gran parte su energía muscular. Unos á otros se cuidaban con verdadero cariño, porque la enfermedad no presentaba aún caracteres muy alarmantes, aunque no se la había podido dominar y cundía el contagio. Entonces fué cuando Bérard se portó de una manera admirable, alentando el valor de aquellos hombres que, sin él, habrían caído desfallecidos, faltos de fuerza.

Pasado un mes justo, porque el comandante no había perdonado un solo día, Fortier salió del calabozo, apareciendo en la batería y entrando en su sección. Con paso vacilante caminaba, herido con la poca claridad que había en el entrepuente, acostumbrado, como ya estaba, á las tinieblas de su encierro. Pero tenía la sonrisa en los labios y la alegría en el corazón: iba á estrechar la mano de Bérard y volver á ver á Marcela Hebert. A ésta la encontró lo mismo que la había dejado, en el mismo sitio, en la jaula de castigo, con los pies cargados de hierro y la cabeza entre los barrotes para verle mejor.

Los cálculos que Marcela había hecho le decían el día en que Fortier saldría del calabozo, y había dado motivo para que la castigasen y la colocaran cerca de él.

Dejemos al transporte *Saone* continuar su camino hacia Nueva Caledonia con aquel cargamento humano, y volvamos cerca de otros personajes de nuestra historia.

XXVII

La *Florida*, yacht de sir William Hanley-Gardiner, está anclado en la rada de Noumea, que es profunda y segura, y á la cual no se entra sino por medio de un canal estrecho inundado de arrecifes. Cerca de la *Florida*, que es tan grande como una fragata del Estado, pero más elegante y ligera, hay varios navíos también anclados, que se balancean á impulsos del viento. Todos éstos son buques mercantes que están dispuestos para volver á Europa, ó pequeñas embarcaciones que van ó vuelven á Sydney. Desde el puente del yacht se percibe una extensión considerable bastante pintoresca, aunque triste, sin vegetación ni verdura, que termina en erizadas colinas rojizas. A lo lejos, y apenas perceptible, la isla Ducos, tristemente célebre desde hace algunos años. A la izquierda y en la parte oriental la isla de Nou, con sus pequeñas construcciones. A la derecha la isla de los Conejos, con su lazareto y sus altos hornos. Al borde de la playa algunas casas diseminadas; después

un arrabal de Noumea y el barrio latino, compuesto de pequeñas casas de madera parecidas á barracas, con pequeños jardines, en que difícilmente pueden crecer algunos árboles y alguno que otro plátano, asustado por verse vivir en aquella costa abrupta. Después de aquel arrabal viene en seguida Noumea, situada en un terreno llano, con sus calles tiradas matemáticamente á cordel, y semejando en un todo un tablero de damas. Pero podría creérsela construída en anfiteatro al vérsela dominada como está por importantes construcciones, tales como el palacio del obispo y el del gobernador. Un sol espléndido ilumina aquel paisaje, disminuyendo en mucho su tristeza.

A bordo de la *Florida* no piensa nadie en mirar el horizonte. Debajo de una gran tienda, que cubre casi todo el puente desde proa á popa, todo es animación y vida, á consecuencia de un almuerzo espléndido que sir Gardiner ha dado á los principales habitantes de la ciudad y á algunos oficiales de infantería de marina. Hace quince días que sir Gardiner ha llegado á Caledonia, y gracias á su reputación y gran fortuna es el héroe del país. Por otra parte, el noble yankee no ha omitido ningún gasto para captarse las simpatías de sus habitantes: ha visitado á todas las autoridades, sin olvidar á nadie, y ha estado muy afable y complaciente con grandes y pequeños. La señorita Bérrard, que le acompaña y pasa por hermana suya, es la admiración de todos por su elegancia, hermosura, trato distinguido y claro talento. Todo el mundo se siente orgulloso de conocerla y tratarla. Para todos aquellos desterrados, bien sean funcionarios ó empleados, es

una fortuna extensiva á sus mujeres y familias á tener unos huéspedes que hacen visitas y reciben á bordo todos los días, dando de comer de una manera tan espléndida. Sir Gardiner explica su visita á Noumea por el interés que le inspiran los establecimientos penitenciarios de aquella colonia. Nadie se sorprende de semejante sentimiento, que es muy propio en un americano que además es periodista. Los estudios á que viene entregado le autorizan á estrechar su amistad de la manera más natural del mundo con todo el personal administrativo de la isla de Nou. No da ninguna fiesta sin convidar al comandante del presidio, los dos jefes de administración y al comisario de marina. Les interroga, toma apuntes de la misma manera que lo había hecho en otro tiempo con el director de la Roquette, y tiene tan estrecha amistad con todos ellos que, si lo solicitara, aun á pesar de la severa orden que existe, visitaría el presidio en el momento en que lo indicara. Pero por ahora se contenta únicamente con tomar apuntes y ponerse al corriente de todas las costumbres y reglamentos que existen. Ya sabe que los presidiarios se dividen en cuatro clases, y que al llegar á la isla de Nou se les clasifica en la tercera, si no vienen señalados como peligrosos, pudiendo pasar á la segunda, y después á la primera, en el caso de observar buena conducta después de pasado cierto tiempo. Si, por el contrario, se muestran indóciles y poco sumisos, entonces les espera pasar á la cuarta clase. Cuando llegan á esta última categoría se les trata de la misma manera que se trataba en otro tiempo á los presidiarios de

Brest y Tolon, haciéndoles realizar los trabajos más duros, llevando el peso de una cadena, y algunas veces dos y aun cuatro.

A pesar de todo, sir Gardiner tomaba sus informes con gran discreción y prudencia, interesándose también por las colonias agrícolas de la isla, por los trabajos empezados y los que se iban á emprender, por la topografía del país, las costumbres de los habitantes y sus necesidades y las noticias que llegaban de Francia. Pero así como tomaba noticias y se instruíra de lo que quería saber con los hombres, también se entretenía algunas veces en distraerse con mujeres.

Con estas últimas estaba conversando el día en que hemos vuelto á encontrarle á bordo de su yacht. El correo de Francia había llegado la víspera, y las mujeres de Noumea daban á sir Gardiner y Mlle. Bérard noticias de la madre patria, sintiendo una grande complacencia en mencionar las obras que habían alcanzado éxito, y las fiestas de invierno que habían tenido lugar, y de las cuales no se conservaba ya ningún recuerdo en París, aunque para las señoras de aquella localidad tenían el sabor de actualidad.

—Dicen que la baronesa de Merieux—dijo la mujer del comisario de marina—ha dado un magnífico baile en su hotel del parque de Monceau.

—¿Y quién es la baronesa de Merieux?—preguntó sir Gardiner, por decir algo.

—¡Cómo! ¿No la conoce usted? Es la princesa Sofía Lavisine, cuyo marido fué asesinado hace unos diez y ocho meses.

XXVIII

El nombre de la princesa Lavinie, pronunciado de una manera tan repentina, impresionó vivamente á la señorita Bérard. Pero fué bastante dueña de sí misma, sin embargo, para ocultar su emoción y preguntar con voz de aparente calma:

—Pues ¿cómo! ¿Se ha vuelto á casar la princesa?

—Sí; yo he asistido á la boda—se apresuró á decir llena de satisfacción la mujer del comisario de marina.

Esta era una morena graciosa y vivaracha que durante mucho tiempo había sido en París una mujer galante, pero con la discreción bastante para engañar á los inocentes. Cansada de aquella vida accidentada, y poseedora de cuatro ó cinco mil francos de renta, acababa de casarse y llegar á Caledonia con su marido, que llevaba la intención de estar dos años para conseguir un ascenso. Las malas lenguas de la localidad (que por cierto eran muchas) decían que la señora Prevot había entrado en arreglos con tres oficiales de marina á fin de pasar el tiempo de su destierro lo más agradablemente posible. Ella, por su parte, se vengaba de esta clúsmografía mirando con desdén á las demás mujeres que le eran inferiores por razón del rango que ocupaba su marido, y dándose

con las demás aire de parisien teniendo que vivir en un país medio salvaje.

—Ese casamiento de que habláis ha debido ser muy hermoso—dijo mezclándose en la conversación un oficial de marina.

—¡Magnífico, caballero, magnífico!... Allí estábamos todas... quiero decir, todas las señoras del gran mundo.

Y era verdad; había asistido á la ceremonia en calidad de simple curiosa, perdida entre la multitud, y quizá atraída por el deseo de volver á ver al barón de Merieux, con quien ella había tenido intimidad al principio de su carrera.

La señorita Bérard y sir Gardiner oían hablar por primera vez de aquella boda; habían salido de París antes de que se realizase, y no habían leído ningún periódico que diese la noticia en los distintos puertos en que habían tocado durante el viaje.

—¿Conocía usted ese barón de Merieux que se ha casado con la princesa?—preguntó la señorita Bérard á la señora Prevot.

—¡Cómo que si le conozco! ¡Ya lo creo!—contestó la linda morena.

Excitada por el excelente almuerzo que acababa de tomar, y quizá más aún por el Champagne, iba ya á decir más de lo conveniente, deslizándose por la pendiente de sus recuerdos, cuando se rehizo, diciendo con voz tranquila:

—Sí, le conozco de haberle visto en el Bosque, en la Ópera y en los estrenos. Las que pertenecemos á cierta clase conocemos siempre á las personas distinguidas, y el barón de Merieux es un hombre á la moda.

Como todas las personas de mediana clase, la señora Prevot no perdonaba jamás la ocasión de decir que ella era una de las primeras mujeres de París, con lo cual conseguía provocar una sonrisa, aunque es verdad que allá en Noumea había producido cierto efecto entre las mujeres de los empleados subalternos.

—¿Es joven el barón de Merieux?—preguntó la hija de Bérard.

—Sí, treinta y dos años á lo más.

—Y sin duda muy rico, puesto que se ha casado con la princesa Lavisine, que posee una fortuna colosal.

—No, al menos yo no creo... se decía que estaba ya arruinado antes de su casamiento... pero es un hombre encantador... ¡oh!... encantador.

Volvió á resbalar de nuevo.

—Ese matrimonio ha sido muy precipitado—dijo sir Gardiner.

—Pues yo no veo nada de particular—se apresuró á objetar un cirujano de marina;—si es verdad que el barón es tal como dice la señora... la princesa estaría enamorada de él y se habrá casado en el momento de espirar el plazo legal.

La señorita Bérard, que hacía un rato estaba meditando, se dirigió repentinamente á la señora Prevot diciéndola:

—Tendría curiosidad de saber si el barón de Merieux de quien usted habla es el mismo Merieux que he encontrado varias veces en los viajes que he hecho con mi hermano. Puesto que, al parecer, usted le conoce, espero tenga la amabilidad de describirme su físico.

—Con mucho gusto, señorita; para mí es esto muy fácil. Parece que le estoy viendo ahora mismo con sus grandes ojos azules, medio dormidos, sus rubios bigotes, sus hermosos dientes y...

La señora Prevot llevaba trazas de seguir mucho más adelante, si no la interrumpie la señorita Bérard con estas palabras:

—¿Es alto?

—Precisamente alto, no... tiene mediana estatura.

—¿Está usted segura de ello?

—Completamente segura... le he medido;—pero, mordiendo los labios, añadió:—Se entiende que ha sido con la vista.

La conversación quedó interrumpida hasta que, al cabo de un rato, consiguió reanudarla el comandante del presidio, diciendo:

—Hace ya un rato que aquí se habla de la princesa Lavisine y de su nuevo esposo, y se nos ha olvidado hablar del primero que ha sido asesinado... Pues bien, yo voy á dar á ustedes noticias, no precisamente del muerto, sino de su matador... he recibido en el último correo la lista de los penados que vienen en la Saone, y en esta lista se encuentra el nombre de un tal Bérard, condenado á trabajos forzados perpetuos por asesinato... Si mi memoria no me es infiel, el asesino del príncipe se llama Bérard, y el que viene debe ser el mismo.

—Evidentemente...—dijeron varios circunstantes—recordamos perfectamente su nombre... Este proceso nos ha interesado mucho por aquí... no se hablaba más que de esto.

—Pues bien—continuó diciendo el comandante,—ese miserable formará bien pronto parte de mi presidio.

Pálida y temblorosa escuchaba todo esto la señorita Bérard. De pie, y cerca de ella sir Gardiner, le apretaba la mano sin que nadie lo notara.

XXXI

La señora del comisario de marina, con la sonrisa en los labios y la alegría en los ojos, charlaba con los oficiales que la rodeaban, y decía al comandante del presidio:

—¿Hacia qué fecha espera usted el nuevo convoy de penados, de que debo formar parte ese Bérard?

—No lo sé de una manera segura, señora—contestó el antiguo capitán de marina;—la travesía de Francia á Noumea varía entre ciento diez y ciento veinte días de navegación, y como la *Saone* lleva ya en la mar dos meses y medio próximamente, es muy posible que llegue aquí dentro de cinco ó seis semanas, á no ser que por cualquier accidente se vea obligada á hacer escala durante algún tiempo en Santa Elena ó en otro punto.

—Con los antecedentes que acaba usted de darnos—contestó riendo la linda morena,—no es posible

creer nada seguro... ni sobre la *Saone* ni sobre el asesino Bérard.

—Sobre todo, respecto de este último, señora; estoy seguro de que ha partido de Francia, pero nada puede asegurar que llegue aquí.

—¿Cómo! ¿Por qué? ¿Cree usted acaso que se haya escapado durante la travesía?

—¡Oh! ¡no!... Las evasiones son ahora muy raras... En otra época se realizaban algunas en los puertos de escala, arrojándose al mar por algún escotillón durante la noche, y el que era buen nadador conseguía llegar á tierra, si antes no era pasto de los peces... pero los comandantes de los transportes toman hoy muchas más precauciones y ponen lanchas en derredor del buque, á la vez que se cierran todas las salidas, mientras se está cerca de tierra.

—Bien; pero esos pobres presidiarios tendrán alguna distracción en la batería mientras se hace escala en algún punto—dijo riendo la mujer del comisario, muy contenta por poder aprovechar una ocasión de dejar ver su blanca y bonita dentadura.

Sir Gardiner, deseando que la señora Prevot no siguiese hablando de cosas tan desagradables con la ligereza que le era peculiar, dijo al comandante:

—Si usted no teme que se realice ninguna evasión, ¿por qué duda que el asesino del príncipe esté á bordo de la *Saone*?

—Porque la mortalidad es muy grande entre los forzados á bordo de un transporte... un convoy de esta clase viene siempre disminuido en una sexta ó quinta parte. Las enfermedades atacan principalmente á los

hombres que han tenido cierta posición en la sociedad, y que no están acostumbrados ni al trabajo ni á la mala alimentación; y como el susodicho Bérard es uno de éstos, yo supongo con bastante fundamento que ha podido muy bien quedarse en el camino.

—¡Oh, esto no sería una pérdida sensible!—dijo la señora Prevot, mirando coquetamente por entre las varillas de su abanico á uno de los jóvenes que estaban allí próximos.

La señorita Bérard había tenido el valor suficiente para permanecer en el mismo sitio escuchándolo todo, puesto que quería saberlo todo. Pero desde el momento en que no se trataba ya de su padre ni del transporte la *Saone*, se alejó para meterse en la cámara del yacht. Sir Gardiner, que experimentaba un veheméntísimo deseo de juntarse á ella y hablarla, no hizo el menor esfuerzo para retener á sus convidados. A poco rato dió orden de preparar las lanchas que debían llevarlos á tierra, dió un apretón de manos á cada uno de ellos, y después de invitarlos para otro día se bajó á su cuarto. La palabra *cuarto* podía muy bien emplearse aplicándola á los gabinetes, al comedor, salones de lectura, descanso y tocadores que había en el entrepuente del yacht la *Florida*. Su lujo era espléndido y de buen gusto, y más de una vez Juana Bérard se había lamentado por gozar tanta comodidad cuando su padre llevaba una existencia triste y miserable.

Sir Gardiner estaba á su lado y la decía:

—Hace un momento que yo también participaba de la emoción de usted, amiga mía; pero no creo que tengamos motivos para asustarnos... Está recomendado,

como usted sabe, al comandante de la *Saone*, y su padre de usted ha debido hacer el viaje en mejores condiciones que los demás. Además, él sabe que usted le espera aquí, y el deseo de verla le dará valor para soportar todos los males.

—¡Que Dios escuche á usted!—dijo Juana suspirando.

Al cabo de algunos segundos añadió:

—¡Ah! El tiempo me parece muy largo, á pesar de todas las atenciones que tiene usted conmigo y su buena amistad.

¡Su amistad! ¡Ah! Ella hubiera podido decir con mucha más razón *su amor*, puesto que él la amaba con todas las fuerzas de su corazón, sin habérselo dicho, desde que era su huésped y se había puesto bajo su protección. Durante aquella larga travesía, sólo con ella, no se había separado jamás ni un punto de su reserva y su respeto, tratándola como á reina soberana á quien no es posible acercarse; la adoraba como se adora á una madre, á una hermana, á una hija. Y sin embargo, aquel hombre era joven, ardiente y tenía sus horas de fiebre como los demás hombres. La encontraba más hermosa que nunca, viéndola en toda la esplendidez de su belleza. Pero el amor honesto, el amor verdadero sabe vencer la materia, y el corazón domina á los sentidos.

XXX

Sir Gardiner se había sentado enfrente de la señorita Bérard y le decía en aquel momento:

—Hace poco rato la escuchaba y seguía á usted con la vista cuando estábamos sobre cubierta, y he quedado sorprendido al oír algunas preguntas que hacía á la señora Prevot, y mucho más al ver la expresión de su cara de usted... ¿Por qué ha querido saber tantos detalles sobre el nuevo esposo de la princesa Lavisine? ¿Qué le importa á usted ese hombre? Sin duda alguna persigue alguna idea... ¿Cuál es? Yo no la he comprendido aún.

Juana se levantó agitada y conmovida, dando vueltas por el salón, alejándose de sir Gardiner, para volver á su lado repentinamente.

—¡Sin duda es una locura—decía,—es una locura!... Cuando he oído hablar de ese casamiento y de ese barón de Merieux, me he sobresaltado y mi corazón ha latido violentamente... me ha parecido que este hombre tenía alguna parte en la catástrofe, y, sobre todo, en el infortunio de mi padre y en mi desgracia.

—¡Ah! ¿oree usted?..

—No, yo no creo... no me atrevo á creer... soy demasiado razonable para dejarme guiar por una impre-

sión puramente nerviosa... que no puedo remediar, ni aun ahora mismo... pero haré lo posible por calmarme... Vamos á comunicarnos nuestras ideas, según hacemos siempre... si la sospecha que ha penetrado en mi mente es insensata, usted me lo dirá y no volveré á pensar más en ella.

Ella estaba á su lado de pie, y dijo:

—En primer lugar, ¿no encuentra usted extraño ese matrimonio, lo mismo que yo? Según se decía, la princesa amaba á su marido y quedó desesperada á su muerte, y, sin embargo, se apresura á reemplazarle cuando aún no ha pasado un año de haberle perdido. No parece sino que le tenía en reserva según lo pronto que le ha encontrado. ¿No es esto motivo bastante para suponer que ella esperaba aquella muerte, y que la provocaba?

—¡Es verdad!—murmuró sir Gardiner.

—¡Ya ve usted, se extraña lo mismo que yo! no soy, por lo tanto, tan loca.

Juana fué á sentarse al lado de Gardiner.

—Continuemos, continuemos juntos... amigo mío... La princesa se casa; bueno... ¿con quién se casa? ¿casó con un compatriota? ¿con un ruso como ella, ó, á lo menos, con una persona de su clase? No; se casa con el barón de Merieux... un hombre de mundo, y nada más... La señora Prevot, á quien tenemos juzgada hace algún tiempo y suponemos una aventurera, parece que ha debido conocerle con alguna intimidad, y esto demuestra, al menos, que no es un hombre serio ni de verdadero valor.

—También eso es verdad—dijo á su vez sir Gardiner.

—¿Acaso es rico ese barón de Merieux?... No; está arruinado... y la princesa Lavisine le lleva en dote muchos millones... ¿Por qué?... para que él pueda coger á manos llenas en la caja, ó, mejor dicho, en aquella mina, puesto que se hace escandalosamente rico al día siguiente de su matrimonio... Desconfío de ese hombre... su conducta me da en qué pensar... ¡Ah! ¡no tengo necesidad de deciros lo que pienso, puesto que me ha adivinado ya... lo leo en vuestro semblante... supone usted lo mismo que yo!

Entonces se levantó sir Gardiner, y, dando grandes pasos, exclamó:

—¡Si! el príncipe ha sido asesinado... esto es innegable... creen que han encontrado el asesino... no lo han encontrado, y únicamente nosotros lo sabemos... ¿quién es?... Debían haberle buscado entre las personas interesadas en su muerte... mas en la época en que se incoó el proceso no había nadie que apareciera interesado en ello... pero después, cuando se ha condenado á un inocente, cuando la justicia está ya satisfecha, cuando el verdadero culpable no tiene nada que temer, entonces...

—Eso es! ¡eso es!... —dijo Juana interrumpiéndole.—Entonces aparece el culpable á nuestra vista, no ante los ojos de quienes deben condenarle, puesto que mi padre sigue apareciendo culpable... ¡Ah! una voz interior me dice que estamos sobre la verdadera pista y que tenemos en nuestras manos el hilo que nos ha de guiar. ¿Recuerda usted nuestras largas conversaciones sobre este punto y las muchísimas suposiciones en que nos perdíamos cuando se instruía el proce-

so? Yo decía á usted:—Si nos fuera posible decir á los jueces: ¡Ah! tenéis el verdadero asesino; le ha asesinado por esto ó por lo otro: os le entregamos; juzgadle y condenadle: devolvedme á mi padre!—Pero buscábamos inútilmente sin encontrar nada! ¡Hoy ya es muy distinto! ¡Ya ve usted! no sería yo tan dichosa en este momento si en mis suposiciones no hubiese algún fundamento real.

Sir Gardiner esperó á que Juana se tranquilizase un poco, y dijo:

—Si estuviésemos en Francia, no dudaría un momento en seguir el camino que acaba usted de trazar, y aunque pudiera equivocarme seguiría adelante hasta que pudiera presentar la prueba que deseamos... pero ¿ha pensado usted bien el tiempo que se necesita para estudiar semejante asunto y presentar pruebas á la justicia?... Además, durante el transcurso de los meses, y quizás años, que para esto se ha de tardar, su padre de usted permanecerá en presidio, sufriendo de una manera cruel... No; hemos tomado el camino más corto y hemos hecho lo que debíamos hacer.

—Es verdad, y no me arrepiento de ello... pero cuando esté libre (porque, gracias á usted, lo estará), entonces no tendré más que un solo pensamiento y un solo deseo en toda mi vida, que será demostrar á todo el mundo su inocencia y rehabilitarle... ¡no quiero de ninguna manera que nadie le tenga por asesino! ¡no quiero tampoco que usted, tan bueno y tan honrado, se interese por unos miserables criminales!

XXXI

A contar desde el día de este almuerzo á bordo del yacht, sir Hanley-Gardiner se hizo el compañero inseparable del comandante militar de la isla de Nou. Para captarse sus simpatías y merecer su confianza, llegó hasta adularlo ponderando su administración, que en realidad era defectuosa bajo muchos conceptos, puesto que su humanidad era discutible y su justicia dejaba mucho que desear.—Acabo de hacer un artículo, le decía, sobre el presidio... y hablo de usted en términos que no dejan nada que desear... Dentro de muy poco tiempo será usted célebre en América;—y el ex capitán de infantería de marina se ponía á punto de estallar debajo de su uniforme, y no hacía más que hablar del gran periodista y Nabab americano. Todas las mañanas mandaba tripular una lancha y se iba á almorzar á bordo del yacht, donde estaba hasta las doce, hora en que suplicaba á sir Gardiner que bajase con él á tierra para dar un paseo por el campo. Sir Gardiner se hacía rogar un poco para ceder en seguida y, acompañado del soberano de la isla, visitar las obras del presidio, las canteras, el hospital y admirar muchas veces cosas que le causaban indignación.

Y así era, en efecto: este hombre bueno y justo su-

fria viéndolo ciertas injusticias y ciertos abusos, que se reflejaban en actos de brutalidad inútiles y malos tratamientos de algunos vigilantes, que de malos presidiarios habían ascendido á este puesto. Sentía una verdadera indignación al ver la falta de moralidad que reinaba, lo mismo entre los deportados que entre sus vigilantes; inmoralidad latente y sorda que se hacía general: la afición al vino, fomentada por los mismos guardianes, que se convertían en negociantes de este artículo para aumentar sus utilidades; el robo y el vicio practicado bajo todas las formas.

Todo el mundo estaba ya acostumbrado á ver á sir Gardiner recorrer el campo en busca de su amigo, cazar en el bosque ó recorrer las colinas que dominan la isla en sus seis kilómetros de longitud por cuatro de latitud.

La entrada á la isla de Nou está generalmente prohibida á los habitantes de Noumea y á los extranjeros. Pero como todo el mundo sabía que sir Gardiner era el amigo del comandante, nadie se había permitido hacerle la más pequeña observación en este país en que imperaba la arbitrariedad. Gracias á la libertad de que disfrutaba, el periodista americano continuaba sus observaciones y sus estudios.

—Estoy decidido—decía aquella tarde al acercarse á la señorita Bérard—á que no esté su padre de usted un mes en este infierno... Le pondré en libertad, aunque para ello tenga necesidad de armar á mis marineros y llevármelo á la fuerza, y aunque me sea necesario pegar fuego al presidio y á la isla, con toda su población de condenados.

Al exaltarse de esta manera, tomaba en cierto modo la revancha de la reserva que se había visto obligado á tener durante todo el día.

No se había contentado con estudiar la isla bajo todos sus aspectos, sino que también quiso penetrar tierra adentro para conocer los alrededores de Noumea, por si Bérard era conducido á este punto por cualquier capricho del comandante. El gobernador de Caladonia, con quien también tenía amistad, le dió permiso para poder entrar en los presidios de San Luis, Prony y Bourail.

A la vuelta de una de aquellas excursiones supo que la *Saone* estaba á la vista, según habían anunciado los vigías, y sin pérdida de tiempo se hizo conducir á su yacht.

Encontró á Juana sobre el puente, que con un anteojo miraba en el horizonte.

—¡Por fin!— dijo llena de emoción y con los ojos arrasados en lágrimas.—¡Dios querrá que él esté á bordo!

Algunas horas pasaron sin que sir Gardiner informase á Juana de lo que ocurría, porque habían convenido en no decirse ninguna palabra que pudiese descubrirles. Un gesto, un movimiento irreflexivo, una seña podía dar á conocer el objeto de su viaje y hacerles perder el fruto de tanto trabajo.

Al ponerse el sol entró en la rada la *Saone* por la parte Noroeste, atravesándola en toda su longitud hasta atracar en el puerto frente á Noumea. En el momento se pusieron en marcha numerosas embarcaciones de las dependencias civiles y militares, dirigiéndose á la fragata.

—¿No podríamos nosotros—preguntó la señorita Bérard—meternos en una lancha y mezolarnos entre esa flotilla?... Si mi padre viene á bordo, debe buscarnos lleno de ansiedad.. ¡ah! ¡qué feliz será viéndonos!

—¿Y si él mismo se vende á causa de su alegría?

—No, no—dijo Juana;—estoy tan segura de él como de mí misma.

Sir Gardiner dió la orden de armar una chalupa.

XXXII

El transporte estaba anclado á unos cuatrocientos metros de distancia de la Florida.

Algunos segundos habrían sido bastantes para que la embarcación de sir Gardiner recorriese aquella distancia; pero el hombre que manejaba la chalupa había recibido orden de no abordar la fragata y sí sólo acercarse á cierta distancia.

La *Saone* se erguía majestuosa ante Juana Bérard y sir Gardiner, demostrando en sus flancos las huellas de una larga navegación. Los colores de la quilla habían desaparecido, dejando ver el hierro y la madera. El eterno lamer de las olas la habían puesto en este estado, aunque al acercarse á ella se veía que todavía estaba en completo buen estado. Voces, cantos y gri-

tos salían de sus entrañas por las abiertas escotillas. Eran los confinados que saludaban la tierra á que iban desterrados, preferible siempre al féretro en que habían estado por tanto tiempo encerrados. En el puente resonaban sin cesar los silbidos de la máquina: los marineros iban y venían, encaramándose algunos en las verjas. Los soldados de infantería de marina se alineaban á la voz de los oficiales. Gestos y saludos se cambiaban entre los recién llegados y los habitantes de Noumea que estaban en las lanchas y se hacían preguntas á gran distancia. «Os habéis retrasado... os esperábamos hace ocho días... ¿habréis sin duda tenido mal tiempo, eh?...—Sí, una calma chicha que no se acababa nunca, después de un gran golpe de viento y un ciclón.—¿Muchas enfermedades?...—Ahora no hay ninguna; todos están buenos...—¿Cuánta gente habéis perdido en el camino?...—Tres marineros y quince forzados.»

Estas preguntas y respuestas llegaban hasta la señorita Bérard en alas del viento. ¡Habían muerto quince peados!... ¡Y no podía ella saber los nombres!... ¡No podía ni aun preguntarlo! Con mirada ávida y penetrante escudriñaba los flancos del navío, porque sir Gardiner le había dicho que aquella larga fila de agujeros era donde se encontraba su padre, y que por allí probablemente sería por donde le vería. En efecto, aprovechando la poca libertad que se les concedía en el momento de la llegada, muchos presidiarios se asomaban llenos de alegría por no sentirse ya mecidos por las olas y viendo de cerca tierra, casas, árboles y caras nuevas.

¡Ah!... si Juana no hubiese temido descubrirse, si Juana no hubiese temido comprometer el porvenir, ¡con cuánto gusto hubiera gritado: «¿Está entre vosotros Bérard? ¿Acaso vive todavía?!»

—Aproximémonos, por Dios—dijo en voz baja á sir Gardiner.

Éste paseó la vista en derredor suyo y reconoció que podía hacerlo sin compromiso. Nadie absolutamente reparaba en ellos. El puerto estaba literalmente cubierto de embarcaciones de toda clase y era muy fácil pasar desapercibidos entre ellas. Los indígenas de Nueva Caledonia, desde que supieron que había llegado un buque de Francia, se habían embarcado en sus canoas y venían á ofrecer á la tripulación legumbres, frutas y flores. Los centinelas de la fragata trataban de que permaneciesen á cierta distancia, pero ellos se acercaban, siempre gritando y gesticulando, haciendo flotar al viento sus encespadas cabelleras de un color rojizo. Confundido entre este tropel, el bote de la *Florida* daba la vuelta á la *Saone*.

—¡Calle! ¿es usted, sir Gardiner? ¿Qué hacéis aquí?—gritó de repente una voz que partía del bote próximo.

El americano se volvió y se encontró con el comandante del presidio de la isla de Nou.

—Ya ve usted—dijo,—me paseo con mi hermana. Teníamos curiosidad por ver de cerca un navío que ha hecho tan larga travesía.

—Lo comprendo perfectamente... tampoco yo he podido resistir la tentación y me he hecho trasladar aquí.

—¿Acaso los confinados que vienen en la fragata no van á saltar á tierra?

—No, es muy tarde... pasarán esta noche todavía á bordo. Pero mañana temprano desembarcarán para entregarme de ellos... ¿Vendrá usted á verlos desembarcar?

—¿Tiene algo de interesante?

—Sí, bastante... hasta mañana, ¿no es verdad?... Voy á subir á bordo para saber noticias de unos amigos.

—¡Esperar!... ¡Esperar hasta mañana!—murmuraba Juana Bérard.

De repente, ésta ahogó un grito cogiendo la mano de sir Gardiner; por el hueco de una tronera había visto un rostro pálido y sombrío, aunque iluminado por un momento de alegría. ¡Era él!... ¡era él!... ¡su padre!... Se habían visto al mismo tiempo... y silenciosos, inmóviles se habían quedado mirándose con la alegría en el corazón y el llanto en los ojos.

Sir Gardiner se había vuelto para mirar al horizonte y ocultar también las lágrimas.

Dieron las siete á bordo de la fragata. Resonó un toque de cornetas y un redoble de tambor, después las voces de los vigilantes y se cerraron las troneras de la batería.

XXXIII

A la mañana siguiente había un gran movimiento en el puerto de Noumea desde que asomó el sol. Los remolcadores estaban dispuestos. Embarcaciones de todo género iban y venían desde la fragata á tierra y en todas direcciones. Sobre la cubierta del yacht, y al lado de Juana Bérard, que apenas había reposado aquella noche, estaba sir Gardiner, con su gran antejo en la mano, observando todo aquel movimiento sin perder ningún detalle. Gracias á la pequeña distancia que lo separaba del transporte, podía ver perfectamente cuanto ocurría en el puente: los presidiarios, con su saco en la mano, salían uno tras otro de la batería, yendo á colocarse á babor y á estribor en tres filas. Los oficiales les pasaban revista por última vez y los vigilantes les llamaban por su nombre. Era evidente que iban á desembarcar.

En efecto, varias chalupas arrastradas por remolcadores se dirigieron á la fragata. Entre éstas descollaba una por su magnitud, tripulada por una docena de hombres, cuyo traje no se diferenciaba del de los presidiarios más que por el sombrero de paja de anchas alas, que se adelantó á las otras, colocándose la pri-

mera al costado del navío. Esta embarcación venía para las mujeres que iban á ser conducidas á Nouméa y después al campo de Bourail, en donde había una casa que se llamaba convento, y era en realidad un presidio.

Alegres, sin embargo, por salir de las jaulas y respirar el aire puro en pleno sol, aquellas mujeres caminaban contentas, mirando á todas partes.

Marcela Hébert fué la última que salió de la bataría, y, haciendo contraste con sus compañeras, caminaba lentamente, lanzando en derredor suya una mirada triste y buscando á alguno entre los presidiarios. Por fin encontró á Fortier, y como ella estaba obligada á esperar que las demás mujeres bajasen por la escala, colocó dos dedos sobre sus labios y envió un beso al aire. Toda la tripulación pudo suponer que aquello era despedida general: solamente Robin fué el que comprendió que aquel beso volaba hacia su rival.

«Está bien, está bien... —murmuraba él entre tanto.— Puedes hacer lo que quieras... ya es por última vez... porque te juro que no le has de volver á ver.»

Y efectivamente, desde aquel momento cesaba ya el arresto que le había impuesto el comandante de la *Saone*, puesto que ya no estaba bajo sus órdenes y entraba de nuevo en el ejercicio de sus funciones al llegar á la isla de Nou, siendo otra vez el árbitro de la suerte de Fortier.

En el momento en que se alejó la chalupa que conducía á las mujeres, se aproximaron otras dos al costado del buque para recibir en ellas á los presidiarios.

Una media hora después se alejaban éstos, cantan-

do, gritando y gesticulando y amenazando con los puños al navío que acababan de abandonar, el cual giraba lentamente sobre sus anclas á merced de las olas, sin cuidarse de sus insultos.

Entonces sir Gardiner estrechó la mano de Juana Bérard y bajó á su canoa, á fin de aprovechar la invitación que le había hecho la víspera el comandante del presidio. Alcanzó las chalupas á la mitad del camino, acercándose á ellas todo cuanto le fué posible para que Bérard pudiese verle, y continuó rápidamente su marcha hacia la isla de Nou. Su nuevo amigo le recibió á bordo de su embarcación con marcadas muestras de alegría.

—Llega usted muy á tiempo... mi convoy de penados estará aquí dentro de un momento... venga usted. He mandado poner sillas en este sitio para que pueda usted ver más cómodamente, sin que pierda ningún detalle del espectáculo.

Dichas estas palabras, indicó el camino á sir Gardiner, que le siguió sin participar de su buen humor.

Antes de saltar á tierra los principales actores de esta escena, el americano lanzó una mirada sobre la decoración que se presentaba á su vista y sobre las figuras que la componían: chozas más bien que casas, árboles raquíticos, pedazos de tierra quemada por los vigilantes; una gran porción de chuama grosera, moviendo algazara, y toda una horda de mujeres desgredadas y harapientas, medio vestidas con una falda mal sujeta: mujeres de empleados y guardiases, que son la única representación del bello sexo que hay en la isla de Nou.

Las chalupas acababan de atracar, y los que en ellas venían subían uno tras otro por la escala que había en el desembarcadero. Sir Hanley fijó en ellos toda su atención. Apenas tocaban tierra, iban á alinearse en el camino, formando dos hileras. Cuando estuvieron todos, hicieron su revista los médicos, enviando al hospital á los más enfermos y ordenando para los demás una semana de reposo con carne y vino para reparar un poco sus fuerzas.

A esta visita, hecha á la ligera, sucedió la inspección de los sacos. Los encargados de hacerla metían el brazo hasta el fondo, arrojando á tierra sin ningún miramiento los objetos que juzgaban inútiles, y se guardaban los que por cualquier concepto excitaban su codicia.

Después de concluida esta operación, los vigilantes dieron la señal de marcha para el presidio.

XXXIV

—¿Quiere usted que acompañemos esta canalla hasta el presidio?—había dicho el comandante á sir Gardiner.

Este se había apresurado á aceptar. Había asistido únicamente al prólogo del drama, y deseaba conocer la

continuación, y sobre todo deseaba que Bérard le viese de cerca para cumplir el ofrecimiento que había hecho á Juana, que no podía ir, de verlo y oirlo todo para darle cuenta de ello.

La cuerda de los deportados, que se componía de unos trescientos hombres próximamente, marchaba lentamente por un camino lleno de guijarros, bajo un sol inaguantable, entre dos hileras de casuchas que formaban una casi sidea. Los vigilantes y los inspectores caminaban á los flancos de la columna sin abandonarla un momento. De cuándo en cuándo alguno de ellos, como perro de pastor acostumbrado á morder, se introducía con la cabeza baja en aquel rebaño y distribuía sendos puñetazos, diciendo: «Si no marcháis más de prisa, yo os avivaré.» Otro, sin piedad ninguna, pegaba un latigazo al que se paraba en el camino para respirar un instante. Si el hombre que se veía maltratado de esta manera tenía la sangre un poco caliente y se revolvía, amenazando siquiera con la vista á aquel guardián, éste echaba mano en seguida al revólver y le hacía bajar la cabeza.

Uno de aquellos actos de brutalidad sublevó de tal manera los sentimientos de sir Gardiner, que no pudo por menos de decir al comandante:

—Pero vuestros guardianes tienen derecho á pegar siempre que se les antoja.

—No—respondió el antiguo capitán de marini;—nadie les ha concedido ese derecho; pero ellos se lo toman y nadie se queja, ni aun los mismos pensados... están ya tan prostituidos, que han acabado por amar el palo.

—A falta de otra cosa mejor—murmuró sir Gardiner.

Después de haber pasado por delante de la iglesia y subido una pequeña cuesta, la columna había llegado al *boulevard de los Mártires* ó de la *Guillotina*, nombre que le habían dado los presidiarios á la avenida principal del presidio, en recuerdo de los latigazos que allí se distribuyen todas las mañanas, y de las ejecuciones capitales de que es teatro bastantes veces. A derecha ó izquierda existen construcciones, separadas unas de otras por un espacio de tres metros, de veinticinco metros de largo por seis de ancho, con un pequeño portal, á que se entra subiendo tres escalones, y que pueden contener unos sesenta penados. El aspecto de estas construcciones de piedra, cubiertas de pizarra y llenas de barrotes y verjas en todos los huecos, les da un aspecto bien triste.

—Preste usted atención—dijo el comandante á su huésped;—se va á proceder á la clasificación. Con algunos minutos hay tiempo bastante para enviar á la tercera y cuarta clase todo mi contingente.

Se llama contingente al convoy de forzados que acaba de llegar.

—¡Ah!—dijo sir Gardiner, á pesar de los esfuerzos que hacía para callarse;—con pocos minutos es bastante!... Esta clasificación tiene, sin embargo, una gran importancia para estos hombres, si no recuerdo mal los informes que usted me tiene dados... En la tercera clase se tienen sobre poco más ó menos las mismas ventajas que en la segunda y en la primera... no hay diferencia notable más que en el salario... Fue-

ra de las horas de trabajo y de sueño, los penados de esta categoría pueden hablar entre ellos, pasear por el pebal, fumar, leer, descansar... En la cuarta clase, por el contrario, no tienen ninguna de estas ventajas... están casi siempre cargados de cadenas y todos los trabajos extraordinarios pesan sobre ellos, ¿no es verdad?

—Exactamente... no ha olvidado usted nada. Es usted un discípulo excelente—dijo riendo el comandante.

—Pues entonces me parece—dijo sir Gardiner—que esta clasificación debiera estudiarse más detenidamente, en virtud de datos y observaciones.

—Sin duda alguna; así es como se hace... A la cuarta clase se envían únicamente los que durante la travesía se han mostrado poco sumisos ó revoltosos... Ahora veráis. Esto se hace perfectamente, con mucho orden y un gran espíritu de justicia.

—Vamos á verlo—dijo sir Gardiner, que empezaba á dudar.

Robin era el que presidía la clasificación. Colocado á algunos pasos de distancia del convoy, que estaba dividido en dos filas, leía en una cartera y hacía el llamamiento.

—La cuarta clase es la que se llama... La lista no es muy larga—dijo el comandante.

Sir Gardiner escuchaba lleno de emoción á ver si nombraban á Bérard, porque, á más del sentimiento que esto le causaba, sabía perfectamente que en esta cuarta clase la vigilancia era mucho mayor y sería necesario más tiempo y trabajo para realizar su evasión.

La lista era mucho más extensa de lo que había supuesto el comandante.

Robin seguía llamando sin nunca acabar, y sir Gardiner tuvo la alegría de no oír pronunciar el nombre de Bérard.

—El último es el mejor—dijo Robin;—y con voz alegre y satánica sonrisa gritó:

—¡Fortier!

El desgraciado salió inmediatamente de las filas para juntarse con los que habían sido llamados anteriormente, y que formaban ya un grupo bastante numeroso. Pero al pasar delante de Robin alzó la cabeza, diciéndole en su cara:

—Os vengáis... me lo esperaba...

Robin, furioso, se arrojó sobre él.

XXXV

En aquel momento se hubiera creído que Robin iba á pegar á Fortier, y sin embargo no le hizo nada. Se acercó al presidiario, y en voz baja, reconcentrada, pero llena de cólera, le dijo.

—Sí, tienes razón; me vengo del castigo que por tu causa me dió el comandante y de la humillación que me has hecho pasar... y de otra cosa también. Sí, me

vengo y me las pagarás de tal manera que no tendrás más remedio que revolverte un día... entonces mi revólver dará cuenta de tí mejor que la otra vez... no te me escaparás.

—¡Miserable!—murmuró Fortier entre dientes.

—¡Ah! ¡Me insultas! Para empezar, voy á mandar que te pongan cadena doble.

—¡Robin!—gritó el comandante del penal.

En el momento, y como si nada de particular ocurriera, el vigilante se volvió, dirigiéndose hacia el jefe con el kepi en la mano.

—¿Qué ocurre? ¿Quién es ese hombre con quien está usted hablando?

—Un tal Fortier, mi comandante... que se extraña de que le envíe á la cuarta, cuando su conducta ha sido de lo más deplorable durante la travesía... Insubordinación, escándalo... ha estado un mes en el calabozo... es un hombre peligroso, que debe estar separado de los demás.

—Está bien; no le pierda usted de vista.

Robin saludó nuevamente y se retiró.

—Ya lo veis—dijo el comandante volviéndose hacia su huésped;—aquí no se comete ningún acto de injusticia, puesto que me informo de todo y velo por todo.

Por lo regular sucedía precisamente lo contrario, puesto que velaba muy poco y dejaba que lo hiciesen todo, sin ocuparse de nada, y es bien seguro que no habría interrogado al jefe de vigilancia á no ser por sir Gardiner.

En efecto, éste había fijado su atención en Fortier

cuando salió de las filas para ingresar en la cuarta clase, al ver su fisonomía, que no se parecía en nada á la de los demás penados de figura siniestra y estúpida que le habían precedido. Además, le pareció que había sorprendido una mirada ó un gesto de Bérard, que parecía implorar protección para su compañero de infortunio.

La clasificación había terminado. Los hombres que habían sido designados para formar la cuarta categoría fueron conducidos hacia su departamento por tres espataces escogidos á propósito para castigarlos mejor. Los demás, unos doscientos cincuenta próximamente, se dirigieron hacia otros dos departamentos, en el que los dejaban amontonados en confuso hacinamiento. Media hora después todo había concluido.

—¿Qué es lo que van á hacer ahora?—preguntó sir Gardiner al comandante.

—Lo que quieran... comer, dormir, beber tisana para reponerse... mañana temprano darán un paseo á orillas del mar... ¡Oh! No son tan dignos de lástima como usted cree.

Aquella recomendación era completamente inútil, puesto que sir Gardiner no pensaba compadecerse de aquellos hombres, que en su mayor parte tenían merecido aquel castigo. Pero sí tenía interés por algunos de entre ellos, que se podían conceptuar como extraviados ó alucinados, para quienes habría sido bastante el destierro y el trabajo sin atormentarlos: desgraciados que habrían vuelto á ser buenos si no se les hubiera sometido á aquella nueva vida.

Es verdad que se les decía: «No os hagáis acreedo-

res al castigo... sed obedientes, y así pasaréis de una categoría á otra, hasta que estéis casi en libertad, puesto que se os dará un pedazo de terreno, una cabaña, una mujer y quizás una familia... seréis libres... podréis entrar al servicio de un habitante de Nonnea, y quizás el Gobierno os haga uno de sus empleados.» Pero antes de llegar á este resultado, ¡cuánto tiempo ha de transcurrir! Qué de malos tratos, qué de injurias, qué de golpes han de recibir, sin quejarse, sin protestar, sin hacer un gesto y sin contestar una palabra? Pero los que, á pesar de su caída, tienen aún algo de hombres; aquellos que todavía conservan un resto de dignidad y á quienes queda un poco de sangre en las venas, son los que están más en peligro de descender en categoría y perder por completo su libertad.

Para hacerse mejor, es preciso poder aislarse y volver en sí mismo interrogando la conciencia, mirar al pasado y pensar en el porvenir. ¿Es posible el aislamiento en este hormiguero humano? ¿Pueden despertarse los buenos sentimientos en medio de estos gritos é imprecaciones, en una atmósfera malsana, en contacto con todos los vicios y todos los crímenes, y en medio de un infierno en que se agitan revueltos tantos condenados?

Más conmovido que nunca por el espectáculo que acababa de presenciar, sir Gardiner pidió permiso para retirarse al yacht en el momento en que vió á Bérard entrar en el departamento que le había correspondido. Juana, que le esperaba llena de ansiedad, le exigió que le diese cuenta detallada de todo cuanto había visto y

oído. Apenas hubo él terminado su triste narración, dijo:

—¡Basta de inacción! ¡A obrar inmediatamente!

—Sí, sí—contestó sir Gardiner.—Pero ¿cómo vamos á obrar si su padre de usted no puede ayudarnos, puesto que no sabe lo que tiene que hacer?... Hemos decidido no hablarle, y en esto hacemos muy bien... pero es preciso que al menos tengamos una persona que pueda servirnos de intermediario... quizás la he encontrado ya.

XXXVI

La señorita Bérard acosó á preguntas á sir Gardiner, y éste le refirió el episodio concerniente á Fortier, diciendo:

—En el momento en que este hombre fué designado para formar parte de la cuarta clase, varió de aspecto la fisonomía de nuestro padre. Un momento después le vi temblar, cuando el jefe de vigilancia se arrojó sobre el presidiario como para quererle pegar... No me llamaría la atención saber que ese Fortier, cuyo aspecto me parece mucho mejor que el de los demás presos y revela cierta energía, haya prestado á Bérard algunos servicios durante la travesía... Si no me enga-

ño, este hombre puede servirnos de intermediario; pero no tengáis cuidado, que yo no haré nada sin que tenga una completa seguridad en lo que hago.

—Está bien—dijo Juana después de reflexionar un momento;—pero para esto sería preciso que ese hombre habitase en la misma sección del penal que habita mi padre, y, según acaba usted de decirme, le han colocado en la cuarta clase, que no tiene ninguna comunicación con las otras tres restantes.

—Nada más fácil que hacerle variar de categoría—contestó sir Gardiner.—Me parece que será bastante con que diga una palabra al comandante, de quien soy tan amigo por política, á pesar de la gran antipatía que me inspira... de esta manera no recibe su padre de usted ninguna protección y no se despierta la desconfianza de sus carceleros. Por otra parte, nada me impide el manifestar alguna simpatía por un penado, y esto mismo puede servir para despistarlos si concibiesen la más pequeña sospecha. Su atención se fijará en éste y no pensarán en su padre de usted.

—Sí, la idea es buena... pero usted es el primero que lo ha dicho: es necesario no engañarse. ¿Cómo vamos á averiguar si nos es posible tener confianza en ese desconocido?

—Vuestro padre nos lo dirá.

—¿Cree usted que va á poder hablarle?

—No; pero él por su parte ha debido hacer el mismo razonamiento que nosotros, y comprendiendo que tenemos necesidad de entendernos, nos indicará el medio de que hemos de valer nos por una palabra ó un gesto en la primera ocasión que tenga.

—¿Se presentará esa ocasión si no la buscamos?

—No; á mí es á quien corresponde el encontrarlo en su camino siempre que pueda hacerlo, para recoger un gesto, una mirada ó una palabra.

—Sí, sí, eso es.

—Según me ha dicho el comandante, el convoy que ha llegado hoy debe dar mañana un paseo por la playa... Averiguaré hacia qué parte debe dirigirse, y quizás la casualidad me permita acercarme á su padre de usted y decirle una palabra ó hacerle una seña.

—¿No sería posible que yo le acompañara á usted, para verle siquiera?

—No, no se lo aconsejo á usted... llamaría la atención... en mí no se repara ya.

A la mañana siguiente, sir Gardiner, vestido de cazador, se embarcó en su chalupa y se hizo conducir á la isla de Nou, y, en lugar de dirigirse á los sitios habitados, se subió á las colinas que dominan la isla.

Serían las tres de la tarde, hora en que no era ya tan fuerte el calor, cuando divisó una larga fila de hombres que de dos en dos caminaban lentamente á lo largo de un sendero próximo al mar. Aquella columna parecía dirigirse hacia un punto de la isla llamado *Vacherie*, donde pastaban algunos animales. En el momento, pero sin apresurarse, se puso en marcha hacia aquel punto con la escopeta en la mano, sentándose al pie de un árbol cuando llegó al punto que deseaba.

No se había equivocado en sus cálculos: la cuerda de presos llegó á aquel sitio, y precisamente allí se dió la orden de descanso. Sir Gardiner, en lugar de

levantarse y ceder el puesto á los recién llegados, fingió no haberlos visto ni oído, y siguió haciendo como que dormía profundamente. Los vigilantes quedaron sorprendidos al ver una persona extraña en aquella parte de la isla, hasta que, habiéndose acercado, reconocieron á sir Gardiner, sin atreverse á molestarle, puesto que era el amigo del jefe y propietario del magnífico navío que se balanceaba en el puerto.

Había transcurrido un cuarto de hora, cuando el americano abrió los ojos y vió á Bérard que se paseaba lentamente, acercándose cada vez más hacia él. Llegó un momento en que estaba muy cerca de sir Gardiner: entonces, convencido de que nadie le miraba y sin pararse, pronunció estas palabras: «Es necesario proteger á Fortier y tratar de ponernos juntos... se puede tener una completa confianza en él.»

No dijo una palabra más y se alejó; pero estas palabras fueron bastantes para sacar á sir Gardiner y á su hija del apuro en que se encontraban.

XXXVII

Cuando Bérard se marchó, sir Gardiner hizo como que se despertaba. Se levantó, paseando su mirada en derredor, y, como asustado por verse entre aquella gente y no queriendo permanecer en su compañía, se apresuró á dejar aquellos sitios.

El apresurarse de aquella manera era debido únicamente al deseo que tenía de llegar al lado de la señorita Bérard para comunicarle lo ocurrido. Así es que, en lugar de seguir el camino más cómodo, pero más largo, siguió un camino de travesía. En pocos momentos recorrió una gran distancia, encontrándose en los alrededores de una cantera en explotación, de la cual salía una banda de unos cincuenta hombres que acababan de trabajar en ella. Aquellos infelices caminaban lenta y trabajosamente, con la cabeza baja y la mirada triste. Sus rostros pálidos y demacrados decían bien a las claras sus miserias y sus padecimientos, así como sus vicios y su envejecimiento. Era uno de los pelotones castigados que pertenecían a la cuarta clase. Algunos de aquellos hombres, pero muy pocos solamente, no iban cargados de hierro, sin duda en recompensa de una sumisión relativa y momentánea. Los demás llevaban cadenas desde los tobillos hasta la cadera, y algunos llevaban dos. Estos últimos iban en parejas, sujetos a su vez por otra tercera cadena.

El americano se detuvo un poco para dejar pasar aquellos desgraciados, que en su mayor parte le echaron una mirada de odio, de envidia ó de burla. Uno sólo de entre ellos se quitó su gran sombrero de paja.

Sir Gardiner reconoció al hombre de la víspera, Fortier. El desgraciado iba cargado con doble cadena, llevando de consorte un hombre pequeño de figura siniestra.

—¿Quién te ha permitido saludar?—gritó un vigilante, arrojándose hacia él con el puño levantado.

Pero sir Gardiner estaba ya junto al vigilante.

—¿Por qué no quiere usted que me saluda ese hombre?—preguntó.

—Porque yo creí, caballero—balbuceó el vigilante,—que esto molestaría á usted.

—Tan poco me molesta, que yo le devuelvo su saludo. Es un desgraciado, y yo me inclino siempre ante la desgracia.

El vigilante no comprendió este lenguaje, que era demasiado sublime para él.

El pelotón se alejó, chocando las cadenas unas contra otras y produciendo un ruido estridente.

Sir Gardiner emprendió nuevamente su camino con tal velocidad, que más bien parecía correr. Media hora tardó en llegar á la parte habitada de la isla, encontrándose con el comandante en el camino que conducía al desembarcadero.

—¡Al fin os encuentro!—dijo éste corriendo á esrecharle la mano.—¡Se está usted cazando en mi isla toda la mañana y no ha venido usted á verme!... eso no está bien hecho... en castigo le invito á que venga usted á comer conmigo.

—¡Imposible, caballero, imposible! tengo precisión de ir al yacht, pero podemos arreglarlo todo... Usted será el que venga á comer conmigo.

—Eso sería ya abusar.

—De ninguna manera: usted nos hace en esto un gran placer... además, creo que mi hermana desea decir á usted alguna cosa.

—¡De veras! ¡qué suerte para mí!... ¿Sabe usted de qué se trata?

—Con seguridad, no lo sé... pero creo que se trata

de alguna recomendación... Según tengo entendido, una amiga suya parisién le ha escrito por el último correo, recomendándole uno de vuestros penados... yo no sé nada más... mi hermana os lo dirá... De modo que es cosa convenida... dentro de una hora le espero á usted en mi yacht.

—No faltará... ¿Se marcha usted antes?

—Sí; tengo algunas cartas que escribir para el correo que sale mañana.

Pocos momentos después estaba ya Juana Bérard al corriente de todo cuanto había pasado aquel día.

—Ya ve usted—dijo cuando concluyó sír Gardiner—que yo no he perdido un minuto. Esta misma noche podrá usted recomendar al hombre que nos ha indicado su padre de usted, y es seguro que el comandante, por complaceros, hará que vuestro protegido pase de la cuarta á la tercera clase.

—Así lo espero... sin embargo, ¿no le parece á usted que sería conveniente tomar algunos informes acerca de ese Fortier y conocerle un poco, para poder responder á las objeciones que le ocurra hacer al comandante?

—Seguramente que sería muy bueno todo eso; pero ¿quién nos los puede suministrar?

—Algún oficial de la *Saone*; ¿no conocéis á ninguno?

—Sí, un teniente de navío que ha venido á hacerme una visita esta mañana... pero estoy soñando; ¡si le he invitado también á comer! No parece sino que había previsto este caso... vamos, todo nos sonríe en este momento, y voy teniendo esperanza.

A las seis de la tarde llegaban una de las embarcaciones de la *Saone* y una chalupa de la isla de Nou, llevando á bordo al teniente de navío señor X... y al comandante del presidio. Inmediatamente se les hizo pasar al salón del yacht, en donde los recibió la señorita Bérard con una amabilidad exquisita. Al lado de una joven tan linda y de educación tan esmerada, rodeados del lujo que reinaba en el salón de la *Florida*, los huéspedes que se encontraban á bordo podían muy bien olvidar que estaban á seis mil leguas de Francia, en las costas de la Nueva Caledonia, que es un país miserable; por más que digan lo contrario los que han tenido la dicha de no visitarlo.

XXXVIII

Durante toda la comida, la señorita Bérard habló de cosas indiferentes, sin atreverse á abordar la cuestión que tenía encerrada en su corazón. Quería demostrar que no le daba una gran importancia, y sobre todo quería conquistar de antemano á sus convidados para tener una victoria más segura. A eso de las ocho fueron á tomar el café sobre el puente, puesto que hacía una noche hermosísima, completamente estrellada. Solamente entonces, y cediendo á las instancias del co-

mandante, que la suplicaba sin cesar en qué podía complacerla, fué cuando dijo:

—Se trata de complacer á una francesa con quien hice amistad la última vez que estuve en París. Parece que ésta tiene un hermano de leche que se llama Armando Fortier, que en un momento de locura cometió un crimen... Mi amiga no me da explicaciones de cuál haya sido éste, y se concreta á decirme que Fortier ha sido condenado á trabajos forzados, habiendo partido para Nueva Caledonia en el transporte la *Saone*... Sabe que estoy aquí, y suponiéndome con alguna influencia me suplica recomiende su hermano de leche á las autoridades del país y á las personas de quienes vaya á depender.

—¡Pues no faltaba más, señorital—exclamó el comandante del presidio,—desde este momento tiene toda mi benevolencia vuestro recomendado... Fortier... Fortier... espere usted... me parece que conozco ese nombre.

—Yo también—se aventuró á decir sir Gardiner—creo que ese nombre se ha pronunciado delante de mí, hace muy poco y en una circunstancia que me ha conmovido... Sí... no me engaño... me parece que es el hombre á quien el jefe de vigilancia metió ayer en la cuarta clase... Acuérdesse usted... también le llamó la atención el caso é hizo usted un interrogatorio delante de mí...

—El jefe de vigilancia... ya me acuerdo... Sí, eso es... Fortier... ¡Fortier!... ¡diablo! ¡qué enojoso es estol

—¿Por qué es enojoso, comandante?—preguntó la señorita Bérard.

—Porque vuestro protegido está en la cuarta categoría, señorita... y me costará mucho trabajo hacer por él todo cuanto yo quisiera.

—¿Y dónde estaría el mérito, querido comandante, si no os costase ningún trabajo?—contestó Juana con su más graciosa sonrisa.

—Es verdad, es verdad... pero el reglamento...

—¡Oh! cuando usted quiere no hay reglamento... es dueño absoluto.

—Además—añadió sir Gardiner,—nada prueba que Fortier merezca un castigo tan severo... Se le echa en cara haber sufrido un mes de calabozo á bordo de la *Saone*... esto no es una razón para que dure el castigo... quizá no le tenga buena voluntad vuestro jefe de vigilancia.

—Estoy seguro de que le detesta—dijo el teniente de navío, que hasta entonces había escuchado en silencio.—Ese vigilante debe llamarse Robin, ¿no es verdad?

—Sí, así se llama en efecto.

—Ya estaba yo seguro de ello... Pues bien, Robin ha estado suspendido de empleo por mi comandante, durante la mitad de la travesía, por causa de ese Fortier.

—¡Ah! ¡ah! ¡ya ve usted!—exclamó sir Gardiner,—no creí que pondría tan justamente el dedo en la llaga... ¿tiene usted la bondad, caballero, de darnos algunos detalles de este asunto, que parece ser digno de curiosidad?

—Tampoco me será desagradable saberlo—añadió la señorita Bérard,—porque de esta manera puedo co-

nocer algo de la persona á quien quiere mi amiga que recomiende.

El teniente de navío, valiéndose de frases embozadas y con gran tacto, contó la aventura de Fortier, Robin y Marcela Hebert que tuvo lugar á bordo del transporte la *Saone*, concluyendo por decir: «Yo fui uno de los que le absolvieron en el consejo de guerra, y, á pesar de su crimen pasado, yo creo que es un hombre digno de compasión.»

—Ya ve usted, mi querido comandante, que lo único que hacía falta era explicarse... el señor Robin realizaba un acto monstruoso de injusticia y cometía una ruin venganza con su rival enviándole sin motivo á la cuarta categoría... Afortunadamente, está usted aquí para hacer justicia completa.

—Ya lo creo que para eso estoy aquí!—exclamó el comandante.—No quiero que nunca se diga que bajo mi administración... ¡Ah! eso es demasiado... es demasiado... Os aseguro que Robin recibirá noticias mías muy pronto... y en cuanto á vuestro recomendado, aseguro á usted, señorita, que mañana mismo pasará á la tercera categoría, y que, si se porta bien, le propondré para que mejore su suerte... ¡Así soy yo! severo con los malos, indulgente con los buenos.

—Una mano de hierro y un corazón de oro—dijo sir Gardiner.—Esto es lo que yo decía en mi último artículo, refiriéndome á usted como jefe del penal.

—¡Ah! ¿usted ha dicho eso?

—Ciertamente... yo había juzgado á usted, querido comandante, antes de conocerle por completo.

El antiguo capitán de marina, que había comido

perfectamente y bebido mejor, se estaba fumando un magnífico cigarro en aquel momento, y tomó por moneda corriente todo cuanto le había dicho sir Gardiner, llegando hasta el extremo de decirle al tiempo de marcharse:

—Amigo mío, mi querido amigo, doy á usted infinitas gracias por haberme proporcionado la ocasión de realizar un acto de justicia.

Cuando se quedaron solos Juana Bérard y sir Gardiner, tuvieron que confesar que, si la partida no estaba ganada, al ménos se había empezado en muy buenas condiciones.

XXXIX

Cuando un hombre no tiene la costumbre de practicar el bien y de repente se decide á cumplir con su deber, y cuando, sobre todo, sus intereses y sus deseos se encuentran de acuerdo con la buena acción ó el acto de justicia que realiza, no hay nada que le contenga en su camino y está él mismo tentado á creer que toda su vida ha practicado la imparcialidad íntegra y completa.

Así se explica el que, apenas se despertó al día siguiente el comandante del presidio de la isla de Nou,

nocer algo de la persona á quien quiere mi amiga que recomiende.

El teniente de navío, valiéndose de frases embozadas y con gran tacto, contó la aventura de Fortier, Robin y Marcela Hebert que tuvo lugar á bordo del transporte la *Saone*, concluyendo por decir: «Yo fui uno de los que le absolvieron en el consejo de guerra, y, á pesar de su crimen pasado, yo creo que es un hombre digno de compasión.»

—Ya ve usted, mi querido comandante, que lo único que hacía falta era explicarse... el señor Robin realizaba un acto monstruoso de injusticia y cometía una ruin venganza con su rival enviándole sin motivo á la cuarta categoría... Afortunadamente, está usted aquí para hacer justicia completa.

—Ya lo creo que para eso estoy aquí!—exclamó el comandante.—No quiero que nunca se diga que bajo mi administración... ¡Ah! eso es demasiado... es demasiado... Os aseguro que Robin recibirá noticias mías muy pronto... y en cuanto á vuestro recomendado, aseguro á usted, señorita, que mañana mismo pasará á la tercera categoría, y que, si se porta bien, le propondré para que mejore su suerte... ¡Así soy yo! severo con los malos, indulgente con los buenos.

—Una mano de hierro y un corazón de oro—dijo sir Gardiner.—Esto es lo que yo decía en mi último artículo, refiriéndome á usted como jefe del penal.

—¡Ah! ¿usted ha dicho eso?

—Ciertamente... yo había juzgado á usted, querido comandante, antes de conocerle por completo.

El antiguo capitán de marina, que había comido

perfectamente y bebido mejor, se estaba fumando un magnífico cigarro en aquel momento, y tomó por moneda corriente todo cuanto le había dicho sir Gardiner, llegando hasta el extremo de decirle al tiempo de marcharse:

—Amigo mío, mi querido amigo, doy á usted infinitas gracias por haberme proporcionado la ocasión de realizar un acto de justicia.

Cuando se quedaron solos Juana Bérard y sir Gardiner, tuvieron que confesar que, si la partida no estaba ganada, al ménos se había empezado en muy buenas condiciones.

XXXIX

Cuando un hombre no tiene la costumbre de practicar el bien y de repente se decide á cumplir con su deber, y cuando, sobre todo, sus intereses y sus deseos se encuentran de acuerdo con la buena acción ó el acto de justicia que realiza, no hay nada que le contenga en su camino y está él mismo tentado á creer que toda su vida ha practicado la imparcialidad íntegra y completa.

Así se explica el que, apenas se despertó al día siguiente el comandante del presidio de la isla de Nou,

hizo llamar inmediatamente al jefe de vigilancia Robin para decirle en los términos más enérgicos que reprobaba su conducta y anunciarle que pensaba dar parte al gobernador. Entre tanto, quedaba suspendido de sueldo y empleo durante quince días. Decididamente, Robin no tenía suerte cuando se trataba de hacer algo contra Fortier. ¿Tendría bastante con esta lección? ¿Crecerían más violentos sus deseos de venganza?

Después de haberse ocupado de Robin el comandante, mandó llamar á Fortier, indignándose al verle cargado de hierro sin ningún motivo que lo justificase, y ordenando inmediatamente que le quitasen todo aquel peso y le condujesen al departamento de los de tercera categoría. En el momento en que acababa de dar estas órdenes vió aparecer á sir Gardiner, que venía él mismo á convidarse á almorzar.

—Llega usted muy á tiempo para formarse una idea de la manera que yo tengo de administrar justicia.

—Y estoy admirado de ello, querido comandante. ¡Ah! si el poder estuviera siempre puesto en manos como las vuestras!

Aprovechando el efecto que estas palabras habían producido, sir Gardiner llevó aparte al comandante, y señalando á Fortier le dijo:

—¿Me permite usted que dé á ese hombre noticias de su familia?... me lo ha suplicado mi hermana... y si usted no ve en ello ningún inconveniente...

Entonces dió orden al vigilante para que sir Gardiner hablase con Fortier, y se retiró á alguna distancia.

Apenas se había marchado, el americano se acercó á Fortier, y en voz baja, pero muy de prisa, le dijo:

—El interés que manifiesto por usted es debido á uno de los compañeros que venían con usted á bordo de la *Saone*: Bérard. No ha tenido necesidad de decirme más que «tened completa confianza.» Yo lo he creído... tengo razón, ¿no es verdad?

—Ciertamente, caballero—contestó Fortier mirando á sir Gardiner cara á cara.—Debo la vida á la persona de que habláis, y sin él habría sido condenado á muerte... le debo más todavía... ha hecho nacer en mi corazón algunos buenos sentimientos que yo no conocía, y soy mejor que era... hoy me arrepiento de mi crimen, siento horror hacia él y quiero expiarle... por todo esto mi gratitud será eterna para el compañero que me deparó la suerte. Si viene usted de su parte, puede mandarme lo que quiera, sin temor de exponerme á cualquier castigo que sea.

—Está bien; por ahora os pido únicamente una cosa... que nos sirváis de intermediario, plenamente persuadido de que nadie en el mundo, ¿entendéis bien? nadie en el mundo pueda suponer que yo tengo noticias de que siquiera existe.

—Está comprendido.

—Aquí, en el presidio, es usted solo á quien yo conozco y por quien me intereso. Nadie se extrañará de que yo le hable á usted de cuándo en cuándo, y usted le repetirá todo cuanto le diga.

—Puede usted contar conmigo, caballero, y mandarme cuanto quiera.

—Hoy le dirá usted solamente que todas las noticias son excelentes y que se aproxima la hora... ¿Se acordará usted de esto?

—Exactamente.

—Gracias... Ahora dígame usted qué es lo que puedo hacer en su obsequio.

—Nada, caballero, nada... ya ha hecho usted todo, porque bien lo conozco; á usted es á quien debo el cambio que acaba de operarse en mi situación.

—No; á él es á quien se lo debe usted, y espero que aún le deberá usted mucho más. Pero, por ahora, sería para mí una satisfacción el poder servir á usted de algo. Vamos á ver, busque usted.

—¡Ah! ¡Si me atreviese!

—Hable usted.

—Quizás no me comprenda usted, puesto que usted no sabe...

—Lo sé todo... me han hablado de Marcela Hebert...

¿Quiere usted que...?

—Sí, sí; eso es, eso es... quisiera tener noticias tuyas y que las recibiera mías... quisiera también que la dijera que hay alguien que se interesa por mí y que no estoy completamente abandonado y entregado á Robin... ¡Temo, caballero, que, imaginándose que no voy á salir nunca de la isla de Nou, se cansa de esperarme!... ¡Ah! ¡si obligada por la administración, convenida por las hermanas, se decidiese á casarse con otro! ¡Oh! ¡entonces! ¡entonces! no respondería de mí... Si consiento en vivir y sufrir, es solamente sostenido por la esperanza de que llegará un día en que estemos juntos.

—¿En dónde está ella? Sin duda en el campo de Bourail.

—Sí señor.

—Pues bien, yo le prometo á usted que la veré y la daré noticias de usted, protegiéndola, lo mismo que hago con usted, en nombre de ése con quien se va usted á reunir... Marchad; ahora estoy seguro de que Bérard tenía razón al decir que se podía tener confianza en usted.

—Sí, caballero, sí; yo sé odiar... mi crimen lo ha demostrado; pero á los que son buenos para mí, los sé amar hasta la muerte.

Aquellos dos hombres se separaron.

XL

La llegada de Fortier á los departamentos de tercera clase causó verdadera sorpresa. Nadie, excepción hecha de Bérard, esperaba volverle á ver, y todo el mundo, por el contrario, había dicho para sí: «Para él ha concluido todo... Robin lo ha cogido por su cuenta y no le soltará ya... le hará morir de fatiga, de hambre, de sed y de miseria, cargado con su doble cadena, ó le matará de un tiro. Si con nosotros se tienen pocos miramientos, aún se tienen muchos ménos con

los que están en la cuarta categoría, y muchas veces sucede que un gesto, una palabra, la más pequeña señal de desobediencia, son causa bastante para justificar un asesinato. Decididamente, Fortier es hombre muerto.» Pero, á pesar de que ésta era ya la segunda vez que enterraban á Fortier, éste volvía á resucitar. De todos lados se precipitaban para estrecharle la mano y asegurarse de que todavía estaba vivo de veras, y alguno llegó á decirle: «Amigo mío, defiendes tu pellejo como una fiera: si en todo tienes la misma suerte, llegarás á ser colono.»

Pero la admiración de aquella gente llegó á su colmo cuando se supo que Robin estaba castigado nuevamente por quince días. «Es una enfermedad de que morirá, decían algunos de los de la banda... ya veréis cómo de castigo en castigo acaba por ser otro presidiario como nosotros. — Entonces, deca un parisien, yo seré ya *corrector* para ponerle en el banco (acostarle en el banco en que se les da latigazos) y atizarle duro... os doy mi palabra de hacerlo.»

La segunda resurrección de Fortier se celebró, lo mismo que la primera á bordo de la *Saone*, con gritos y canciones alusivas, llegando algunos hasta proponer un concierto, que se realizó con el siguiente programa: *El presidiario libre*, antigua canción que es muy conocida en todos los penales; la *Tortolilla* y *Diez años de cadena*, cuya letra es bien poco poética.

Después, y para completar la fiesta, circuló de mano en mano el vino y ese aguardiente especial que allí se vende por los mismos guardianes del presidio. Cuando ya las cabezas empezaban á estar un poco calientes,

los que llevaban la banca en el juego mandaron á sus compañeros extender unas mantas sobre el suelo para jugar el eterno *cané* de los presidios. El juego, siempre el juego, lo mismo en los penales que en los transportes... Pero en Nueva Caledonia es el juego todavía mucho más peligroso, porque los ánimos están mucho más excitados y las cabezas más exaltadas. Entre los que ganan y los que pierden surgen disputas, que nadie piensa en apaciguar, terminando las más de las veces en una riña, que sirve de espectáculo y distracción.

«¡Anda, valiente! — se grita por todas partes; — ¡rómpele la *chicht* (cabeza) contra la pared; arráncale las narices!»

Alentados por estas frases, se arrojan uno contra otro con la cabeza baja para maltratarse y morderse. Algunas veces sucede algo que es peor todavía. Dos hombres cualquiera, que por su ferocidad se han hecho célebres entre los del presidio y que se llaman *matones*, tienen una disputa: en este caso no se recurre al puño, ni á las uñas, ni á los dientes; entonces se emplea el cuchillo ó cualquier otra arma blanca para decidir la cuestión.

Los demás presidiarios forman un círculo, en que encierran á los combatientes para presenciar la lucha y contar los golpes. Los combatientes se quitan la blusa y la camisa, y cuchillo en mano se colocan uno frente á otro. Aquello es un duelo, un verdadero duelo, que, sin embargo, la mayor parte de las veces termina sin que ninguno de ellos salga herido. Y es que los *matones* se ponen muchas veces de acuerdo en

estos casos, y los realizan únicamente con objeto de seguir ejerciendo influencia sobre aquellas gentes.

Esta era la sociedad en que había entrado Fortier por un favor especial y casi milagrosamente. Felizmente para él, tuvo la suerte de encontrar á Bérard sentado en un rincón.

—Le esperaba á usted—dijo este último.

Y le hizo infinidad de preguntas, suplicándole que le contase todo lo que había dicho sir Gardiner, palabra por palabra, así como los detalles más insignificantes de su entrevista.

—¿No ha dicho nada respecto de sus proyectos?—preguntó Bérard cuando Fortier terminó su relato.

—No, quizás por prudencia, y esto se comprende... Pero yo los he adivinado... probablemente prepara una evasión...

—Sí; no tengo ningún inconveniente en confiárselo á usted, puesto que le conozco mejor que él... además, ¿por qué he de guardar para con usted el secreto, si pienso proponer á usted que se venga con nosotros?

—Se lo agradezco á usted y le doy las gracias—contestó Fortier,—pero rehúso.

—¿Por qué?

—Porque usted huirá con mucha más facilidad fugándose solo... si yo estuviese interesado directamente en esta evasión, no me sería entonces posible ayudar á usted y avisarle en caso de peligro, y aun defenderle si hubiera necesidad de ello... No, me quedo; mi resolución está tomada...

—¿Lo ha reflexionado usted bien?... ¿Ha pensado

usted en que aún es joven, y que la vida aquí sería para usted siempre muy larga?

—He matado... y debo expiar mi crimen.

—También puede usted expiarlo con el trabajo. El navío en que pienso refugiarme puede conducirle á usted á Australia. Nada le impedirá á usted fijarse allí, volviendo á tomar su antiguo empleo ú otro cualquiera. Nadie sabrá nada de su pasado, y de este modo podrá usted llegar á ser un hombre nuevo con una existencia feliz.

—¿Participaría Marcela Hebert de esta existencia? ¿Podrá huir conmigo? ¡No! Pues bien, yo no la dejaré aquí para irme á vivir á otra parte... ¡Huya usted solo! Únicamente le suplico que, cuando esté usted libre, se acuerde usted alguna vez de este miserable á quien un día dió usted la mano.

Si los compañeros de Fortier pudieron festejar su llegada en mitad del día, fué precisamente porque su entrada tuvo lugar en la hora de descanso, que duraba muy poco tiempo. Cinco días después de su llegada fueron despertados por los correctores de una manera brusca, puesto que daban con sus grandes manojos de llaves en los barrotes de las ventanas. En pocos momentos abandonaron todos los peñates y se vistieron. Se abrieron las verjas y se presentaron los vigilantes. Venían á buscar á todos los penados para conducirlos á la fragua y quitarles las argollas y cadenas que habían traído sujetas al pie durante la travesía. Esta operación duró mucho menos tiempo del que pudiera figurarse, puesto que de cada golpe caía una cadena. Los presidiarios estiraron sus piernas con verdadera ale-

gria, y llenos de satisfacción fueron á formar en el boulevard de los *Mártires*.

Un redoble de tambor anunció llamada para clasificarlos por brigadas. Unos fueron designados para ir á ocupar el campo del *Este*, que con más razón pudiera llamarse *Sur*, puesto que se encuentra situado en la parte más meridional de la isla y más próxima á Noumea. Otros debían trabajar en un nuevo camino situado en la parte Norte. Estos últimos tenían la misión de hacer algunas construcciones en los alrededores del *Hospital de Marais*. Todos aquellos hombres que en otro tiempo habían sido sastres, sombrereros y zapateros fueron destinados á diversos talleres del penal, y por último, una veintena de ellos, entre los que se hallaban Bérard y Fortier, fueron destinados al desmonte de un terreno que pertenecía á la *Granja del Norte*.

Hecha la designación y formadas las brigadas, cada una de ellas se puso en camino, dirigiéndose al sitio que les estaba marcado. Los presidiarios antiguos que conocían ya la isla de Nou, al ver partir la brigada que se dirigía á la *Granja del Norte*, les habían dicho: «¿Qué suerte tenéis!...» Y así es, en efecto: la granja está bajo la dirección de *agentes de labranza* y capataces, que son mucho más tratables y más humanos que los vigilantes del presidio. Es un penal agrícola mucho menos riguroso que en el resto de la isla.

—¡Vamos, todo nos sonríe al presente!—dijo Fortier á Bérard, caminando juntos.

Y no había dicho aún bastante, porque no sabía que sir Gardiner había decidido ocuparse de él todo aquel día. Serían las dos de la tarde cuando el ameri-

cano se instaló en su chalupa y se hizo conducir á Noumea. Apenas puso pie en tierra se dirigió á casa del director de Administración Penal, jefe superior de los deportados, no solamente en la isla de Nou, sino en toda Caledonia. Sir Gardiner encontró á aquel personaje en alegre compañía de señoras, entre las cuales figuraba en primer término su mujer, que recibía aquel día, la linda señora de Prevot, que corría continuamente todos los salones en busca de aventuras, y algunas otras mujeres de empleados.

—¿Es cierto que nos abandona usted muy pronto?—preguntó el director dirigiéndose al recién llegado.—Lo he oído decir esta mañana.

—Tiene usted razón—dijo entonces sir Hanley.—Tengo necesidad forzosa de volver pronto á Nueva-York, y siento verdaderamente, y lo mismo mi hermana, tener que abandonar un país en que se nos ha recibido de una manera tan cordial.

—Creo, caballero—dijo á su vez la directora,—que vuestro sentimiento durará mucho menos tiempo que el nuestro... en medio de vuestros viajes se olvidará usted muy fácilmente de nosotros, mientras que aquí no vendrá nadie á consolarnos de vuestra partida.

—En efecto—añadió la señora Prevot,—cuando no veamos ya en la rada vuestro magnífico yacht, en el cual nos habéis recibido con tanta amabilidad, no sabremos qué hacer. A propósito, ¿será usted capaz de marcharse sin cumplir su ofrecimiento?

—¿Qué ofrecimiento, señora?

—Se había usted comprometido á ello... un compromiso de honra; y si no, apelo á todas estas seño-

ras... Se había usted comprometido á darnos un baile á bordo de la *Florida*.

—Me acuerdo perfectamente, y estoy dispuesto á cumplirlo.

—¿Cuándo?

—Dentro de diez días, en que ya habré vuelto de Bourail.

—¿Se vuelve usted á Bourail?—preguntó el director;—yo creía que había usted terminado sus estudios.

—Por completo... pero esta vez se trata de ver á una persona por la cual me intereso, y para ello os pido la autorización.

—¿Algún presidiario?

—No... una transportada que llegó últimamente en la *Saone*.

—Marcela Hebert—dijo el director.

—¿Cómo! ¿usted sabe?...

—Lo adivino, puesto que usted se interesa por Fortier, y éste se interesa más por Marcela Hebert... ¡Ah! ¡Creía usted que yo no sabía nada! ¡Yo lo sé todo! Rehúso á usted en absoluto el permiso que me pide para ir á Bourail.

Sir Gardiner miró lleno de inquietud al director.

XLII

Pero se tranquilizó muy pronto. El director general de aquellos penales le cogió del brazo y, llevándosele á un rincón del salón, le dijo:

—¡No, caballero! yo no puedo consentir que usted se tome el trabajo de ir á Bourail... Usted desea ver á Marcela Hebert, y usted la verá sin tomarse ninguna molestia... Voy á dar órdenes para que la conduzcan á Noumea... Haremos que entre en el Hospital ó en la Casa de las Hermanas de San José de Cluny, y usted podrá hablarla todo cuanto quiera.

—Doy á usted mil gracias—dijo sir Gardiner.

—No me dé usted las gracias por tan poca cosa... espero hacer más. Visitas como la de usted son muy raras, y es interés de la colonia el complacerlas, en cuanto sea posible, para obligarlas á que vuelvan... pero, antes de ir más lejos, permítame usted—añadió sonriendo el director—que le recrimine un poco.

—¿Recriminarme!... ¿y por qué?

—Por haberse usted dirigido á un subordinado mío, al comandante del penal de la isla de Non, en lugar de haberlo hecho directamente á mí cuando se trató de recomendar á Fortier.

—Fue únicamente por discreción, querido amigo... no me hubiera atrevido nunca á distraer á usted de sus ocupaciones por tan poca cosa, como es el pedir que un penado pase de la cuarta clase á la tercera, que es lo que yo pedí.

—Efectivamente... yo no me habría enterado de ello si no hubiera sido por el incidente de Robin... el comandante me pasó una comunicación, dándome cuenta de su conducta... Por esto es por lo que me he enterado del asunto y he sabido el interés que usted ha manifestado por el presidiario Fortier... un interés verdadero, ¿no es verdad?

—Muy verdadero... La carta que han escrito á mi hermana es muy apremiante... y me permito decir que ese desgraciado es acreedor á las mercedes que se le han otorgado.

—Pues bien, yo le protegeré, puesto que usted también le protege... No puedo perdonarle su condena, ni disminuir su duración... Su libertad no depende de mí, y pasarán muchos años para que pueda obtenerla... pero yo le pondré en la mejor situación, haciendo de él un colono que en un punto de la isla tenga su casa, su campo y...

—Su mujer—añadió sir Gardiner riendo.

—Y también su mujer... ya veis que hago todo... es verdad que yo también me ocupo de la colonización del país... Todo esto tiene muy poco de correcto... es cierto que no suelo conceder esta gracia más que á los que están ya experimentados y han conquistado una por una las categorías; pero, como veis, estas reglas no tienen nada de absoluto, y siem-

pre es para mí un placer hacer una excepción, mucho más cuando, como ahora, es en recuerdo de vuestra permanencia en este país.

—A mí es á quien usted colma de favores, querido director... y para demostrar á usted mi gratitud, voy á cometer una indiscreción. ¿Me permite usted que anuncie esta buena noticia á mi protegido, que ya lo es de usted?

—Sí, daré á usted autorización para que le vea... y esta vez será una autorización en regla—añadió el director sonriéndose.

Sir Gardiner se marchó encantado de su visita. Decididamente el director sabía todo... exceptuando lo que se había querido ocultar. Había caído en el lazo que tan hábilmente le habían tendido: toda su atención estaba fija en Fortier y Marcela Hebert, sin que le pasara por las mientes Bérard, del cual quizás ignoraba la existencia.

—Nada viene, por lo tanto, á contrarrestar nuestros proyectos—concluyó por decir sir Gardiner á la señorita Bérard cuando concluyó de darle cuenta de su última entrevista.

—No, nada los impide—respondió ella.—Sin embargo, creo que deben modificarse en algunos puntos.

—¿En cuáles? ¿Por qué?

—Por que es preciso evitar con el mayor cuidado que le supongan á usted cómplice de su evasión... La conducta que el director observa con nosotros, los favores que nos hace, son deberes que nos creamos para con él... Yo no puedo consentir que se diga después que sir Gardiner ha engañado aquí á todo el mundo y

que ha hecho aquí una comedia, aunque ésta haya sido impuesta por las circunstancias... El objeto que nos proponemos nos absuelve... pero yo le suplico á usted que tome sus disposiciones á fin de que siempre se ignore que usted ha hecho semejante comedia.

—Bueno, las tomaré.

—Todavía hay más. Debemos pensar en ese otro presidiario que se llama Fortier, y que ha merecido las simpatías de mi padre... si comprometemos y burlamos las personas que sobre él ejercen algún dominio, es bien seguro que entonces le retirarán la protección que ahora le dispensan y se vengarán en él de nosotros.

—Sí, sí, todo eso es verdad... ésas son nuevas dificultades... pero las dominaremos.

—No lo dudé... ¿Cuánto tiempo necesitaremos para ello?

—Me parece que muy poco... ya he anunciado mi marcha para dentro de diez días.

—¡Es decir, que dentro de diez días mi padre estará libre y podré estrecharle entre mis brazos!...

—Estoy seguro de ello.

—¡Ah, amigo mío! mi reconocimiento será eterno.

El americano la miró fijamente y no se atrevió á decir palabra.

XLIII

Tres días después de la visita hecha al director general por sir Gardiner, recibió ésta dos cartas. La primera era autorizándole para ver á Fortier, y por la segunda se le anunciaba que Marcela Hebert estaba en Noumea, en la Casa de las Hermanas de San José de Cluny, y que estaban dadas las órdenes oportunas para que pudiese visitarla.

A la mañana siguiente se fué á la ciudad, dirigiéndose al asilo de dichas hermanas, siendo conducido á un pequeño locutorio, adonde se presentó muy pronto Marcela Hebert.

El americano no pudo nunca esperar el ver una mujer tan hermosa; así es que á primera vista comprendió la pasión que había inspirado á Fortier.

—¿Sabe usted quién soy, señorita?—le preguntó después de mirarla un momento.

—Sí señor, me lo han dicho. Usted se llama sir Gardiner, y recuerdo haber oído vuestro nombre antes de que yo fuera... lo que ahora soy. Pero estoy pensando inútilmente, desde el momento en que me han anunciado su visita, qué es lo que un hombre como usted puede querer de una pobre mujer como yo.

—He prometido á una persona, á quien deseo complacer, dar á usted noticias suyas y transmitirle las que quiera darme para él.

—¿Quién es esa persona?—preguntó llena de inquietud.

—Armando Fortier.

—¡Ah! ¿Le ha sucedido alguna desgracia?

—Ninguna.

—¿Está en el penal de la isla de Nou?

—Sí.

—¿Le han puesto en la cuarta categoría, no es verdad?

—Así lo hicieron; pero luego he conseguido que pase á la tercera...

—¡Ah! más vale así... tenía miedo por él... el jefe de vigilancia, Robin, le odia mortalmente...

—Sí, lo sé... pero sus protectores son más poderosos que Robin.

—Y sin embargo, á pesar de su poder, pasará Fortier muchos años en la isla de Nou antes de que...

—Antes de que pueda casarse con usted, ¿no es eso? ¿Era esto lo que quería usted decir?

—Sí señor, eso es... ya veo que le ha participado á usted sus proyectos.

—Que seguramente usted aprueba.

—Sí.

—Está bien. ¿Sería usted capaz de esperar á que pueda realizarlos?

—Seguramente que lo haré como me sea posible... pero yo no me pertenezco... He conseguido venir á Caledonia con la condición de casarme con un forzado

que ya sea colono... El domingo, en la iglesia de Bourail, nos harán colocar en fila á un lado y los penados de igual manera en otro, desde donde nos miran y nos eligen pidiéndonos en matrimonio... la operación es bien sencilla.

—Pero quedan ustedes en libertad de rehusar los que se presentan.

—Algunos sí, durante un poco de tiempo, porque esto no puede durar mucho. La Administración se incomoda, y entonces...

—Entonces, ¿qué haría usted si le obligaran á casarse con otro hombre que no fuera Fortier?

—Me mataría... estoy decidida.

—¿Le amáis?

—Sí le amo... á mi manera.

Y exaltándose, dejando escapar sus pensamientos largo tiempo contenidos, continuó diciendo con voz vibrante:

—¡Sí, le amo! le amo desde el día en que le vi detrás de los barrotes de su jaula furioso y terrible... Le veo constantemente pálido y apretando los dientes, con los labios entreabiertos, amenazando con la mirada, desnudo el pecho cubierto de sangre y levantado el brazo con el que se disponía á herir... Cuando se me aparece de esta manera, mis nervios se exaltan, y mi pecho y mi cuerpo se arrastran hacia él buscándole, y mis labios le llaman:—¡Ven! ¡ven! ¡te amo! ¡te deseo!...—He creído que le olvidaría y no puedo... no es un recuerdo el que me persigue, es su imagen... está siempre delante de mí y me hace estremecer todo mi ser... siento fiebre, tengo delirio!... ¡Ah! no se asuste usted de este

amor... ¿caso una mujer como yo puede amar de otra manera?... mi corazón no ha existido nunca para el sentimiento; nadie le ha hecho latir... no tengo más que sentidos... y con ellos amo solamente.

—Se juzga usted con mucha severidad—dijo sir Gardiner.—Quizás llegue un día que le ame de la misma manera que él ama á usted.

—¡Ah! no lo deseo, puesto que nos condenan á vivir separados.

—Por el contrario. Se les va á reunir.

—¿Qué ha dicho usted?

—Digo, que dentro de algunos meses, quizás dentro de pocas semanas ó días, Fortier será colono y podrán casarse.

Marcela se arrojó sobre sir Gardiner, le cogió por el brazo y, mirándole fijamente, le dijo:

—¿Es verdad lo que acaba usted de decir?

—Sí, es verdad; el director general me lo ha prometido.

—¡Oh! ¡qué felicidad! ¡qué felicidad!

Marcela estaba completamente pálida.

—Ya ve usted que también ama verdaderamente.

—Es posible; quizás tenga usted razón... no me conozco todavía... el amor no ha entrado en nada para mí, y solamente he sentido el deseo: puede ser que esto sea otra cosa... de todos modos, soy dichosa, muy dichosa, pensando en que vamos á vivir juntos... tendremos nuestra casa y nuestro campo como los demás colonos, ¿no es verdad?... ¡Ah! yo trabajaré, trabajaré... porque yo sé trabajar... soy hija del pueblo, una trabajadora hasta el día en... ¿Va usted á ir á verle?

—Sí, mañana.

—¡Mañana! ¡mañana!... ¿qué va usted á decirle?

—Que se habría usted matado si la hubiesen obligado á casarse con otro hombre.

—¡Eso es, eso es! Dígale usted eso, añadiéndole que le amaré de tal manera y le perteneceré tan completamente, que ha de olvidar todos sus sufrimientos y todas las penas que ha pasado. ¡Ah! él no puede imaginar el amor que puede dar una criatura como yo, joven y encerrada hace mucho tiempo.

Cuando sir Gardiner se levantó para marcharse, Marcela le siguió hasta la puerta, y cogiendo sus manos se las besó, diciendo: «Gracias, gracias.»

XLIV

Sir Gardiner había retrasado para la mañana siguiente su viaje á la isla de Nou, porque sabía que el comandante del penal iría este día á Noumea para asuntos del servicio. Temía que su obsequioso amigo, para evitarle la molestia de ir hasta la *Granja del Norte*, enviase á buscar á Fortier, y él prefería visitar por sí mismo el establecimiento agrícola para examinarle y apreciar su posición exacta.

Las cuatro de la tarde serian próximamente cuan-

do llegó á la granja, y muy pronto vió un grupo de presidiarios que se ocupaban en desmontar terrenos. Fortier y Bérard estaban en medio del grupo, trabajando animosamente bajo un sol abrasador. A algunos pasos de distancia se hallaba recostado sobre un carroncillo un capataz, cubierto por una gran sombrilla blanca y fumando tranquilamente en su pipa. Sir Gardiner se fué derecho á él.

—Aquí tiene usted—le dijo—una carta del director general de los establecimientos penales de la isla, por la cual me autoriza para ver á uno de los hombres que trabajan á los órdenes de usted: Fortier. ¿Tiene usted la bondad de llamarle?

El capataz se levantó algo confuso por haber sido sorprendido en flagrante delito de pereza por sir Gardiner, á quien conocía de vista, y, leyendo el papel, dijo:

—Efectivamente, caballero... con una carta como ésta puede usted hacer lo que quiera... pero no es posible que se quede usted tomando tanto sol... Si quiere usted entrar en la casa, yo le enviaré á Fortier.

—No, no, es inútil—dijo sir Gardiner,—me pondré debajo de la sombra de aquella acacia... no pienso distraer á ese hombre mucho tiempo de su trabajo... Sírvase usted llamarle y decirle que venga.

Sir Gardiner se dirigió lentamente hacia el sitio que acababa de indicar, y esperó á Fortier. En el momento en que éste llegó, temblando de emoción, el americano le refirió punto por punto su entrevista con Marcela Hebert, refiriéndole sus mismas palabras y dándole también conocimiento de las promesas que le había hecho el director.

—¡Ah! señor... señor!...—balbuceó Fortier, medio ahogado de alegría.—Sir Gardiner se calló un momento para que se repusiera de su emoción, y cuando, después de pasear la vista por su alrededor, quedó convencido de que nadie podía verle ni oírle, le dijo en voz baja:

—Hablemos ahora de Bérard.

—De su evasión, ¿no es verdad?—dijo Fortier más bajo aún.—¡Ah, caballero! puede usted tener completa confianza en mí—añadió mirándole con los ojos anegados en llanto.

—Tengo en usted la confianza más absoluta... Va usted á verlo... ¿Está Bérard dispuesto á huir?

—Sí señor; únicamente espera vuestras instrucciones.

—Bien... ¿pero tiene él, por su parte, alguna idea ó algún plan de acuerdo con usted?

—Él cree, lo mismo que yo, que le sería fácil escaparse de la granja y llegar á la orilla del mar, que está á doscientos pasos de nosotros.

—Sí, ya lo sé... hace bastante tiempo que tengo calculadas todas las distancias... ¿Qué hora cree usted que es la más conveniente para emprender la fuga?

—Las tres y media de la madrugada.

—¿Por qué?

—Porque ésta es la hora en que Bérard, yo y algunos otros vamos todos los días al penal para buscar el café y las provisiones destinadas á la gente de la granja.

—¿No acompaña á ustedes nadie?

—Sí, llevamos un vigilante; mejor dicho, un agente de colonización.

—¿Y usted cree que, durante el trayecto de la granja al penal, puede Bérard desaparecer sin que nadie le vea?

—Sí señor: á esa hora todavía estamos medio dormidos, y vamos caminando maquinalmente por aquel sendero que va usted allá abajo y que conduce directamente al penal... al llegar á este sitio en que estamos, el señor Bérard puede aprovechar la oscuridad para meterse en ese bosque... Si se nota su desaparición, yo puedo advertírselo con una señal cualquiera y se vuelve en seguida... de esta manera podemos engañar al lobo y empezar otra vez al día siguiente... Si, por el contrario, el vigilante, á quien yo trataré de entretener, no se apercibe de nada, el señor Bérard puede salir de su escondite cuando hayamos desaparecido, y llegar á la orilla en muy pocos minutos por detrás de ese montecillo de arena.

—Está bien... su plan de usted está de acuerdo con el mío... Se trata únicamente de saber una fecha... tengo necesidad de esperar aún tres ó cuatro días... Es menester que la evasión se realice la noche antes de mi partida, durante un baile que voy á dar á bordo de mi yacht... ya le verá usted desde aquí completamente iluminado... ésta será para usted la señal... A las tres y media de la mañana espera á Bérard una de mis chalupas en el punto que acaba usted de indicarme... Si por casualidad le viesen subir en ella y huir, no podrá perseguirle ninguna embarcación, porque todas estarán ocupadas en llevar á mis convidados... ¿qué piensa usted de esto?

—Me parece, caballero, que hay grandes probabili-

dades de éxito, si no es que el vigilante Robin viene á desbaratar nuestros proyectos.

—¡Ah! ¿tiene usted miedo á ese hombre todavía?

—Lo creo capaz de todo.

—¡Pero si no vive por esta parte!

—¡Oh! ¡debe de andar por los alrededores!... ¡si pudiese vengarse de mí y de nosotros! Él debe suponer que el señor Bérard se lo contó todo al comandante de la *Saone* y que él fué el que tuvo la culpa de que me perdonaran... ¡Sí, tengo miedo por él, tengo miedo!

XLV

Sir Gardiner trató de tranquilizar á Fortier respecto de Robin, y concertó los últimos detalles de la evasión encargándole algunas cosas para Bérard, y concluyó diciéndole:

—Ya no volveré á ver á usted... quizá una nueva entrevista despertara alguna sospecha... pero esto no quiere decir que deje ya de ocuparme de usted... No me marcharé sin volver á recordar al director general sus promesas, que estoy seguro sabrá cumplir... pero es indispensable que usted no se comprometa en la evasión, y por esto es precisamente por lo que le prohíbo que se aparte del plan convenido.

—Obedeceré á usted ciegamente, á no ser que sobrevenga algún accidente; porque, si viese en peligro la vida de Bérard, me olvidaré de todo para prestarle auxilio.

—No se presentará ningún accidente, porque nuestras precauciones están bien tomadas... Me olvidaba decir á usted que pienso poner en manos del director una cantidad para usted, que podrá utilizar á medida que la vaya necesitando. Esta cantidad puede servirle á usted para extender y desarrollar su labranza... quiero que, andando el tiempo, se le cite á usted como uno de los que más hayan contribuido á la prosperidad del país... Ahora, separémonos.

—Sí señor, sí.

Iba ya á alejarse, cuando se paró de repente.

—Caballero—dijo con voz tímida.

—¿Qué quiere usted?

—Quisiera... quisiera—murmuró—que me permitiese usted aunque no fuera más que tocarle á usted la mano... me parece que esto me traerá buena suerte.

—¿Le ha dado á usted la mano Bérard?—preguntó sir Gardiner.

—Sí señor, sí.

—Pues bien, lo que ha hecho Bérard puedo yo también hacerlo.

Fortier cogió la mano que le presentaban, la estrechó de una manera nerviosa, y después se alejó precipitadamente para ocupar su puesto entre los demás presidiarios, á quienes en aquel momento se llamaba con un cuerno. Había llegado la hora del descanso: acababan de dar las cinco.

Sir Gardiner emprendió el camino que conducía al embarcadero en donde le esperaba su chalupa. El sol descendía en el horizonte. No hacía ya tanto calor, y la brisa de la mar empezaba á agitar las copas de los árboles. La tierra y las flores exhalaban emanaciones y efluvios que se convertían en caliente perfume. Los insectos zumbaban en sus juegos, y los pájaros pintados de mil colores semejaban mariposas revoloteando de rama en rama. La flor hacía temblar las ramas de las acacias.

El americano marchaba, aspirando todas estas emanaciones, dichoso y feliz, porque se sentía con más vida y su corazón lleno de esperanza. Iba por fin á tocar el objeto que se había propuesto. De repente, á lo lejos y cerca de un vallado en que había un gran montón de hojas, creyó distinguir el uniforme de un vigilante. Así era efectivamente: apenas dió algunos pasos más, distinguió claramente á Robin, con su kepi y sus galones plateados, que le daban á conocer como jefe de vigilantes.

Fortier no se había equivocado: su enemigo rondaba los alrededores de la granja. ¿Para qué? Para cogerles en alguna falta y poder vengarse.

Si al llegar la hora de la evasión se presentase Robin, guiado por su buen instinto, olfateando su presa, ¿qué iba entonces á suceder? ¿Cómo desembarazarse de este estorbo?

Hubo un momento en que el americano pensó para sí: «Si yo le invitase al baile! Retenido por la distracción que tendría en mi buque, pasaría desapercibido para él cuanto ocurriera en la isla.»

Pero bien pronto desechó semejante idea: un empleado de baja estofa, un simple vigilante, aun á pesar de ser jefe, no podía tomar parte en una fiesta en que se hallaban reunidas las autoridades de la isla y el mismo gobernador.

Sin embargo, este hombre era peligroso, y en el oído de sir Gardiner estaban aún resonando las palabras de Fortier que le decían: «Le tengo miedo por mí y por Bérard!»

Pero bien pronto desaparecieron todos los temores de sir Gardiner. En un recodo del camino se encontró delante de la señora Prevot. Ésta se puso encendida en el momento de verle, pero se dirigió hacia él sin inmutarse, diciéndole:

— ¡Calle! Sir Gardiner, ¿venía usted á verme?

— ¡Cómo! ¿Vive usted por aquí?

— Por ocho días únicamente estoy en esta casita que está situada á dos pasos del camino, detrás de ese bosque... Los deberes de mi marido le obligan á quearse durante todo el día en la isla, y ha preferido estar aquí algún tiempo á andar yendo y viniendo continuamente... Como no me separo de él nunca, vivo aquí también... ¿comprende usted?

Sir Gardiner comprendía efectivamente. Robin estaba siempre buscando aventuras, como gran apasionado que era de las mujeres, y no teniendo ninguna ocupación, puesto que estaba suspendido de empleo, se dedicaba á dar paseos en derredor de la casa en que vivía la mujer del comandante de marina. Si se ocultaba, pareciendo un espía, era únicamente porque temía que le sorprendieran en flagrante delito de amor

ó de desobediencia, puesto que aún no había cumplido su arresto.

Sir Gardiner se quedó completamente tranquilo.

XLVI

En un cielo estrellado y sobre un fondo azul oscuro se destacaba el yacht la *Florida*, espléndidamente iluminada desde la quilla hasta lo más alto del palo mayor. Parece que está iluminada por el sol, según es la potencia de sus focos eléctricos. Aquello es el día en medio de la noche. A lo lejos, y en plena mar, es seguro que los navegantes se preguntarían cuál es aquel nuevo faro gigantesco y desconocido que brilla en las costas de Nueva-Galedonia.

Seis mil luces se reflejaban en el agua que rodeaba al buque, y sin embargo, un poco más lejos, reinaba una completa oscuridad en la costa. Parece como que el yacht absorbía toda la luz. Las estrellas que tachonan el cielo palidecen ante aquel fulgor. Podría creerse con algún fundamento que era un astro habitado puesto que allí se sentía reír, cantar y bailar. El puente, cubierto en toda su extensión por una vasta tienda guarecida al *velum* con que los romanos cubrían sus circoos, había sido transformado en salón de

balle, con la orquesta, situada en el centro, que formaba parte de la tripulación de sir Gardiner, y que le seguía á todas partes. Los marineros usaban un uniforme casi parecido al de la marina de guerra americana, y estaban formados sobre cubierta dando la guardia. Los mástiles, cabrestantes, obenques y cuerdas están cubiertos por montones de flores tropicales de vivísimo color. Todos los jardines de la colonia habían sido devastados. Nada podía hacer recordar que se estaba sobre el puente de un navío, y existían motivos bastantes para suponer que aquello era una sala de hadas.

La confusión es grande. Sir Gardiner ha estado pródigo en sus invitaciones; pensando razonablemente que en una colonia naciente, en donde por lo regular están confundidas todas las clases, no puede tenerse el derecho á ser exigente.

Aquella multitud de uniformes resplandecientes de oro y plata ofuscaban la vista. Los trajes de las señoras, si bien es cierto que no podían tomarse como modelos de última moda, eran, sin embargo, notables por lo nuevos y la belleza de sus colores. Inútil sería buscar en aquellas frentes ni aquellos brazos diademas ó brazaletes de brillantes ó perlas; en cambio podían admirarse algunos ojos que brillaban más aún, y dientes que, al sonreír, hacían resaltar su blancura en aquel bello marco de labios rojos que los aprisionaba, y hermosas espaldas escotadas de una manera franca y provocativa. Lo apacible del clima, en estos países siempre cálidos, parece como que autoriza en la mujer, sin que merezca crítica razonable, la ligereza en el traje. Su coquetería y su sensualidad se apoyan en

esta tolerancia, de la cual se aprovechan los hombres.

Entre las que están (digámoslo con franqueza) menos vestidas, es justo que mencionemos á la señora Prevot. Todo el mundo se pregunta en dónde acababa su escote y si aquello era un cuerpo de vestido ó una camiseta que en vano trataba de cubrir su pecho prominentemente de hermosa y correcta forma. También era dudoso averiguar si estaba ó no vestida con una simple *malla*, según se dibujaban detalladamente todas sus formas. Todo el mundo fijaba la atención en ella, y en verdad que había por qué... estaba verdaderamente seductora. Bailaba como una loca, estrechándose contra su pareja y arrastrándola en un torbellino; pudiera decirse que aquello no era una mujer, era una bacante. En el momento en que dejaba de bailar revoloteaba de un lado á otro como una mariposa, bromeando con las mujeres y coqueteando con todos los hombres. Cualquiera podía suponer que era la dueña de la casa, y que hacía los honores del baile como reina y señora.

La verdadera reina, REINA DE BELLEZA, la señorita Bérard, se hacía, por el contrario, notar por su sencillez y modestia. Vestida con un traje de tul negro, adornado de flores, que la cubría casi por completo, ayudaba á sir Gardiner recibiendo á los convidados sin prodigarse y conservándose siempre á cierta distancia de aquellas mujeres á quienes no volvería á ver y de aquellos hombres que la eran completamente indiferentes. Juana rehusó bailar, pretextando el que tenía que cuidar de todos, y permaneció sentada entre la mujer del gobernador y la directora, con la mirada fija en las parejas que estaban bailando, pero pensando

con todo su corazón en la isla de Nou y en los alrededores de la *Granja del Norte*.

—Vamos á ver, mi querido señor; si no me engaño—dijo el gobernador á sir Gardiner,—¿el yacit está preparado para marchar?

—¿Es acaso que tiene usted el proyecto de hacernos dar un paseo por el mar?—preguntó el comandante de la *Saone*.

—De ninguna manera, señores... es que me marchó al salir el sol... así llevaré todavía impreso en mi ánimo vuestro recuerdo, y pensando en esta fiesta me será más llevadero el sentimiento de separarme de ustedes.

—Eso está muy bien hecho y es muy nuevo—exclamaron de diversos lados.

—Es igual: no estoy tranquilo, á pesar de todo eso—dijo el comandante del penal de la isla de Nou:—si le diese á usted el capricho de robarnos á todos juntos, le sería á usted bien fácil... los marineros que tiene usted á bordo me parecen gente escogida... y que le obedecen á usted ciegamente á una simple señal.

—Pues acepto esa idea. Me los llevo á ustedes conmigo.

—Imposible. ¿Qué sería de mis administrados?—dijo el gobernador.

—¿Y de mis penados?—preguntó el director general.

—¿Y de los míos?—exclamó el comandante de la isla de Nou.

—Desde el momento en que se vayan sus jefes, quedan todos libres—respondió riendo sir Gardiner.—es una nueva forma de evasión... alguna vez pensaré

en ella si tengo necesidad... Entre tanto, suplico á ustedes me dispensen si les dejo... he prometido fuegos artificiales y voy á hacer que empiecen.

—¡Bravo! ¡bravo!—gritaron por todas partes.

XLVII

Sir Gardiner había dispuesto la víspera que sus marineros hicieran los preparativos necesarios para este espectáculo en una de las múltiples elevaciones del terreno que existen en la rada de Noumea.

El punto escogido para los fuegos estaba situado entre el yacit la *Florida* y la isla de Nou, y por lo tanto nadie podía extrañar que sir Gardiner fuese á este sitio para inspeccionar los últimos preparativos, y que él, por su mano, disparase el primer cohete. Se separó tranquilamente de sus conyilados y se metió en una ligerísima embarcación que le esperaba al pie de la escala de estribor.

En ella se encontraba un solo hombre. Éste era un americano de unos treinta años, enérgico y resuelto, que pertenecía en cuerpo y alma al propietario de la *Florida*. Cuando la embarcación se alejó del navío, sir Gardiner dijo en inglés á su compañero:

con todo su corazón en la isla de Nou y en los alrededores de la *Granja del Norte*.

—Vamos á ver, mi querido señor; si no me engaño—dijo el gobernador á sir Gardiner,—¿el yacit está preparado para marchar?

—¿Es acaso que tiene usted el proyecto de hacernos dar un paseo por el mar?—preguntó el comandante de la *Saone*.

—De ninguna manera, señores... es que me marchó al salir el sol... así llevaré todavía impreso en mi ánimo vuestro recuerdo, y pensando en esta fiesta me será más llevadero el sentimiento de separarme de ustedes.

—Eso está muy bien hecho y es muy nuevo—exclamaron de diversos lados.

—Es igual: no estoy tranquilo, á pesar de todo eso—dijo el comandante del penal de la isla de Nou:—si le diese á usted el capricho de robarnos á todos juntos, le sería á usted bien fácil... los marineros que tiene usted á bordo me parecen gente escogida... y que le obedecen á usted ciegamente á una simple señal.

—Pues acepto esa idea. Me los llevo á ustedes conmigo.

—Imposible. ¿Qué sería de mis administrados?—dijo el gobernador.

—¿Y de mis penados?—preguntó el director general.

—¿Y de los míos?—exclamó el comandante de la isla de Nou.

—Desde el momento en que se vayan sus jefes, quedan todos libres—respondió riendo sir Gardiner.—es una nueva forma de evasión... alguna vez pensaré

en ella si tengo necesidad... Entre tanto, suplico á ustedes me dispensen si les dejo... he prometido fuegos artificiales y voy á hacer que empiecen.

—¡Bravo! ¡bravo!—gritaron por todas partes.

XLVII

Sir Gardiner había dispuesto la víspera que sus marineros hicieran los preparativos necesarios para este espectáculo en una de las múltiples elevaciones del terreno que existen en la rada de Noumea.

El punto escogido para los fuegos estaba situado entre el yacit la *Florida* y la isla de Nou, y por lo tanto nadie podía extrañar que sir Gardiner fuese á este sitio para inspeccionar los últimos preparativos, y que él, por su mano, disparase el primer cohete. Se separó tranquilamente de sus conyilados y se metió en una ligerísima embarcación que le esperaba al pie de la escala de estribor.

En ella se encontraba un solo hombre. Éste era un americano de unos treinta años, enérgico y resuelto, que pertenecía en cuerpo y alma al propietario de la *Florida*. Cuando la embarcación se alejó del navío, sir Gardiner dijo en inglés á su compañero:

—¿Están ejecutadas todas mis órdenes?

—Sí, mi comandante.

—Bueno... acuérdate, bravo Williams, de que únicamente tú eres mi confidente. Hubiera podido valerme de cualquier otro, y quizás de todos los de la tripulación; pero no he querido tener confianza más que en ti, y espero que tendrás una discreción absoluta.

—Ha tenido usted mucha razón en pensar de esta manera.

—Escucha lo que voy a decirte... El hombre que voy a buscar a tierra es un sentenciado que me conviene salvar... en el momento en que éste aparezca en la playa saltaré a tierra para ir a su lado... en algunos momentos podrá disfrazarse con el traje que le llevamos, y tu cogerás el que él trae puesto, atándole una cuerda con una piedra para arrojarlo al mar... quiero que no quede ningún rastro de esta fuga... llegaremos a la *Florida* por la parte de atrás, sin que nadie pueda vernos, porque tengo para ello dadas las órdenes necesarias a fin de que la cena se sirva en el entrepuente inmediatamente después de los fuegos, no sólo a los convidados, sino también a toda la tripulación... las ventanas de mi cámara están abiertas... por este sitio será por el que yo entraré con la persona que voy a salvar... allí permanecerá oculto toda la noche... mañana, cuando aparezca sobre el puente, estaremos ya muy lejos de la costa... deseo que la tripulación crea que es un amigo mío que he encontrado en Noumea y a quien tengo gusto en ofrecer hospitalidad... solamente tú conoces mi secreto, y espero que sabrás guardarlo.

—Estad seguro de ello.

—No hablemos más, y manos a la obra... estamos delante del islote... ¡Atraca!

En aquel momento, el encargado de la *Granja del Norte* abrió el recinto en que los presidiarios bajo sus órdenes habían pasado la noche, y se puso a gritar con potente voz:

—¡Arriba! ¡arriba!

Una veintena de hombres, que ya estaban acostumbrados a que se les despertase a aquella hora para hacer el servicio de la compra diaria, se levantaron precipitadamente. Un cuarto de hora después emprendieron el camino del penal. El capataz marchaba lentamente a la cabeza del pelotón, medio dormido aún, como casi todos ellos. Solamente Bérard y Fortier estaban completamente despiertos. Se habían colocado en última fila y juntos, caminando en silencio y mirando en su derredor.

De repente, una luz iluminó la oscuridad de la noche. Un largo rastro de fuego subía desde la mar al cielo.

Muchos presidiarios se quedaron parados mirando.

—¡Eh!—dijo el capataz,—¡a ver si marcháis de prisa!

—Son fuegos artificiales—dijo uno de ellos.

—Y aunque así sea! ¿Acaso les importa eso a ustedes? No se les ha despertado para eso. ¡Vamos a ver si se anda más de prisa!

El pelotón se puso en marcha, más despacio aún que antes, fijándose todas las miradas en el horizonte, en que lucían innumerables cohetes.

En aquel momento, y cuando el camino hacía un recodo brusco, cerca de un bosque, Bérard y Fortier, que se habían quedado un poco atrás, se pararon.

La ocasión estaba aprovechada con verdadera oportunidad para que no se notase su desaparición: los fuegos artificiales estaban entopces en todo su esplendor. A los cohetes habían sucedido las ruedas, las cascadas y los arcos de triunfo de todos colores. Atravesando una atmósfera pura y en el silencio de la noche, estallaban mil petardos y culebrinas. En aquel momento, todos los presidiarios, y aun el mismo capataz, se pararon y miraban absortos.

—¡Basta de duda!... ¡marchaos!—dijo Fortier.

—¡Adios!—contestó Bérard.

Estrechó por última vez la mano de su compañero de infortunio, y se internó resueltamente en la espesura. Caminaba con velocidad, y encogiéndose todo lo posible para ocultar su alta estatura. A doscientos pasos de distancia estaban la playa y la mar completamente iluminadas, en tanto que el camino que iba recorriendo permanecía en completa oscuridad.

Algunos pasos más y llegaba al montecillo que sir Gardiner había indicado á Fortier en su última entrevista como punto de ésta, cuando de repente se presentó un hombre ante su vista.

Lleno de espanto dió un salto atrás.

Pero aquel hombre avanzaba hacia él en línea recta.

Bérard distinguió el uniforme de un empleado.

Transeurrió un momento y reconoció á Robin.

XLVIII

¿Cómo era que Robin se encontraba en la playa á las tres y media de la mañana? ¿Era acaso que Fortier tenía razón suponiendo que estaría espionando, y sir Gardiner se había engañado creyendo únicamente que se ocupaba de la señora Prevot?

¡No! el periodista americano, informado de una manera segura respecto á los apetitos carnales de Robin y las fáciles costumbres de la antigua mujer galante, se había dado cuenta exacta de la situación: el jefe de vigilancia estaba sobrecitado por su largo viaje, durante el cual no había tenido éxito en sus empresas amorosas. Su imaginación calenturienta aún le traía á la memoria el recuerdo de Marcela Hebert, y se entregaba en cuerpo y alma á su nueva aventura. Estaba una tarde tomando el fresco en el camino que conduce de la granja al penal, y se había encontrado á la señora Prevot. Aquella hermosa morena de prominentes formas y provocativa sonrisa le había seducido á primera vista. Hizo averiguaciones, adquiriendo la seguridad de que se entretenía fácilmente, y no se detuvo ante el respeto que debía tener para con la mujer de un comisario de marina, superior je-

rárquico suyo. Imaginaba que, si efectivamente la señora Prevot era tal como se la habían descrito, no la gustaría mucho ser excesivamente respetada, sobre todo en el caso en que no le pareciera mal el atrevido. Y en estas suposiciones no se equivocaba Robin, porque la antigua vecina de la *Chaussée d'Antin* se aburría horriblemente en la isla de Nou, alejada de los habitantes de Noumea y de sus oficiales de marina, con los cuales estaba siempre coqueteando de una manera regular é irregular. Se trataba únicamente de un retiro pasajero; pero hay algunas mujeres que no experimentan ninguna satisfacción en la soledad, por corta que ésta sea, y no transigen con la abstinencia.

De esta manera se explica que cuando Robin, cuyas evoluciones en derredor de la casa habían sido descubiertas por la señora Prevot, pidió permiso para hablar al comisario, ésta consintió en recibirlo en ausencia de su marido, para el bien del servicio.

Sea de ello lo que quiera, el resultado fué que el día en que sir Gardiner daba aquella fiesta á bordo de su yacht, la señorita Prevot había dicho á Robin: «Con pretexto de alguna indisposición, trataré de que me traigan á tierra antes de que concluya el baile... Mi marido no se vendrá conmigo, le conozco... Se quedará dormido en un rincón del navío, y yo tendré buen cuidado de no despertarle... esté usted paseándose esta noche cerca de la playa, y cuando me vea usted llegar puede usted acompañarme... hasta la puerta de casa.»

Robin se había apresurado á obedecer, ardiendo en mayores deseos, puesto que la señora Prevot le había

dado aquella cita, vestida ya con aquel traje que tanto llamó la atención en el baile. A las doce en punto de la noche emprendió el camino que costea el mar en la parte habitada de la isla de Nou. A lo lejos se desviaba el yacht resplandeciente de luz. Algunas veces llegaban á sus oídos en alas del viento los lejanos acordes del baile, y, no pudiendo hacer otra cosa, sonaba con la que estaba bailando en el buque.

Pero ninguna embarcación se dirigía hácia la isla. ¿Se habrían olvidado de él en medio de los vapores del baile? Cansado de esperar inútilmente, acabó por decir entre sí: «Si dentro de un cuarto de hora no está aquí, me voy á mi casa y me acuesto.» Pero pasó el cuarto de hora y se concedió diez minutos más, después otros diez y siguió esperando. La historia del hombre que se enamora es siempre la misma.

Por fin, serían las dos y media de la mañana, cuando vió una barquichuela que venía desde el yacht en dirección á la isla. ¿En dónde iba á atracar? ¿En el embarcadero? No; se iba más al Norte, como si quisiese ganar tierra en las cercanías de la granja.

Sin duda era ella. No podía creerse otra cosa: desembarcaba lo más cerca que era posible de su habitación, en un lugar apartado, y para pertenecerle por completo.

Pero ¡vana esperanza! La barquichuela acababa de atracar en el sitio en que estaban colocados los fuegos artificiales. En lugar de conducir á la señora Prevot, conducía simplemente algunos polvoristas.

Y así era en efecto: estallaron algunos cohetes y empezó la fiesta... Robin se quedó mirando... no podía

hacer otra cosa. En esta contemplación vió, sobre la mar iluminada, que la embarcación emprendía nuevamente su marcha. Pero, en lugar de dirigirse hacia la Florida, caminaba en línea recta hacia el pequeño montículo de arena en que estaba apoyado. ¿Por qué?

La imaginación de un vigilante de presidio está siempre dispuesta á suponer una evasión. Robin tuvo una sospecha, y, dejando de mirar en dirección del mar, arrojó una mirada tierra adentro.

Un hombre venía corriendo en aquella dirección. Su traje parecía el de los presidiarios.

El vigilante lo comprendió todo: aquella embarcación venía á buscar un presidiario que se escapaba del penal ó de la granja.

Desapareció el amor que momentos antes sentía por la señora Prevot y se manifestó el espía, malo y feroz.

Cogió el revólver que tenía suspendido de la cintura, y, amartillándole, se puso en camino en dirección al fugitivo.

XLIX

A medida que avanzaba tranquilamente, apuntando con el revólver y con la mirada fija sobre el hombre que ya tenía delante, Robin decía entre sí: «¡Si fuera Fortier, con qué gusto le mataría!» Hacía algún tiempo que le había olvidado por los amores de la señora Prevot, y se acordaba de él en el momento en que volvía á tomar su papel.

A tres pasos de distancia reconoció á Bérard.

—¡Ah! ¡eres tú!—exclamó.—Habría preferido que fuese el otro... Pero tú eres su amigo, y casi es igual... vamos, disponte á morir... te he sorprendido en flagrante delito de fuga: te mato porque tengo derecho á ello.

—No; no tiene usted derecho á ello—dijo Bérard sin temor ninguno, pero con respiración anhelante por la carrera que llevaba.—El reglamento no le permite á usted matar á un hombre que busca el escaparse más que en el caso de que se resista... y yo no opongo ninguna resistencia.

—¡Pues bien! yo supongo que tú te resistes y está ya arreglado todo.

—Entonces es un asesinato.

—¿Quién lo sabrá ni se inquietará por ello?... No serás tú el primer condenado de que nos desembarazamos por ser molesto. Además, tú, no solamente me molestas, sino que me has hecho daño delatándome á mis jefes. ¡Ah! ¿te figuras que no he adivinado de dónde venía el golpe que recibí á bordo de la *Saone*?... Tú ya no tienes quien te proteja... te he cogido... me vengo... vas á morir.

Y apuntó con el revólver al pecho de Bérard.

Pero en aquel momento se presentó un hombre. Éste era sir Gardiner.

Al llegar á tierra, había mirado por todas partes, y se había sorprendido al no encontrar á Bérard. Después dió orden al marino que le acompañaba de que le esperase, y dió algunos paseos por la playa, llegando hasta el montecillo detrás del cual se encontraban Bérard y Robin. Al llegar allí escuchó ruido de voces, y comprendió que había sobrevenido algún accidente; dió la vuelta al montecillo, y apareció de repente, viéndose obligado á detenerse, porque Robin apoyaba en aquel momento el revólver sobre el pecho de Bérard, diciendo: «Si dais un paso hacia mí, hago fuego.»

Y al mismo tiempo dirigía su mirada sobre el recién llegado, que permanecía inmóvil á algunos pasos de distancia.

—¡Ah! ¿Es usted, caballero—dijo,—el amigo de mi comandante?... ¿Viene usted á prestarme ayuda para conducir á este hombre al penal?

—No; vengo á salvarle.

—¡Ah! ¿de veras? Ya tenía yo mis dudas. Hace al-

gún tiempo que me preguntaba: «¿Por qué sir Gardiner se está tanto tiempo en la isla de Nou? Esto no es natural, y debe haber alguna cosa... ¿Por qué se le permite circular libremente por el penal, cuando esto es una cosa completamente prohibida á los extrajeros...» Pero, si lo hubiese dicho un poco alto, me habría aumentado el arresto mi comandante, y ya tengo bastante con el que me ha impuesto por causa de Fortier... ¡Cómo se descubre todo!... La simpatía que manifestaba usted por Fortier era el pretexto para ocultar el interés que tenía usted por Bérard... Sin hablar con este último, puede usted comunicarse con él por medio del otro y preparar su fuga... Está bien: por esta vez tendré el placer de informar de todo á la Administración, y no volveré á quedar suspenso en mis funciones.

Todo este razonamiento le había hecho con el cañón del revólver apoyado siempre en el pecho de Bérard, retorciéndose el bigote con la mano izquierda y sonriendo de una manera pretenciosa. Trataba de imponerse á sir Gardiner como bien educado, lo mismo que trataba de seducir á las mujeres por su hermosura.

Pero no produjo ningún efecto: sir Gardiner, emocionado verdaderamente, pero con aparente calma, le dijo:

—Creo que haría usted mucho mejor en hablar menos y entenderse conmigo.

—¡Entenderme con usted, caballero!... Ese es mucho honor para mí... Tengá usted la bondad de explicarse.

—Me explico... en este momento está usted arrestado, y no tiene, por lo tanto, ninguna necesidad de prestar servicio... Nada le obliga á usted tampoco á estar aquí á las tres de la madrugada... Si Bérard se salva, nadie puede pedir á usted cuenta por su fuga... Póngase usted el revólver en su sitio, aléjese usted, y yo me encargo de hacer su fortuna... Mañana mismo será usted independiente y rico... Doy á usted mi palabra de honor.

Robin estuvo algunos momentos sin dar ninguna respuesta. Quizás estaba dudando. Por último, dijo:

—Antes de ser vigilante de presidio, que es un oficio que usted sin duda desprecia, he sido soldado... No quiero venderme.

—Diga usted más bien—contestó sir Gardiner—que sacrifica su interés á su venganza. Si aún le quedara el recuerdo del antiguo uniforme que vistió, no habría usted estado á punto de matar á un hombre indefenso... Un soldado no asesina... Concluyamos de una vez... ¿qué pretende usted hacer?

—Pretendo llevarme á este hombre al penal.

—¡Pues bien! Haga usted el más pequeño movimiento ó dé usted un paso, y le salto la tapa de los sesos... estoy también armado. ¡Mire usted!

—Sí, ya lo veo... pero ese arma no le sirve á usted para nada. En el momento en que siquiera trate usted de dispararme, disparo sobre Bérard... él me defiende. Conozco que la partida es igual... pero dentro de muy poco estará la ventaja de mi parte, porque dentro de una hora estará todo esto lleno de gente... nos encontrarán á los tres en este sitio, y no podrá

realizarse la evasión, que es precisamente todo lo que yo deseo.

Apenas había concluído de decir estas palabras fué violentamente cogido por detrás y derribado al suelo.

L

Era Fortier, que había derribado á Robin. Cuando Bérard se había separado de Fortier, éste permaneció en el mismo sitio, sin seguir á sus compañeros y con la mirada fija en la espesura. Tenía conciencia del riesgo que corría, y sabía perfectamente que, al retrasarse en la marcha, podía muy bien suponérselo cómplice en la evasión de Bérard, y que, como consecuencia de esto, no se le cumplirían las promesas hechas por el gobernador. En lugar de mejorar en su suerte y casarse con Marcela Hebert, permanecería quizás eternamente en la isla de Nou.

A pesar de todas estas consideraciones, Fortier seguía siempre con la vista á Bérard en su rápida carrera... Tan apasionado en sus afecciones como terrible en sus odios, se hacía este razonamiento: «Si llegan á verle y corre algún peligro, vuelo á su lado para prestarle auxilio... Me ha salvado la vida, y debo dársela si le hace falta... Además, ha sido bueno para mí:

le quiero con toda mi alma, y esto es bastante.»

A poco rato, la distancia era ya bastante grande y no veía nada. Pero una última rueda de fuegos artificiales vino á iluminar el cielo y la playa.

Entonces, Fortier creyó divisar dos hombres cerca del montecillo de arena. ¿Sin duda eran Bérard y sir Gardiner que se habían encontrado? No; Bérard no daba un paso adelante. Se hubiera creído que estaba clavado en el suelo. Poco después, el viento trajo el ruido de lejanas voces. Bérard y sir Gardiner no hubieran hablado en alta voz en semejante situación, y era seguro que lo hubieran hecho de manera que Fortier no hubiera podido oírlos.

Alguna cosa extraordinaria debía ocurrir. Pero ¿qué era ello? «¡Robin! ¡Robin! ¡Es Robin!»—dijo Fortier, que pensaba siempre en su enemigo, así como éste pensaba en él.

No vaciló un momento, y empezó á correr frenéticamente, haciendo un gran rodeo para no llegar de frente al sitio en que tenía lugar esta escena.

Llegó al montecillo de arena, y, oculto detrás, se puso á oír y á observar.

No se había engañado: era efectivamente Robin, que se ocupaba únicamente del fugitivo y de sir Gardiner, sin cuidarse de mirar hacia atrás, y sin verle por lo tanto.

Salió de su escondite, avanzando lentamente y arastrándose cuanto le fué posible.

Después, como una fiera que se dispone á caer sobre su presa, se abalanzó sobre Robin con verdadera excitación nerviosa. Sorprendido el vigilante con un

ataque tan brusco, vaciló y cayó por tierra de espaldas, escapándose el revólver de sus manos. Entonces, Fortier le puso violentamente una rodilla en el pecho para impedir que se levantara, y recogiendo el revólver, gritó:

—¡Ahora nos toca á nosotros dos! ¡Se han cambiado los papeles!... ¡tú eres el que vas á morir!

Ya iba á descargar el arma. Bérard se arrojó sobre él.

—No, no, perdónale—dijo.

—¡Perdonarle! ¡Ah! eso sería una barbaridad... ¡perdonarle, para que vaya á avisar á todos sus compañeros!... Antes de que esa gente venga, pueden ustedes estar libres; pero visitarían mañana el navío y le encontrarían, trayéndoselo aquí otra vez. ¡No! ¡no!

Siempre con la rodilla puesta sobre el pecho de su enemigo, el puño izquierdo apoyado en la cara y el revólver en la derecha, dijo á sir Gardiner y á Bérard, que estaban de pie enfrente de él:

—Además, aquí no se trata ya de ustedes... pienso en mí únicamente... si no le mato, él me hará morir, como lo ha intentado ya con la doble cadena, lejos de Marcela Hebert... ¡No quiero! ¡No quiero!... Es mi enemigo: lo mato...

Y con un movimiento rápido que nadie pudo evitar, apoyó el cañón del revólver en la frente de Robin y disparó.

—Ya son ustedes libres... ¡Adios!—dijo levantándose.

Después, sin mirar á Bérard porque no se atrevía,

echó á correr vertiginosamente, perdiéndose en la oscuridad.

Media hora después llegaba á la granja y se acercó á un pozo que á fuerza de trabajo habían abierto los presidiarios.

Empezaba á despuntar el alba, y el cielo se aclaraba por la parte de Oriente.

Cuando el pelotón que había ido á buscar los víveres al penal estuvo de vuelta en la granja, el vigilante pasó revista, lo mismo que había hecho al tiempo de salir. Faltaban dos hombres: Bérard y Fortier. Estaba ya á punto de dar la voz de alarma, jurando y maldiciendo, cuando vió á este último sacando tranquilamente agua del pozo.

—¿Qué haces ahí?—gritó acercándose;—¿no estabas con nosotros?

—No señor... me dijo usted ayer que sacara agua... y estoy haciéndolo.

El capataz no pensó en insistir más: se había puesto muy contento al encontrar á uno de los dos que le faltaban y que ya creía fugados, abrigando la esperanza de que encontraría al otro.

Estaba todavía buscando cuando sonó un cañonazo. Era el yacit la *Florida* que, al salir el sol, levaba anclas y saludaba á Noumea.

LI

Cuando el capataz adquirió el convencimiento de que Bérard había desaparecido efectivamente, dió parte al director de la granja, el cual á su vez lo hizo al director del penal de la isla de Nou. Siguiendo la costumbre establecida, salieron unos vigilantes especiales á hacer una batida en la parte desierta de la isla, que era el sitio predilecto de los que se fugaban del penal.

Aquellas investigaciones dieron por único resultado el descubrimiento del cadáver de Robin. A nadie le ocurrió la idea de suponer que esta muerte pudiera tener ninguna conexión con la fuga de Bérard, porque, si el jefe de vigilancia le hubiese sorprendido en su fuga, no sería ciertamente Robin el que hubiera muerto. Además, aun suponiendo que hubiera tenido lugar una lucha inverosímil, ¿cómo era posible suponer que hubiera muerto Robin con su mismo revólver, que se encontró á su lado, y que, según todos los indicios, parecía que se le había caído de la mano en las convulsiones de la muerte? La mayor parte de las circunstancias que aparecían en este caso demostraban con sobrado fundamento que se trataba de un suicidio. Todo parecía indicarlo: el lugar en que se había

encontrado el cuerpo y la posición de éste, así como el examen del revólver, eran indicios morales suficientes que venían á reforzarse, dada la situación de ánimo en que estaba el jefe de vigilancia hacia algún tiempo. Según la creencia general, éste estaba muy afectado por el castigo que le habían impuesto á bordo de la *Saone*, y por el que sufría por orden del comandante del penal, llegando varias personas hasta el extremo de asegurar que le habían oído decir: «Ya no me queda ninguna esperanza; es preciso que concluya todo esto.» Y estas palabras, verdaderas ó falsas, pero siempre mal comprendidas, vinieron á confirmar las primeras suposiciones.

Había también algunos que, sin poner en duda el suicidio, le atribuían á otra causa, recordando los actos y los gestos de Robin desde hacía algunos días, así como también sus idas y venidas en derredor de la casa de la señora Prevot. Se sabía que aquél se inflamaba con mucha facilidad, y suponían que se había suicidado al no ver correspondido el amor violento y súbito que sintió por la mujer del comisario de marina. Si estas gentes hubieran conocido un poco más á Robin, y sobre todo á la señora Prevot, es seguro que no se habría inventado semejante historia, porque el primero era incapaz de amar hasta ese extremo, y la segunda no tenía valor bastante para hacer desesperar á ningún hombre, cualquiera que fuese. Pero así como la verdad encuentra muchas veces incrédulos, así también los mayores absurdos suelen ser acogidos con completa confianza. Solamente hubiera podido protestar de semejante patraña la señora Prevot; pero

tuvo muy buen cuidado de hacerlo, porque el suicidio de Robin le daba cierta aureola de virtud que la completaba.

Mientras que en la isla de Nou se comprobaba la muerte de un jefe de vigilancia y la desaparición de un presidiario, el yacht la *Florida* caminaba á todo vapor, alejándose rápidamente de Noumea.

Un aviso del Estado que hubiese recibido orden de perseguirlo, habría perdido el tiempo inútilmente, porque el yacht de sir Gardiner podía desafiar en velocidad á cualquier buque.

Además, ¿con qué razón se hubiera podido perseguir un navío americano que no llevaba ninguna mercancía sospechosa? Nadie, sin embargo, dudaba de que la *Florida* acababa de llevarse del penal uno de los condenados á trabajos perpetuos. Concluidos los fuegos artificiales, que, según sir Gardiner, había él por su mano prendido, se volvió con sus convidados á cenar alegremente. La cena se prolongó hasta bien entrado el día, en que fueron marchándose las autoridades y demás convidados, deshaciéndose en alabanzas de toda clase al propietario de la *Florida* y gran periodista americano. Hasta la señora Prevot, entusiasmada por el Champagne, le enviaba á distancia cariñosos saludos, sin imaginar que pocos momentos después iba á saber la muerte de Robin, á quien había olvidado completamente durante aquella noche de placer.

A las nueve de la mañana, la *Florida* perdió de vista las costas de la Nueva Caledonia, haciendo ya bastante rato que no navegaba en aguas francesas, y,

si no se veían precisados á arribar á algún puerto francés, nadie podía reclamar su pasajero. Las leyes de extradición no son aplicables más que á las personas acusadas de algún crimen y contra las cuales esté incoado un proceso, sin que tengan acción hasta ahora contra los que estén cumpliendo condena. Sir Gardiner hubiera, pues, podido dirigirse hacia la Australia y bajar á Sydney sin que Bérard hubiera corrido el menor riesgo; pero prefirió encaminarse directamente á San Francisco, porque para un buque como el suyo este viaje era cuestión de veinticinco ó treinta días á lo más.

¡Qué viaje tan hermoso para el que ya se encontraba libre al fin! ¡Qué alegría para aquel padre y aquella hija al verse y hablarse, estrechándose el uno en el corazón del otro! Su larga separación, los sufrimientos y crueles pruebas por que habían pasado los estrechaba más aún y hacía más grande el amor que sentían en su alma. ¡Ella le amaba más por la resignación y el valor que había manifestado en su desgracia! ¡El la amaba por su sublime comportamiento!

Y ¡qué alegría también para sir Gardiner al decirse: «He conseguido lo que me había propuesto y vencido todos los obstáculos. Sin mí, habría muerto en el presidio ese hombre honrado... sin mí, la mujer que adoro!...» Pero desde que había realizado su obra tuvo una timidez mayor que nunca.

Juana comprendió todo esto y habló primero.

LII

Si; puesto que él no se atrevía á hablar de su amor, ella se atrevió á hablar del suyo.

Pero no fué una de esas humildes confesiones que se dejan arrancar las jóvenes con voz entrecortada, y tan baja, tan baja, que en lugar de oirlas es necesario adivinarlas, no: ella se expresó franca y noblemente, con voz segura y mirándole frente á frente. Hacía ya quince días próximamente que vivían juntos los tres, y habían recorrido la mitad del camino favorecidos por un tiempo hermoso, no pareciendo sino que el cielo y la mar se habían propuesto recompensarles de sus pasadas amarguras. El día estaba magnífico y el sol resplandeciente. Sentados en el puente, lejos de la tripulación, hacía un rato que estaban callados y mirándose. De repente se levantó Juana, un poco pálida, y dijo á su padre:

—¿Me permite usted, padre mío, que le diga á usted delante de sir Gardiner los sentimientos que éste me inspira?

El americano la miró lleno de admiración, comprendiendo que se trataba de alguna cosa grave, y se levantó, lo mismo que ella:

—¡Habla!—dijo.

Sir Gardiner tuvo necesidad de apoyarse contra un mástil para ocultar el temblor de sus piernas.

Ella empezó de esta manera:

—Un día, desde el fondo de vuestra prisión, me confió usted á la lealtad de sir Gardiner, diciéndole: «Protéjala usted y vele por ella... es una huérfana que le confío: sea su tator, su padre, su hermano, su amigo. El mundo pensará mal; pero ¿qué me importa el mundo? Confío en usted y en ella.» Estas eran, padre mío, palabras muy hermosas que tuvo mucha razón al pronunciarlas, porque sir Gardiner ha sido hombre de honor, como usted le había creído, y yo he sido tan honrada como usted debía conocer.

Los dos la escuchaban en silencio é inmóviles.

Juana miraba á sir Gardiner y continuó diciendo, sonriendo y con voz segura:

—A pesar de esto, nosotros hemos contraído algún mérito, no precisamente por habernos portado como personas honradas, sino por habernos dicho lo que sentíamos y pensábamos mutuamente. Teníamos la misma vida, estando juntos, lejos del mundo, en completa libertad, y en lugar de hablarme de él mismo me hablaba de usted y siempre de usted, padre mío... y sin embargo, me amaba... lo conocía perfectamente... lo veía de una manera clara... y si no, miradle: en este momento está llorando, y sus lágrimas dicen claramente: «Es verdad, es verdad... me ha comprendido usted.»

Sir Gardiner movió la cabeza de arriba á abajo para decir que sí, pero no podía hablar. Ella le miraba son-

riendo, y, sin bajar la voz ni enrojecer, continuó diciendo:

—Y mientras que su amor crecía y se entregaba completamente á nosotros dedicándonos toda su vida, yo le iba tomando cariño insensiblemente... mi corazón, que únicamente había amado á mi madre y á usted empezó á experimentar emociones desconocidas y raptos de alegría... sí, su cariño me había extrañado al principio, inspirándome alguna inquietud... pero llegó un momento en que me hizo impresión al comprenderle, diciendo para mí: «¿Por qué no se manifiesta claramente? estoy dispuesta á corresponderle... sería esto una alegría para mí.» Y no era la gratitud la que me inspiraba estos sentimientos... la gratitud no ha intervenido en nada... la pronuncié un día, y él protestó de ella con mucha razón... no es la gratitud la que me arrastra hácia él, haciendo de nuestros dos corazones uno solo; es otra cosa muy distinta y mucho mayor... ¿me permite usted, padre mío, que le diga delante de usted?... Es mi amor...

Sir Gardiner no lloraba; se había sentado, teniendo la cabeza entre las manos y sollozando.

Juana siguió diciendo á su padre:

—¿Usted no vitupera este amor y, por el contrario, le aprueba?

—Sí—dijo Bérard.

Tranquilizada por este consentimiento, y sonriendo, se dirigió á sir Gardiner y, cogiéndole las manos, se las apartó de la cara y le besó en la frente.

Sir Gardiner sintió que todo su ser se estremecía, y cogiendo aquellas manos entre las suyas, que estre-

chaba, dijo con voz anhelante y los ojos anegados en lágrimas:

—¡Qué feliz me han hecho vuestras palabras! ¡Ah, he creído que me iba á morir de felicidad! Sí, me ha adivinado usted perfectamente, y yo hubiera querido caer á vuestras plantas, diciendo: «Gracias, gracias,» pero no me era posible, ni podía. ¡Ah! ¡Dios mío! ¡Dios mío!... ¡Es esto verdad! ¡Es esto verdad! Me ama usted, Juana! ¡Juana mía! ¡Ésta es demasiada felicidad!... ¡Y usted es la que ha hablado... y yo no he dicho nada, y la he dejado á usted hablar del amor que siento por usted!... ¡Ah! Usted no conoce aún toda su fuerza ni toda su extensión... ¡Si usted supiera lo que hay aquí adentro en este corazón, la ternura que encierra y lo que siente!... No vivo más que para usted... He empezado á vivir el día en que la conocí. Me callo, me callo; expreso muy mal lo que siento.

—De ninguna manera—dijo Juana sonriendo, con las manos entre las del americano.

LIII

Tres días transcurrieron sin que hablasen una sola palabra de sus proyectos para el porvenir. ¡El porvenir! ¿Y para qué? Le conocían perfectamente: se amaban y se casarían: esto era evidente. Juana Bérard no había pensado en que él tenía una considerable fortuna, y ella no poseía nada... Esto era una razón para no mezclar la cuestión del dinero con la del corazón... Y el padre, aquel obrero de la ciencia y del estudio que había tenido estas dos afecciones desinteresadamente y de ninguna manera por el lucro que pudiese obtener, no pensó nunca en que se pudiera interpretar mal su desinterés y el de su hija.

Sir Gardiner se ocupaba mucho menos de estas cuestiones. Era rico, muy rico; participarían de su fortuna, como habían participado de su vida... Esto era muy fácil.

Estas tres personas estaban muy por encima de las pequenezas humanas y de sus preocupaciones.

Una tarde en que estaban hablando, sir Gardiner dijo con la naturalidad del mundo:

—Nos casaremos en Nueva-York, ¿no es verdad?

—No—contestó Juana,—tengo el proyecto de que nos casemos en Francia, en París.

—¡Ah!—dijo completamente admirado.

—Entonces, es que no quieres que asista á tu casamiento?—dijo Bérard.

—Al contrario, lo deseo, padre mío... Iré del brazo de usted, llena de orgullo. Quiero que la iglesia esté completamente llena.

—Pero eso es imposible, de todo punto imposible!—dijo sir Gardiner.

—Imposible—repitió Bérard.

—No, no es imposible—contestó Juana moviendo la cabeza...—Nada es imposible, puesto que sabemos querer.

Sir Gardiner guardaba silencio, empezando á comprender y recordando una conversación que había tenido con Juana, y en la cual ésta había acabado por decir: «Aunque mi padre llegue á estar libre, no quedare satisfecha con esto... quiero demostrar al mundo su inocencia... ¡No quiero que sigan creyéndole un asesino!... ¡No quiero que me crean la hija de un malvado!... ¡No quiero que se haya usted interesado por miserables asesinos!»

Pero Bérard, que no conocía las intenciones de su hija y las dudas que en ella se habían despertado al tener conocimiento del matrimonio de la princesa Lavisine, no comprendió una palabra, y dijo:

—Tú sabes perfectamente que no puedo ir á Francia... ¿Por qué me obligas á que lo diga? Si me cogiesen allí, me detendrían en seguida, me encarcelarían de nuevo y me llevarían otra vez á...

—Sí—respondió Juana;—si usted volviese á ella antes de que nosotros hayamos encontrado el verda-

dero asesino del príncipe y anulado la sentencia que pesa sobre usted.

—¿Y es esto posible?—exclamó con viveza.

—Sí, desde el momento en que quiera ayudarnos nuestro amigo.

—Con todo mi corazón. ¿Pero obtendremos resultado? Vuestras suposiciones tenían muy poco fundamento.

—No soy del mismo parecer—dijo Juana.—Se me agolpan á la imaginación con tal insistencia que las creo fundadas... Sí, sí—continuó diciendo como si hablase consigo misma;—ese matrimonio tan precipitado, que nada justifica, y que, por el contrario, todo condena... además, yo no razono, no quiero razonar, pero hay algo en mí que dice: «No te engañas, no te engañas. Vas por buen camino: estudia, mira, escucha y tú verás, oírás y sabrás lo que tienes interés en saber...» Quiero buscar, quiero encontrar, y encontraré... ¡Ah! No rehuse usted el ayudarme, mi querido Williams... Conozco perfectamente que esto retrasará nuestro matrimonio algunos meses... tenemos la vida entera para amarnos y para ser dichosos... ¡piense usted en la alegría que sentirá mi padre al ver que, en lugar de estar en un país extraño, puede volver al suyo con la cabeza descubierta y la frente erguida!... Y yo, yo, ¿qué le deberé á usted entonces?... En interés de nuestro mismo amor debemos ensayar y vencer... sería para mí un martirio constante pensar que no podrá usted nunca decir francamente el nombre de su mujer, ni hablar de su padre... Ultimamente, no tengo miedo de abordar esta cuestión... Todo cuanto pienso se lo

digo á ustedes dos. El matrimonio es la familia, ó al menos la esperanza de tenerla. ¿Qué diremos á nuestros hijos cuando nos hagan alguna pregunta?... ¡Y qué desesperación para ellos si llegan á saberlo!... Nuestro deber es pensar en ellos, ¿no es verdad, amigo mío? Usted me ayudará.

—Sí—dijo únicamente.

Algunos momentos después, añadió:

—¿Me acompañará usted á Francia?

—No—contestó Juana,—no creo que sea necesaria mi presencia. Usted lo conseguirá todo sin mí, y cuando lo haya conseguido, puesto que no dudo del éxito, iremos nosotros dos á buscarle para no separarnos nunca.

Ocho días después de esta conversación llegaron á San Francisco, desde donde se trasladaron á Nueva-York. Sir Gardiner descansó una semana, y al cabo de ella se embarcó con dirección á Inglaterra.

LIV

En el momento de llegar á París puso mano á la obra. En primer término, era necesario saber si las sospechas que se habían despertado en la imaginación de Juana, al saber el matrimonio de la princesa Lavisine

con el barón de Merieux, se apoyaban en indicios probables que dieran motivo bastante para hacer una especie de información y buscar la verdad por este nuevo camino. Cuando estuviera analizado este punto, pensaba sir Gardiner abandonar por completo el asunto ó dedicar á él toda su actividad si sus primeros informes daban la razón á Juana. En ambos casos, y cualquiera que fuese el resultado que obtuviera, no podía tardar mucho tiempo en volverse al lado de la que tanto amaba, y cuya ausencia le hacía sufrir terriblemente.

Hacia únicamente dos días que estaba en París, cuando su ayuda de cámara le anunció que deseaba verle una persona que, según aseguraba, era esperada.

—Hacedla entrar—dijo.

Pasados algunos segundos se abrió la puerta para dar paso á una mujer de unos treinta años, más bien fea que hermosa, pero de aspecto inteligente.

—Me han asegurado—dijo con bastante desenvoltura—que el señor deseaba hablarme, y me he apresurado á venir en cuanto he podido, para ponerme á sus órdenes.

—¿Cómo se llama usted?—preguntó sir Gardiner.

—Blanca Burtin, señor.

—Está bien... á usted era á quien yo deseaba hablar... ¿Es usted la primera doncella de la princesa Lavisine?

—Hej baronesa de Merieux, caballero.

—¿Estaba usted á su servicio antes de su segundo matrimonio?

—Sí señor; sirvo á la señora princesa desde hace tres años.

—¿Sabe alguien que la he mandado á usted llamar?

—Nadie. No tengo la costumbre de contar mis asuntos.

—¿Cuando usted se ha apresurado á venir, es que me conoce usted?

—Todo el mundo conoce de nombre y de reputación á sir Gardiner.

—¿Está usted dispuesta á serme útil?

—Seguramente... he dicho que conocía á usted de nombre, lo cual significa que conozco su generosidad.

—Creo que lo seré con usted... aquí tiene dos mil francos, que servirán como de señal á otros diez mil que tendré el gusto de entregarle dentro de pocos minutos, si me responde con entera franqueza á algunas preguntas.

—El señor puede estar completamente seguro de que á ese precio le diré todo cuanto sepa sin ninguna reserva... Como la señora princesa no me ha confiado nunca sus secretos, no la haré traición.

—Si ella no los ha confiado, usted ha sabido adivinarlos, ¿no es verdad?

—Aproximadamente, sí señor... Éste era mi deber como doncella.

—¿Era el barón de Merieux el amante de la princesa antes de casarse con ella?

—Sí señor; estoy segura de ello.

—¿Cuánto tiempo?

—Unos seis meses.

—¿Suponía alguna cosa el príncipe Lavisine?

—Nada absolutamente, señor; creía que era adorado, porque, siguiendo la costumbre, la princesa estaba

más amable á medida que le engañaba más. Precisamente su misma amabilidad fué lo que me hizo abrigar mis primeras sospechas. Los criados reparamos en todo.

Sir Gardiner miró fijamente á Blanca Burtin, y la dijo:

—Entonces, es fácil que haya usted observado alguna particularidad en la muerte del príncipe.

—Nada, absolutamente nada... Si hubiese visto ó oído alguna cosa digna de mencionarse, me apresuraría á decirselo á usted, plenamente persuadida de que aumentaría la suma prometida... Pero quiero ganar honradamente mi paga, diciendo la verdad únicamente.

—Tiene usted razón... ¿Han estado mucho tiempo sin verse el barón y la viuda después de la muerte del príncipe?

—Algunos días... Por discreción, ó quizás por otro sentimiento, el barón no se presentaba en el palacio.

—¿Qué quiere usted decir por otro sentimiento?

—Quiero decir con esto que el señor barón quería hacerse desear.

—¿Estaba muy enamorado?

—Oh! me parece que no estaba mucho... La señora no es muy hermosa, y en cambio el señor barón pasa por ser uno de los hombres que han tenido suerte con las mujeres más hermosas de París.

—¿Y qué deduce usted de eso?

—Que por aquella época él debía pensar: «Hoy está viuda. ¡Si me casaré con ella!»

—¡Ah! ¿usted cree?...

—Creo que el señor barón es muy inteligente, muy fino y muy...

—¿Y muy qué?

—Y muy truhán.

—No le quiere usted muy bien.

—Me es completamente indiferente, porque nunca me ha hecho mal... Digo lo que siento ingenuamente, puesto que usted me hace la honra de dar cierta importancia á mi opinión.

—Y la princesa, ¿cómo la trata á usted?

—Como á una doncella cualquiera... Esto precisamente es lo que me permite responder á las preguntas que tiene usted la bondad de hacerme y aceptar la suma que ha tenido la atención de ofrecerme.

—Y que entrego á usted inmediatamente... ¡Tome usted esos billetes! Todavía hay algunos más en el cajón de mi mesa.

LV

Tan luégo como Blanca Burtin dobló cuidadosamente sus billetes de Banco, le dijo sir Gardiner:

—Después de haberse hecho desear algún tiempo, según la frase de usted, ¿el barón de Merieux se presentó en el palacio?

—Sí señor, y no salió de él ya hasta que se marchó con la señora princesa á unos baños de mar.

—¡Ah!... ¿Y han estado allí mucho tiempo?

—Todo el verano... Cuando la señora volvió á París tuve que decirle al poco tiempo: «Esta vez está completamente enamorada... El barón ha hecho muy bien la comedia, y se casará con ella.»

—¿Y viven en buena armonía desde que se han casado?

—Así, así.

—¡Ah! ¿Se aman menos?

—La señora le ama lo mismo, y quizás más; pero el señor está tibio, muy tibio, y se comprende durante la viudez, y cuando deseaba casarse con ella, ha debido hacer grandes alardes de fuerza y de amabilidad... hoy, que ha conseguido su objeto, es otra cosa, y tiene razón, porque la señora es muy exigente.

—¿Y cómo sabe usted eso?

—¡Oh! Una doncella algo experimentada averigua siempre esas cosas... como no tenemos diversiones que puedan distraernos, nos entretenemos en observar, llegando algunas veces á ver y oír sin querer... Esto nos permite conocer íntimamente la vida de nuestros amos.

—Entonces, quiere decir que, gracias á vuestras observaciones, ha sorprendido usted alguna escena entre el barón y la princesa?

—Sí señor: la señora se lamentaba, diciendo que su marido no era ya el mismo, y el señor barón se esforzaba inútilmente en demostrar que era precisamente lo contrario.

—Creo que el señor barón es muy inteligente, muy fino y muy...

—¿Y muy qué?

—Y muy truhán.

—No le quiere usted muy bien.

—Me es completamente indiferente, porque nunca me ha hecho mal... Digo lo que siento ingenuamente, puesto que usted me hace la honra de dar cierta importancia á mi opinión.

—Y la princesa, ¿cómo la trata á usted?

—Como á una doncella cualquiera... Esto precisamente es lo que me permite responder á las preguntas que tiene usted la bondad de hacerme y aceptar la suma que ha tenido la atención de ofrecerme.

—Y que entrego á usted inmediatamente... ¡Tome usted esos billetes! Todavía hay algunos más en el cajón de mi mesa.

LV

Tan luégo como Blanca Burtin dobló cuidadosamente sus billetes de Banco, le dijo sir Gardiner:

—Después de haberse hecho desear algún tiempo, según la frase de usted, ¿el barón de Merieux se presentó en el palacio?

—Sí señor, y no salió de él ya hasta que se marchó con la señora princesa á unos baños de mar.

—¡Ah!... ¿Y han estado allí mucho tiempo?

—Todo el verano... Cuando la señora volvió á París tuve que decirle al poco tiempo: «Esta vez está completamente enamorada... El barón ha hecho muy bien la comedia, y se casará con ella.»

—¿Y viven en buena armonía desde que se han casado?

—Así, así.

—¡Ah! ¿Se aman menos?

—La señora le ama lo mismo, y quizás más; pero el señor está tibio, muy tibio, y se comprende durante la viudez, y cuando deseaba casarse con ella, ha debido hacer grandes alardes de fuerza y de amabilidad... hoy, que ha conseguido su objeto, es otra cosa, y tiene razón, porque la señora es muy exigente.

—¿Y cómo sabe usted eso?

—¡Oh! Una doncella algo experimentada averigua siempre esas cosas... como no tenemos diversiones que puedan distraernos, nos entretenemos en observar, llegando algunas veces á ver y oír sin querer... Esto nos permite conocer íntimamente la vida de nuestros amos.

—Entonces, quiere decir que, gracias á vuestras observaciones, ha sorprendido usted alguna escena entre el barón y la princesa?

—Sí señor: la señora se lamentaba, diciendo que su marido no era ya el mismo, y el señor barón se esforzaba inútilmente en demostrar que era precisamente lo contrario.

—Y esa frialdad puede provenir de la fatiga y de la soledad, ó porque el barón tenga algún otro devaneo?

—¡Oh! lo que es eso, no señor... no engaña á su mujer... además, esto no le sería posible, porque ella le tiene demasiado sujeto... él tiene necesidad de ella muchas veces.

—¿Necesidad de ella?

—Sí; necesita todos los días la firma de la señora princesa.

—¿Su firma? ¿Para qué?

—Para vender valores ó inmuebles de París ó de Rusia.

—¿Pues cómo! ¿están en esa situación?... El príncipe Lavisiñe pasa por haber dejado á su viuda una fortuna que asciende á cerca de cincuenta millones...

—Que el señor barón está en camino de comerse... Según mis cálculos, y lo que yo tengo oído, ha devorado ya más de diez millones.

—¡Diez millones! ¿En qué?

—No lo sé, señor.

—Pues eso es precisamente lo que era necesario saber—dijo para sí sir Gardiner, interesándose vivamente.

—Y la princesa ¿no se resiste á prestar su firma?—continuó preguntando sir Gardiner.

—¡Oh! ¡sí señor! Pero cuando el barón quiere vencerla es tan elocuente como antes de casarse, y la señora no sabe resistir entonces.

Sir Gardiner reflexionó un momento, con los codos apoyados sobre su bufete y la cabeza entre las manos. Después preguntó á Blanca Burtin:

—Según lo que usted acaba de decirme, la princesa únicamente puede reprochar á su marido el amarle un poco menos y gastar mucho dinero... pero ¿no ha presenciado usted nunca una de esas escenas de celos en que se llega á decir palabras duras, echándose en cara el pasado de una manera violenta?

—No señor... ¿Por qué había de tener lugar entre ellos ninguna escena de celos? Según decía á usted hace un momento, el señor barón no se separa de la señora, y no tiene ninguna distracción fuera de casa.

—¿Le falta gana de tenerla?

—¡Oh! lo que es eso, no; ha corrido demasiado en otro tiempo para querer hacerse ermitaño tan pronto.

—Sí, pero está cansado por su última carrera—dijo entonces sir Gardiner.

—¡Oh! A su edad—replicó Blanca Burtin,—y con la robustez que él aparenta tener, correría todavía un poco si encontrase alguna buena ocasión y alguna cosa nueva, aunque no fuese más que por cambiar. Piense usted también en que una misma mujer durante cerca de dos años es demasiado para él. Pero no puede hacer otra cosa, porque está verdaderamente secuestrado y sale siempre con ella.

—Pues bien; si él no sale, ¿qué haría encontrando en casa esa ocasión?

—Eso sería diferente... pero ¿cómo había de encontrarla?

—Cuando se busca bien... ¿No tiene la princesa ninguna señora ó señorita de compañía?

—No señor. Mi ama detesta la sociedad de las mujeres.

—Otra cosa... ¿no me ha dicho usted que es la primera doncella? esto quiere decir que hay una segunda.

—Si señor, pero ésta no se acerca nunca á la señora y casi no la conoce... cuida la ropa blanca y los vestidos y no depende más que de mí... en este momento estoy sola, porque se ha ido la que estaba.

—¿No tiene usted poderes para reemplazarla?

—Sí, estoy buscando una.

—No busque usted... yo tengo lo que necesita... dentro de muy poco le enviaré una de confianza.

—Será muy hermosa —dijo sonriendo Blanca Burtin.

—Muy hermosa. Veo que me ha comprendido perfectamente... si á la inteligencia que usted me ha demostrado una discreción absoluta, yo le prometo que tiene asegurada su fortuna antes de un mes... Ahora, puede retirarse: llamaré á usted cuando la necesite.

LVI

A pesar del amor que sir Gardiner sentía por Juana Bérard, había acogido lleno de desconfianza las sospechas de esta última y se había entregado sin entusiasmo á tomar informes de la princesa Lavinie y

del barón de Merieux. Sin embargo, después de la conversación que tuvo con Blanca Burtin, empezó á sospechar también, basándose, no en presentimientos, sino en sospechas y hechos que tomaban forma y cuerpo.

Había dos puntos que le habían llamado la atención: el barón de Merieux era innegablemente el amante de la princesa Lavinie antes de la muerte del príncipe, y aquella muerte inesperada, y efecto de un accidente, había venido muy á tiempo para proporcionar un gran casamiento á un hombre arruinado y agobiado por las deudas. ¿No había con esto motivo suficiente para preguntarse si el barón, cuya moralidad era dudosa, habría provocado más ó menos directamente aquella catástrofe?

Otro punto había que, según sir Gardiner, era mucho más digno de estudio. ¿Adónde iban y en qué se empleaban los millones de la princesa que devoraba Merieux, según Blanca Burtin afirmaba, y que seguramente había dicho verdad? Suponiendo que el barón tuviese deudas, ¿era muy admisible que llegasen éstas á la respetable suma de diez millones, y sobre todo, que se hubiera dado tanta prisa en pagarlas? ¿No era más razonable suponer que lo que pagaba era más bien alguna misteriosa complicidad?

Decidido á resolver lo más pronto posible todas estas cuestiones, que para él tenían tanto interés, sir Gardiner puso inmediatamente en ejecución su proyecto, cuyo inmediato resultado había de tener por objeto el desenlace de la historia que fielmente nar-
ramos.

En el momento en que salió Blanca Burtin, sir Gardiner se fué á casa de Léa, que vivía en la calle de Mosnier, aquella Léa de cabellos rojos y boca irresistible que en otro tiempo no tuvo buen éxito con el magistrado que debió seducir, porque, demasiado ardiente y fácil por costumbre, en lugar de retrasar su caída hasta el día siguiente á la casación de la sentencia, cayó la vispera en brazos del magistrado ponente. Pero, aunque probablemente ella no volvería á tener esta inadvertencia, en este segundo caso no sería falta lo que lo fué en aquél.

En el momento de presentarse sir Gardiner en casa de Léa, ésta le recibió con las mismas palabras de otro tiempo:

—¡Cómo! ¡Eres tú, querido mío! hace un siglo que no te he visto... ¿Qué has hecho en todo este tiempo?

—He viajado.

—Es verdad... tú viajas siempre recorriendo todo el mundo; te pareces al Judío Errante. Pero tú tienes algo más que él en el bolsillo.

—Afortunadamente para mí—dijo sir Gardiner,— y para usted.

—¿Y para mí también? ¿Acaso me traes de tus viajes algún recuerdo?

—Quizás.

—¿Quién me lo trae, el amigo?

—Efectivamente, así es.

—¡Oh! Aunque yo no quisiera que fuese así, sería igual... me acuerdo de los últimos jaques que te di, y que permaneciste frío como la nieve... ¿Te dura eso todavía?

—Ahora estoy helado completamente, porque vengo del Polo Norte.

—Pero aquí estamos debajo de los Trópicos y puedes muy bien fundirte.

—No, no lo esperes.

—Entonces, ¿será que ya no estoy hermosa?

—Al contrario, lo está usted más que nunca... ha mejorado usted mucho.

—¡Oh! no tanto—dijo sonriendo; después añadió:—Para que me admires de esa manera y me desprecies al mismo tiempo, es menester que estés enamorado.

—Había suplicado á usted que no me hablase nunca de semejante cosa.

—Es verdad... dispénsame.

Ella fué á sentarse enfrente de él, y tratando de tomar un aire serio, dijo:

—¿Qué es lo que me proporciona la honra de su visita, caballero?

—Vengo á pedir á usted un servicio.

—Lo dudo mucho... ¿Un servicio del mismo género que el otro?

—Se asemeja un poco.

—¡Pero si no tuve buen éxito en el primero!

—Hoy le tendrá usted: se trata de cosa mucho más fácil.

—Me alegro mucho, porque tus reconvenções me fueron muy sensibles.

—Pero confiese usted que yo me porté de la misma manera que si hubiese usted merecido elogios solamente.

- Lo confieso... Eres encantador.
- Esta vez se felicitará usted anticipadamente por haberme prestado un servicio.
- No hablemos de cuestiones enojosas, y dime en seguida de qué se trata.
- ¿Estamos completamente solos?
- Solos completamente.
- ¿No hay nadie en la habitación inmediata?
- Nadie... ¡Qué desconfiado eres! ¿Tan grave es la cosa?
- Puede que llegue á serlo, aunque no para usted... En este asunto he reservado á usted el papel alegre...
- Me gusta más eso.

LVII

- En primer lugar—dijo sir Gardiner, sentado enfrente de Léa,—le suplico que me responda á esta pregunta: ¿Conoce usted al barón Carlos de Merieux?
- ¿El barón Carlos de Merieux?...—preguntó ella, rebuscando entre sus numerosos recuerdos.—Sí, creo haberle oído nombrar... Pero nada más que eso.
- ¿Está usted segura de que eso es todo?

- ¡Segura!... Eso es mucho exigir... Para estar completamente segura, es necesario á lo menos ver al barón, y ni aun eso es bastante, porque, como ha conocido uno tanta gente, á lo mejor se confunde... ¿A qué se dedica ese señor Merieux?
- A comer millones.
- Pues que me convide á almorzar.
- A almorzar, es mucho; pero quizá le invite á usted á tomar un *lunch*.
- Si en el *lunch* hay millones, acepto en seguida.
- ¿Entonces, será muy rico?
- Su mujer es la que es rica... Está casado con la princesa rusa Sofia Lavisine.
- ¿Me hubieras dicho eso desde el principio!—exclamó Léa,—y habría comprendido en seguida lo que querías decirme... El barón de Merieux... un joven guapo y elegante, que es muy amable con las mujeres... Antes de su matrimonio, que lo descompuso todo, estuvieron á punto de presentármelo.
- Entonces, ¿la conoce á usted?
- No; yo era quien le conocía, pero solamente de vista... ahora estoy completamente segura... dime, ¿es acaso con él con quien tengo que llenar la misión que me confiaste para con el magistrado?
- Sí.
- Acepto... esto será más entretenido... el magistrado aquél no me llamaba la atención, y el barón, en cambio... Pero estoy pensando una cosa... ¿será necesario resistir, lo mismo que al otro?
- ¡Oh! ¡lo mismo que al otro!
- Es verdad... ya me acuerdo... me resistí poco

tiempo: sin embargo, lo hice durante un mes... esto sería demasiado para el barón de Merieux.

—Esté usted tranquila... con algunos días es bastante... el tiempo necesario para que la conozca á usted y la desee.

—Está dicho... ¿en dónde se le ve?

—En su casa.

—¿Cómo en su casa! ¡Pues si está casado!

—No es inconveniente.

—¿Me recibirá á pesar de esto?

—No, pero la verá á usted.

—No lo entiendo... ¿cómo va á poder verme en su casa si no me recibe?

—Ahora lo comprenderá usted todo... vamos á otra pregunta: ¿Le gusta á usted hacer alguna comedia?

—Me vuelvo loca por ellas... Si no estoy en el teatro es porque esto me salía muy caro, puesto que tenía que perder todas las tardes en los ensayos.

—¿Ha tenido usted alguna vez el papel de doncella?

—Siempre he representado ése.

—Pues bien, ¿qué diría usted si yo le diese ese mismo papel en mi comedia?

—Estaría gracioso... ¿Habrá buenas utilidades?

—Magníficas... Cien luises diarios.

—¡Cien luises diarios! ¡á mí, que no he ganado más que cien francos mensuales!... bien es verdad que siempre resultaba con ciento cincuenta de multa por llegar tarde.

—Lo que le ofrezco á usted es algo mejor.

—No cabe duda... ¿me darán también de comer?

—De comer y ropa limpia...

—¿Y de vestir?

—Naturalmente.

—¿Pero me van á sentar á la mesa con las verdaderas doncellas?... Esto sería algo enojoso, aun con los cien luises diarios.

—No; yo haré de modo que la sirvan á usted aparte.

—Entonces, está muy bien... ¿Cual será mi obligación? ¿Vestir á la señora?

—No; usted no la verá nunca... verá únicamente á su marido.

—¿Al barón de Merieux?... está bien... ¡Me encomiendas la misión de ir á seducirle en el domicilio conyugal!... Eso es muy delicado... ¿Y cuál es tu objeto en esto? ¿Puedo hacerte esta pregunta?

—Sí... ha sabido usted ser discreta en el otro asunto, y estoy seguro de que en éste lo será usted mucho más, mi querida Léa, puesto que no se trata únicamente de cien luises diarios, sino de una renta que tendré el placer de asegurar á usted.

—¡Una renta! ¿Me va á ser posible poner en mis tarjetas: «Léa, propietaria de papel del Estado, calle Mosnier.»

—También podrá usted comprar con el capital de esa renta una casa, y ser propietaria.

—¡Propietaria! ¡Mi sueño! Dígame pronto, ¿de qué se trata?

—¿De que se trata? Reúna usted sus recuerdos y lo encontrará.

—¿Qué recuerdos?

—Este nombre y este título de la princesa Lavisine ¿no le dicen á usted nada?

—Nada.

—Lo extraño mucho.

—Lo aseguro.

—Busque usted bien.

—Busco... Espera usted... El marido de esa princesa fué asesinado hace dos años.

—Se acerca usted.

—Eso es, eso es... El asesino ha sido condenado á trabajos forzados por toda la vida... Usted se interesó por él y quiso salvarle, encargándome la misión de conducir al magistrado ponente.

—Habéis comprendido.

—¿De modo que ésta es la continuación del mismo asunto?

—Perfectamente.

LVIII

Léa reflexionó un momento, haciendo esfuerzos para reunir sus recuerdos, y acercándose á sir Gardiner, dijo:

—Vamos á ver: un hombre ha sido condenado, y se le cree asesino del príncipe Lavisine... Ya me voy

acordando... Tú creías en su inocencia, y me encargaste de una misión que confieso cumplí muy mal... Después no he vuelto á verte... ¿Qué ha sucedido?

—Lo que debía suceder... El condenado ha ido á presidio.

—¿Y está allí todavía?

—Sin duda.

—¿Tú persistes en querer salvarle?

—Persisto en querer probar su inocencia.

—Y me escoges para ayudarte á presentar las pruebas: está bien; pero me parece que yo podría ser mucho más útil si supiese de una manera segura adónde voy, qué es lo que debo hacer, y cuál el objeto que me propongo... Además, ¿por qué me envías á la misma casa en que se ha cometido el crimen?

—Una mujer tan inteligente como usted debiera haberlo comprendido ya... Usted podrá tomar notas sobre el terreno, averiguar algún detalle que se haya podido escapar á la justicia.

—¿Te figuras que al cabo de dos años?...

—Precisamente... en la época del crimen, y cuando empezó á instruirse el proceso, tomaban toda clase de precauciones, y nadie se atrevía á hablar... Hoy no existe ya ningún temor, y es consiguiente que no se tendrá la misma reserva, y puede escaparse alguna palabra.

—¿Respecto de quién? ¿De los criados? En la mesa es donde éstos suelen hablar más, y hace muy poco que acabas de decirme que yo no comeré con ellos.

—No se trata de los criados—dijo sir Gardiner.

Léa le miró sonriendo.

—Si, es verdad, está el ama... Pero también me has dicho que no tendré con ella ningún punto de contacto... ¿Cómo se explica esto?

—Porque, si ella la viese á usted, se apresuraría á echarla á la calle... Una mujer que está enamorada de su marido, y éste tiene fama de haber amado mucho y con felicidad, sin reparar en clases sociales, sería absurdo que conservase á su lado una mujer tan hermosa como usted, y la princesa es incapaz de este absurdo.

—Está muy bien... Evitaré que me vea... No sé de qué manera... Pero tú, sin duda, lo habrás ya preparado, ¿no es verdad?

—Evidentemente... Usted encontrará allí una aliada, que es Blanca Burtin, primera doncella.

—¡Cómo!—exclamó Léa,—¿no voy á ser más que segunda doncella, y voy á estar dependiendo de otra criada, en lugar de tener por ama á la princesa? ¡Ah, lo que es esto tiene mucha gracia!

Se echó á reír con todas sus fuerzas y de la manera más coqueta posible, para ver si podía despertar en sir Gardiner sus antiguos recuerdos. Pero cuando vió que su táctica no producía ningún efecto, se detuvo pensando en el título de renta.

—¿Es decir—continuó Léa,—que no he de tener ningún punto de contacto con la princesa Lavisine, y que solamente existirán relaciones agradables con su marido?

—Eso es precisamente.

—Me parece bien... pero no veo todavía lo que pue-

des ir ganando en esto. ¿Qué noticias puedo yo tener respecto del asesinato del príncipe, estando en contacto con el barón únicamente? ¿Qué puede decirme éste?

—Hasta ahora no se sabe—dijo sir Gardiner.

—¡Ah! ¿usted cree que?...

—Yo no creo nada, busco solamente.

Léa reflexionó un poco y continuó diciendo:

—Supongamos que quiera decir algo: ¿es razonable suponer que haga confidencias á una desconocida, y además doncella de labor, aunque ésta le inspire un vivo interés?

—¿Me tiene usted por imbécil?—preguntó sir Gardiner.

—Hasta el presente te he tenido por todo lo contrario.

—Entonces, no suponga usted en mí ideas ridículas... sé perfectamente que el barón de Merieux no la tomará á usted por confidente, pero...

—¿Pero qué? No veo nada.

—Va usted á verlo... Cuando haya usted conseguido con sus coquetterías lo que nos proponemos... le dará usted una cita.

—¿Aquí, en mi casa?

—No, en la suya, en el hotel, sin que tenga usted necesidad de incomodarse.

—Ea el domicilio conyugal!... ¡Eso es peligroso!... Puede sorprendernos la princesa.

—Eso es precisamente lo que vamos buscando.

—¡Oh!

—¿Tiene usted miedo?

—De ninguna manera! Me he encontrado ya en cir-

cunstancias parecidas y he salido de ellas sin proceso y sin vitriolo... Un día me dijo una mujer casada: «Señorita, doy á usted las gracias por haberse encargado de mi marido: suplico á usted que le guarde todo el tiempo que le sea posible.»

—La princesa Lavisine no le dirá á usted eso... es mucho más seguro que habrá una terrible escena de celos entre ella y el barón.

—¿Y qué?

—Que de esta escena—dijo sir Gardiner levantándose—aparecerá la verdad que hace tiempo estoy buscando.

LIX

Léa permaneció en silencio durante algunos segundos, reflexionando sobre las últimas palabras de sir Gardiner. Levantó la cabeza y dijo:

—Sí, la idea es buena... todo puede esperarse de los celos de una mujer, y mucho más si es princesa. Pero, entonces, no es el papel de una doncella coqueta y seductora el que voy á representar... estoy pura y simplemente encargada de perseguir un asunto criminal y ocupar el puesto de un agente de policía.

—No; usted no va á hacer el papel de espía... us-

ted lo que va á hacer únicamente es provocar una escena que otros escucharán y después referirán.

—Es verdad... tú has dicho la palabra... provooco... soy un agente provocador.

—Y sobre todo, usted se convierte en propietaria, que significa ya algo, prescindiendo de que, después de todo, usted realiza una buena acción.

—¿Els verdad?

—Sin duda alguna... Según mi íntima convicción, la justicia ha condenado un inocente... nosotros, en otro tiempo, hemos ensayado juntos el salvarle, sin poderlo conseguir... hoy hacemos un nuevo esfuerzo... ¿no sentirá usted una gran satisfacción si triunfamos?

—Ya lo creo!... así podré rescatar alguna de las faltas que he cometido.

—Entonces, no hay más que hablar.

—Espera un poco... déjame contar.

Léa se puso á contar por los dedos.

—Cien luises por día como gajes... títulos de la renta... del tres por ciento, ¿no es verdad?

—Serán del tres por ciento.

—Bueno... no pregunto á cuánto ascenderá la renta, porque estoy segura que saldré ganando dejándolo á tu voluntad... es decir, gajes magníficos, títulos de la renta, un buen mózo á quien seducir y una buena acción que realizar... Acepto.

Léa presentó su mano á sir Gardiner.

Éste le estrechó la punta de los dedos por cortesía, y le dijo:

—¿Cuándo piensa usted entrar en sus nuevas funciones?

—¿Es decir, que cuándo ocuparé mi puesto de segunda doncella? Lo más pronto posible, porque tengo cita hoy, mañana y pasado.

—Déjelas usted.

—Eso es lo mejor que puedo hacer, porque una cita trae otras, y así no se concluye nunca... está bien; pasaré a mis amigos y conocidos una circular en que les diga me he visto obligada a marcharme de París porque se me ha puesto una tía enferma de gravedad... aunque esto no es nuevo, siempre da buen resultado... Esta misma tarde pasaré la circular y podré presentarme mañana mismo... ¿en dónde?

—En el antiguo hotel Lavisine, parque de Monceau.

—¡Magnífico inmueble!... lo conozco... me presentaré sin hacer ruido, lo más discretamente que me sea posible.

—Eso es; Blanca Burtin la espera a usted: se apresurará a conducirla inmediatamente al cuarto que la tiene reservado.

—A mi celda... desde mañana soy reclusa... ¿En qué tendré que ocuparme?

—En nada... en pensar en el dueño de la casa y hacer de modo que él piense en usted.

—¡Oh! No tardará mucho en suceder eso... A propósito, ¿qué traje debo usar?

—Uno acondicionado para una segunda doncella... un traje sencillo.

—¿Tan sencillo como éste?

—Sí, es necesario... ¡supongo que no querrá usted rivalizar en elegancia con la princesa!

—No; pero ¿y si estoy fea?

—Usted no puede estarlo, amiga mía.

—Ten cuidado, que empiezas a decirme galanteorías.

—Para que se convenza usted... la sencillez del traje, lejos de perjudicarla, servirá para que el barón, que debe estar harto del lujo de su mujer, ame el contraste.

—¡Ah! ¡verdaderamente eres parisién, aunque has nacido americano!

—Todo queda arreglado... me marcho.

—¿Cuándo volveré a verte? Dentro de otros dos años.

—No, en el momento en que tenga usted algo que decirme.

—¿Y podré abandonar mi celda antes de cumplir el tiempo que he de estar allí?

—Sin duda alguna, si es para ponerme al corriente de lo que ocurra y para recibir nuevas instrucciones si fuese necesario.

Sir Gardiner se despidió de Léa y se fué a su casa para escribir a la señorita Bérard, diciéndole que el asunto marchaba en buen camino y que abrigaba alguna esperanza, sin entrar en más detalles. Aquella mujer que él amaba, aun de lejos, no debía, a su juicio, mezclarse en la trama que estaba ardiendo, ni conocer los medios de que se estaba valiendo, que estaban en cierto modo justificados, dada la importancia del objeto que se proponía. Pero quería guardar para sí toda la responsabilidad y ahorrar a Juana el más pequeño remordimiento.

Ocho días habían transcurrido, cuando una mañana recibió la visita de Léa.

LX

Ésta entró en el gabinete de sir Gardiner mirando por todas partes, hasta que se convenció de que nadie les esenchaba, y dijo:

—Ya está hecho.

—¿Ha triunfado usted ya?

—¡Pues no faltaba más!... eso era visto.

—¿Y en qué ha triunfado usted?

—En inspirarle un capricho más violento aún que el mismo amor; uno de esos caprichos que asemejan una tempestad que estalla fulminando rayos y pasa en un momento.

—¡Qué bien lo dice usted!

—He recibido alguna instrucción y la manifiesto algunas veces.

—¿No será usted muy desgraciada en su nueva posición?

—No, y doy gracias por ello... el barón de Merieux es encantador, aunque ya está algo cansado; pero su mirada es todavía ardiente, y sus labios seductores.

—¿De qué manera ha hecho usted conocimiento con él?—preguntó Gardiner.

—¡Oh! de la manera más sencilla... es necesario referirlo desde el principio.

—Si no le molesta á usted...

—Llego al hotel Lavisine, con este traje... ¿cómo le encuentra usted?

—Muy bien. A pesar de su sencillez, hace resaltar admirablemente el talle, el busto y las caderas.

—¿No es verdad? Me distraigo mucho allí dentro... llego, pues, y pregunto por Blanca Burtin, que se presenta con toda su fealdad y me hace descubrir la cara, me inspecciona de una mirada y parece como que está diciendo en su interior: «Está muy bien: esto es lo que hace falta, y sir Gardiner ha estado muy acertado.» Me indica que la siga, y después de atravesar un patio completamente desierto, subimos por una escalera de servicio sin que nadie nos vea... el momento se ha escogido con gran oportunidad, porque todo el mundo está comiendo... Blanca abre una puerta y me introduce en el cuarto de la ropa blanca, diciéndome: «Aquí estará usted durante el día, y por la noche se acostará usted en ese gabinete que está situado junto al mío.» Después me hizo varias preguntas á que no respondí, porque lo juzgué inútil, y concertamos un plan para el día siguiente.

—Veamos, pues, al día siguiente—dijo sir Gardiner.

—Por la mañana temprano vino Blanca á decirme: «La princesa está en la sala de baño, y permanecerá en ella dos horas... tenemos tiempo de andar por el

hotel sin que ella nos vea... sigame usted y me ayudará á arreglar el tocador, por donde seguramente pasará el señor barón...» Obedezco; y entramos en el tocador... el barón de Merieux entra á poco rato buscando á su mujer y se encuentra conmigo... se para sorprendido, y me mira con una de esas miradas que hablan... y se marcha.

—¿Pero no tarda en volver?

—Has acertado... Blanca Burtin, que no dudó un momento de que volvería, se había ido por discreción al cuarto de dormir... El barón se me acercó preguntándome:—¿Está usted al servicio de mi mujer, señorita?—Sí señor, desde ayer—contesté con voz tímida y bajando la vista de esta manera...—¿Ha sido la princesa la que ha tomado á usted?—No señor; ha sido la señorita Burtin, que tenía necesidad de una ayudanta... no soy más que segunda doncella...—Ea usted muy bonita para ser segunda doncella.—¡Oh, señor! no me diga usted eso, me da miedo.—¿Por qué?—Porque, desde hace un mes que estoy en París, no he podido colocarme en una buena casa... los años no me ponían mala cara, al contrario... pero las amas me decían después de haberme visto: «No, no me conviene usted; es usted demasiado bonita.» Y sin embargo, no es culpa mía si soy regular, y me parece que no es ésta una razón para que se me impida el ganarme la vida.

Léa se detuvo mirando á sir Gardiner.

—¿Qué te parece este diálogo?—preguntó.

—Muy bueno... ¿qué resultado produjo?

—Uno muy inmediato... El barón me dijo bajando

la voz: «Sería para mí muy sensible el ver que perdía usted su posición; y puesto que usted tiene miedo de las mujeres casadas, es menester que éstas no la vean á usted. Esto es muy fácil en este hotel, que es tan grande.»

—No lo dudo.

—En el mismo día, á la hora en que recibe su mujer, ha entrado, como por casualidad, en el cuarto de costura, y ha vuelto á la mañana siguiente, y al medio día, siempre por casualidad. La primera vez, se contentó con hablarme, diciéndome algunas galanterías... después, me ha cogido la cintura y ha querido abrazarme... por espacio de dos días he resistido; pero al tercero me ha dejado dar algunos besos, bien inocentes por cierto... desde ayer han perdido ya algo de su inocencia. Así es que el barón me ha suplicado que le dé una cita fuera del cuarto de la costura, en que es muy fácil que entre cualquiera... Ya le he llevado al punto en que tú querías colocarle: ¿qué es necesario hacer ahora, amo mío?

—Es menester—dijo sir Gardiner sonriendo—volverse en seguida al hotel Lavisine y decirle á Blanca Burtin que venga á verme hoy mismo, y esperar.

—¿Esperar para dar la cita?

—Sí.

—Esperaré... No será mucho tiempo, ¿verdad?... Ya sabes que no soy de mármol... ingrato.

LXI

Blanca Burtin no se hizo esperar mucho tiempo.

—¿Usted está al corriente—dijo sir Gardiner cuando estuvo solo con ella—de lo que ha ocurrido entre el barón de Merieux y la persona que le he enviado?

—La señorita Léa... Me ha dicho su nombre... Si señor, estoy enterada.

—¿Cree usted que su amo, que es un verdadero parisien, la haya podido tomar seriamente por una doncella de labor?

—¿Y por qué no, señor?... Es muy fácil que en otra época lo haya sido efectivamente, como muchas otras señoras de su género... Solo que, como ella es bonita y se conoce que no ha tenido muchos escrúpulos, ha llegado á ser otra cosa, mientras que yo...

Blanca suspiró, apresurándose á añadir:

—Por lo demás, ella ha vuelto á su antiguo empleo ó hecho su nuevo papel con mucha naturalidad, y ha conseguido que el señor barón llegue á interesarse.

—¿Cree usted que lo esté realmente?

—Creo que, á lo menos, ha perdido un poco el seso.

—¿Por una segunda doncella?

—Precisamente por esto... Porque es muy diferente de las princesas... Además, es necesario añadir que la señorita Léa ha llegado en muy buena ocasión.

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Que el señor barón está algo deseoso.

—¡Deseoso! ¿Y es su mujer quien le ha puesto así?

—No, al contrario; él es quien pone así á la señora, lo cual viene á ser lo mismo bajo el punto de vista de la abstinencia.

—¿Y á qué obedecen tales privaciones?

—Sin duda para dominarla y conseguir lo que se propone.

—¿Qué es lo que se propone?

—Obtener los millones que, según parece, necesita hoy más que nunca.

—¡Todavía más!

—¡Ya lo creo!... Hace tres días sorprendí entre los dos una escena mucho más viva que ninguna, en la que la señora le decía: «No, esta vez no firmaré, no firmaré;» á lo cual respondía el barón: «No hacéis bien... Esto es muy grave, mucho más grave de lo que os podéis imaginar.»

—¡Ah!... ¿Y qué más?

—Después no pude seguir escuchando... Pero casi es seguro que no ha firmado la señora, porque desde aquel día el señor barón pasa todas las noches en sus habitaciones.

Sir Gardiner se levantó, dando una vuelta por el salón, parándose junto á Blanca Burtin.

—Tiene usted razón; el momento ha sido muy oportuno... Debemos obrar inmediatamente.

—El señor quiere decir, sin duda, que la señorita Léa debe conceder la cita que le han pedido.

—Sí, mañana mismo, antes de que la princesa haga las paces con su marido.

—Ése es también mi parecer.

—Entonces, lo único que queda por hacer es el fijar la hora y el sitio. ¿Qué dice usted de esto? En primer lugar, la hora.

—A las cuatro de la tarde... Esta es la hora en que sale la señora sola hace ya algunos días... El señor barón la verá salir sin que desconfie de nada.

—Pero si la princesa sale, ¿cómo va á sorprender la cita? No se acuerda usted de lo que hemos convenido?

—Sin duda alguna... Pero, después de que la princesa salga descaradamente, volverá de una manera furtiva... Yo me encargo de la cuestión de detalles.

—Bueno. ¿En qué sitio?

—En el gabinete de trabajo del señor barón, que está situado en el piso bajo, y que fué donde mataron al príncipe.

—¡Ah! ¿Su sucesor no ha respetado ni aun este sitio?

—Si no ha respetado la memoria del príncipe, ni á su mujer, ni á sus millones, ¿por qué había de respetar ese gabinete?

—Tiene usted razón. Pero ¿de qué manera va á acudir Léa á esa cita? ¿Sin ocultarse, entrando por la puerta que entra todo el mundo?

—No; esto no estaría en carácter tratándose de una mujer inocente, y el barón pudiera sospechar algo. Entrará, sin que la vea nadie, por la puerta que comunica con un saloncito que hay junto al gabinete... yo tendré cuidado de darle mañana la orden de que vaya á coser en este cuarto una cortina que está un poco rota...

—Está muy bien. ¿En dónde se colocará la princesa para presenciar la entrevista?

—En un cuartito oscuro que comunica con el gabinete por una puerta vidriera que está cubierta con un gran tapiz... quitaré un pedazo de cristal y haré un agujero en el portier, y así podrá la princesa desde este sitio ver y oír lo que no hubiera querido nunca oír y ver.

—¿Y no le ocurrirá al barón la idea de entrar en este cuarto?

—Casi no tiene noticias de que existe, y yo soy precisamente la que guarda las llaves de ambas puertas: la que da al gabinete y de la otra que da salida á un corredor.

—Todo eso me parece que está muy bien arreglado—dijo sir Gardiner;—pero hay un punto que no está resuelto, y que es el más esencial. La princesa verá y oír; pero ¿quién va á presenciar la escena que necesariamente ha de tener con su marido? ¿Quién me repetirá las palabras que se digan mutuamente?

—¡Pues yo, señor, yo!... cuando la princesa haya salido de su escondite, me coloco en el mismo sitio y hago con ella lo que ella acaba de hacer con los otros.

—Una palabra todavía... ¿Se queda usted encar-

gada de prepararlo todo y de decir á la princesa que su marido la engaña?

—Si señor... se lo diré... en beneficio de ella misma.

—Y en el de usted—añadió sir Gardiner,—porque su fortuna, que se está realizando en este momento, aumenta todos los días.

—Doy las gracias al señor y confío en él, lo mismo que él puede confiar en mí.

LXII

Al día siguiente, á las nueve de la mañana, sonó el timbre que ponía en comunicación las habitaciones de la princesa Lavinie con los cuartos en que generalmente estaban sus doncellas.

—Buena señal—dijo Blanca Burtin á Léa, que, tomando en serio su nuevo oficio, estaba colocando ropa blanca en un armario.

—¿Por qué buena señal?—preguntó esta última.

—¿No lo comprende usted?... Si la señora se levanta á las nueve, es porque está agitada, nerviosa y no puede estar ya en la cama. Está furiosa contra el señor barón, que, por lo que se ve, sigue teniéndola en abstinencia y ha pasado la noche en su cuarto... ella

no está acostumbrada á esta soledad y está rabiosa... óigala usted.

En efecto, el timbre eléctrico no se detenía un momento.

—Vaya usted—dijo Léa.—Si viniese aquí á buscar á usted, tendría que verme.

—¿Acaso puede salir de la cama sin mi ayuda? Esto no ha sucedido nunca, porque siempre ha estado acostumbrada á que la hagan todo... pero ya ha llegado el mal tiempo.

—¿Está usted decidida á hablar hoy mismo?

—Ahora mismo, cuando esté en el baño. Si le da la idea de arrojarse á mí en su primer movimiento de cólera, no le será posible... la conozco; tiene accesos terribles: es una verdadera rusa con sangre salvaje en las venas... Hasta luego. No se olvide consentir en la cita del barón.

—Esté usted tranquila... Si yo me olvidase de dársela, él no se olvidaría de pedirla.

Blanca Burtin se dirigió tranquilamente hacia el cuarto de la princesa Sofía, alegrándose interiormente del papel que iba á representar. Aquella mujer, que era fea y estaba ávida de amor, odiaba con toda su alma á aquella otra mujer que también era fea y, sin embargo, había experimentado la inmensa alegría de creerse amada. En lugar de decirse interiormente: «Si no es hermosa, tiene un encanto ó una condición que yo no tengo... Tiene buenas formas, y yo soy mal hecha», ella pensaba precisamente lo contrario, haciéndose este razonamiento: «Su felicidad la debe á sus millones... Yo también habría sido amada si hubiera

sido rica. > La odiaba por su fortuna, envidiándola con esa envidia tan general en nuestra época, en que todos los pobres quieren ser ricos y amos todos los criados. La odiaba también porque la princesa la había tenido siempre á larga distancia, sin hablarla ni tener con ella ninguna confianza, y sin comprender que la estaba sirviendo una joven de gran inteligencia. Si, precisamente porque ella no había sido amada nunca y porque se daba cuenta de su fealdad, era por lo que Blanca Burtin se hubiera mostrado agradecida si hubiese tenido la suerte de recibir una prueba de simpatía ó un elogio dirigido á su talento. Pero había esperado inútilmente una atención ó una frase cariñosa.

Apenas había entrado en el cuarto de la princesa, ésta le dijo duramente:

—¿En dónde estaba usted? Hace más de una hora que estoy llamando, sin que venga.

—Pido mil perdones á la señora princesa—dijo Blanca con voz sumisa;—pero estaba preparando el baño y no podía oír el timbre.

—¿Está preparado el baño?

—Sí señora.

—Voy á tomarle en seguida... Ayúdeme usted á levantarme.

—No será el baño el que le calme los nervios—decía entre sí la doncella, mientras ayudaba á su ama á ponerse un gran peinador de cachemir, guarnecido de encajes, que la cubría los pies.

Para ir al cuarto del baño debía la princesa pasar por el cuarto de dormir de su marido, cuya puerta es-

taba entreabierta, y que ella empujó suavemente, sin hacer ruido. El barón de Merieux estaba despierto, leyendo tranquilamente en la cama. La princesa estuvo á punto de entrarse en aquel cuarto; pero su amor propio y su orgullo vencieron á su amor y sus deseos, haciéndole proseguir su camino.

—De buena nos hemos librado—dijo para sí Blanca Burtin;—si se hubiesen arreglado, hubiera sido preciso esperar para otra vez y no se hubiera hecho nada hoy.

Un momento después entraba la princesa en su sala de baño, que era de un lujo sorprendente. Las paredes y el techo desaparecían completamente entre aquella multitud de pequeños espejos, según era la moda del pasado siglo. Dos escalones de mármol color de rosa facilitaban la bajada al baño, que era más bien un magnífico estanque. Un ancho diván bastante bajo corría á lo largo de las paredes.

La princesa se dejó quitar el peinador, último velo que la cubría, y bajando los escalones de mármol introdujo sus pies en el agua. Pero en aquel momento, y con voz irritada, dijo á su doncella:

—¡Este baño está helado! ¿En qué está usted pensando hoy? ¿Está usted loca?

Blanca Burtin se precipitó á un caño para abrirle y dar paso al agua caliente, diciendo de una manera agradable:

—Ya creo que puede entrar la señora princesa... la suplico humildemente que me perdone; si ella supiese...

—¿El qué?—preguntó la princesa Sofia, sumergiendo su cuerpo en el agua.

—¡Ah! es que no sé lo que me hago.

—Ya lo veo... ¿Pero qué es lo que tiene usted?

—¡Ah! ¡no me atrevo!—contestó Blanca;—temo causar disgusto á la señora.

—¡Causarme disgusto!—exclamó.—¿Qué quiere decir eso?». Hable usted, lo mando.

LXIII

Blanca Burtin, de pie junto al baño en que estaba la princesa, dijo:

—Si la señora me manda terminantemente que hable, me verá obligada á obedecerla... sin embargo, vacilo todavía... porque me estoy preguntando si yo tengo derecho á darla semejante golpe.

—¿Cómo ha dicho usted?—exclamó la princesa, cuyo pecho salía del agua.—¡Un golpe! ¡Vamos, hable usted! ¡Ya sabe que no me gusta esperar! ¿De qué se trata?

—¡Ah! la señora princesa no podrá comprenderme si no me permite antes decirle que siento hacia ella un verdadero cariño y un culto sin límites... todo cuanto la concierna me interesa, y tomo parte en sus alegrías y en sus pesares, y me exaspero cuando la ofenden.

—¿Quién me ha ofendido?

En lugar de responder directamente á esta pregunta, Blanca Burtin continuó, sin precipitarse:

—¿La señora princesa recordará, sin duda, que me tenía autorizada para tomar una segunda doncella que me ayudase?

—Sí; ¿y qué más?

—No tenía á nadie desde hace un mes, y estaba buscando, cuando hará unos diez días se me presentó una joven... Traía muy buenas referencias; yo estaba apurada y oree poder tomarla... Pero al día siguiente pensé despedirla.

—¿Por qué?

—Porque me parecía demasiado bonita para segunda doncella.

—¿Demasiado bonita!... ¿No la habíais mirado la vispera?

—Era por la noche y el cuarto de costura estaba poco alumbrado.

—Pues bien, ¿supongo que la habréis despedido?

—No, señora princesa; el señor barón se opuso á su partida.

—¡Mi marido! ¿Y qué tiene que ver en eso? ¿Conque conoce á mis doncellas, cuando yo ni las he visto? ¿Qué me estáis diciendo?

—La verdad, señora princesa, la exacta verdad. El señor barón me ha dicho: «Tomo á esta muchacha bajo mi protección. No quiero que se vaya. Es demasiado linda para exponerla...»

—¿El también la encuentra linda? Pero ¿qué tiene que meterse?... ¡Supongo que habréis resistido!

—¡Ah! es que no sé lo que me hago.

—Ya lo veo... ¿Pero qué es lo que tiene usted?

—¡Ah! ¡no me atrevo!—contestó Blanca;—temo causar disgusto á la señora.

—¡Causarme disgusto!—exclamó.—¿Qué quiere decir eso?». Hable usted, lo mando.

LXIII

Blanca Burtin, de pie junto al baño en que estaba la princesa, dijo:

—Si la señora me manda terminantemente que hable, me verá obligada á obedecerla... sin embargo, vacilo todavía... porque me estoy preguntando si yo tengo derecho á darla semejante golpe.

—¿Cómo ha dicho usted?—exclamó la princesa, cuyo pecho salía del agua.—¡Un golpe! ¡Vamos, hable usted! ¡Ya sabe que no me gusta esperar! ¿De qué se trata?

—¡Ah! la señora princesa no podrá comprenderme si no me permite antes decirle que siento hacia ella un verdadero cariño y un culto sin límites... todo cuanto la concierna me interesa, y tomo parte en sus alegrías y en sus pesares, y me exaspero cuando la ofenden.

—¿Quién me ha ofendido?

En lugar de responder directamente á esta pregunta, Blanca Burtin continuó, sin precipitarse:

—¿La señora princesa recordará, sin duda, que me tenía autorizada para tomar una segunda doncella que me ayudase?

—Sí; ¿y qué más?

—No tenía á nadie desde hace un mes, y estaba buscando, cuando hará unos diez días se me presentó una joven... Traía muy buenas referencias; yo estaba apurada y oree poder tomarla... Pero al día siguiente pensé despedirla.

—¿Por qué?

—Porque me parecía demasiado bonita para segunda doncella.

—¿Demasiado bonita!... ¿No la habíais mirado la vispera?

—Era por la noche y el cuarto de costura estaba poco alumbrado.

—Pues bien, ¿supongo que la habréis despedido?

—No, señora princesa; el señor barón se opuso á su partida.

—¡Mi marido! ¿Y qué tiene que ver en eso? ¿Conque conoce á mis doncellas, cuando yo ni las he visto? ¿Qué me estáis diciendo?

—La verdad, señora princesa, la exacta verdad. El señor barón me ha dicho: «Tomo á esta muchacha bajo mi protección. No quiero que se vaya. Es demasiado linda para exponerla...»

—¿El también la encuentra linda? Pero ¿qué tiene que meterse?... ¡Supongo que habréis resistido!

—No podía hacerlo, señora. El señor barón me lo ordenaba...

—¿Y cómo no me habéis prevenido?

—El señor barón me lo prohibió.

—¿Estáis á mi servicio ó al de mi marido?

—Hice mal, señora-princesa, hice mal... hoy bien lo conozco.

—¿Y por qué hoy?

—Porque...

Y se calló.

—¡Basta de vacilaciones! ¿Os explicaréis de una vez?

—Pues bien, señora—dijo Blanca animándose, como si participase de la irritación de su ama;—el señor barón, que tanto debe á la señora, á quien tanto ama la señora, no se conduce con ella como debía.

—¡Cuidado, Blanca! ¡No permito que faltéis al respeto á mi marido!

En lugar de bajar el tono Blanca, por el contrario, lo elevó, como si no fuera dueña de sí, exclamando:

—Pues él bien falta al respeto que debe á la señora, atreviéndose á hacer el amor, casi á su vista, á esa joven.

—¡A una mujer de servicio!... ¡mi marido!... ¡Es imposible, es imposible!

Pero apenas hubo protestado de aquel modo, mordida en el corazón por los celos, hizo varias preguntas á Blanca.

—¿Dónde la ve?

—En el cuarto de costura, donde he sorprendido al señor barón hablándola en voz baja y muy cerca.

—¿A qué hora?

—De cuatro á seis, cuando la señora va al Bosque.

—¿Y los dejáis solos?

—No señora... Pero creo que ayer han tenido una cita.

—¿Fuera del hotel?

—No señora.

—¿En dónde, pues?

—En el entresuelo, en el despacho del señor barón.

—¿Y se ha atrevido á hacerla entrar en su gabinete?

—Ha debido estar allí bastante tiempo, porque la he buscado durante una hora. No podía ocurrirme que estuviera allí. Cuando yo atravesaba el vestíbulo, la vi salir del despacho del señor.

—¡Pero eso es una infamia! —exclamó la princesa.— ¡Mentís!

—¡Ojalá fuera así!... Pero la señora misma podrá asegurarse de la verdad.

—¿Cómo? ¿Cuándo?

—Hoy mismo. Tengo mis motivos para sospechar que se han dado cita para hoy. Por eso he hablado. Mi conciencia y mi cariño no me permiten tolerar más tiempo semejante escándalo.

—¡Quiero salir del baño! —dijo la princesa.— ¡Id á buscarme esa mujer. Quiero verla.

Cuando salió del agua, la princesa Sofía temblaba, no de frío, sino de cólera.

LXIV

—Vengo á buscarla á usted—dijo Blanca Burtin, abriendo la puerta del cuarto en que se encontraba Lea.—La princesa quiere conocer á su rival.

—¡Ah! ¿sabe ya?

—Todo y mucho más todavía: cree que ya es usted la querida de su marido.

—¿Y qué necesidad había de predecirle el porvenir?

—Para que sienta mayores celos y no le ocurra la idea de impedir la cita de hoy. Es muy posible que ella se hubiera dicho: «No están más que en los preliminares: evitemos que sigan.» Pero desde el momento en que la cosa ha sucedido ya y no puede evitar nada, dejará que se vuelva á empezar para verlo por sí misma y convencerse del delito... Despáchese usted... la señora espera.

—Estoy dispuesta—dijo Lea con tranquilidad.

Al tiempo de atravesar el corredor, esta última decía á su compañera en voz baja:

—El barón ha aprovechado vuestra ausencia para hacer una visita al cuarto de costura.

—¿Y qué ha ocurrido?

—Que todo está convenido para las cuatro.

—Perfectamente... Ya hemos llegado... pórtese usted bien.

—¿Está usted segura de que no me tirará á la cabeza lo primero que encuentre á mano?—preguntó Léa, cuya voz no revelaba la más pequeña emoción.

—No puede hacerlo... no tiene nada de que apoderarse... lo único que podría hacer era mojar á usted con el agua del baño... Pero esté usted tranquila: yo la conozco y sé que no estallará su cólera todavía... Entremos.

La princesa, envuelta en un gran peinador de lana blanca que la cubría de pies á cabeza, concluía de secar su cuerpo casi desnudo, y estaba medio acostada en el diván, apoyando la cabeza en un cojín. Sin hacer el más pequeño movimiento y sin decir una palabra, lanzó sobre Léa una mirada curiosa y ávida, poniéndose más pálida que lo estaba de ordinario.

En cuanto á Léa, permanecía con la vista baja, avergonzada y confusa, haciendo admirablemente el papel de una doncella de labor cuando se presenta por primera vez ante una gran señora.

—Ayúdeme usted á vaciar el baño—dijo Blanca Burtin con voz dura.

La ayudanta obedeció, acercándose al borde del baño, cogiendo la extremidad de una cadenita que conservó suspendida en línea vertical para permitir el desagüe.

La princesa continuaba silenciosa mirándola, sin poder dejar de conocer que era hermosa. No habría podido apreciar ficciones regulares ni un rostro completamente bello, porque ella habría dicho desdenosa-

mente: «Es un semblante correcto, pero es frío y no hay animación.» Mas como ella, por su parte, tenía una nariz bastante ancha, una boca grande y líneas bastante angulosas, amaba por esta misma razón las imperfecciones de la cara. Aquella boca grande que tenía Léa le recordaba la suya y se admiraba en ella.

De repente le ocurrió la idea de hacer comparaciones. Se volvió en el diván hacia el lado de los espejos y se puso á mirarse, empezando por el cabello. Su doncella no la había peinado todavía y pudo descubrir en sus negros bucles algunos hilos de plata... Se miró á los ojos y le parecieron más pequeños que otras veces y más hundidos en sus órbitas, con un principio de arruga en su extremidad. Sus labios estaban secos y descoloridos. Su tez era lívida. Con la confianza de la mujer amada, que siempre se cree bella y joven, la princesa no había reparado en que estaba ya en la segunda juventud, y que ésta declinaba también por sus amores desordenados y sus ardores nunca apagados. Aquellas noches que había pasado sin dormir, entregada al placer, la habían hecho vivir doblemente, aumentando el número de años que había vivido. Después de ver todo esto, comprendía que el amor de su amante y marido desaparecía para fijarse en aquella otra criatura, joven, fresca é insinuante. Pero una mujer como la princesa se defiende mucho antes de darse por vencida, y trata de encontrar alguna inferioridad física bajo cualquier aspecto, para otorgarse la superioridad en otros muchos.

—¡Buena! Soy menos hermosa que ella, pero soy mejor hecha—pensó la princesa Sofia.—No hay nin-

guna mujer que, plásticamente considerada, pueda compararse conmigo... Soy completa; no tengo defecto.

Entonces, y como para consolarse de los tristes descubrimientos que acababa de hacer y para tomar la revancha, se le ocurrió la idea de contemplar sus formas después de haber analizado sus facciones. Al mismo tiempo se olvidó de la doncella de labor para no ver más que á la rival, y razonó de esta manera: «Esa mujer me ha encontrado fea de cara: es menester que me encuentre hermosa de cuerpo.»

—Quítame usted este peinador y póngame el otro. Blanca Burtin se acercó.

—Usted no—dijo la princesa;—la otra... Es menester que se acostumbre á servirme, para cuando esté usted ausente.

Léa tomó dócilmente la camisa y el peinador de satén que le presentó Blanca, y se acercó á la princesa. Pero ésta, en lugar de dejar caer el que tenía puesto, le entreabrió un poco para mirarse en los espejos.

¡Qué decepción! ¡Qué sufrimiento! Sus hombros, tan redondos en otro tiempo, habían enflaquecido, y su pecho había perdido mucho de su dureza. El resto de su cuerpo estaba demudado y su piel había perdido casi toda su frescura. Cerró precipitadamente el peinador, y ya iba á volverse cuando apercibió en el espejo y junto á sí un cuerpo diferente.

LXV

Era Léa, que, colocada detrás de su ama y arrastrada por el ejemplo, se contemplaba también. Para mirarse mejor tenía el cuerpo inclinado un poco hacia adelante, estirando su cuello, que era blanco y fino, de una corrección perfecta. Por la extremidad de su falda, que estaba un poco corta, asomaba un pie pequeño y preciosamente calzado.

La princesa la abarcó completamente con una mirada y se vió obligada á reconocer que tenía en su presencia un cuerpo de mujer admirablemente torneado y que era todavía niña por lo delicado de sus líneas. Su segundo experimento había tenido tan mal éxito como el primero, y no conseguía ganar nada con aquellas comparaciones. Ya no tenía ninguna duda... Blanca Burtin no había mentido... el barón de Merieux había visto casualmente aquella criatura tan hermosa y volvía á sus antiguas costumbres, buscando en ella lo que ya no tenía su mujer: su juventud y su frescura. Y esto era precisamente lo que no podía perdonar. Sus celos y su cólera aumentaban los tristes descubrimientos que acababa de hacer en su persona, aumentando también la hermosura que encon-

traba en su rival. De pronto se volvió, diciendo bruscamente:

—¿Qué hace usted ahí parada?... En lugar de cuidarse usted de mí ¿se está contemplando en los espejos?

—Es que estaba mirando á la señora—dijo Léa;— ¡la encuentro tan hermosa!

—Con este peinador que me cubre por completo, ¿no es verdad?

—¡Oh! es que estaba entreabierto hace un momento...

Aquella respuesta, la sonrisa que la acompañaba y el metal de voz con que fué pronunciada conmovieron á la princesa. Miró de nuevo á Léa, fijándose en algunos detalles de su traje y en algunas otras circunstancias, y se imaginó en seguida:

«Esta joven no puede ser una doncella de labor... se está burlando de mí. Estoy segura de que mi marido no la ha encontrado aquí casualmente, sino que la ha hecho venir, porque es una antigua querida suya, para estar juntos en mi misma casa, oculta bajo ese disfraz.» Y esta idea aumentó su cólera: la princesa hubiera sido capaz de perdonar una infidelidad fortuita, pero nunca podría consentir una traición premeditada y audaz como ésta. Pero quería asegurarse de esto... Si ella la humillase, sería muy fácil que aquella joven se hiciera traición á sí misma, y de todos modos recibiría una satisfacción en hacerlo.

Volviendo á su interrumpido diálogo, dijo:

—Nada tengo que ver con vuestra admiración... Usted está aquí para servirme y no para admirarme.

Quite usted este peinador y póngame usted el otro.

En el momento en que Léa obedeció, la princesa se sentó en el diván y presentó una de sus piernas para que la calzase.

—¿Qué torpe es usted! ¿No sabe usted su oficio, ó necesita usted una butaca para sentarse? ¿No puede usted ponerse de rodillas?

Sin responder una palabra hincó la rodilla izquierda, cogiendo el pie de la princesa para colocarle sobre su rodilla derecha. Pero antes de realizar esta operación había tenido buen cuidado de levantarse la falda como para hacer una especie de almohadilla, pero en realidad con objeto de enseñar una pantorrilla elegante y hermosa.

La princesa se vió otra vez obligada á reconocerse vencida, y comprendió que se entregaba á un sacrificio inútil; Léa no se hacía traición, y, por el contrario, trataba de hacer su oficio de doncella con una grande amabilidad. Y era muy posible que fuese sincera al proceder de esta manera, porque, si la princesa experimentaba algún placer viéndola á sus pies, ella, por su parte, sentía también una gran satisfacción en hacerla sentir la influencia de su mirada y de su contacto. Las cortesanas del género á que pertenecía Léa suelen tener, por razón de su oficio, frecuente roce con grandes personajes y hasta con príncipes de la sangre y aun de la media sangre. Pero es muy raro que ni aun por casualidad puedan tocar á verdaderas princesas. Así se explica por qué esta clase de mujeres siente una verdadera curiosidad por la mujer honrada ó por la gran señora: éstas son para aquéllas el fruto

prohibido que les está vedado saborear, y por lo mismo, cuando se les presenta una ocasión, lo contemplan y lo gustan con mayor fruición y delicia.

La princesa no podía darse cuenta de las emociones de Léa, y no se sentía bien cerca de aquella mujer que la tocaba con unas manos blancas y finas y la miraba de una manera intensa, sonriéndola con amabilidad y dejando ver una dentadura blanca que resaltaba más por lo rojo de sus labios. La princesa se estremecía pensando que su marido la había estrechado el día antes, y pensaba estrechar aquel día, aquel cuerpo contra el suyo y pegado sus labios en aquella boca. En lugar de recibir una satisfacción viendo á sus pies á aquella mujer, recibía en esto mismo un martirio cruel.

—No me hace usted falta; váyase usted!—dijo de repente.

Léa no contestó una palabra y se salió sonriendo, pensando en la cita que tenía con el barón y en el papel de la renta que se había ganado muy bien por lo muy sumisa que había estado.

—¡Ahora nos toca á nosotras!—dijo la princesa dirigiéndose á Blanca Burtín, que permanecía de pie junto á una ventana desde la cual había visto, oído y comprendido todo.

LXVI

Envuelta en una bata y sentada enfrente de Blanca Burtin, la princesa dijo en voz breve, después de reflexionar un momento:

—La persona que acaba de salir de aquí no es una doncella de labor, ó por lo menos no tiene la costumbre de practicar ese oficio... ésa es una mujer cualquiera que se ha introducido en mi casa engañándola á usted, ó de acuerdo con usted.

—¡Cómo! La señora princesa supone...—exclamó Blanca.

—Lo supongo todo... no he creído nunca en las protestas de usted ni en sus palabras... Os he retenido á mi lado porque sabe usted su oficio y porque no me habría inspirado más confianza la persona que la hubiera reemplazado... además, el que usted me haga ó no traición me importa muy poco, porque lo que me interesa saber es si mi marido me engaña, como usted asegura, con una mujer que ha encontrado por casualidad en esta casa, ó si se trata de una querida que él mismo ha introducido en el hotel... Proporcíoneme usted el medio de saber á qué atenderme y pagaré espléndidamente este servicio.

—Desde el momento en que la señora princesa lo toma en este sentido y duda de mí...

—Sería usted un imbécil echándoselas ahora de desinteresada... ése es mi parecer y lo digo... Usted cree, según me ha dicho, que el barón y esa mujer se verán á las cuatro en el gabinete del piso bajo, ¿No es cierto?

—Sí, señora princesa, así lo creo.

—Pues bien, cuente usted con quinientos luises si los veo y si los oigo... arréglese usted como pueda; eso no es de mi cuenta... Ya hemos hablado bastante de este asunto... Sígame usted al tocador.

Durante todo el tiempo que la estuvieron peinando y vistiendo no dijo siquiera una palabra á Blanca Burtin: estaba soñando.

Su marido, por quien ella había hecho tanto y á quien había dado todo, no le quería ya: ella, que le había entregado su alma, su cuerpo, su fortuna. Él le había dicho: «Tengo necesidad de tus millones.» y ella se había apresurado á contestarle, sin reflexionar ni calcular: «Tómalos: todo es tuyo.» La semana anterior le había pedido más, y por primera vez había titubeado, no porque temiera empobrecerse, sino porque quería obligarle á confesar en qué iba á emplear aquel dinero y hacer que la confiara su secreto... Ella sufría viendo que no merecía su completa confianza y que él no había hablado, concretándose á decir: «Es grave, es grave.» La princesa estaba ya á punto de ceder, sin exigir ninguna confidencia, y pensaba entre sí: «Si se aleja de mí, si se muestra frío y permanece en sus habitaciones sin venir á la mía, es porque está

atormentado, inquieto y en continuo desasosiego... Quizá tiene razón en lo que hace.»

¡Y no era así! Mientras que ella le creía triste y abatido, él hacía tiernas caricias á otra mujer debajo del techo conyugal. Si le privaba á ella de sus besos, era para dárselos más ardientes á una querida. Pero ¿jamaba á aquella mujer? Era muy posible. De todos modos era innegable que la deseaba, y esto era ya una injuria y una traición indigna. ¿Por qué entonces le había dicho tantas veces que ella era una mujer superior á las demás, y que era más adorable, más seductora y más digna de desearse? Ella había concluído por creerle, y aprendía lo contrario de una manera brutal, como brutalmente también, y como consecuencia de aquella traición, había visto desaparecer sus encantos y que iba envejeciendo.

Sin embargo, le había amado tanto, le amaba tanto todavía, que algunas veces pensaba en perdonar. ¡Ahí sí él la hacía sufrir, si aquel mismo día la engañaba, era de ella sólo y sólo de ella. Parecía á la princesa que todavía le escuchaba cerca de su oído murmurar mil protestas y mil juramentos y que seguía siempre apasionado y ardiente. Sus besos la quemaban aún, y el recuerdo del pasado aquél, de que no podía dudar, la consolaba por un instante calmando su irritación y su cólera.

Cuando se vistió y arregló, era ya la hora del almuerzo. El barón la esperaba en el comedor. La salió al encuentro, se informó de si había pasado bien la noche y la besó graciosamente la mano.

—¿Vais á salir, querida mía?—la preguntó al terminar el almuerzo.

—Sí, á las tres... Voy á dar una vuelta por el Bosque... Volveré á las seis... ¿Y vos?

—Yo me quedo en casa.

La princesa Sofia salió ostensiblemente á la hora indicada, se apeó delante de un comercio de la calle de la Paix, despidió el carruaje bajo pretexto de que volvería á pie, tomó un coche de punto, se cubrió el rostro con un espeso velo y regresó al parque Monceau. Blanca Burtin, que la esperaba y había alejado á los criados bajo diferentes pretextos, abrió una puerta particular, se apresuró á guiarla á través de pasillos reservados á las gentes de servicio y la hizo entrar en el gabinetito de que había hablado á sir Gardiner.

Sola en aquella pieza, la princesa, inmóvil, reteniendo su aliento, reconoció que podía ver y oír todo lo que pasase, todo cuanto se dijese en el despacho de su marido.

El barón, sentado á su mesa, leía, interrumpiendo su lectura de cuándo en cuándo para consultar su reloj. Dieron las cuatro. Se levantó, fué á cerrar la puerta del despacho, se acercó á la que daba al salón vecino, la abrió é hizo una señal.

En el momento apareció Léa.

LXVII

Se adelantó sonriente, ligera, sin el menor embarazo, lanzando á su alrededor curiosas miradas, más encantadora con su sencillo traje que nunca lo había sido en los días de su mayor elegancia.

Él, de pie, la mano apoyada en el respaldo de la silla, la seguía con la vista y parecía fascinado.

Cuando Léa paseó su mirada por los muebles y por los cuadros como si estuviera visitando un museo, se paró enfrente del barón, envolviéndole en una mirada cariñosa, haciendo un movimiento de cabeza como para llamarle.

Pero él permaneció quieto, repitiendo el mismo movimiento, que quería decir: «Ven, te espero... ven ¡acércate tú!»

Léa se olvidó de su condición de doncella de labor para acordarse únicamente de que era mujer, y sin moverse de su sitio se puso á mirarle de una manera más cariñosa y más dulce. Entonces, vencido, fascinado, atraído, recorrió el camino que los separaba.

Ya se habían reunido, permaneciendo de pie y formando un solo grupo, situado precisamente enfrente

de la puerta del cuarto en que los espiaba la princesa llena de mortal ansiedad.

Sus manos se estrechaban, se confundían sus miradas y se tocaban sus rodillas y sus pechos, pero ninguno acercaba sus labios. Él esperaba su beso y ella esperaba el suyo. Pero ni él ni ella querían dar el primer paso. Hábiles ambos en la batalla de amor, se hacían desear mutuamente, retrasando el placer para saborearle más.

También esta vez cedió el barón. Se acercó á ella muy despacio, rozándola con su bigote, y se retiró después para acercarse bruscamente, y puso sus labios sobre los de Léa.

La princesa Sofía quiso lanzarse al gabinete, precipitarse sobre aquella mujer, arrojarla á tierra, pisotearla y decirle: «¡Eres una miserable!»

Pero no podía, no tenía fuerzas; se encontraba anonadada, y de su seca garganta no podía salir sonido alguno...

¡Ah, qué suplicio! Si su marido hubiera cogido en sus brazos á aquella mujer en el momento en que había entrado, habría sufrido mucho menos. Pero aquellas coquetorias, aquellos preliminares y aquellos refinamientos de voluptuosidad que había presenciado la martirizaban de una manera cruel y hacían á su marido mucho más culpable.

¡Qué manera tenía de mirarla! ¡qué largos eran sus besos! En aquel momento se acordaba de sus miradas y de sus besos de otro tiempo, viendo que eran los mismos y que él no hallaba ninguna diferencia entre ella y aquella mujer.

En aquel momento estaban separados sus labios, y él la hablaba al oído y la besaba en el cuello y en la garganta, mientras que ella estaba caída en sus brazos, con los ojos medio cerrados y la boca entreabierta.

La princesa no había oído, pero había adivinado las ardientes palabras que él decía en semejantes momentos.

El barón de Merieux arrastró á Léa al fondo del gabinete, hablándola siempre al oído.

Ella no se resistía, sino que, por el contrario, le estrechaba más aún y le sonreía con más amor.

¿Se había olvidado de que la estaban viendo y espiando, y que era muy fácil que de un momento á otro se arrojase sobre ella? No; era que su placer aumentaba con el peligro que corría y con el suplicio que estaba proporcionando á la princesa, que le servía de venganza á las humillaciones que ésta le había hecho sufrir aquella misma mañana.

Ella también, por otra parte, tenía curiosidad por saber en qué pararía todo y por saber si se consumaría el crimen ó vendría á impedirlo alguna circunstancia imprevista y repentina.

De pronto, el barón prestó el oído, creyendo oír ruido.

En efecto, andaba gente en la antecámara.

Al mismo tiempo llamaron á la puerta.

Merieux no contestó. Se quedó en el mismo puesto estrechando la mano de Léa.

—¡Van á abrir!—dijo ésta.

—Tranquilízate; está echado el cerrojo.

Llamaron de nuevo.

Esta persistencia le alarmó. ¿Sería su mujer, que, vuelta antes de tiempo, quería hablarle?

Entonces se inclinó á Léa.

—Vuélvete á la pieza en que estabas antes, que yo iré luego.

Ella obedeció; corrió á la puerta por la que había entrado, y la cerró sin ruido tras ella.

El barón fué á la otra puerta, descorrió el cerrojo y la abrió.

—¿Por qué no habéis entrado?—preguntó al criado que había llamado.

—El señor barón no contestaba.

—Al contrario, os dije que entrarais. ¿Qué queréis? ¿No os dije que quería estar solo?

—Es verdad, señor; pero tanto han insistido y con tanta autoridad...

—¿Y quién ha insistido de ese modo?

—El príncipe Orsiloff.

El barón se estremeció.

—¡Decid que pase!

LXVIII

Después de haber dado esta orden, Merieux se dirigió á la puerta del salón inmediato á fin de asegurarse de que estaba bien cerrada y que las cortinas la cubrían enteramente. Previendo una entrevista borrascosa con el príncipe Orsiloff, tomaba precauciones contra la curiosidad de Léa, sin tener la idea de tomarlas contra su mujer, á quien la casualidad iba á revelar sus secretos.

El príncipe Orsiloff saludó ligeramente al barón, y le dijo con la sequedad que le era habitual:

—Siento mucho, caballero, haber violado la consigna dada de no recibir á nadie; pero tengo que hablaros hoy precisamente. Vos debíais saberlo, y permitid que me extrañe de que no hayáis hecho excepción para mí.

—Sin embargo, es muy natural—respondió Merieux, menos tranquilo que otras veces en presencia del príncipe.—Si vinieseis á hacerme una visita ordinaria, de pura cortesía, mi puerta os estaría franca; pero creo que vos os presentáis en mi casa como acreedor, y por prudencia me encierro.

—¿Cómo por prudencia?

—Porque temo vuestros reproches.

—¿No os halláis en estado de pagar vuestra deuda?

—No.

—El plazo ha transcurrido.

—Es verdad.

—¿No tenéis los quince millones?

—No los tengo.

—¿Os los ha negado vuestra mujer?

—Absolutamente.

—No se los habréis pedido de una manera positiva.

—Al contrario; pero esta vez ha opuesto una negativa formal.

—¿Y os habéis callado? ¿No continuáis viviendo en los mejores términos con aquella que os expone á graves fastidios?

—No. Nuestras relaciones se han enfriado.

—¿Por qué no empleáis el sistema que habéis empleado siempre?

—Porque no puedo.

—¿Que no podéis?

—No; porque ya no la tengo, como en otro tiempo, bajo mi dependencia, y no puedo obtener de ella lo que quiero... Antes fué mi esclava y así la conduje al matrimonio, y más tarde la obligué á que me entregase los millones que reclamabais...

—¿Y ahora?

—Ahora, no me siento capaz de dominarla por los mismos medios. Su espíritu, antes tan ardiente, se ha calmado. Ahora juzga, reflexiona y me rechaza cuando mis peticiones le parecen exageradas y locas

—¿Por qué renunciáis tan pronto el papel que habéis aceptado?

—¿Por qué?—exclamó Merieux,—¿por qué? ¡Porque ese papel me es odioso! Ella me agradó durante algún tiempo... Después la he encontrado vieja y fea... ¡sí, feal... No puedo sufrirla... No puedo seguir representando esta comedia... ¡Renuncio á ello, suceda lo que quiera!

—¿De veras?—dijo el príncipe Orsiloff.—Pues yo no renuncio á los quince millones.

LXIX

Se había acercado más al barón y le miraba fijamente á la cara.

—Es la verdad, caballero—continuó;—creo que no habéis comprendido el alcance, la gravedad del compromiso tomado con un hombre como yo... Nada me importan los medios que empleáis, pero espero que me paguéis lo que me debéis.

—Ya os he pagado hace largo tiempo... Ya os he dado diez millones... Hallo que es bastante... Después de todo, ¿qué es lo que habéis hecho?... Habéis venido á decirme: «Existe en París una mujer colosalmente rica. Sed su amante y seréis su marido cuando en-

viude...» Era un simple consejo, y lo he pagado más de lo que valía.

—Es posible; pero he hecho más que daros un consejo.

—¿Qué habéis hecho?

—Os he ayudado á que os casarais...

—Prestándome quinientos mil francos, que ya os he pagado.

—No hablo de eso. Hablo de la muerte del príncipe.

—En eso nos ha servido la casualidad.

—¿Creéis vos en la casualidad, en la casualidad que viene en tiempo oportuno á cumplir la obra proyectada? Jamás habéis creído en ella... ¡Habéis fingido creer en ella y nada más!

—Entonces, si no ha sido la casualidad...

—He sido yo.

—¡Vos!

—¡Sí, yo! ¡Yo he asesinado al príncipe Lavisine, para que os casaseis con su viuda y fueseis rico!

—¡Oh!—exclamó Merieux retrocediendo.

El príncipe Orsiloff se acercó y, poniéndole una mano en el hombro, le dijo:

—No os hagáis el sorprendido... Entre ambos hay un crimen... Os habéis aprovechado de él, y yo quiero aprovecharme á mi vez. No sois sólo mi deudor, sois mi cómplice, y vengo á reclamar mi parte del producto del crimen.

—¡Es falso! ¡Es falso! ¡Yo no soy vuestro cómplice!

—Entonces, ¿por qué me habéis dado ya diez mi-

liones? ¿Por mi consejo de amigo? ¿A quién se lo haréis creer? ¿A los jueces?

—Temía vuestras amenazas!

—Mis amenazas!... Sí; porque sabíais que yo había matado al otro, temíais morir como él, en este mismo sitio, en este gabinete, ante esa mesa... Pues bien, la situación no ha cambiado. Estáis siempre bajo el peso de las mismas amenazas.

De sus órbitas profundas, los ojos del príncipe brillaban como dos carbunelos, pero decía aquellas cosas terribles con voz tranquila y una admirable sangre fría. Al oírle, al verle, se conocía que sus amenazas no serían vanas.

Al cabo de un instante de silencio, el barón alzó la cabeza y dijo:

—Admito que llegue á vencer todas mis repugnancias, á dominar otra vez á mi mujer, á conseguir de ella y á daros esos millones... ¡Y bien! ¿qué me prueba que después no me pediréis los otros, no exigiréis los últimos restos de una fortuna que me ha costado tan cara?

—Mi palabra, caballero... Yo me he contentado con la vuestra cuando me habéis dicho: «Partiremos... os daré la mitad de esa fortuna.» La palabra de un príncipe Orsiloff vale tanto como la de un barón de Merieux... ¡Yo hiero, ejecuto, mato, pero no miento!

Calló por unos momentos, y luego añadió:

—Por otra parte, pagada vuestra deuda, nada tenéis que temer, porque me entregaré á la justicia.

—¿Vos?...

—Sí, yo... Iré á denunciarme como el verdadero, el único asesino del príncipe Lavisine.

—¿Haréis eso? ¡Lo haréis! ¿Por qué?

—¿Por qué? ¡Y me lo preguntáis!... Es verdad: vos jamás habéis pensado en aquel que ha sido condenado en mi lugar y en el vuestro... ¡Siempre he pensado, en cuanto pudiera, devolverle su libertad, su honor!... Conseguido mi objeto, cumplida mi obra, nada me importa la vida, y, ya inútil para los demás, me presentaré diciendo: «¡Yo soy el culpable!»

—¿Qué clase de hombre sois, pues, caballero?

—Preguntadme más bien qué idea persigo, qué idea represento, y si podéis comprenderme os responderé, porque yo no temo que me denunciéis. Sabéis muy bien que, si estoy pronto á castigar á un deudor intratable, más dispuesto estoy á castigar á un denunciador, á un traidor... Concluyamos: por última vez os pregunto: ¿Cumpliréis vuestro compromiso? ¿Pagaréis vuestra deuda?

—Sí—murmuró Merieux.

Orsiloff saludó y se retiró.

El barón se paseó durante algún tiempo, agitado, calenturiento; mas, acordándose luego de que Léa le estaría esperando en la pieza vecina, corrió en su busca.

Entonces la princesa Sofia de Lavisine salió de su escondite, desde donde lo había oído todo y todo lo había visto.

Subió á su cuarto y escribió dos cartas.

Una estaba dirigida al príncipe Orsiloff.

La segunda al procurador de la República.

LXX

Después de la visita al barón de Merieux, el príncipe Orsiloff se dirigió á su casa.

A pesar de la fortuna considerable que le atribuían sus compatriotas, ocupaba en el faubourg Saint-Honoré una modesta habitación en un tercer piso, sencillamente amueblada.

En la alcoba un catre de hierro, cama de soldado, y algunas armas colgadas en la pared. En el salón, transformado en despacho, se veía una mesa, algunas sillas y una biblioteca de obras de los autores más notables defensores del nihilismo.

Apenas entró el príncipe en este gabinete, tomó del andén principal de la biblioteca un tomo de *Tierra y Libertad*, periódico clandestino que se publicaba en Rusia.

Lo puso sobre la mesa, volvió algunas hojas, y encontrando sin duda lo que buscaba, apoyando la cabeza en sus manos, quedó sumido en una profunda lectura. Ésta fué interrumpida por la llegada de uno de sus compatriotas, que para todo el mundo desempeñaba á su lado las funciones de secretario, pero que más bien era un amigo, un íntimo confidente, un otro él. Ten-

dría como unos treinta años, y, á pesar de su barba rubia y sus ojos azules, parecía dotado de gran energía y resolución.

—¿Qué queréis, Iván?—preguntó el príncipe.

—Padre (término de respeto muy usado en Rusia), acaban de traer esta carta para tí. En el sobre dice: «Importante y urgente.»

—Dame—dijo Orsiloff, tendiendo la mano.

Rompió el sobre y leyó en alta voz, sin duda para indicar á Iván que no tenía secretos para él:

«Una persona, que os profesa gran estima, cree deber advertiros que el barón de Merieux ha presentado hoy una queja criminal contra vos. Os denuncia como asesino del príncipe Lavisine. Tomad vuestras precauciones.»

El príncipe volvió á leer aquellas líneas, reflexionó algunos momentos, y dijo á Iván con voz muy calmada:

—¿Quién ha escrito esta carta?... ¿De dónde viene? Lo ignoro; pero lo que contiene debe ser verdad.

—¿Crees que se haya atrevido?—dijo Iván.

—Sí. El miedo le habrá dado ese valor. Se habrá dicho, después de mi partida: «No podré pagar mi deuda, y, para ponerme al abrigo de sus amenazas, no tengo otro medio que denunciarle... Entré las manos de la justicia no podrá hacerme daño.» ¡Cálculo falsísimo!... Prisionero, mando, y los demás me obedecen.

—Yo, por ejemplo—dijo Iván, tan tranquilo como el príncipe.—¿Me ordenas que le hiera?

—Sí—respondió Orsiloff, después de algunos momentos de reflexión.—Desde el día en que ese hombre firmó el pacto que le propuse, comprometiéndose á

entregarme los millones que son necesarios para el triunfo de nuestra causa, de nuestras ideas, se ha hecho nuestro cómplice, nuestro agente, nuestro aliado... Nos ha hecho traición: sus revelaciones pueden perjudicarnos, y debe desaparecer.

Y levantándose, añadió con imponente acento:

—En nombre del Comité Ejecutivo, que me ha delegado todos sus poderes, y cuyo representante soy, pronuncio la sentencia de muerte del barón Carlos de Merieux y ordeno que sea *ajusticiado*.

—Serás obedecido... Yo me encargo de su *castigo*.

—Ejecutarás la sentencia en cuanto me prendan, y partirás á Rusia á unirme con nuestros hermanos... Les dirás que todo lo he dado á nuestra causa: mi tiempo, mi trabajo, mi fortuna, y que hoy la doy mi vida.

—¿Por qué no partes conmigo?... ¡Es tiempo aún!

—No, no quiero partir... Es preciso que mi causa se instruya, que yo eleve la voz para hacer conocer á todos el nombre del partido á que pertenezco, sobre qué principios reposa, en virtud de qué idea, de qué derecho hiera á sus enemigos... Así afirmaré su existencia, su fuerza, y le habré servido hasta mi última hora.

.....
Aquella misma noche, el procurador de la República en persona y un juez de instrucción se presentaron en casa del príncipe Orsiloff para interrogarle.

Sus respuestas, sus declaraciones fueron tan precisas, tan terminantes, que en el acto se decretó auto de prisión y fué conducido á la Prefectura.

LXXI

Sir Gardiner tuvo un verdadero sentimiento cuando Blanca Burtin vino á decirle que la princesa Lavinie había presenciado, sin interrumpirla, la escena de amor que había tenido lugar á su vista, sin que lanzara la más pequeña protesta al llegar el desenlace brutal que había tenido.

En efecto, sir Gardiner no podía dudar de que á los ojos de la princesa desaparecía aquella última traición ante las traiciones anteriores. ¿No había sabido, por confesión de su marido al príncipe Orsiloff, que no solamente no la amaba, sino que no la había amado nunca, y que la era desagradable desde el primer día; que no buscaba nada más que su fortuna y que siempre la habíau mentido de una manera odiosa? En algunas ocasiones desaparece la felicidad de una mujer en un momento, y sufre por ello horriblemente. Pero, pasado el primer momento, pasa el dolor agudo y recuerda los placeres y las alegrías que fueron, diciendo: «¡Cómo me amaba entonces el ingrato! ¡Qué bueno era todo aquello y qué hermoso!» Pero la princesa no podía decir nada de esto, y solamente podía conservar el recuerdo de sus mentiras, de sus perfidi-

días é iniquidades, que habían llegado hasta el crimen.

Aquella mujer, ofendida cruelmente en su orgullo, en su corazón, cuyo cuerpo había sido profanado y prostituido; aquella mujer que, aunque parisién por su educación, era por su sangre medio salvaje todavía y estaba apasionada y sumisa al hombre que la adulaba con un gesto ó una palabra, estaba dispuesta á lamer la mano que la acariciara y á morder la que quisiera herirla.

Así es que no vaciló un momento, y pensó en vengarse de una manera terrible.

Y no tenía ni aun necesidad de buscar su venganza, porque el príncipe Orsiloff se la proporcionaría tomándola en su lugar. Este último había dicho al barón: «Si me hace usted traición, le mato;» de modo que de lo que únicamente se trataba era de hacerle creer que lo había vendido. Por esto fué por lo que la princesa escribió dos cartas, dirigiendo la primera al procurador de la República denunciando á Orsiloff como asesino, y la segunda al príncipe diciéndole: «Te han denunciado.»

Si sir Gardiner hubiera sabido todo esto, es consiguiente que habría recibido una gran alegría en lugar de recibir un sentimiento. ¿Qué deseaba él? ¿Hacer que la princesa supiese que la engañaban? No solamente lo había visto, sino que quedó convencida de que lo había sido siempre. ¿Obtener alguna revelación acerca del crimen que se había cometido en otro tiempo é informar á la justicia? La princesa se había encargado de hacerlo y, gracias á la intriga imaginada

por él, se había obtenido un resultado magnífico é inmediato.

Esto es lo único que nos queda por referir, y lo diremos lo más brevemente que nos sea posible, desapareciendo el análisis y dejando que la acción se desarrolle de una manera rápida.

Carlos de Merieux, después de su entrevista con el príncipe, se quedó solo en su gabinete. Necesitaba reflexionar, ver claro en su juego, muy embrollado en aquellos momentos; imaginar algún golpe maestro que le hiciese ganar la partida.

A la hora acostumbrada le avisaron de que la comida estaba pronta. Contestó que estaba algo malo y que no quería comer.

A cosa de las nueve, en el momento en que el príncipe Orsiloff era arrestado, salió á dar un paseo, con el objeto de respirar el aire libre.

Salió, sí, pero no volvió á entrar.

A altas horas de la noche llevaron su cadáver al hotel.

El segundo marido de la princesa Sofía Lavisine había muerto, como el primero, de muerte violenta, de una puñalada en el corazón.

Al día siguiente, sir Gardiner supo á la vez el arresto del príncipe Orsiloff y la muerte del barón de Merieux.

Como hombre práctico, no perdió su tiempo en averiguar cómo se habían producido estos acontecimientos, á qué causa atribuirlos, y quién los había provocado. Solamente se valió de sus relaciones para

informarse minuciosamente de los misterios de la instrucción y apresurar la marcha del procedimiento.

Pronto supo que el príncipe Orsiloff se había apresurado á establecer su culpabilidad. Como sus solas confesiones no eran suficientes para la justicia, presentó pruebas materiales, indiscutibles.

En fin, logró demostrar de una manera positiva, cierta, terminante, la inocencia de Bérard.

En cuanto al móvil del crimen, lo explicó perfectamente: había *ajusticiado* al príncipe ruso Lavisine, porque éste se había mostrado enemigo encarnizado, perseguidor constante de su partido.

Había querido al mismo tiempo que la gran fortuna del príncipe pudiese ayudar á la prosperidad de aquel partido, propagar sus ideas, aumentar sus medios de acción, aliviar sus miserias.

Explicó claramente la combinación que había imaginado y por la que entrarían en el tesoro del partido los veinticinco millones.

En cuanto á la muerte del barón de Merieux, dijo haberla ordenado para castigar su traición.

La causa siguió sus trámites. En el juicio público escucharon al reo, le dejaron hablar. Pero la conciencia de los jurados, del tribunal y del auditorio habló más alto que él: el asesinato, sea cual fuere el motivo que impulsara á cometerlo, no podrá nunca justificarse.

El príncipe Orsiloff fué condenado á muerte.

LXXII

Entonces se elevó una voz, la de la prensa. Ésta pedía la revisión de la primera causa, apoyándose en el art. 443 del Código de Instrucción criminal, concedido en estos términos.

«La revisión pedrá solicitarse en materia criminal ó correccional cuando, después de una condena por crimen ó delito, una nueva sentencia ó juicio haya condenado por el mismo hecho á otro acusado, pues, no pudiéndose conciliar las dos condenas, su contradicción será la prueba de la inocencia del uno ó del otro acusado.»

Por su parte, los periódicos americanos de sir Gardiner, traducidos en los periódicos franceses, se apresuraron á hacer constar que en los Estados Unidos jamás se había creído en la culpabilidad de Bérard.

Ultimamente, por encargo particular de sir Gardiner publicaron la noticia de que Bérard, á quien se creía muerto, había huido de la isla de Nou y vivía en New-York con su hija, disponiéndose á volver á Francia para ser juzgado de nuevo.

El ministro de Justicia, cumpliendo con la ley, encargó al procurador general del Tribunal de Casación

informarse minuciosamente de los misterios de la instrucción y apresurar la marcha del procedimiento.

Pronto supo que el príncipe Orsiloff se había apresurado á establecer su culpabilidad. Como sus solas confesiones no eran suficientes para la justicia, presentó pruebas materiales, indiscutibles.

En fin, logró demostrar de una manera positiva, cierta, terminante, la inocencia de Bérard.

En cuanto al móvil del crimen, lo explicó perfectamente: había *ajusticiado* al príncipe ruso Lavisine, porque éste se había mostrado enemigo encarnizado, perseguidor constante de su partido.

Había querido al mismo tiempo que la gran fortuna del príncipe pudiese ayudar á la prosperidad de aquel partido, propagar sus ideas, aumentar sus medios de acción, aliviar sus miserias.

Explicó claramente la combinación que había imaginado y por la que entrarían en el tesoro del partido los veinticinco millones.

En cuanto á la muerte del barón de Merieux, dijo haberla ordenado para castigar su traición.

La causa siguió sus trámites. En el juicio público escucharon al reo, le dejaron hablar. Pero la conciencia de los jurados, del tribunal y del auditorio habló más alto que él: el asesinato, sea cual fuere el motivo que impulsara á cometerlo, no podrá nunca justificarse.

El príncipe Orsiloff fué condenado á muerte.

LXXII

Entonces se elevó una voz, la de la prensa. Ésta pedía la revisión de la primera causa, apoyándose en el art. 443 del Código de Instrucción criminal, concedido en estos términos.

«La revisión pedrá solicitarse en materia criminal ó correccional cuando, después de una condena por crimen ó delito, una nueva sentencia ó juicio haya condenado por el mismo hecho á otro acusado, pues, no pudiéndose conciliar las dos condenas, su contradicción será la prueba de la inocencia del uno ó del otro acusado.»

Por su parte, los periódicos americanos de sir Gardiner, traducidos en los periódicos franceses, se apresuraron á hacer constar que en los Estados Unidos jamás se había creído en la culpabilidad de Bérard.

Ultimamente, por encargo particular de sir Gardiner publicaron la noticia de que Bérard, á quien se creía muerto, había huido de la isla de Nou y vivía en New-York con su hija, disponiéndose á volver á Francia para ser juzgado de nuevo.

El ministro de Justicia, cumpliendo con la ley, encargó al procurador general del Tribunal de Casación

que denunciase las dos sentencias que condenaban, la primera á Bérard y la segunda al príncipe Orsiloff, por el mismo crimen.

El Tribunal de Casación, después de establecer que las dos condenas no podían conciliarse, casó ambas sentencias y remitió las dos causas á una jurisdicción nueva.

Los debates se abrieron en Rouen. Bérard, vuelto de América hacia quince días antes de la celebración del juicio, y que se había constituido prisionero, no se entregó á inútiles recriminaciones.

Se mostró calmado, digno, verdaderamente grande. El Ministerio público, en lugar de acusarlo, tomó su defensa con calor y fué absuelto libremente, en medio de los aplausos del auditorio.

El fallo que absolvía á uno de los acusados condenaba al otro, al príncipe Orsiloff, á trabajos forzados por toda su vida. El Jurado se había enternecido esta vez viendo la energía con que había defendido á Bérard y la sumisión con que le suplicaba le perdonase los sufrimientos que había pasado por su causa, y tuvo en cuenta esto como circunstancias atenuantes.

El príncipe renunció á esta rebaja de condena. Iván, su secretario, que había vuelto de Rusia, obtuvo permiso para hablarle en la prisión y darle el beso de paz. De este medio se valió para deslizar en la boca del príncipe un frasquito de cristal que contenía un veneno enérgico. El príncipe le trituró apenas le había recibido y murió pocas horas después.

La princesa Lavinie se marchó de Francia, retirándose á Rusia, cerca de Moscou, al convento de la Trinidad, que, después de todo, tiene mucho de mundano y se parece muy poco á nuestras comunidades religiosas.

Según era el deseo de Juana Bérard, su matrimonio se verificó en París con gran solemnidad. Cuando entró en la iglesia, cogida del brazo de su padre, radiante de alegría y más hermosa que nunca, un murmullo de admiración se escapó de entre la multitud.

Sir Gardiner, su mujer y Bérard, aquellas tres personas que solamente separaría la muerte, viven juntos siempre, unas veces en París, otras en Nueva York y algunas en su yacht.

No se han olvidado de Armando Fortier ni de Marcela Hebert, por los cuales sienten por qué no decirlo? verdadero interés. Por las noticias que han recibido de Noumea, saben que se han casado y que parecen amarse con locura. Después de tantos trabajos como han pasado, bien merecen esta recompensa. Su explotación agrícola marcha perfectamente, y Fortier no tardará mucho en conseguir indulto, según tiene ya solicitado el director general en vista de su buen comportamiento, y porque, con riesgo de la vida, salvó á dos hombres en un incendio.

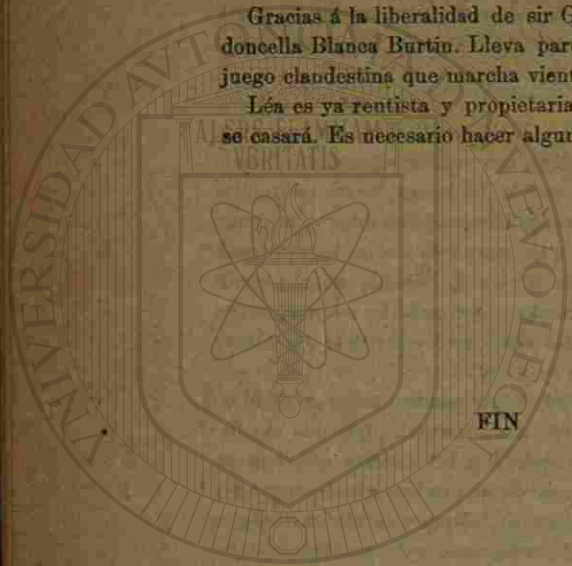
Había matado á dos, y ésta era la compensación.

Las últimas noticias de Noumea dicen también que la señora Prevot ha sido sorprendida por su marido en flagrante delito de adulterio con un presidiario-escribiente, la aristocracia del presidio, lo cual demues-

tra que dicha señora tiene instintos aristocráticos y siente compasión por los desgraciados.

Gracias á la liberalidad de sir Gardiner, ya no es doncella Blanca Burtin. Lleva parte en una casa de juego clandestina que marcha viento en popa.

Lén es ya rentista y propietaria, y probablemente se casará. Es necesario hacer alguna vez esa tontería.



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UCLA

LIBRARY OF
THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA
LIBRARY OF
THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA

BC